

The Project Gutenberg EBook of La Montálvez, by José María de Pereda

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.net](http://www.gutenberg.net)

Title: La Montálvez

Author: José María de Pereda

Release Date: June 16, 2008 [EBook #25812]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\* START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA MONTÁLVEZ \*\*\*

Produced by Chuck Greif

La Montálvez

José María de Pereda

## PARTE I

### I

Pulcro y rollizo; suave y risueño, y, al mismo tiempo, solemne y  
espetado; vulgar obscuro de meollo; rico, huérfano y libre; sin nervios  
ni hieles en el cuerpo, ni señal de polvo de las aulas en la ropa;  
vicioso a la chita callando; enamorado de su estampa, de su talento,  
de su elocuencia, y especialmente de los timbres de su linaje, y  
dejándose correr, con todas estas ventajas, a lo largo de la vida en lo  
más substancioso de ella, sin otros fines que el regalo de la querida  
persona, con la satisfacción de todos los apetitos, pero sin prefacios  
de grandes desvelos, ni epílogos de incómodas harturas... eso era el  
caballero marqués de Montálvez (título con polillas, de puro rancio);  
eso era en los tiempos de su mocedad; y así fue tirando el pobre, sin  
visible quebranto en la salud, aunque con muchos y muy gordos en el  
caudal, hasta que le apuntaron la calvicie en el cogote y la pata de  
gallo en los ojos. Entonces se decidió a casarse; y contra lo que era de  
esperar de sus devociones y pujos aristocráticos, partió su blasonado  
lecho con la hija única de un rico ex contratista de carreteras y

suministros, rozagante y frescachona, eso sí, pero no tan hermosa, seguramente, como él la pintaba, quizás en su empeño de justificar con la ley irresistible de una pasión desinteresada, una caída desde lo más alto de las cumbres de su vanidad.

El mundo, del cual era el marqués uno de los más brillantes sustentáculos, lo vela muy de otro modo; pero el recién casado no paraba mientes en ello, o fingía no pararlas. Lo cierto es que la hija del rico ex contratista hacía a maravilla el papel de marquesa; que el marqués alimentó no poco la extenuada corriente de sus caudales con el copioso manantial del bolsón de su suegro; que éste parecía muy complacido viendo cómo lucían sus prodigalidades en la flamante jerarquía de su hija; que la encopetada sociedad de la corte, a pesar de sus escrúpulos y reparos de estirpe, propalados de oreja en oreja a escondidas de los despellejados, abría de par en par a éstos las puertas de sus salones, y que no eran las galas, ni el esplendor, ni el natural donaire de la advenediza, lo que menos se aplaudía en ellos.

Cerca de dos años llevaba de consumado este matrimonio, y aún no daba señales de lo que el marqués anhelaba con un ansia y un afán tan poco disimulados, que más de una vez dieron motivo a los ingeniosos epigramas de la gente encopetada, los cuales caían después, sin saberse cómo, en medio de la vía pública, donde los recogían estudiantes, gacetilleros y

otras gentes nocivas, que los propalaban y esparcían por toda la capital, y aun fuera de ella. Es muy singular el don que tiene Madrid, con ser tan grande en comparación con una aldea, para vulgarizar tipos, acreditar frases y poner mote.

Lo que el marqués deseaba con tan descomedidas ansias, era un hijo varón; pero llegaron a pasar tres años, y lo deseado no venía. Al cumplirse los cuatro hubo grandes barruntos de algo. Pero ¿qué sería? Y esto se preguntaba a cada instante el buen marqués, y esto le preguntaban a cada hora sus amigos y conocidos; y por adivinarlo, aceptaba y rechazaba, según que se ajustaran o no a sus deseos, cuantos síntomas y fenómenos internos y externos acepta como artículos de fe la observación del vulgo, cuando la marquesa dio a luz una hembra.

Dudo mucho que se reciba con peor talante a un huésped desconocido que se mete a las dos de la mañana en casa de su prójimo, robándole el sueño y alborotándole el hogar, que a la recién nacida en el de sus padres, en cuanto el doctor proclamó, en voz desfallecida y con gesto de terciana, el sexo que la había tocado en suerte.

Bautizaronla con un poco de fausto, por el \_qué dirán\_, pero a regañadientes; pusieronla, como un castigo, el nombre de Verónica, entre el barón de Castaños y la condesa viuda de Picos Pardos, que fueron sus padrinos de mala gana; y por esto, y por el nom

bre, y por el chasco  
y por todo lo imaginable, la fábrica de epigramas f  
uncionó sin descanso  
y la pusieron el aún mal desengrasado pellejito lo  
mismo que si la  
inocente criatura hubiera sido causa voluntaria de  
aquellas caritativas  
expansiones del ingenio maleante de los aristocráti  
cos amigos de su  
casa.

La entregaron inmediatamente al pecho mercenario de  
una nodriza; y por  
la razón o el pretexto de que su madre no había que  
dado para atender a  
los cuidados molestísimos de su crianza, se acordó  
que la nodriza se la  
llevara a su aldea, en el riñón de la Alcarria.

Y allá la llevaron, con mucha impedimenta, eso sí  
, de pañales, y  
mantillas, y gorros y cuanto había que apetecer en  
tales casos, y un  
infolio de advertencias, prescripciones, avisos, en  
cargos y hasta  
amenazas, sin contar el dinero que a puñados les me  
tieron en el bolsillo  
a la nodriza y al zángano de su marido, que las hab  
ía de acompañar en  
el viaje. Esto era duro, durísimo, decía el marqués  
, para unos padres  
tan blandos de corazón como ellos; pero el estado d  
e la marquesa, tan  
delicado en su convalecencia, y el temperamento de  
la niña, que era por  
todo extremo linfático, según dictamen, casi en p  
rofecía, del doctor,  
el cual temperamento hacia indispensable para ella  
el aire y la libertad  
del campo, les obligaban a echarla de casa.

Y la echaron, así como suena, a los quince días de

haber nacido en ella,  
vírgenes sus tiernas carnegillas de esas vivificantes  
es impresiones de que  
no carecen los hijos del más haraposo menestral: las  
dulces caricias,  
los besos amorosos y el blando y providente manoseo  
de una madre.

Diez y ocho meses bien cumplidos estuvo en la Alcar  
ría; y refería  
después la nodriza que, en las pocas veces que en e  
se tiempo fue el  
señor marqués a ver a su hija, se le caía la baba d  
e gusto al  
contemplarla rodando por los suelos, medio desnuda,  
entre cerdos y  
rocines, tan valiente y risotona, y tan sucia y cur  
tida de pellejo, como  
si fuera aquél su elemento natural y propio.

Cuando la volvieron a Madrid, viva y sana por un mi  
lagro de Dios,  
alborotó la casa a berridos. Y no podía suceder otr  
a cosa delante de  
aquellos espejos relucientes, entre aquellas colgad  
uras ostentosas,  
lacayos de luengos levitones y señoras muy empereji  
ladas, con lo arisca  
y cerril que ella iba de la aldea. Con su padre se  
las arreglaba tal  
cual; pero en cuanto su madre intentaba tomarla en  
brazos, más bien por  
tema ya que por cariño, se retorció como alimaña en  
cepo. Le daban miedo  
hasta el centelleo de sus pendientes de diamantes y  
el olor de todos  
sus menjurjes y perfumerías; y acaso, acaso, algo q  
ue su instinto  
infantil vela en el yerto lucir de sus ojos y en el  
forzado sonreír de  
su boca, que no era la golosina que arrastra a los  
niños a pegar sus

frescos labios en la faz regocijada de su madre.

Muy otra debió de parecer a la desabrida marquesa su hija cuando ésta estrenó las primeras galas del hatillo que apresuradamente la hicieron al llegar a Madrid, porque se dejó oprimir entre sus brazos sin protesta, y hasta besar con estruendo en la mejilla.

«Aquel beso»--dicen los Apuntes a este propósito--«fue el primero que recibí de los maternos labios: le recuerdo como si le hubiera recibido ayer; y esto debe consistir en que mi naturaleza estaba ávida de aquel tributo que no se le pagaba, y la fuerza de la sensación, desconocida hasta entonces, aguzó el instinto que ya columbraba los albores de la inteligencia, y estampó el suceso, para no borrarse nunca, en las tablas vírgenes de la memoria.»

A todo esto, y desde la vuelta de su nodriza al pueblo, la habían puesto al cuidado de una niñera, que la sacaba a oreearse por el Retiro tres o cuatro veces a la semana, y dormía a su lado en una de las habitaciones más apartadas de la de su madre, con el piadoso fin de que no la turbara el sueño por la noche. Y eso que desde aquel beso, y por virtud también de las ponderaciones que de la hermosura y gracias de la hija hacían delante de ella las amigas de la madre, parecía que ésta la iba cobrando cierta inclinación, que no disimulaba. Pero comenzó por entonces la marquesa a sentir muy certeros e incómodos anuncios

de otro heredero, y  
esto la causaba grandes preocupaciones y molestias  
y «la quitaba el  
gusto para todo».

Al abuelo, que estaba chocho con su nietecilla, le  
llevaba el diablo con  
estas cosas: apostrofaba a la hija por su frialdad,  
y predicaba al yerno  
por su injustificable indiferencia; pero el uno y l  
a otra se encogían de  
hombros por toda respuesta, y no revivía el extingui  
do fuego de amor a  
la hija, que había chisporroteado un instante despu  
és del primer besó de  
la madre. ¿Quién sabe el rumbo que hubiera tomado e  
l astro de los  
destinos de la niña sin los prosaicos inconveniente  
s en que fundaba la  
marquesa su nuevo alejamiento de ella, y el acontec  
imiento que sobrevino  
poco después?

El acontecimiento fue nada menos que la llegada al  
mundo del anhelado  
varón. Todo fue júbilo entonces y locura y desconci  
erto en la casa, de  
la cual pudiera decirse, sin gran exageración esta  
vez, que fue echada  
por la ventana. Se revolvió medio Madrid para el ba  
utizo; medio Madrid,  
que le comió al marqués, digo, al abuelo, medio cos  
tado; se consiguió  
elegir los padrinos entre lo más cogolludo de la no  
bleza, y se le  
pusieron al flamante heredero todos los nombres de  
los grandes reyes, de  
los mayores santos del cielo, de todos los conquist  
adores célebres, y de  
los más gloriosos poetas y artistas de la tierra. E  
ntre tanto, el recién  
nacido, más que criatura humana, parecía un ratón e



n salmuera: ni era  
mucho más grande, ni más rollizo, ni más pulcro, ni  
mejor encarado.  
Nació gimiendo; entre gruñidos y pataleos recibió e  
l agua del bautismo,  
y gruñendo volvió a casa y continuó, sin cesar, muc  
hos días, comiéndose  
los puños apretados y perneando rabioso, como sapo  
clavado en estaca,  
mientras la pacífica y rozagante Verónica, olvidada  
de su familia en el  
último confín del hogar, no se moría de hambre porq  
ue la niñera cuidaba,  
de propio impulso, de esos y otros menesteres.

Desde aquellos días se echó en la casa de los marqu  
eses de Montálvez una  
raya por debajo de lo vivido hasta allí, y se abrió  
una vida nueva, cuyo  
centro, cuyo eje, era el recién nacido heredero de  
los títulos y  
preeminencias de su padre; por lo que la pobre Veró  
nica, elemento  
principalísimo de la \_vida vieja\_, quedó entre lo m  
ás alto y olvidado de  
la raya para arriba, como trasto inútil en obscuro  
desván.

No puede negarse que el \_medio ambiente\_, tan traíd  
o y tan llevado ahora  
por la gente de mi oficio, influye mucho en la cond  
ición moral y hasta  
en el desarrollo físico de los caracteres y de las  
naturalezas; pero no  
es menos cierto que las hay de tal fibra, que, con  
ambiente y sin  
ambiente, echan impávidas por la calle de en medio,  
y por ella siguen  
sin torcerse ni extraviarse, aunque las ladren cane  
s y las tiren  
vestiglos de la ropa.

Prueba de ello es que cuando Verónica llegó a la edad de los celos y de las envidias, y tuvo razón bastante para distinguir los halagos de las durezas, no echó de menos los extremados mimos que se le prodigaban a todas horas a su hermano, criatura de lo más encanijado, llorón y cascarrabias que hubo venido nunca al mundo. La tenían sin cuidado los tumultos que se armaban a cada instante en la casa porque el angelito no comía, o se descalabraba, o tosía ronco, o se retorció cárdeno y pataleaba con un dolor de tripas; las ponderaciones que de su imaginada hermosura se hacían delante de ella a parientes y amigos, que se guardaban muy bien de afirmar lo contrario, y hasta los injustos vituperios que se la enderezaban porque con sus juegos le quitaba el sueño, o no discurría cosa con gracia para entretenerle y alegrarle. La niñera no tenía otra obligación que la de mirar por ella y acompañarla incesantemente; la quería de todo corazón, y era esclava de sus menores caprichos; hacíanla estrenar un vestido cada semana, y no se ponía tasa a sus antojos de juguetes. Con todas estas ventajas, hasta bendecía el alejamiento a que se la condenaba en su propio hogar, porque, al fin y al cabo, le procuraba una independencia de la cual sacaba ella mucho partido para vivir a su gusto; y si hubiera conocido el placer de la venganza, la hubiera hallado bien cumplida en los testimonios de cordial amor que recibía de las \_visitas\_ y de los amigos de la casa, a

escondidas, por supuesto, de todas las gentes de ella.

Su abuelo persistía en el honrado propósito de arreglar más a justicia estas cosas, que le repugnaban; pero su esfuerzo al canzaba a poco. Por de pronto, cada día se alejaban más de la casa de su yerno, porque cada vez le eran más insoportables «las majaderías y sandeces» que observaba en ella. Su naturaleza tosca, y los resabios adquiridos en los tratos y contratos en que había pasado lo mejor de la vida, le hacían incompatible con los hábitos aparatosos y refinadamente vanos y teatrales de sus hijos; y como, además, era hombre sin retóricas, desengañado y de muy poca correa, el menor reparo a sus crudos alegatos le quitaba las ganas de exponer el segundo. Su misma nieta, objeto exclusivo de los desvelos del pobre hombre, dudaba muchas veces si tenía en él un protector cariñoso o un enemigo más de quien temer contrariedades y desabrimientos.

--Pero, vamos a ver--decía el ex contratista a su hija cuando más desatinados eran los extremos que ésta y su marido hacían en honor del hijo varón--, ¿a qué vienen esas majaderías? Y ya que las hagáis, ¿por qué pecáis por el extremo contrario con Verónica, que es una niña como unas perlas? ¿Por qué detestáis a la una tanto como queréis al otro?

Negaba la marquesa que ni ella ni su marido dejasen de querer bien a su

hija, y hasta citaba en testimonio de ello el regalo en que la mantenían.

--Es verdad--replicaba el abuelo--: atestáis de juguetes su escondite y de vestidos su ropero, como se echan mendrugos a los perros en su garita, para que no molesten con sus ladridos ni estorben con su presencia, y acaso, acaso, porque los vean gordos y lozanos los vecinos. Pero de aquí, de aquí (y se golpeaba sobre el corazón), de eso que alimenta el alma y hace buena sangre a los niños, ¿qué dais a la infeliz? Pues mira, y no lo olvides: hija que se acostumbra a vivir entre la esquivéz y el desamor de sus padres, si sale mujer honrada es por un milagro de Dios.

Protestó contra el supuesto la marquesa, e insistió en que, desde que la niña había nacido, se la amaba \_cuanto se la debía amar\_.

--Justamente--repuso su abuelo--, porque ni entonces, ni ahora, ni nunca, habéis podido tragarla; y no la habéis podido tragar, porque lo que se quería en esta casa no era familia por el ansia natural de tenerla, ansia que sienten hasta los irracionales, sino un heredero varón en quien vincular los relumbrones aristocráticos de tu marido, como si importara seis maravedís que se perdiera la casta directa de ese mentecato; y como a Dios no se le engaña, después de probaros la voluntad y la mala entraña con la hija que os dio,

sin merecerla, os ha  
castigado en el varón que apetecíais...., porque ese  
niño ha de ser, está  
siendo ya, vuestro castigo.

Con esto, dio media vuelta la marquesa y no pareció  
su padre en mucho  
tiempo por aquella casa.

Y así fueron corriendo los años, y llegó Verónica a  
contar diez bien  
cumplidos. Tenía una salud de bronce, y crecía y se  
redondeaba que era  
una bendición de Dios: los amigos de la familia la  
comían a besos los  
carrillos, y la decían verdaderas atrocidades mient  
ras la volteaban en  
el aire, o la echaban una zancadilla en un corredor  
o en mitad de la  
escalera, siempre, por supuesto, a escondidas de su  
s padres y, sobre  
todo, de su hermano, que cada día era más ruin y má  
s inaguantable, por  
envidioso y desabrido.

Como «había proyectos sobre ella», al decir de su m  
adre, interinamente  
la pusieron maestros de primeras letras y de música  
, con los cuales  
aprendió a leer mal, a hacer palotes muy torcidos y  
a solfear  
desastrosamente, por culpa, según dictamen del maes  
tro, que era un  
italiano famélico, de su mal oído. Esto, y el Catec  
ismo de punta a cabo,  
y una oración para cada acto de los más ordinarios  
de su vida, es decir,  
para acostarse, para levantarse, para ir a comer, p  
ara salir a paseo,  
etc., etc., y otras para cuando tronaba, pasaba el  
Viático por la calle,  
ventaba muy recio, y así sucesivamente, enseñadas p

or su sirvienta, que  
era una guipuzcoana muy devota, y tuvo la abnegación de no reclamar para  
sí las alabanzas que el cura de la parroquia, que reparó a la niña para  
la primera confesión, dedicó al celo cristiano de su madre, era cuanto  
Verónica sabía en artes liberales y en letras divinas y humanas, a la  
edad de once años y algunos meses de pico.

Al cumplir los doce se le revelaron los proyectos que había sobre ella,  
los cuales se reducían a enviarla a Francia a \_terminar\_ su educación en  
un colegio de los más afamados de París. No supo la niña, por de pronto,  
si la noticia la alegró o la produjo el efecto contrario. No le agradaba  
por lo que de colegio, es decir, de encierro y sujeción había en el  
asunto; pero, en cambio, le deleitaba por tratarse de ver el mundo,  
aunque de refilón y con trabas; de ir a París, de vivir en París, de  
respirar el aire de París, de comer, en fin, y vestir y soñar en París,  
nombre con el cual estaban atascados sus oídos y su cabeza, porque en su  
casa no se hablaba comúnmente de otro asunto, ni entre las gentes que la  
frecuentaban, ni en las casas que frecuentaba ella. París era lo mejor  
de la tierra, y lo de París no tenía igual en el mundo, y al uso de  
París se vestía, y se andaba, y se comía, y hasta se hablaba con agravio  
de la lengua de Cervantes... y de la de Molière.

Y a París la llevaron en esta situación de ánimo, sin alegría y sin  
penas, no contando las lágrimas que la arrancó del

fondo del corazón el  
desconsolado llorar de la niñera, en cuyos besos de  
despedida,  
ardorosos, resonantes y mezclados con el llanto de  
sus ojos, sentía  
palpitar el alma entera de la noble guipuzcoana. El  
desconsuelo de  
aquella honrada mujer y el recuerdo de la cariñosa  
abnegación que la  
debla, eran el único vínculo con que la hija de los  
marqueses de  
Montálvez se sentía ligada a la casa paterna a medi  
da que iba alejándose  
de ella por el camino de Francia. No era suya la cu  
lpa. Su corazón no  
podía dar otro fruto que el de las semillas que se  
habían depositado en  
él.

## II

Bien poco trabajo le costó hacerse a la vida y cost  
umbres de colegiala.  
Parte de esta fortuna se la debía a las condiciones  
de su carácter  
acomodadizo y placentero; algo al no muy estimulante  
recuerdo de su  
perdida libertad, y el reto a la feliz circunstanci  
a de no haberse visto  
un solo día verdaderamente aislada en aquel hervide  
ro de chicuelas de  
todas castas, edades, temperamentos y naciones. La  
fuerza de la  
atracción, por imperio de la necesidad, arrastra, e  
n tales casos, lo que  
flota indeciso y como al azar, hacia su centro apet  
ecido. Por eso, no  
bien hubo llegado al colegio, cuando ya conocía de

vista a todas las  
españolas que había en él; en seguida formó entre l  
as de su edad; luego  
dio la preferencia a las madrileñas, y acabó por in  
timar con las que, de  
éstas, pertenecían a su jerarquía social.

Así conoció a Leticia Espinosa y a Sagrario Miralta  
, vástagos ambas de  
la más encumbrada aristocracia española, las cuales  
habían entrado en el  
colegio un año antes que ella. Leticia, contra lo q  
ue su nombre  
declaraba, era una morena triste, o, mejor dicho, s  
erena y algo fría,  
como esos días de otoño, de poco sol, de que tanto  
gustan los espíritus  
contemplativos y melancólicos. Tenía hermosos ojos  
y muy correctas  
facciones; y sin dejar de ser animosa para todo, fa  
lta casi siempre en  
sus actos y en sus dichos el color de la sinceridad  
, lo cual se  
atribula, más que a un vicio de su carácter, a que  
rara vez la animaba  
el calor del entusiasmo.

Sagrario era una rubia inquieta y bulliciosa, ávida  
de impresiones, de  
aire, de luz... y de golosinas. Fisgona impenitente  
, no había castigo  
que la curase de la pasión de arrimar, ora el ojo,  
ora el oído, a todas  
las rendijas y cerraduras de los aposentos; y, a cr  
eerla por su palabra,  
¡qué cosas veía y escuchaba en aquellos vedados int  
eriores! Su manía,  
casi criminal, eran las \_zangolotinas\_, como llamab  
a a las mayores,  
algunas de ellas vestidas ya de largo y con un pie  
en el estribo para  
tomar la vuelta a sus hogares. A éstas las perseguí



a con una tenacidad y  
un instinto de perro de caza. Espiaba sus actos, es  
cuchaba sus dichos,  
asaltaba sus dormitorios, revolvía sus equipajes, l  
es abría los cajones,  
se enteraba de sus cartas y les robaba las novelas  
que después  
devoraban las otras..., porque tenían novelas y alg  
unas profanidades  
más, que eran contrabando allí; y, no conformándose  
con esto sólo,  
relataba historias desvergonzadas ¡y hacía unos com  
entarios! A mi ver,  
todo era una mala pasión de despecho, porque se rec  
ataban de ella y de  
las de su grupo en sus entretenimientos y conversac  
iones.

Lo que sigue es, palabra por palabra, de la mano qu  
e escribió los  
\_Apuntes\_:

«Si entrara en los reducidos términos de mi pacienc  
ia el propósito de  
describir mi vida de colegiala con todos sus pelos  
y señales, larga  
sería aquí la lista de los lances curiosos en que i  
ntervine yo, por las  
intemperancias incorregibles de Sagrario y por la e  
ntereza glacial de  
Leticia; pero no van por ahí las corrientes que me  
empujan en este  
instante; y si menciono los nombres y principales r  
asgos de carácter de  
estas dos compañeras, omitiendo los de tantas otras  
, es porque conservé  
esas dos amistades durante toda mi vida mundana, y  
no influyeron poco en  
la calidad de ella, lo mismo bajo el cascarón de cr  
isálida en el  
colegio, que cuando volé a mis anchas por el mundo  
con las alas de

mariposa.

»También habría mucho que hablar sobre el tema de la educación de las jóvenes de mi pelaje, si por \_educarlas bien\_ se entiende, como debería entenderse, la manera de hacer de ellas \_buenas\_ hijas y mejores madres. Desde luego afirmo que estos hermosos fines no han de lograrse en ciertos colegios ni en parte alguna donde la \_distinguida\_ y mal acostumbrada educanda viva «a uso de tropa». De este modo se aprende todo, si se aprende algo, como el soldado la táctica y las leyes penales: maquinalmente y a la fuerza; y no se toma amor, sino miedo y repugnancia, a las tareas y al \_cuartel\_ mismo, con sus largos y desnudos pasadizos, sus enfilados dormitorios, sus lechos de contrata, sus vigilantes antipáticos y su refectorio mal oliente. Llega a ser insoportable el patio de altos muros, con los juegos de siempre y los cánticos de todos los días, y el pasear en hileras, y el comer en comunidad, y el recogerse y el levantarse a unas mismas horas y con el mismo forzado silencio. Fatiga el ánimo la contemplación incesante de unos mismos colores, de unas mismas caras, de unos mismos cuerpos, de unos mismos uniformes, y, sobre todo, de aquel blasón de la casa, de aquella cifra sempiterna reproducida en los muros, en los libros, en las ropas y en los platos. Abruma el peso de la monotonía según van pasando los meses y los años en esta vida reglamentada, y el demonio de la

indisciplina y de la rebelión llega a poseer a las colegialas de pies a cabeza. Entonces se piensa con fruición hasta en las peripecias, en los horrores de un incendio repentino de la casa; en la enfermedad del profesor de Geografía, o en la prisión de la directora por mandato del Gobierno...; en fin, en todo lo que pueda ser causa de que se altere y descomponga, de cualquier modo, la máquina de aquel reló de piezas humanas.

»Por eso la colegiala más querida de sus compañeras es la más indócil y revoltosa y holgazana, la que más depresivos motes pone a las \_madres\_, y más perturbaciones acarrea en el gobierno interior de la casa.

»A mí me enseñaron muchas cosas en libros, con la aguja, de palabra, por escrito y hasta por señas y a toque de violín; pero sobre todas las enseñanzas obligatorias en aquel colegio, prevalecieron las del mal ejemplo de mis compañeras, más avisgadas que yo, o más cargadas de malicias y de años. Nunca me faltaron libros profanos, ni noticias estimulantes de los placeres del mundo; y con este acopio y el que hice por mí misma durante la relativa libertad que se me concedía cuando fui \_de las mayores\_, viendo las cosas mundanas de tarde en tarde y a deshora y con el rabillo del ojo, y contando diez y siete años muy cumplidos, se dio por terminada mi educación en aquel afamado colegio francés.

»Del cual salí diez meses después que mis inseparables amigas Leticia y Sagrario, muy ducha en bailar, en hacer reverencias, en modular la voz, en manejar el abanico y la cola del vestido de baile, en esgrimir los ojos y la sonrisa, según los casos, los sexos y las edades, y en el ceremonial decorativo y escénico de las prácticas religiosas; tal cual en lengua francesa, materialmente al rape en obras de costura y principios de economía doméstica, y casi, casi, en el idioma nativo; y sobre todo esto, y por razón de los contrabandos del colegio y de las incompletas ideas adquiridas en conciliábulos clandestinos, y la propia observación hecha a medias con trabas y sobresaltos, y quizás también por obra de mi temperamento o de mi carácter, franco y expansivo, un ansia, que rayaba en voracidad, de ver el mundo por dentro, de conocerle a fondo, de saborearle a mis anchas, sin los velos y cortapisas que a las puertas de él me habían, hasta entonces, desperdado los apetitos.

»Esto es todo lo que llevaba aprendido al volver a mi casa, cinco años después de haber salido de ella, sin contar la persuasión íntima de que, mientras no se invente cosa mejor que lo conocido, la educación menos peligrosa y más esmerada de una niña será aquella en que más se deje sentir la intervención amorosa de su madre, si, por su dicha, tiene madre, y madre \_buena\_.»

### III

Como el tiempo no pasa sin mudar la faz de las cosas, cuando volvió a su patrio hogar la colegiala no dejó de hallar en él cambios y mudanzas que la sorprendieron. Su madre tenía «achagues», y achaques graves, según ella decía, apostándoselas al médico, que no mostraba gran empeño en contradecirla. Estos achaques no la impedían frecuentar los salones de «su mundo», ni la obligaban a tachar un solo renglón de su larga lista de compromisos sociales, ni se revelaban, \_a cierta distancia\_, en su cara frescachona ni en su postura garbosa y elegante; pero es indudable que los tenía, y muy hondos; achaques de matrona presumida, bien sufridos y mejor tapados con heroicos esfuerzos de la voluntad y buen acopio de sonrisas y menjurjes.

No fue esto un hallazgo, en todo el rigor de la palabra, para su hija, que ya barruntaba algo de ello por las últimas cartas de la marquesa y la propia observación en las dos visitas que la había hecho en el colegio. Harto más se admiró al convencerse de que la inusitada dulzura con que su madre la había tratado en París, y que ella tomó por disfraz de añejas y naturales esquivaces, antes crecía que se agriaba en las intimidades de la vida doméstica; y todavía fue mayor su asombro cuando

supo, por testimonios fidedignos, que la modificación genial de la marquesa, en lo referente a este grave punto, databa de la misma fecha que los achaques. ¿Cómo lo que de ordinario sirve para exacerbar los humores y despertar las impertinencias, y hace inaguantables a las gentes que son desabridas por naturaleza, había producido en aquel \_ejemplar\_ el efecto contrario? No podía averiguarlo o Verónica. Lo importante para ella era el hecho, y el hecho bien a la vista estaba.

Otro suceso que fue completa novedad para la colegiala: su hermano tenía achaques también; es decir, nuevos, muchos, demasiados achaques; pero en este infeliz se cumplía rigurosamente la ley común: se le reflejaban claramente en el espíritu los que le desorganizaban y consumían el cuerpo. Era éste raquítico, sarmentoso y descuajaringado. Cada pieza de él estaba mal avenida con la inmediata: las piernas se negaban a sostener el tronco; el tronco forcejeaba por desprenderse de la cabeza, y los brazos andaban de acá para allá sin saber a qué arrimarse, porque en todas partes estorbaban y de todas partes se caían. El espíritu era digna joya de tal estuche: quebradizo, avinagrado y herrumbroso. Daba compasión contemplar aquel ser que parecía un castigo providencial de ciertas injusticias y flaquezas de sus padres. Más que un niño enfermizo, era un enano decrepito. Por razón de su miserable naturaleza, nada se le había enseñado; así es que, contando ya

más de quince años,  
no sabía deletrear. Por el contrario, se le había d  
ejado en completa  
libertad de hacer todo cuanto le diera la gana; per  
o tan hastiado estaba  
de ser libre y de campar por sus caprichos, de romp  
er, de manchar, de  
alborotar y de dar tormento impunemente a cuanto re  
spiraba y se movía en  
su derredor, que ya solamente se entretenía con las  
contrariedades y las  
resistencias, por hallar el placer de vencerlas y d  
e atropellarlas. Y  
había que presentárselas, o fingir que se le presen  
taban, para darle  
gusto y sacarle por un instante del mortal desfalle  
cimiento en que caía  
en cuanto le faltaba el aguijón de un apetito que p  
usiera en actividad  
el cordaje de su desconcertada máquina.

Es verosímil que la contemplación continua de este  
desconsolador  
espectáculo tuviera gran parte en los cambios genia  
les de la marquesa;  
y, sin embargo, no concordaban tampoco las manifest  
aciones de ésta con  
la tristeza y gravedad del motivo, aun sin tener en  
cuenta los extremos  
de locura a que la condujo el nacimiento de aquel h  
ijo tan deseado.  
Cierto que continuaba siendo esclava de sus antojos  
; pero no con la  
abnegación incansable de antes. Aquella esclavitud  
no era ya amoroso  
entretenimiento, sino carga abrumadora, cruz de eno  
rme peso. Llevábala  
con paciencia, pero no sin cansancio. ¿Consistiría  
esto en que sus  
propios males la hacían más insensible para los aje  
nos, o en que,  
robándole los alientos del espíritu, agostaban el c

ampo de sus ilusiones  
y vanidades, e imprimían nuevo y más sosegado ritmo  
a los impulsos de su  
corazón? Pero, en este caso, ¿por qué no se cumplía  
la ley con igual  
rigor en lo tocante a las pompas del mundo? ¿Por qu  
é continuaba  
pagándose de ellas con el mismo fervor del primer d  
ía? Posible era  
también que el convencimiento que necesariamente te  
ndría de que para la  
enfermedad de su hijo no había humano remedio, le q  
uitara, con la  
esperanza de conservarle, las fuerzas para sufrirle  
; pero, en este caso,  
¿qué pensar de la calidad de aquel extraño sentimie  
nto que se manifestó  
en la casa, haciendo a todos los moradores de ella  
siervos pacientísimos  
de la tiranía del presunto heredero de los títulos  
de su padre?

Lo cierto era que el enfermo se moría poco a poco;  
que su madre, aunque  
lo sabía muy bien, no daba muestras de apurarse por  
ello, y que ya no  
era Verónica quien pagaba, como en otros tiempos, t  
odos los vidrios  
rotos de la casa.

Por lo tocante al marqués, tampoco se preocupaba gr  
an cosa con el estado  
mísero de aquel su retoño, cuyo nacimiento tantas e  
xtravagancias y  
sandeces le había hecho cometer. Bastante más le qu  
itaban el sueño otros  
cuidados. Habíase dado con pasión a la política; y  
mientras arreglaba  
ciertos comprobantes, de muy mal arreglo, para que  
le nombraran senador,  
perseguía, con escasa fortuna, una credencial de di  
putado cunero. No



salía del salón de Conferencias, ni de la tertulia del ministro de la Gobernación. En casa paraba poco, pero hablaba mucho, y siempre de su pleito; no a la manera llana y familiar de otros tiempos, sino en estilo declamatorio y rimbombante, y tomando pretexto de todo para ensayar papeles de tribuno. Comíale el prurito de la solemnidad y de las grandes frases, y más de una vez le arrastraron sus obsesiones parlamentarias al extremo de replicar a su mujer en un diálogo prosaico sobre temas de cocina, con un «¡Su señoría se equivoca!» que, por lo campanudo y resonante, hubieran envidiado los más famosos adalides del Congreso.

No eran de fácil arreglo los susodichos comprobantes para lograr la senaduría, porque las rentas propias, vueltos los manantiales al bajo nivel en que estaban antes de fomentarlos su suegro con el copioso caudal de sus talegas, no llegaban hasta donde la ley quería. Y ésta fue otra de las novedades con que se halló la colegiala al volver a su casa. De la cual novedad llegó a enterarse por los comentarios de su padre a cada batacazo del expediente, que no salía de un atolladero sino para caer en otro más hondo. Si esta merma procedía de los banquetes y otras parecidas \_travesuras\_ con que el marqués trataba de hacerse visible, y hasta \_ministrable\_, entre los hombres políticos de mayor talla, o de las enormes sumas que le costaba a la marquesa sostener el esplendor de su jerarquía a la altura en que le había colocado d

e recién casada, o de  
lo uno y de lo otro, que era lo más seguro, no cayó  
la hija en la  
tentación de averiguarlo. Bastábale saber que el lu  
jo y la abundancia  
rodaban por aquellos suelos lo mismo que antes, y q  
ue su abuelo, hecho  
una ruina ya, aunque de mala gana y refunfuñando, a  
cudía siempre a las  
llamadas de la hija en sus continuos apuros.

¿Ni cómo pararse ella en reflexiones de mayor subst  
ancia? ¡Ella, que  
siempre había sido allí la \_puerca cenicienta\_! ¡El  
la, que llegaba del  
colegio con la cabeza llena de fantasías tentadoras  
y el pecho atestado  
de mortificantes deseos, y en todo cuanto la rodeab  
a veía recursos para  
satisfacerlos, alas con que mecerse en los sonados  
espacios, llaves de  
hechizos con que abrirlas doradas puertas que guard  
aban los descifrados  
enigmas de su curiosidad insaciable!

Ocupaba un hermoso gabinete que se la había dispues  
to ex profeso. Era  
como la leyenda, en colores y substancias, de su fr  
esca juventud, con  
los obligados atributos de inocencias, candores y m  
isterios pudorosos.  
El arte y el cariño parecían haber trabajado con em  
peño en aquel nido  
fantástico. Tan elocuente y expresivo estaba todo a  
llí, que casi se  
ruborizaba de sí propia la jovenzuela al desnudarse  
para meterse en el  
cándido y esponjado lecho. ¡Lo que influye en los j  
uicios y sentimientos  
humanos el relumbrón del aparato escénico!...

Su madre no se hartaba de palparla, unas veces vest

ida, otras medio  
desnuda; de medirla con ávidos ojos, de verla andar  
, y, aunque seca de  
palabra siempre, de prodigar, a su manera, elogios  
a su precoz  
desarrollo físico y moral, a la redondez de su cuel  
lo, a la tersura de  
su garganta, a la expresión maliciosa de sus ojos,  
a la frescura de su  
boca, a la esbeltez de su talle y a todas y a cada  
una de sus prendas  
esculturales. Era mucho más exigente con la modista  
para sus vestidos  
que para los propios, y la frase que más la halagab  
a en boca de sus  
amigos, era la que envolvía un piropo para su hija.  
Llevábala a muchas  
partes consigo, y se afanaba y desvivía para hacer  
cuanto antes, con la  
debida solemnidad, su presentación en «el mundo».

El marqués no estaba menos admirado que su hija de  
esta transformación  
de sentimientos de su mujer. ¿En qué consistía? ¿Po  
r qué, a medida que  
iba resignándose sin esfuerzo a quedarse sin el hij  
o, antes preferido,  
se aficionaba tanto a la hija, despreciada y aborre  
cida ayer?

«Dios me lo perdone--dicen en este pasaje los \_Apun  
tes\_--, si en el  
supuesto me engaño, porque bien pudiera ser causa d  
e mi juicio el  
recuerdo de lo pasado; de aquel desdén, que rayaba  
en antipatía, con que  
empapó mi corazón, en una edad en que arraigan las  
impresiones para el  
resto de la vida; pero yo no vi nunca en las nuevas  
atenciones de mi  
madre uno solo de esos reflejos que llegan al alma  
y hacen latir al

\_unísono\_ dos corazones. Si me amaba, no sabía expresarlo, o yo era incapaz de sentirlo. Esta es la verdad. Y si sus actos no eran determinados por el amor, había que suponerlos hijos de otro sentimiento bien distinto. Autoriza a creerlo así el hecho de que todos los consejos que entonces me dio se dirigían a hacerme mujer elegante y distinguida; ni uno solo a hacerme honrada. A pesar de ello, no considero esta falta gravísima como signo de perversidad del alma. Esta falta y otras como ella, son, en determinadas gentes, obra de ciertas deficiencias, a veces constitutivas, a veces impuestas por la educación; falsas ideas que se adquieren de las cosas, por el modo erróneo de considerarlas. El corazón, al cabo, es una máquina que tiene en la cabeza el tornillo regulador de sus impulsos.»

Como su abuelo salía ya poco de casa, cuando no podía ir a la de sus hijos, iba la nieta a visitarle. ¡Cuánto la agradecía estas visitas el pobre viejo!

--Es triste--la decía--vivir solo a esta edad y lleno de achaques. Todo el año es invierno para uno; todos los celajes oscuros; todas las esperanzas negras, ¡muy negras! Tú, que asomas ahora, hija mía, por las puertas de la vida, y porque, comparándolo con lo poco que llevas andado, se te figura que es interminable el camino que te falta por andar, no te dejes seducir de esta ilusión. Porque es una ilusión, nada

más que una ilusión: créeme a mí. La vida es breve,  
muy breve; y si se  
comienza andando muy de prisa, se va por la posta.  
Cuando quieras  
fijarte en ello, tendrás la cabeza blanca y la cara  
llena de arrugas; y  
de allí ya no se retrocede ni con la fuerza de la d  
esesperación: al  
contrario, cuanto mayor sea el empeño, más irresist  
ible es el empuje del  
tiempo, que no para jamás. Para que las canas y las  
arrugas no te  
sorprendan ni te espanten, no hay más que un remedi  
o: andar con pies de  
plomo en la juventud, y acopiar algo de lo que fruc  
tifica durante ella,  
para que nos anime y conforte en las tristezas y so  
ledades de la vejez.  
De todos estos acopios, ninguno tan importante ni e  
ficaz como el de una  
conciencia tranquila. ¡Si tú supieras el valor que  
tiene este consejo  
por ser mío!... Dígote todas estas cosas siempre qu  
e te veo, y aunque sé  
que te aburren, porque no hay en tu casa quien te l  
as diga. Tu padre...  
¡valiente padre está el tuyo! Tu madre... no quiero  
decirte ahora lo que  
pienso de tu madre. Por de pronto, Dios ha castigad  
o sus injusticias  
contigo, haciendo aborrecible cruz para ella lo que  
con tan locos  
extremos puso sobre su cabeza y aun por encima de t  
odas las leyes  
divinas y humanas... Por supuesto, que ese hijo se  
le muere, y se le  
muere muy pronto, y ella lo sabe y se queda tan fre  
sca. ¿Puedes tú  
explicar este contrasentido? Yo podría si quisiera;  
pero no quiero,  
porque, al fin y al cabo, no estoy tan limpio como  
debiera estarlo, de

la culpa de los estúpidos extremos de tus padres al  
nacer tu infeliz  
hermano. ¡Ah, si yo hubiera tenido entonces un poco  
más de carácter y no  
me hubiera dejado vencer de ciertas debilidades!...  
En fin, ya no tiene  
remedio. Lo mejor es que tu madre te mira ya con bu  
enos ojos... ¡Pues  
podía no! ¡Caramba, cómo te vas redondeando, y qué  
guapísima estás!  
Vaya, que da gusto mirarte. ¡Chica más precoz y más  
...! Mira, cuando  
entras por esas puertas, parece que asoma la primav  
era y que cantan los  
pajaritos en esta casa. ¡Si me sabrán a gloria tus  
visitas! ¡Dios te lo  
pague, hija mía!

Y cuando llegaba aquí lloraba el pobre anciano, dab  
a a su nieta un  
sonoro beso en la frente; y después, casi siempre l  
a hacía un regalo.  
Ella le entretenía hasta hacerle reír con el relato  
de sus travesuras de  
colegiala, o con el de los recursos a que apelaba p  
ara templar la  
iracundia de su hermano, cada vez que, por obra de  
caridad, se acercaba  
a él; y así llegaba la hora de marcharse. Dábale el  
abuelo otro beso,  
recomendándola de nuevo que no echara en olvido sus  
advertencias; y  
entonces cala ella en la cuenta de que, a pesar de  
lo sanas que eran,  
por un oído le entraban y por otro le salían.

En una de estas ocasiones, o porque el abuelo se es  
pontaneara algo más,  
o porque fueran más vivas las tentaciones de la cur  
iosidad de su nieta,  
díjole ésta en crudo:

--Quiero saber lo que usted piensa de esas cosas de mamá. ¿Por qué me trataba antes tan mal, y me contempla y mima tanto ahora?

El abuelo, como quien se desprende de algo que molesta, respondió al punto y sin titubear:

--Primeramente, tu madre está deseando que se le muera el hijo, porque la da demasiado que hacer y cada día le ve más enclenque, más feo y más \_imposible\_; y ella no soporta hijos así ni para eso.

--Corriente; pero bien podía hallar insoportable a mi hermano, y no quererme a mí tampoco.

--A ti, chiquilla, no te quiere ni pizca... lo que se llama \_querer\_ cuando se trata de otra clase de madres. Lo que hay es que la haces falta: a su edad y con sus males, ya no puede esperar hijo más de su gusto, como cuando nació tu hermano; y como eres hermosa y expansiva y discreta, y prometes mucho para brillar en la carrera que ella está terminando, ve en ti, con la supuesta obligación de acompañarte, un hermoso pretexto para no retirarse del mundo cuando más enamorada está de él. En fin, que te necesita para pantalla de sus incurables vanidades; y, como cosa suya, cuanto más hermosa se a la pantalla, mayor es su deseo de lucirla. Si fueras fea y tonta, antes se retiraría ella del mundo que presentarse contigo en él. Por algo a sí desea que tu

hermano se las lée cuanto antes.

--Triste sería eso, abuelito, si usted no se equivoca.

--Pues te aseguro que no me equivoco.

--Sin embargo, papá no está en el mismo caso que mamá, por lo que a mí  
toca, y tampoco quiere a mi hermano como le quería.

--Tu papá es un majadero a quien nunca le cupieron en la cabeza dos ideas juntas. Desde que dejó de pensar en su hijo; en cuanto se convenció de que no le servía para representar dignamente el papel de príncipe heredero de su augusta dinastía, se enamoró de los papelones de político; y mientras esa farsa le preocupe, no se le dará un rábano ya porque, con el hijo espirante, se os lleven los demonios en una noche a ti y a tu madre..., sobre todo, si me llevan a mí también.

Aquí la nieta paralizó la lengua del desengañado abuelo, que tales cosas decía, dándole, de pronto, un beso en cada mejilla, y despidiéndose luego de él con una zalamería, de expresión tan confusa, que le dejó dudando si era un embuste de su incredulidad despreocupada, o el disimulo de una pesadumbre.



Sagrario y Leticia, con un año de práctica en el mundo que aún no conocía su amiga, eran como los pilotos que la enseñaban a cada instante, con el dedo sobre los planos, cuanto le importaba saber de aquellas regiones colmadas de visibles encantos y de tentadores misterios. Ni ella se hartaba de preguntarlas, ni sus amigas se cansaban de responderla; pues si era muy grande la curiosidad de la una, mayor era el apego de las otras al papel de profesoras. ¡Con qué gravedad tan cómica le desempeñaban algunas veces, y qué mezclados solían andar en sus dictámenes el candor y la malicia! De aquellas cosas que eran el tema de sus conversaciones, todavía no conocía Verónica más que lo que había podido columbrar acompañando a su madre, no muchas veces, al paseo, al teatro, o a tal cual visita o reunión de confianza, si no con la librea de colegiala precisamente, con todas sus rozaduras frescas sobre el cuerpo, y todas las cortedades, fingimientos y desentonos a que obliga ese desairado carácter de crepúsculo invernal: lo que se ve y se sabe de un espectáculo, mirando por los resquicios de la puerta y oyendo los rumores, del concurso, o leyendo mal y de prisa los contradictorios relatos de los obligados cronistas; parvidades y probaduras que sólo sirven para estimular y enardecer los apetitos. Sagrario y Leticia, en cambio, habían traspuesto los umbrales, y eran ya espectadoras \_de adentro\_; más que espectadoras, figuras principales

de la gran comedia:  
les era permitido, una vez en escena, disponer libremente de los recursos propios para aspirar hasta al dominio de ella; mirar a los hombres cara a cara; provocar sus lícitos atrevimientos; poner a prueba la calidad y el temple de sus armas; luchar impertérritas y vencer valerosas, o sucumbir apasionadas, que este es el fin, más o menos remoto y a sabiendas, de todos los femeniles empeños en lo mejor de la vida, y a ese solo paradero se va por donde las mujeres andan, cargado el cuerpo de lujo y el alma de tempestades...; en fin, tocar y palpar las realidades de los sueños de la colegiala y de sus entusiasmos de recién llegada a las puertas del mundo.

Bien sabían las maestras con qué ansias aguardaba la neófita a que se las abrieran; y por saberlo tanto, se complacían en aguijonear sus impaciencias extremando el color de sus pinturas.

Todo cuanto se prometía, física y moralmente, en las niñas Leticia y Sagrario, quedó sobradamente cumplido en estas dos jovenzuelas. Leticia era una morena gallarda, correcta, sobria, \_expresiva\_ y dura, así de formas como de palabra; temible en el manejo de ciertos recursos externos, que en una gran parte de las mujeres resultan inofensivos accesorios, y en otras tantas no pasan de simples detalles decorativos de su belleza. Estas cosas, puestas en juego por Leticia, a pesar de sus pocos años, eran todo lo que había que ver. Con tal

destreza las  
concordaba, que del diabólico conjunto resultaba un  
arma tremenda, algo  
que llevaba la muerte en sus acometidas y era, al p  
ropio tiempo, escudo  
impenetrable. Cuanto más se la estudiaba, menos se  
la conocía y mayor  
era el empeño de conocerla. ¿Era frialdad de espíri  
tu o fortaleza de  
razón, la causa determinante de aquella su inaltera  
ble serenidad en  
todos los actos ostensibles de su vida? ¿Era leal e  
n sus amistades,  
noble en sus inclinaciones, sincera en sus informes  
, honrada en sus  
impulsos? Todo se podía creer y de todo se podía du  
dar, porque todo  
cabía en ella en opinión de todas sus amigas. Entre  
los hombres  
discordaban mucho los pareceres: según las ocasio  
nes y las  
circunstancias. En lo que convenían unos y otras er  
a en que Leticia  
había nacido con el «don de gentes», y en que no er  
a cosa llana predecir  
hasta dónde podía llegar la «mujer de mundo» formad  
a sobre la base de  
una joven de aquel carácter y de aquella singular n  
aturaleza.

¡Sagrario!..., el ruido, la inquietud, la intempera  
ncia, la vehemencia,  
la sinceridad, la pasión; el día y la noche, la ris  
a y el llanto. La  
curiosidad seguía devorándola, y la avidez de impre  
siones la consumía.  
No había asomo de juicio en aquella cabeza rubia qu  
e parecía el capricho  
de un pintor lascivo, ni tacha que poner a la hech  
cera envoltura de  
aquel temperamento tempestuoso.

--Va verás, ya verás--decía Leticia, andando Verónica en vísperas de echarse al mundo--, ya verás como ese cacareado león no es tan fiero como nos le pintan. Algo impone de pronto su mirada, y cierto respetillo infunden sus bramidos; pero con un poco de serenidad y otro tanto de cierta mafia que no ha de faltarte a ti, se le pasa la mano por el lomo y hasta se le pone bozal y se le liman las uñas, como a un falderillo de tres al cuarto.

--Lo mejor es--añadió Sagrario revolviendo un huracán con su abanico--, no tenerle pizca de miedo, aunque ponga en las nubes sus rugidos y te saquen tiras de pellejo sus zarpadas. Así hay lucha, y el triunfo resulta más sabroso. ¿Qué creerás tú que es lo más malo de esta bestia de mil caras? Las mujeres, ¡pásmate! Ahí están los rencores, las envidias y el veneno. Ésas, ésas son las que necesitan látigo y hierro candente: todas, y cada cual por su estilo, son peores. ¡Pero los hombres!: mansos, humildísimos borregos que se gobiernan con un hilo de estambre... No me dé Dios mayores enemigos.

--Según y como se los trate--se atrevió la novicia a replicar a Sagrario, mientras Leticia se sonreía maliciosamente.

--No hay más que un modo de tratarlos, que yo sepa--repuso la rubia con admirable sinceridad--: bien... Pero el caso es que aplicas este mismo procedimiento, generoso y cortés, a las mujeres, y

te resulta el efecto  
contrario; y cuanto mejor te portas con ellas, menos te quieren y más lo  
disimulan. ¡Si lo sé yo!

--¡Lo sabe! ¡Qué exageraciones!--exclamó aquí Leticia, no sé si por  
contener a Sagrario, o por irritar más sus intemperancias geniales.

--¡Exageraciones!--replicó la rubia imitando la voz y los ademanes de su  
amiga--. ¿Por qué? ¿Porque digo lo mismo que estás tú pensando?

--Pero, alma de Dios--repuso la otra--, si aún no hemos cumplido los  
veinte años, y no hace uno que andamos por el mundo, ¿cómo hemos de  
conocerle con tantos pelos y señales? ¿Qué sabes tú todavía cuál es  
bueno ni cuál es malo, tratándose de hombres y de mujeres?

--¡Mucho, muchísimo!--exclamó Sagrario en un arranque de cómica  
solemnidad--. Y dejemos a un lado los hombres, por ahora, que son unos  
infelices que no se meten con nadie; ¡pero las mujeres!... ¿Piensas que  
soy sorda? ¿Tiénesme por ciega? ¿Lo eres tú, por si acaso? ¿Y tantos  
años se necesitan, andando entre ellas, para observar cuándo sus besos  
son de judas, y puñaladas sus sonrisas?... Mira, \_Beronic\_ (la llamaban  
todos así, en francés, como la habían llamado en el colegio, por quitar  
el saborcillo sainetesco que teñía su nombre pronunciado en español), y  
no te lo digo por meterte miedo, sino por todo lo contrario: porque

sepas que, providencialmente y porque no aburran por  
r llanos los salones,  
hay esas escabrosidades en ellos; lo que pasa es es  
to... y tenlo  
presente para que no te acongoje al otro día la sor  
presa del hallazgo:  
por llegar, te comerán todas con los ojos; algunas  
te llenarán los oídos  
de lisonjas; otras, la cara de besos; tú estarás ru  
borosa, algo trabada  
con los estorbos de los elegantes arreos que nunca  
has arrastrado, y el  
flamear de los honores con que te reciben en el gra  
n mundo los veteranos  
de él; pues porque te turbas, porque te trabas, y,  
sobre todo, porque  
estás hermosa, te morderán las que te besan, las qu  
e te adulan y las que  
te miran: las unas con la lengua, las otras con los  
ojos; y si no fueras  
bonita, te morderían lo mismo por todos estos pecad  
os y por el de ser  
fea... ¿Te sonríes, Leticia?... ¡Qué pieza eres! Pu  
es mira, ni siquiera  
le pido a \_Beronic\_ las albricias del descubrimient  
o, porque esas cosas  
las he leído infinitas veces en libros de escarment  
ados. Lo que he hecho  
yo es comprobar el caso sobre el terreno, como ha d  
e comprobarle esta  
novicia, por torpe que sea de oído y de mirada, sie  
mpre que haga la  
observación con un poco de malicia. ¡Pues si llegas  
a \_tener ángel\_ para  
los hombres, y dan éstos en acudir a tu lado!... De  
risko que sean tus  
carnes, han de sentir la mordedura de la más blanda  
de boca.

Leticia soltó aquí la carcajada.

--¿A que te sangran a ti todavía las cicatrices?--l

e dijo Sagrario,  
encarándose valientemente con ella.

--¡Si no me río por eso, extremosa!

--Pues ¿por qué te ríes, prudente?

--Porque, en tu afán de abrir los ojos a ésta, vas a concluir por hacerle aborrecible aquello mismo que tratamos de hacerle amable... y que tanto nos gusta a nosotras.

--¡Bah!..., ese no es caso de risa.

--¿Lo dudas?

--Es que no lo creo. Te ríes de mis despreocupaciones, como tú llamas a esta claridad que yo gasto, lo mismo en hechos que en dichos. ¡Como tú prefieres el sistema contrario!... Pues mira, yo no me río del tuyo, que te lleva al mismo fin que el mío: cuestión de temperamento y de gustos. Por eso no le predico a ésta las ventajas de tal o cual camino para ir a donde nosotras vamos: lo mejor es dejar a cada cual que marche por donde más llano lo vea.

--Estamos conformes--dijo Leticia con gran formalidad, probablemente forzada--. Pero sea o no caso de risa lo del cuadro que pintabas, es lo cierto que tanto puedes recargarle de color, que llegue ésta a mirarle con miedo.

--Por eso mismo--replicó Sagrario, golpeando a la aludida en un hombro con el abanico cerrado--, he comenzado por advertir

la que se lo cuento  
para evitarle la sorpresa del hallazgo de ello; por  
que ha de saltarle a  
los ojos, más tarde o más temprano, eso que yo tengo  
o por uno de los  
bocadillos más sabrosos de la mesa de nuestro mundo  
... ¡Caramba, y qué  
bien salió este parrafejo! ¿Si iré para literata si  
n notarlo?... Con  
franqueza, \_Beronic\_..., y perdona tú, Leticia, si  
hallas algo  
\_shocking\_ la despreocupación: después del placer d  
e ser codiciada de  
los hombres de buen gusto, no hay otro que más hala  
gue mi vanidad que el  
ser envidiada y aborrecida de las mujeres elegantes  
.

Con esta explosión de las ingenuidades de Sagrario,  
cuatro mordiscos de  
la lima sorda de Leticia, y media docena de comenta  
rios de la neófita,  
no tan cortos de alcance como pudieron creer sus am  
igas, tomándolos en  
toda su apariencia, terminó aquella entrevista, que  
no la enseñó mucho  
más de lo que ella sabía o sospechaba.

V

Llegó, al fin, y por sus pasos contados, la tan esp  
erada noche de mi  
exhibición solemne. No conservo en la memoria los d  
etalles minuciosos de  
aquel acontecimiento, tan señalado en la vida de la  
s mujeres de mi  
alcurnia y de mis hábitos, porque, como todas las r  
ealidades muy



soñadas, ésta no me pareció de la magnitud en que me la habían forjado las quimeras de la imaginación.

»Recuerdo que precedieron a la fiesta largas horas de punzante inquietud, de ávida contemplación de mis flamantes y simbólicos arreos de batalla, tendidos sobre lechos, sillones y cojines: desde el menudo zapato de raso, hasta las flores de la cabeza, pasando por un océano de sedas, encajes, plumas y crespones; todo aéreo, todo casto, todo \_simple\_, como pedían y piden los estatutos de la \_Orden\_ para una doncella de mi edad y condiciones, a quien no le es lícito, \_todavía\_, albergar malicias en su cabeza ni torpes sentimientos en el corazón; otras horas, no tan largas, en lo más recóndito de mi gabinete, entre menjurjes, abluciones y atildaduras de tocador. En seguida, la ímproba y conmovedora tarea de vestirme todos los dispersos perifollos: allí mi madre, allí la doncella, allí la modista; yo, como un maniquí, rodeada de luces y de espejos. El vestido, sin mangas y casi sin cuerpo, dejábame las carnes, de cintura arriba, medio a la intemperie. Sentía yo la impresión del aire tibio, más que en ellas, en algo tan profundo y delicado, que, tras de golpearme las sienes, me obligaba a cerrar los ojos y a tirar del escote del vestido hacia arriba, y de las mangas hacia abajo; procedían en sentido inverso la modista y la doncella; sonreíase mi madre; quejábame yo de que era mucho lo descubierto;

replicábanme, que, por lo mismo, y por ser bueno, había que lucirlo;  
atrevíme a mirarlo más despacio, y resigneme al fin, porque quizás  
estuvieran ellas en lo cierto, amén de que lo imperioso del mandato  
quitaba todo pretexto a mis escrúpulos.

»Ya estaba armada de punta en blanco: nuevas combinaciones de luces y de  
espejos para verme a mi gusto por todas partes, y ensayar actitudes,  
movimientos y sonrisas, y sorprender a hurtadillas la grata impresión  
de todo ello en las caras de las tres espectadoras.

»En el salón inmediato aguardaba mi abuelo, que, en honor mío, había  
hecho aquella noche «la calaverada» de ir a admirarme «vestida de  
pecadora». Al verme aparecer, se quedó como asombrado. Pensé yo que se  
escandalizaba, y me cubrí el seno con el abanico. Me dijo a su modo  
muchas cosas, que tan pronto me sonaban a ponderaciones entusiásticas,  
como a lamentos de pesadumbre. Atájele el discurso poniéndole mi frente  
junto a su boca para que me diera un beso, y le pagué con otro resonante  
en la rugosa mejilla, y unos cuantos embustes cariñosos, de cuyo efecto  
mágico sobre el corazón del pobre hombre estaba yo bien segura.

»En esto, y mientras mi madre acababa de vestirse y de adornarse,  
dijéronme que mi hermano deseaba verme.

»Acudí a su cuarto. Estaba en la cama, descoyuntado entre mantas y

almohadones. Por verme entrar, me llenó de improperios; detúveme dudando  
junto a la puerta, y esto fue mi fortuna, porque con la última  
desvergüenza me arrojó la palmatoria, que se estrelló contra el espejo  
de un lavabo, a media vara de la cola de mi vestido  
.

»Volvime al lado de mi abuelo, entre asustada y risueña; y tras largo,  
interminable rato de esperar a pie firme, por no ajar la tersura de mis  
faldas, llegó mi madre con el aspecto y el andar de una matrona romana,  
ocultando la cruz de sus achaques y los estragos de la edad con el  
engaño de un cielo de fulgurante pedrería sobre otro caudal de sedas y  
artificios.

»Mi padre andaba aquella noche ciegamente empeñado en sus caballerías  
senatoriales; y con hartó sentimiento mío, no recibí los alientos de su  
aplauso en aquella mi primera salida a correr las aventuras por las  
encrucijadas del gran mundo.

»Recuerdo también la impresión que recibí al hollar por primera vez, y  
con pie inseguro, la espesa alfombra del salón de la fiesta. Fue aquello  
como una oleada de luz esplendorosa, de rumores confusos, de miradas  
punzantes, de sonrisas burlonas, de colores fantásticos y de aromas  
narcóticos, que se desplomó de pronto sobre mí agobiándome el espíritu y  
deslumbrándome los ojos. Aprensiones de mi inexperta fantasía, que  
exageraba enormemente el relieve de mi figura y el

espacio y el término  
que ocupaba en aquel cuadro.

»Pasó todo como el amago de un vértigo, por obra de  
un esfuerzo de mi  
voluntad y del auxilio discreto y oportuno de Leticia  
y de Sagrario.  
Logré hacerme a la fiereza del león, y atrevime en  
seguida a afrontar  
los lances del peligro.

»Para esta empresa contaba con un arma, en cuyo manejo  
era yo muy  
diestra, sin que nadie me le hubiera enseñado: el falso  
rubor de novicia  
en aquel pomposo ceremonial mundano. Nada como ese  
recurso para ver sin  
ser vista y ponerse en situación de aceptar lo cómodo  
y agradable, y  
desechar lo molesto, sin pecar de imprudente en lo  
primero, ni de torpe  
o de vana en lo segundo. Me salió bien la cuenta. Al  
amparo de la  
ficción, detrás de mi broquel de niña candorosa, mis  
malicias de mujer  
precoz escudriñaban todo el campo de batalla y conocían  
hasta las  
intenciones del enemigo, sin que el tiroteo de su obligado  
tributo de  
lisonjas y de galanterías me causara el más leve daño  
con las que de  
ellas eran necias o impertinentes.

»La exención absoluta del pesado deber de tomar en  
cuenta sandeces y  
majaderías, no tiene precio en casos tales, con la  
doble ventaja de que,  
a título de niña inexperta y ruborosa, la más trivial  
ocurrencia suena  
en sus labios a ingenioso concepto, y toda claridad  
, por amarga y cruda  
que resulte, queda triunfante y sin réplica.

»Y muy poco más conservo en la memoria de los lance  
s y sucesos de esta  
aventura, cuyo único mérito para formar capítulo ap  
arte, consiste en  
haber sido muy deseada, y la primera entre las de m  
i vida mundana; muy  
poco más, y eso en tropel confuso; verbigracia: la  
peste de los salones  
de entonces, y de ahora, y de siempre; esas criatur  
as sin sal ni  
pimienta, insípidas e incoloras, y, estaba por deci  
r, sin sexo ni edad,  
estúpidamente esclavas de los preceptos de la moda  
en el vestir, en el  
moverse y en el hablar; más que niños y mucho menos  
que hombres, con la  
insubstantialidad y la ignorancia de los unos, y lo  
s atrevimientos y los  
peores vicios de los otros; ridículos y feos, asalt  
ándome sin tregua ni  
respiro, devorando con ojos estrellados los replieg  
ues de mi escote, y  
exponiendo, como mérito sobresaliente para aspirar  
a mi conquista, el  
arrastré de las \_rr\_ de sus impertinencias y el hab  
lar a tropezones la  
lengua de Castilla, sólo porque sabían que yo me ha  
bía educado en  
Francia; las obligadas galanterías de los buenos mo  
zos, por lo común,  
más nutridas de malas intenciones que de agudezas;  
los enrevesados  
conceptos de los galanes presumidos y cortos de gen  
io; las protectoras  
sonrisas y las \_paternales\_ franquezas de los perso  
najes maduros, a  
quienes la edad y la fama autorizan para todo, hast  
a para ser  
descomedidos y groseros; los cumplidos extremosos,  
las ponderaciones de  
rúbrica y las forzadas protestas de cariño de vieja

s retocadas, de  
madres envidiosas y de jovenzuelas casquivanas como  
yo; el vértigo de la  
danza casi incesante, en brazos de unos y de otros;  
los sueños  
voluptuosos, o la tortura insufrible, según los cas  
os; más tarde, la  
agonía de la curiosidad, y la vista y el oído cansa  
dos por saberse de  
memoria las figuras, los colores y el rumor del cua  
dro, cuya luz se va  
velando por la evaporación del concurso y el polvil  
lo tenue de suelos,  
galas y afeites, y cuya atmósfera espesa, tibia y s  
aturada de perfumes,  
repugna a los pulmones y al estómago; después, el q  
uebrantamiento del  
cuerpo, escozor en los ojos, mucho peso en los párp  
ados, cierto deseo de  
bostezar... y, al cabo, la vuelta a casa, arrebuja  
da en pieles y casi  
tiritando en el fondo del carruaje; los elegantes a  
rreos de la fiesta,  
lacios y marchitos, arrojados con desdén en los sil  
lones del dormitorio;  
y, por último, el meterme en la cama con la impresi  
ón de un escalofrío;  
el cerrar los ojos y el sentir en el cerebro las ca  
ras, los colores, los  
sonidos, las alfombras, los espejos, las bujías, lo  
s lacayos, toda la  
casa, toda la fiesta hecha un revoltijo, una pelota  
, aporreándome los  
oídos y las sienes: la memoria embrollada, el coraz  
ón entumecido, la  
inteligencia embotada para todo discurso; y persigu  
iéndome y asediándome  
entre tan cerrada obscuridad, la extraña persuasión  
, clara como la luz  
del día, de que nadie me había puesto aquella noche  
tantos defectos ni  
me había rebajado tanto en la escala de las elegant

es, de las discretas  
y de las hermosas, como mi amiga Sagrario.

## VI

El goce libre y frecuente de estas fiestas y otras semejantes, me enseñó bien pronto que, o no había en el mundo naturalezas de acero para salir sin mella de los combates más rudos, o a mí me había a tocado en suerte una de las mejor templadas. Efectivamente: era yo, a pesar de mis pocos años, mucho más serena y menos impresionable entre la baraúnda del comercio galante, de lo que me había imaginado antes de conocer de cerca esas cosas. Aunque no era incombustible por completo, tenía todas las posibles ventajas para jugar con el fuego sin consumirse estúpidamente en él. De lo cual me alegré sobremanera, porque no es la vida de las mujeres «de mundo» tira tan larga, que no importe, ir cediendo a cada paso jirones de ella.»

Mientras se fue dando cuenta de este hallazgo, ocurrieron en su familia muy señalados acontecimientos. El primero fue la muerte de su hermano. El tema de los caprichos de esta infeliz criatura había llegado a lo inverosímil, como su existencia entre el enjambre de enfermedades que la consumían. Antojáronsele cerezas frescas en el mes de Diciembre, y no cabiendo en lo humano adquirirlas así a ningún prec

io, ni  
falsificarlas, como se había hecho con tantas otras  
cosas falsificables  
en idénticos casos, creció con el obstáculo la fuer  
za de su empeño,  
llegó la corajina al paroxismo; y aquel hilillo ten  
ue de vida, a tan  
duras penas conservado, se quebró de pronto como el  
de una tela de  
araña, sin un sonido ni una vibración.

Este suceso, como si se contara con él, ya que no f  
uera deseado, no  
arrancó una lágrima siquiera en la familia. Produjo  
cierta tristeza que  
parecía nacida del corazón, por lo que toca al marq  
ués y a su mujer. En  
cuanto a la hija, la dio demasiado en qué pensar la  
nueva jerarquía en  
que volvía a colocarla la muerte de su hermano. Por  
decreto de ella,  
dejaba de ser simple y desdeñada segundona, y recob  
raba sus  
prerrogativas de primogénita y única heredera de lo  
s títulos y bienes de  
la casa, condición de gran monta para ella, desde q  
ue sabía, por propia  
observación, lo que vale y lo que cuesta la vida do  
méstica y social de  
las mujeres de su alcurnia. No era de temer ya la s  
orpresa de un nuevo  
varón que de la noche a la mañana volviera a despoj  
arla de sus  
recobradas preeminencias; pero es indudable que las  
hubiera dado mayor  
importancia, y por muy distinto motivo que entonces  
, si el suceso que se  
las restituía hubiera ocurrido en aquellos tiempos  
en que las  
inexplicables injusticias de su madre la tenían rel  
egada a los últimos  
rincones de la casa. Miseriucas del corazón humano.



Por lo demás, ocurrió lo de costumbre en tales ocasiones: varios días de duelo, más o menos cordial; visitas de \_íntimos\_ a todas horas del día y de la noche; cumplimientos falsos de amigos cumplimentos; tertulias reducidísimas y taciturnas, los primeros días, que fueron poco a poco animándose y creciendo; un luto reducido al \_mínimum\_ de lo que permiten las cláusulas de lo regulado para tales ocasiones; transformación radical del gabinete mortuario, por renovación de muebles y decorado, etcétera, etc... y a las tres semanas, desaparición completa de toda huella material del breve y doloroso tránsito de aquel desdichado ser por las asperezas de la vida, y absoluto olvido de su nombre en las conversaciones y en la memoria de los vivos.

En el alivio andaban de su luto, harto aliviado desde el primer día, cuando el abuelo, que en virtud de su avanzada edad y de sus incurables padecimientos, había consentido en cambiar su soledad por la compañía de sus hijos, llamando a la nieta a su gabinete una mañana, la dijo con voz entrecortada y sepulcral:

--Me muero, sin remedio, antes del mediodía. Adviértelo en tu casa del modo menos estrepitoso que puedas, y hazme el favor de mandar que venga un cura para confesarme... y por si no tengo tiempo para advertírtelo después..., escúchame ahora unos instantes... A pesar de las sangrías

espantosas hechas a mi bolsillo por tu madre, todavía os dejó una gran fortuna, como veréis por el testamento cerrado, cuya copia hallaréis en mi pupitre. Convencido de que tan pronto como echen la zarpa a ese caudal, la insensatez de tu padre y la loca vanidad de tu madre han de despilfarrarlo en cuatro días, he procurado dejar a salvo, en beneficio tuyo, cuanto la absurda ley vigente me permite... Pero si he de decirte lo que siento, no fío de tu cordura mucho más que de la de tus padres. La única ventaja que les sacas es que tienes mejor entendimiento que ellos. Lo que llevas visto de ese mundo que tanto os seduce, te habrá enseñado a conocer lo que vale el dinero para andar por él triunfando, y lo que importa a los mundanos no arruinarse. Esto es lo que quiero que no olvides y encomiendo a tu buen entendimiento, para que hagas, por egoísmo siquiera, lo que no me atrevo a esperar de tu virtud... Porque, hija mía, yo te quiero mucho, muchísimo, mucho más de lo que puedes imaginarte; pero con todo lo que te quiero, en lo tocante a pompas y chapucerías mundanas, ya te lo he dicho, no fío gran cosa de la veta que sacas, ni del aire que llevas por el camino que sigues... Perdona la franqueza, que a ella me obligan el amor que te tengo y el trance en que me hallo... Y ahora, un beso... ¡el último, hija mía! ¡Y que Dios haga el milagro de infundir con él, en lo más hondo de tu corazón, los sentimientos que llenan el mío en este instante!

Jamás habían vertido los ojos de la joven lágrimas tan cordiales ni tan copiosas como las que entonces corrieron a lo largo de sus mejillas, ni su pecho se había sentido agitado por tan hondas impresiones como las que la dominaban mientras el amoroso anciano estampaba en su frente, inclinada hasta tocar su boca, un beso trémulo, convulsivo, frío como la losa de un sepulcro.

Y todo sucedió como él lo había dispuesto y vaticinado: se confesó a las once, comulgó a las once y media, y se murió antes de las doce.

¡Cuánto lloró Verónica aquel día, y al siguiente, y con qué fervor rezó por el alma del muerto, y con qué sinceridad prometió a su memoria grabar en el corazón sus últimas advertencias, y ajustar a ellas todos los actos de su vida!

Tardó mucho en acostumbrarse a contemplar con ojos enjutos y corazón tranquilo, la soledad y el silencio de aquel gabinete en que tantas caricias y tan repetidos testimonios de entrañable amor había recibido del doliente octogenario. De todo lo cual se deduce que quería de veras a su abuelo.

La marquesa, cuyos males la impedían entregarse por entero a los rigores de la pesadumbre que le correspondía por la muerte de su padre, se asombraba de las lágrimas y de las tristezas de su hija, y la conjuraba, en frase dura y seca casi siempre, a que se volviera

a a lo suyo,  
«dejándose de gazmoñerías sentimentales, que ya chocaban a las gentes».

--¡Dichosa ella!--solía decir el marqués, interviniendo en el caso algunas veces, mientras se paseaba por el gabinete, con las manos en los bolsillos, las cejas y los labios contraídos, la cabeza humillada y los ojos chispeantes, derramando la mirada, que quería ser triste, por los dibujos de la alfombra--. ¡Dichosa ella, que está en la edad de las grandes impresiones, y puede llorar para desahogo del corazón oprimido! Llorar, llorar, hija mía; que con las lágrimas se honra a los muertos y se cumple con las leyes de Dios y de la Naturaleza. ¡A y de nosotros, que, sintiendo tanto como tú, no podemos llorar!

Y en esto miraba con el rabillo del ojo a su mujer, que le respondía con un gesto de aire colado.

La herencia fue pingüe de veras. Cortijos en Andalucía, dehesas en Extremadura, casas en Madrid, papel del Estado, acciones del Banco de España..., de todo había mucho y bueno, libre y desemeñado.

Un día se hizo el recuento, y resultó que las rentas de este caudal pasaban de cuarenta mil duros. Con ellos, y lo que quedaba de los bienes del marqués y de la dote de la marquesa, se podía calcular la renta en un millón de reales. Verónica había sido mejorada en tercio y quinto, y esta mejora estaba asegurada, entre el cuerpo de bi

enes, con cuantas ligaduras eran de apetecer, según la sabia y cariñosa previsión de su abuelo.

Muy pocas horas después de hecho este cálculo, fue cuando a la marquesa se le ocurrió caer en la cuenta de que con la muerte de su padre y de su hijo, aquella casa que habitaba tanto tiempo hacía, en la calle de Hortaleza, le parecía un cementerio sombrío: veía a las «queridas prendas» de su corazón, doloridas y agonizando, en cada rincón, en cada mueble y a cada instante; su espíritu, tan combatido por los males del cuerpo y por las tristezas del alma, no estaba para grandes pruebas, y le era indispensable «salir de allí... a cualquiera parte».

El marqués, que «estaba en todo», como él decía, asintió inmediatamente al reparo de su mujer; y como comprendía muy bien «la situación de las cosas», añadió que era de urgente necesidad tomar otra casa de mejores horizontes, de más luz, de más aire, más capaz y más alegre. Debía pensarse hasta en un \_hotel\_ en Recoletos o la Castellana; pero sólo pensarse por entonces. Entre tanto...

Entre tanto, se alquiló un vastísimo principal en la calle de Alcalá, por la miseria de tres mil duros al año; y como no era cosa de ir a habitarle tal como lo habían dejado los últimos inquilinos, ni de trasladar a él los muebles de la calle de Hortaleza, tan llenos de

tristes recuerdos, y tan pasados de moda los más de ellos, hubo necesidad de hacer obra en la nueva casa y de encar gar el necesario y conveniente ajuar para ella. En lo tocante a la obra, una vez acordada, o hacerla útil, o no hacerla. Cada inquilino tiene sus necesidades y sus gustos, y los de la marquesa eran distintos en todo, por las trazas, de los de las gentes que habían precedido a su familia en la casa de la calle de Alcalá. En la cual había muchos gabinetes con un solo salón; y precisamente necesitaba ella, por razón de aire y de holgura, tan indispensables para su salud, muchos salones y pocos gabinetes, comedor amplísimo y vestíbulos desahogados. A este fin, no quedó un tabique en pie; se encargó el plano de la nueva obra a un arquitecto; y como en el piso había tela en que cortar, todo se hizo al gusto de la marquesa, que halló en estos entretenimientos ocasión de invertir las largas e insípidas horas que traen consigo la esclavitud y la tristeza de un luto riguroso, como el que la familia vestía entonces.

Aplaudían los amigos de la casa el gusto y la esplendidez de la marquesa, a quien atribuían exclusivamente la dirección de todo aquello, mientras la interrogaban con un gesto, por no atreverse a ser más explícitos con la lengua, al recorrer una verdadera serie de salones fastuosamente decorados. Respondía ella con otro gesto que, cuando menos, significaba que había comprendido la pregunta; y algo parecido le

ocurría a su marido con los \_hombres políticos\_, que casi le formaban un cortejo diariamente desde lo de la herencia, y poco más o menos le sucedía a la hija con sus amigas; sólo que éstas eran más claras en el preguntar, y ella menos encogida en el responder, por lo mismo que estaba bien persuadida del destino de aquellos desfilfarros, desde que su madre apuntó en la calle de Hortaleza la necesidad de vivir en casa de mayor calibre.

Al fin se terminaron las obras y el luto; invadieron la nueva casa mueblistas y tapiceros; llenáronse suelos, paredes y techos de ricas alfombras, de espejos colosales, de cuadros y tapices valiosísimos, de arañas estupendas y de muebles caprichosos; llovieron esculturas y monigotes por todos los rincones y tableros de mesas y veladores; atestáronse de primorosas y artísticas vajillas los aparadores del comedor, que era un bosque de roble tallado y un bazar de porcelanas, bronces y cristalería, tapizado de cuero cordobés; no quedó cortinón de vestíbulo ni de puerta de tránsito sin su correspondiente escudo nobiliario; y cuando ya estuvo todo en su punto y sazón, y la servidumbre arreglada a las exigencias del nuevo domicilio, y cada criado en su puesto y convenientemente vestido, y la cocina humeando, con su \_jefe\_ bien enmandilado y mejor retribuido, con su trailla de marmitones y ayudantes, en un lujoso landó, arrastrado por dos bríosos

alazanes ingleses, y conducido por un cochero colosal, envuelto el cuerpo en un océano de paño gris, y media cara y los hombros en otro mar de pieles erizadas, guantes por el estilo y alto sombrero con cucarda por coronamiento de esta silueta de oso polar, llevando a su izquierda, como su reflejo en más reducidas proporciones, el correspondiente lacayo, se trasladó la familia al flamante albergue, dejando en el otro lo poco que quedaba de los ya casi borrados recuerdos que habían sido la disculpa de la mudanza, y hasta el polvo de las suelas del calzado.

Todo este boato, con el apéndice de otro a su consonancia en cuadras y cocheras, costó mucho más de cincuenta mil duros; y me consta que por no haber tanto dinero disponible en casa, se vendieron papeles que lo valían, prefiriendo el marqués sacar esta primera cucharada del ollón de la herencia, a someterse a la tiranía de la usura, y sobre todo, al bochorno de inaugurar con una deuda aquella nueva y esplendente fase de su vida social.

## VII

Y aconteció muy luego lo que a la vista estaba desde que la marquesa apuntó la idea de dejar la casa, relativamente modesta, de la calle de Hortaleza; y fue de este modo: el marqués insinuó \_



compromisos\_ de  
banquete a sus amigos políticos; la marquesa invocó  
\_deberes\_  
ineludibles de responder a súplicas de sus amigas,  
dando a aquellos  
hermosos salones su verdadero destino; es decir, es  
trenándolos con un  
baile que, sin gran esfuerzo, haría raya entre las  
fiestas del «gran  
mundo» madrileño, habidas y por haber; reforzó el p  
rimero sus razones de  
preferencia, sin negar la gravedad de los compromi  
os de su mujer,  
exponiendo deudas de gratitud con los personajes qu  
e, para entretener  
sus apetitos senatoriales, acababan de ofrecerle un  
distrito vacante en  
Ciudad Real, para diputado a Cortes; insistió la ma  
rquesa en su empeño a  
favor del baile, sin negar el compromiso del banque  
te; replicó el  
marqués, llevando la contraria, hasta con textos de  
Maquiavelo y de  
Bismarck; y, por último, terció Verónica, que se ha  
llaba presente en la  
porfía, proponiendo que se diera una fiesta que tuv  
iera de todo: una  
recepción, por lo más alto, en la cual anduviera el  
rumbo del comedor al  
nivel del brillo de los salones.

Y así se hizo quince días después.

No es cosa averiguada enteramente si la fiesta caus  
ó en la \_opinión  
pública\_ todo el efecto que la marquesa había soñad  
o; pero no tiene duda  
que concurrieron a su casa aquella noche muchas y m  
uy distinguidas  
gentes; que bailaron mucho y que devoraron mucho má  
s; que hubo  
hiperbólicas ponderaciones, en variedad de tonos y

estilos, para la casa  
y para sus moradores, por el buen gusto, por la riqueza, por lo de los salones y por lo del comedor; que al día siguiente soltaron en los papeles públicos los cronistas obligados de fiestas como aquélla, toda la melaza de su trompetería de hojaldre, para declarar, urbi et orbi, que los marqueses de Montálvez eran los más ricos, los más distinguidos, los más amables marqueses de la cristiandad y sus islas adyacentes, y su hija, la joven más bella, más espiritual y más elegante que se había visto ni se vería en los fastos de la humanidad distinguida, es decir, del «buen tono»; en virtud de todo lo cual, aquel baile debía repetirse para gloria de la casa, ejemplo de otras por el estilo, y recreo de la encopetada sociedad madrileña; y finalmente, que se contaron por miles los duros que costó aquel elegante jolgorio, y que el marqués tuvo necesidad de meter, por segunda vez, la cuchara en la olla grande para pagarlos, por los consabidos temores a la usura y las propias repugnancias a las deudas.

El cual marqués llamó a capítulo de familia para reflexionar, para discutir, para resolver (todos estos términos usó) acerca de aquel cariñoso vocerío de los papeles, y sobre más de otros tantos memoriales enderezados al mismo fin, que en la intimidad de la conversación le elevaban en los pasillos del Congreso, en los corredores del teatro y en las encrucijadas del Retiro, las eminencias de l

a política, los  
Cresos de la banca y las lumbreras de la literatura  
, con quienes él se  
codeaba a cada instante; a la cual lista añadió su  
mujer inmediatamente  
otra tan larga, más o menos auténtica, de sollicitan  
tes de la flor y nata  
del mundo elegante; lista que reforzó la hija con u  
n imaginario, pero  
verosímil, catálogo de pretensiones idénticas, arra  
ncadas del ancho  
círculo de sus amigas y aduladores.

Ciertamente que (en opinión del marqués, el cual, c  
on olímpica  
solemnidad, hizo un detenido resumen de estas circu  
nstancias) el éxito  
excepcional de la reciente fiesta, las condiciones  
singulares de la  
casa, la respetabilidad de los timbres de familia,  
más brillantes y  
esplendorosos desde la herencia del «inolvidable an  
ciano»; su (del  
preopinante) cada día más señalada significación en  
el agitado campo de  
la política española; la evidente y poderosa necesi  
dad de aliviar los  
dolores físicos de la marquesa con esparcimientos r  
acionales, a la vez  
que enérgicos, del espíritu; la edad de su hija, su  
s prendas personales,  
sus conveniencias de hoy, su porvenir... todo, todo  
, absolutamente todo,  
justificaba el persistente clamoreo, se imponía al  
criterio vulgar de  
las gentes precavidas y juiciosas, y exigía de ello  
s un «generoso  
esfuerzo, por encima de toda reflexión egoísta, de  
todo razonamiento  
matemático».

La marquesa y su hija fueron del parecer del marqué

s, y hasta se  
creyeron conmovidas con los períodos más elocuentes  
de su discurso;  
razón por la que se decretaron las instancias «como  
se pedía...» y un  
poquito más, en cortés y debida correspondencia. ¡Ni  
más ni menos que si  
el marqués y la marquesa creyeran que en aquel acto  
cedían sorprendidos  
por la fuerza de las circunstancias, y no al acepta  
do y bien consentido  
imperio de sus nativas vanidades! ¡Como si su hija,  
tan opuesta por  
temperamento a todo linaje de fingimientos y disimu  
los, no supiera que  
antes de insinuarse la pretensión en las pocas pers  
onas que la  
manifestaron, ya tenía, cada uno de los tres, resue  
lto el caso en la  
mente!

Hubo, pues, andando los días, y no muchos, un baile  
en la casa, tan  
brillante y tan celebrado como el anterior; pero no  
a título de «otro  
baile más», sino como el primero de una larga y ost  
entosa serie de  
ellos. Y colocado ya el asunto en esta pendiente, y  
rodando las cosas  
por su propio peso, un día, a fin de entretener mej  
or los largos  
intervalos entre fiesta y fiesta, los amables y agr  
adecidos marqueses de  
Montálvez hicieron saber a sus \_íntimos\_ que todos  
los jueves \_se  
quedaban en casa\_.

Y se quedaron en ella todos los jueves, conforme a  
lo prometido.

A los bailes concurría \_todo Madrid\_, lo más cogoll  
udo y rechispeante de

la aristocracia, de la banca, de la política, de las artes y de las letras. Aquellos salones deslumbrantes de luz, saturados de perfumes, henchidos de bellezas cargadas de lujo y de pasiones; el incesante crujir de las telas; el ondular de las colas, arrastradas sobre los aterciopelados tapices; el rumor de las conversaciones, el centelleo de las joyas, los suaves acordes de la invisible orquesta, y el flujo y reflujo de la muchedumbre, verdadero mar de colores y sonidos derramado por aquellos ámbitos esplendentes, ora en impetuoso torbellino agitado por los huracanes de la danza, ora en sosegado vaivén durante los intermedios; toda aquella magnificencia, en suma, toda aquella pomposidad babilónica, ejercía sobre el espíritu cierta impresión de borrachera, que disculpaba, en lo humano, el éxtasis en que el marqués admiraba el espectáculo, la pasión con que la marquesa \_hacía\_ los honores\_ de él, y la voluptuosidad con que la hija se dejaba mecer sobre el oleaje de aquella tempestad de deleites.

Después de bailar se cenaba; y las concupiscencias de Lúculo emulaban el fausto de Nabucodonosor.

La concurrencia de los jueves se componía de un poco de todo lo de las grandes fiestas, y no se admitían presentados; «amigos de confianza» que \_hacían\_ política y administración y ejército, y hasta el amor, y discretaban, según las edades, los caracteres y los sexos; algo de

tresillo, mucha murmuración al calor de la chimenea, música a ratos, alguna vez lecturas, y, en ocasiones, baile. Por conclusión, té con pastas.

Muchos de estos amigos comían en la casa cada lunes y cada sábado, porque también figuraba este renglón en el programa de los usos elegantes y distinguidos de la familia.

Sumando con ellos las recíprocas a que ésta tenía notorio derecho, y no se le escatimaban ciertamente; su turno en el Real; su día de moda en el Español y en otros teatros más; las indispensables exhibiciones en carruaje abierto; las tareas distinguidamente devotas y benéficas de la marquesa, que a la sazón era presidenta y directora de no sé cuántas congregaciones cristianas, particularmente la de las Madres ejemplares, fundada por ella, y la de Doncellas humildes y temerosas de Dios, a la que pertenecía la hija, y por eso concurría a sus asambleas cada miércoles y comulgaba dos veces cada mes en las Calatravas; y, por último, sus excursiones veraniegas por todo lo más distinguido y más caro de las regiones europeas a estos esparcimientos destinadas por la moda, ¿qué extraño es que no le quedara una sola hora, un solo minuto para vivir en familia, para mirar por dentro las prosaicas mecánicas de la vida normal, para traer a las mentes las cuerdas advertencias del olvidado abuelo..., para contemplar, siquiera,

desde el punto de la pendiente rápida en que se halaba, el necesario e inevitable paradero, término fatal y merecido remate de tan locos despilfarros?

Y lo peor era que el principal y mal forjado pretexto de ellos, cada día los desacreditaba más; porque las dolencias de la marquesa parecían crecer a medida que eran mayores y más caras las distracciones con que las combatía. Pensaba la infeliz que, devorando sus quejidos y tapando con sonrisas forzadas la expresión de sus tristezas, y con drogas y menjurjes el color de la agonía y las arrugas de los años y de las zarpadas de la enfermedad, ni ésta avanzaba ni las gentes la velan; sin caer, o mejor dicho, no queriendo caer en la cuenta de que aquellos esfuerzos del ánimo, con aquel vivir sin sosiego, eran a sus males lo que el combustible a la hoguera: cebo que los alimentaba y los embravecía. Porque la vanidad, el demonio de las mujeres «de mundo», la poseía de pies a cabeza; y por eso, solamente era devota y benéfica en cuanto sus actos pudieran lucir en honra y gloria de sus humos de aristócrata acaudalada, y se dejaba arrastrar sin resistirse hacia las fauces del monstruo que la fascinaba, como el borracho contumaz hacia el lento suplicio de la taberna.

Mejores frutos pensaba haber sacado el marqués de la vida aparatosa que traía; porque, al cabo, ya que no la senaduría, que tanto le halagaba,

había logrado la limosna de un asiento ministerial en los escaños del Congreso; y, sin embargo, cotejando el valor de su conquista, reducido, en substancia, a la gloria dudosa de haber pronunciado un discurso de dos horas mortales sobre la langosta de la Mancha, que no escucharon más que los taquígrafos y unos cuantos babiecas inexpertos de las tribunas; al trabajo imponderable y continuo de atormentar subsecretarios y directores, recomendándoles las querellas de todo linaje de pretendientes desvalidos, con el único fin de acreditar sus influencias; al oneroso vicio de solemnizar con un té a «sus amigos políticos» cada discurso del Presidente del Consejo, o cada batalla ganada por el Ministerio a las revoltosas oposiciones; a no tener hora ni punto de sosiego, por estar pendiente de sus deberes de padre de la patria y creerse obligado a tomar por lo serio y a sentir en su ministerial epidermis cuantas cuchufletas y alegatos contra la situación leyera en la prensa opositora, y la leía de cabo a rabo, y a algunas cosas más por el estilo; cotejándolo todo, repito, con lo que le había costado en desaires, en paciencia... y en banquetes, la ganancia no resultaba del todo apetecible para un ambicioso de los más usuales. Pero, al fin y al cabo, gozaba de veras el pobre hombre, era dichoso por completo; y tan absorto le traían las preocupaciones del oficio y los deberes y solaces de su vida doméstica y social, que e hasta había perdido



enteramente aquel su hidalgo aborrecimiento a las deudas y a la usura, y ni siquiera reparaba cómo este mal demonio de los ricos desatentados le iba hincando las unas en lo más vivo, en lo más honrado, en el mismo corazón de la «olla grande».

## VIII

En este método de vida, y sin pensar en abandonarle, porque no conocía otro más divertido, cumplió Verónica los veintidós años. Decían los cronistas de salones por escrito, y de palabra el enjambre de aduladores que cenaban en su casa y la perseguían en las ajencias, que era, por entonces, el dechado de todas las perfecciones escultóricas y el conjunto de todos los donaires del ingenio. Sin ser la cosa para tanta ponderación, es innegable que la madre naturaleza no la había escaseado los dones que más seducen y alucinan a los hombres de escogidos gustos, y más provocan las rivalidades y antipatías entre las mujeres que carecen de ellos, o no los poseen en tan alto grado. De ambos efectos tuvo copiosas pruebas.

Pero la tachaban, con pesadumbre los unos y con visible delectación las otras, de descorazonada y mordaz; y creo que tampoco estaban en lo justo los hombres ni las mujeres que tal afirmaban. No le faltaba corazón en

el sentido en que lo entendían aquellas gentes. Lo que ocurría, a mi entender, era que hasta entonces no había hallado cosa de su gusto en que emplearle, ni sentido sería tentación ni punzante deseo de trocar la divertida y risueña libertad que gozaba, por la relativa opresión de la cadena de flores, pero al fin cadena, con que se estimulan ciertas concupiscencias femeniles al cambiar de estado en aquella edad y en la esfera social en que ella vivía. Tan atestados tenía a los oídos de lisonjas, tan repetido llegó a ser el tema \_amoroso\_ con que la asediaron galanes de todas las imaginables cataduras, que ya consideraba el caso como una rutina obligada en los usos de la buena sociedad; le sonaban aquellos arrullos como un ruido más de los ruidos del mundo, y pasaban con éstos sobre ella como el aire sobre las rocas.

No es esto decir que todo le fuera lo mismo y que no hubiera en el ancho círculo de sus relaciones sociales algo en que detener la imaginación y con que apacentar los deseos, ni, por tanto, me atrevo a afirmar que no hubiera sido otra su conducta bajo el imperio de otras leyes de moral enteramente distintas de las que rigen en las culturas europeas; pero, aceptando el cargo \_en derecho constituido\_, como dicen los jurisconsultos, y pareciéndole, para juego, muy insubstancial el de los amoríos \_a turno\_, su cabeza, contra lo que se refiere de los ímpetus de la edad y de las rebeldías de la carne,

se imponía sin gran  
esfuerzo a toda esa caterva de impulsos pasajeros,  
tan mal llamados, por  
falta de experiencia o por sobra de malicia, «arran  
ques del corazón».

Dueña, pues, de sí misma y con sereno juicio; alegr  
e por carácter,  
cortés por educación, y tomando a broma los galante  
os y a diversión las  
flaquezas de los demás, no es extraño que en sus pr  
ocedimientos, en su  
conducta y en su lenguaje, abundaran más las notas  
de color alegre, si  
vale el símil, que los tonos severos de las natural  
ezas profundamente  
sensibles y reflexivas. A esto se llamaba mordacida  
d, con bien poco  
fundamento, a mi juicio.

Lo que no tiene duda es que por entonces gozó de mu  
cha celebridad en el  
«gran mundo» madrileño; o, hablando más adecuadamen  
te, estuvo \_de moda\_  
en él. Se atrevió a enmendar la plana a las reinant  
es, así en el vestir  
y aderezarse, como en el andar; formaron escuela su  
s atrevimientos, y  
hubo peinados, y abanicos, y hasta actitudes con su  
nombre;  
ambicionábanse sus saludos y sonrisas en la calle y  
en los espectáculos,  
entre los hombres y los mocosos \_distinguidos\_, cas  
i tanto como los del  
\_Tato\_ o los de la Alboni; rayáronle el afrancesado  
\_Beronic\_ con que  
desde su salida del colegio la habían confirmado su  
s amigas, por horror  
justificable al sainetesco nombre con que fue casti  
gada en la pila, y la  
llamaron todos, en papeles y corrillos, para colmo  
de su gloria y sello

de legítima calidad, \_Nica Montálvez\_.

En las grandes fiestas de su casa, o en otras semejantes fuera de ella, era donde los donaires de su ingenio y la pimienta de su natural desenfado se derramaban en mayor abundancia y lucían en todo su ponderado alcance. Estaba allí como el pájaro en la selva, cantaba donde, cuando y lo mejor que le parecía, porque la misma multitud le servía de escondite, y su obligada agitación disculpaba sus incesantes vuelos de rama en rama; y como los hombres tontos son los ecos de estas \_soledades\_, siempre había flotando sobre los rumores del concurso alguna melodía de sus cánticos, llevada de boca en boca, con la mejor intención del mundo, pero con el afán y la rapidez con que se propagan de ordinario todos los falsos testimonios. Parecía cosa convenida que todos sus actos habían de ser originales y todas sus palabras agudezas.

Otra bien distinta era su conducta en la intimidad de las tertulias de su casa. Y, sin embargo, estaba allí más a gusto y en su elemento que en todas partes, con ser el círculo tan estrecho y tan limitados los pasatiempos. Porque, contra lo que publicaba la fama, y aun contra mucho de lo que ella misma juzgaba de su propio carácter, había en el fondo de éste, cuando se trataba de recrear un poco el espíritu, cierta oculta preferencia por el examen íntimo de las cosas, entre éste y el conocimiento de ellas por medio de las impresiones

súbitas, como si la  
cautivara más el detalle que el conjunto.

De todas maneras, llegó a haber motivos muy considerables para que, aun  
sin contar con aquella su natural inclinación, consagrara más hondo,  
interés a sus reuniones de confianza, que a las ruidosas solemnidades  
del «gran mundo».

Componíanse aquéllas, como ya se ha dicho, de un poco de todo lo de  
éstas, y no era en conjunto tan escaso que no diera para satisfacer los  
gustos y las aficiones de los tertuliantes. Los había de una tenacidad  
de hierro para el tresillo, apegados a la mesa como la ostra al peñasco.  
Por lo común, eran gentes desabridas y regañonas; y en sus peleas contra  
las veleidades de la baraja, siempre llevaban la parte más cruda unas  
cuantas viejas aristócratas, como si el ochavo que allí disputaban  
encarnizadamente alcanzara a tapar los descubiertos y trampas en que  
vivían, por culpa de sus despilfarros y disipaciones.

De estas \_partidas\_, que en ocasiones parecían de bandoleros, había  
varias, y estaban siempre a matar con la gente joven que hablaba recio y  
se movía mucho en las inmediaciones; la cual gente, capitaneada por la  
revoltosa Sagrario, más alborotaba en el salón, cuanto más fuerte  
protestaban contra el alboroto los tresillistas del gabinete. En otro  
frontero a él, donde la marquesa permanecía más de continuo,

arrellanada en un sillón junto a la chimenea, se reunían los íntimos del marqués, desde luego, y poco a poco los aburridos de las demás secciones, que acudían al calorcillo de los debates que sustentaban los personajes de la política, y a la golosina del chiste, más o menos culto, de algunas damas de \_mucho correa\_, y de otros tantos galanes de \_buena sombra\_.

Como \_Nica\_ lo pudiera remediar, no salía de allí; y no por el chiste, precisamente, ni mucho menos por los discursos políticos, sino porque había, en lo que pudiera llamarse núcleo de esa tertulia, algo que tenía su lado pintoresco y su lado interesante para una observadora como ella.

El primero que llegaba siempre a aquel lugar de preferencia, era el señor don Mauricio Ibáñez, hombre de \_cierta edad\_, de mucho pelo castaño y sin canas, anchas patillas y poca frente, mucha ceja, labios gruesos, largos dientes y muy blancos, nariz cuadrada y ojos de asombro continuo, buen color, poca estatura, elevado pecho, brazos largos y manos enormes con dedos descomunales. Era banquero muy rico, y parecía querer darlo a entender en su persona cargándola de oro y pedrería, de paños finísimos y de holandas impalpables; y además, caballero gran cruz de Carlos III, y capaz de pesar en oro al ministro que le diera el derecho de poner sobre el escudo de armas que ya usaba en sus tarjetas, siquiera la más modesta de las coronas nobiliarias.

Tenía este prurito y el de hablar bien y formalmente de todas las cosas. Había sido dos o tres veces diputado por un distrito de la provincia de Cáceres, de la cual era nativo él. Sin embargo, nunca pudo «romper a hablar» a su gusto, aunque había quedado bastante satisfecho de sus tentativas: dos preguntas breves al ministro de la Gobernación, sobre otros tantos expedientes detenidos en aquel centro, y una presentación a las Cortes de una exposición de varios ganaderos de su distrito, que solicitaban no sé qué franquicias o privilegios para los exportadores de reses cebadas. Llamaba él hablar a su gusto, ser afluente, verboso; «porque--decía--no es la palabra lo que a mí me falta, pues que todas las que oigo en boca de los demás me suenan a conocidas, sino otra cosa en que no puedo dar de pronto. Que se me dice, a lo mejor, pongo por caso, que esto es blanco... y que tal y demás, y que a mí me parece negro; pues con decir esto solo, ya se me acabó la cuerda, y no hallo el modo de seguir por esa ruta, como siguen otros, diciendo que arriba y que abajo... y que tal y demás».

Aun sin el ejemplo que él ponía, se echaba de ver bien pronto que lo que le faltaba al reluciente don Mauricio, eran ideas para construir y exornar sus malogrados discursos.

Para «romper a hablar», se iba inflando poco a poco, como el pavo antes de hacer las gárgaras; y, entonces, el hombre, que

ya era «de por sí»,  
corto de cuello, daba en el pecho con la barbilla y  
en las orejas con  
los hombros. Era tardo de palabra, y de voz áspera  
y recia; y mientras  
las emitía, muy acentuadas y con cierto repicoteo d  
e pronunciación, se  
tiraba dulcemente de una patilla con los dedos de l  
a mano del mismo  
lado, apiñados, tiesos y algo temblorosos, como si  
por allí buscara el  
chorro de verbosidad, que no salía por ninguna part  
e, y daba a sus ojos  
asombradizos una expresión tan rara, que podía duda  
rse si pedía con  
ellos misericordia o reclamaba un aplauso.

La primera vez que hablé en casa del marqués, fue t  
omando punto de no sé  
qué suceso parlamentario de aquellos días, y se mos  
tró muy indignado con  
«\_los meeroodeadooores\_ del campo de la política, p  
este de los tiempos  
\_aztuales\_...», y tal y demás». Después se fue viend  
o que llamaba  
merodeador al lucero del alba, y que sin el apoyo d  
e la otra muletilla,  
era hombre al suelo en cuanto «rompía a hablar».

Sin embargo de todo lo cual, mareaba a los ministro  
s de Hacienda, y se  
pintaba solo para sacar buena raja de los más duros  
de veta; a lo que se  
debía que el marqués le distinguiera con singularís  
ima estimación, y  
hasta le admirara; porque es de saberse que el tal  
marqués, desde que  
era diputado a Cortes, se había dedicado con afán a  
nsioso a los negocios  
lucrativos que «le saltaran al paso», y en el señor  
de Ibáñez tenía un  
ojeador expertísimo, un consejero de gran competenc



ia, y, en ocasiones,  
un socio desinteresado.--Lo peor era que los únicos  
negocios que le  
salían mal al banquero eran los en que tomaba parte  
su amigo.

En las tertulias de éste, indefectiblemente llevaba  
la contraria en  
todas las peroraciones de don Mauricio, Gonzalo Qui  
roga, primogénito de  
los condes de Camposeco. Este mozo tenía un frontis  
picio poco simpático,  
y además era gangoso. Se había educado en Inglatter  
a, y había viajado  
mucho por Europa, con largas detenciones en París,  
en Baden-Baden, Monte  
Carlo y otros sitios no menos famosos de \_recreo\_.  
De todas estas  
excursiones y paradas había sacado copiosos frutos,  
como lo acreditaban  
sus vicios dominantes, sellado alguno de ellos en l  
a cara con \_hondas  
cicatrices\_, y en el cráneo con una calva precoz. S  
u barba era lacia, y  
su cuello muy largo, con nuez y costurones; tenía b  
oqueras, los párpados  
tiernos, y un hombro algo más elevado que el otro.  
Era alto y flaco y  
pasaba por elegante, a pesar de todos sus defectos  
físicos. Lo cierto es  
que tenía gran desenvoltura y desparpajo para mover  
se dentro de los  
desairados arreos de sociedad, y para meter la cuch  
ara en todos los  
corrillos. Aunque no era tonto, le faltaba mucho pa  
ra tener un buen  
entendimiento; pero no conocía la vergüenza; y con  
esto y con el trato  
continuo de las gentes de su mundo, tenía lo sufici  
ente para vivir en él  
como el pez en el agua. Era, en suma, un completo \_  
perdido, de buen

tono\_.

Pues con esa alhaja estaba concertado el casamiento de Sagrario. Cálculos de familia, al decir de los bien enterados, desde que los novios eran así de tamañicos. Por lo visto, no tenían prisa para realizar el proyecto; y entre tanto, iban juntos a muchas partes, pero se trataban muy poco, por exceso de confianza entre ambos; así es que, más que novios en vísperas de casarse, parecían un matrimonio desavenido.

La razón de llevar siempre la contraria Gonzalo Quiroga a don Mauricio Ibáñez, no era otra que el gustazo de ver cómo se inflaba y contraía y trasudaba el banquero en cada contradicción, y cómo \_meeroodeaaba\_ inútilmente en el camino de su pobre retórica, para urdir una réplica con que confundir al importuno a quien ya temía de lumbre, o para salir siquiera medio airoso del atolladero, delante de los contertulios, que habían dado en tomar aquellas \_engarras\_ como la más divertida de las comedias.

Se había observado que en los apuros de más angustia, o en los arranques de mayor empuje, don Mauricio buscaba con los ojos a Verónica, como las plantas sombrías se alargan hacia el sol que necesitan; y en topando con ella, parecía decirla en el primer caso: «¿Peero ve usted qué teema el de este chico?» Y en el segundo: «Me paarece que ésta no tiene vuueelta.

¿No piensa usted lo mismo?».

A Gonzalo le hacía mucha gracia este resabio de su contrincante; y una noche, mientras se ahogaba el pobre hombre «meerodeando» a obscuras en el huero caletre media docena de palabras al acaso, acercose el otro con gran sosiego a Verónica, y, en el tono menos gangoso que pudo, le dijo al oído con mucha formalidad:

--No te alarmes, chica; pero es indudable que ese sujeto tiene planes siniestros \_contra\_ ti.

Precisamente en una de las pocas ocasiones en que la despreocupada joven no estaba atenta a los discursos del banquero, que la divertían sobremanera. Prefería, por el momento, la conversación de Pepe Guzmán, pájaro de mayor cuenta que su amigo Gonzalo. El tal Guzmán, aunque de segunda rama, era también vástago aristocrático: de la ilustre cepa de los Valdejones. Pasaba ya bastante de los treinta, era de hermosa y distinguida estampa, independiente, libre como el aire, y rico. No abusaba, aparentemente, de ninguna de estas ventajas. Por el contrario, parecía hombre de muy racionales inclinaciones, y bien regido. Había estudiado media carrera de Derecho, algo de Medicina, otro tanto de Mecánica, y hasta desflorado la Teología y los sistemas filosóficos de Kant, de Krausse... y de Santo Tomás; se sabía de memoria a Maquiavelo, a Fr. Luis de Granada, a Shakespeare, a Fourier, a Santa Teresa y a

Cervantes. En todo picaba y nada le satisfacía, fuera de las grandes obras de imaginación. Quizás con la espuela y el freno de la necesidad, hubiera brillado en algo de lo mucho que intentaba conocer por invencible curiosidad, pues talento y discreción tenía para ello; pero le faltaba paciencia, porque le sobraban la libertad y el dinero, y de aquí sus veleidades y aquellas ensaladas científico-filosóficoliterarias de que se atiborraba la cabeza. Viajaba a menudo y gastaba grandes sumas en objetos de arte. Los cuadros buenos le entusiasmaban, pero los bronce de mérito le enloquecían. Tenía el buen gusto de no invertir un ochavo en libros viejos, ni en vargueños apolillados; prefería las obras contemporáneas, si eran buenas, y, lo que es más raro, las leía y las saboreaba. Cosa más rara aún: en igualdad de méritos, estaba por las españolas antes que por las extranjeras, y no incurría jamás en la vulgaridad cursi de decir que no podían vivir en España los hombres cultos. Se referían de él grandes hazañas galantes, y podrían ser ciertas; pero no era su boca quien lo confirmara, ni con un gesto. Finalmente, era hombre de alegre carácter, aunque poco hablador, pero muy al caso, particularmente con las mujeres. Tenía el don de entretenerlas sin apelar al lugar común de la lisonja ni al formulario oficial del «joven travieso, distinguido y elegante». Calificábanle por ello de indomesticable y de \_frío\_ muchas damas; pero es lo cierto que

hasta las más remilgadas se pagaban mucho de sus atenciones... Y no sigo con la lista de sus prendas de carácter, porque, a pesar de tomarlas una a una de los \_Apuntes\_ que tengo a la vista, va a resultarme un mozo cortado por el sobado patrón del \_mata-corazones\_ de comedia; y esto que aquí se narra podrá ser malo, pero es la pura verdad.

Digo, pues, que este Pepe Guzmán entretenía aquella noche a Nica Montálvez cuando se acercó a ella su amigo Gonzalo Quiroga con la consabida embajada, y añadió, para decirlo pronto, puesto que ha de saberse más tarde o más temprano, que el tal Guzmán era aquel \_algo\_ que Verónica exceptuaba de los molestos arrullos amorosos que pasaban sobre ella, sin sentirlos, como el viento sobre las rocas; aquel «\_algo\_ en que detener la imaginación y con que apacentar los deseos, que existía en el ancho círculo de sus relaciones sociales». Y es de saberse también que, a aquellas fechas, aún no se habían cruzado los primeros fuegos de la batalla entre la dama y el galán. Conocíanse mutuamente las intenciones de batallar, exploraba cada cual el terreno de su enemigo, y hasta le provocaba con ingeniosas estratagemas; pero de aquí no pasaba; y, a mi entender, en el misterio de estas precauciones, en el problema de esta actitud recelosa, estribaba el mayor interés de los beligerantes. Ni ella ni él parecían tener prisa para resolver el punto dudoso. Podía ser el caso un pasatiempo; pero desde

luego era un pasatiempo entretenidísimo, con la rara virtud de no gastarse con el uso.

Tal vez era el «lado interesante» que, «para una observadora como Verónica, había en las reuniones íntimas de su casa». Del «lado pintoresco» era la principal figura el banquero don Mauricio, con todas sus cosas y con todas sus \_malas\_ intenciones, en las cuales había leído ella mucho antes de que se las anunciara al oído el gangoso Gonzalo Quiroga. Por cierto que estas intenciones, o «planes siniestros», como decía el novio de Sagrario, la hacían suma gracia también.

Casi tanto como a Leticia, que no perdía ocasión de apuntarla, con la mirada o con un gesto expresivo, cada memorial que el banquero la enviaba con los ojos en sus grandes apuros oratorios. De este celo por los \_intereses\_ de don Mauricio, murmurábase bastante. Afirmábase que Leticia fomentaba las intenciones del banquero, y que se hallaba dispuesta a barrerle el camino de ellas de cuantos obstáculos estuvieran al alcance de su escoba... Hay que advertir aquí que Leticia, la hermosa, fría e impenetrable Leticia, llevaba ya un año de casada con el general Ponce de Lerma, conde de Peñas Pardas, hombre más que cincuentón, y feo, diputado sempiterno, conspirador incansable de pasillos y antesalas contra todos los ministros de la Guerra, con la

santa intención, jamás lograda, de llegar él a ser lo una vez siquiera; amigo desleal de todos los Gobiernos; veterano de todas las cuarteladas de treinta años a aquella parte, para ganarse honradamente desde las charreteras de capitán hasta los dos entorchados que tenía; agiotista insaciable; asociado detrás de la cortina, durante la guerra, a otros especuladores que daban tocino podrido a las tropas de África, procurándose así inverosímiles ganancias que fueron ancha y sólida base de su enorme caudal, adquirido después en idénticas y tan honradas especulaciones; y, por último, de valor y capacidad «supuestos», porque jamás tuvo ocasión de acreditarlos en el campo de batalla, ni siquiera en los cuarteles; todo, incluso los ascensos, se lo fueron dando hecho y arregladito los suyos apenas salido él del escondite, en seguida de triunfar la cuartelada. Hasta el título nobiliario se ganó de parecido modo, cuando ya era general, por haber corrido en aquellos desfiladeros, siendo alférez..., delante de una partida carlista, en la primera guerra civil.

Pues con este hombre se había casado Leticia, después de convencerse (en opinión de sus amigas) de que no había en el horno de sus especiales hechizos, fuego bastante para fundir el hielo de Pepe Guzmán, que la distinguió por algún tiempo con sus cultas y amenas «frialdades».

Con estos dos hechos se explicaba la conducta de Le

ticia con el  
banquero. Le quería para Verónica, con el piadoso fin de que no tuviera  
ésta marido más lucido que ella; y se miraba mucho en el capítulo de las  
zumbas a la interesada, porque, hasta la fecha, era el caso de la  
generalata harto más \_mordible\_ que el de su amiga.

## IX

Así las cosas y andando los días, una noche, en casa de Verónica, tomó a  
ésta del brazo Sagrario; llevósela a un rinconcito lejos de la gente; y  
allí, sentadas las dos en sendos sillones de rica tapicería, dijo la  
vehemente rubia a su amiga, entre mustia y alegre, pero con más carga  
de lo primero que de lo segundo:

--¡Por fin!...

--Por fin... ¿qué?--preguntóle la otra con cara de pascua, al ver lo  
indefinible de la de su amiga.

--Que se decidió... \_eso\_.

--Y ¿cuál es \_eso\_?

--¡Jesús, y qué torpe estás hoy de entendederas! ¿Qué ha de ser \_eso\_  
más que... lo de Gonzalo?

--¡Lo de Gonzalo! Y ¿qué le pasa a Gonzalo, hija mía?



--¡Caramba con la chica ésta!... Que me caso con él  
. ¿Lo entiendes  
ahora?

--Sí que lo entiendo; pero no es noticia para mí. ¿  
Cuántos siglos hace  
que estáis... en eso?

--¡Dale, la muy taimada!... ¿No te he dicho que, po  
r fin, se de-ci-dió  
ya? ¿Lo quieres más claro?

--¿Quieres decir que os vais a casar en seguida?

--Eso mismo.

--¡Acabaras!

Aquí un ratito de silencio. Cierta inquietud en Sag  
rario. Miradas  
investigadoras en su amiga, envueltas en sonrisas m  
aliciosas. Recios,  
secos e intermitentes charrasqueos del abanico de l  
a novia. Al fin  
volvió a hablar la primera, y dijo a la segunda, si  
n borrar de su cara  
la expresión maliciosa:

--¿Y para contarme esto solo me has traído tan acá  
y tan a escondidas,  
cuando podías haberlo publicado a gritos en medio d  
e la tertulia..., y  
de seguro lo publicarán mañana los periódicos en su  
s crónicas de  
salones?

--Para esto solo--respondió Sagrario, sonriendo tam  
bién--, y para lo que  
de ello se cae por su propio peso.

--Lo suponía: un poco de comentario; pero como te q  
uedaste tan

callada...

--Pensaba yo que a ti te tocaba empezar.

--Claro, ¿como no hay todavía franqueza entre nosotras, y tú eres una joven tan corta de genio!... ¿O es que piensas tomar el papel de casada por lo serio y comienzas ya a hacer provisiones de formalidad?... Lo cierto es que te desconozco esta noche...

--Ya ves tú..., el lance, al fin y al cabo, si no es serio, es nuevo para mí; y al verme tan cerca de él...

--Con franqueza, Sagrario; ese lance ¿te duele o te gusta?

--Ni me gusta ni me duele; le tomo como me le presentan: amasado y cocido. Me dicen «ahora»; pues ahora.

--¿De modo que tú no has contribuido a él... ni con la inclinación?

--Absolutamente, y bien lo sabes tú; ni ¿por qué había de contribuir con eso?, ni, aunque quisiera, ¿cómo podría? Ya ves qué ganga... ¡Gonzalo!

--¿Qué?

--¡Qué estampa de galán! con todos los vicios del catálogo...

--Entonces, ¿por qué le aceptas?

--Y a mí ¿qué más me da? Dicen que las mujeres de nuestra alcurnia deben casarse, a cierta edad, con hombres de determinadas condiciones: la casa

Miralta cree que no puede entroncar con otra que la de Camposeco, y ésta juzga que vino al mundo para fundirse con la de Miralta; yo soy lo primogénita de una, y Gonzalo es el único heredero de las grandezas y caudales de la otra; se acuerda entre ambas familias que Gonzalo y yo nos casemos... «para que se cumplan las profecías»: no se admiten consultas, ni protestas, ni reparos, porque, como «ellos» dicen, lo principal es que se haga el matrimonio, «\_lo demás\_ no importa tres cominos»; a esta idea nos vamos haciendo, y a este papel nos vamos acomodando poco a poco el galán y la dama de esta comedia de la buena sociedad... hasta que llega la hora del desenlace, nos echan la bendición, se baja la cortina... y cada comediante o vivir como Dios le dé a entender. Esto, después de bien mirado, es hasta cómodo. ¿No te parece a ti lo mismo, Nica?

Y Nica dijo que sí, pero sin dejar de sonreírse. En seguida preguntó a su amiga:

Pero ¿no puede ocurrir que la dama de esa comedia tenga, al llegar ese desenlace, el corazón interesado por otro galán de los de la sala?

¡Yo lo creo!..., ¡y a quién se lo preguntas!--respondió Sagrario en un arranque de sinceridad de los suyos.

--Pues, entonces...

--Entonces ¿qué?

--Más claro: tú no amas a Gonzalo

--\_Naturalmente\_.

--¿Y no preferirías para marido al hombre a quien a maras?

--Ponlo en presente: a quien \_amo\_.

--Lo pongo: a quien \_amas\_.

--Corriente... Pues te respondo que quizás no.

--¿Que no?

--Que no... ¿Te asombras? Pues no hay motivo para ello. Yo tengo acá mi teoría sobre el caso; y no es así, al aire y como se quiera, sino fundada en la observación y en el propio sentir. De pronto te parecerá un lugar común de la manoseada sátira contra el matrimonio, porque algo así se ha dicho en esas rutinas desacreditadas; pero es cosecha de mi caletre, créelo. Te la expondré en forma de máxima, como \_hacemos\_ siempre los sabios para acreditar vulgaridades: «si quieres conservar el amor que sientas por un hombre, con todo lo que de este amor se sigue y se desprende, no te cases con él».

--¡Cáspita!

--Así como suena, hija mía. Parece duro y un si es no es atrevido; pero es la pura verdad. Y si no, tiende un poquito la vista sobre todo lo que conoces en derredor de ti: es un semillero de comprobantes de mi modo de

pensar sobre el caso. Otra máxima: «el amor se alimenta de deseos, de privaciones y de contrariedades; dale todo cuanto pida, sin cortapisas y a pasto, y cátales muerto en dos días; y muerto por hartazgo de prosa, que es, de todos los hartazgos, el más abominable.

Sonreíase otra vez la amiga de Sagrario al oír cómo ésta se despachaba, vuelta ya al pleno dominio de su carácter, y replicóla:

--Eso dependerá de la calidad del amor... me parece a mí.

--No hay más que una calidad de amor--repuso con ademán resuelto Sagrario--, y el amor tonto, que no reza con nosotras.

--Y suponiendo que tú tengas razón--preguntó Verónica a su amiga, de cuyas palabras parecía estar pendiente, sin duda por la gracia que le hacían--, ¿es lícito eso?

Revolvió aquí un poco en el sillón el lindo cuerpo la interrogada, y, después de vacilar un instante, respondió con gran desparpajo a su amiga:

--Verdaderamente que no me he puesto nunca a mirar el caso por ese lado; pero muy ilícito no debe de ser, cuando tanto se usa.

--¿Qué es lo que tanto se usa, Sagrario?

--¡Caramba!, pues el vivir con el marido y el gozar con el amante... Me

parece que cosa más corriente...

Después de estas palabras, fue Verónica quien se quedó un brevísimo rato algo suspensa; en seguida, sin dejar de mirar con marcada fijeza a su amiga, la dijo:

--¿Y qué piensa Gonzalo de esa teoría tuya?... Porque supongo que se lo habrás dado a conocer...

A lo que respondió Sagrario con igual frescura que si el asunto no rezara con ella:

--¡Yo lo creo que lo conoce! Pero ¿qué se le importa a él? ¡Gracias a Dios, no tiene por qué callar! ¿No sé yo la vida que he hecho, la que hace y la que hará? ¡Ni más ni menos que la mía! ¡Para él estaba! Además, ¿qué pone por su parte en este fregado? Sus lacras, sus deformidades y sus vicios. ¿Puede, en buena justicia, y aunque pudiera\_, aspirar al pleno y singular dominio y usufructo de esta mi «lozana y exuberante juventud», como dijo de ella nuestro poeta \_Aljófar\_ en su anteúltimo sahumero? ¡Oh!, sobre estas materias, ni él ni yo podemos llamarnos nunca a engaño, por muy recio que truene. Estamos los dos bien enterados, bien prevenidos y bien conformes. Y ¡cómo no estarlo! Nuestro casamiento es lo que menos importa aquí, por lo tocante a las inclinaciones y propósitos de cada uno. Nos lo hemos dicho muchas veces, y ayer hicimos un esmerado resumen de todas las

anteriores advertencias y prevenciones: «nos casamos por razón de Estado, como si dijéramos; habrá de común entre los dos el hogar, los bienes y el ceremonial que es propio de la jerarquía en que se nos coloca. Fuera de esto, cada cual se atenga a lo suyo, guarde su alma en su almario y haga de su vida lo que mejor le parezca..., por supuesto, respetando siempre las buenas formas y las conveniencias sociales...», porque a esto, bien lo sabes tú, \_Beronic\_, no se debe faltar jamás... Conque ya ves.

--¿Y tan conformes los dos?--dijo la otra, mirando a Sagrario con los ojos un poco fruncidos, mientras se abanicaba lentamente y se recostaba contra el respaldo del sillón.

--Tan conformes--repitió la novia.

--¡No es poca fortuna!--añadió su amiga sin cambiar de postura--; sobre todo, para ti.

--Y para él ¿por qué no?

--Porque como en Gonzalo no hay grandes prendas que admirar, ni bellezas que apetecer, se comprende sin dificultad que tú te avengas sin gran esfuerzo a ese convenio; pero que él se resigne a no ser dueño y señor absoluto de una mujer tan hermosa como tú, siendo esta mujer la suya propia, me parece una abnegación... inverosímil.

Aquí se sonrió Sagrario, contó con los ojos y con el pulgar y el índice

de su mano izquierda las varillas de su abanico abierto; y sin cesar en este entretenimiento ni mirar derechamente a su interlocutora, la replicó con acento de indiferencia:

--Después de todo, ¿qué más le da?

--¡Pues me gusta!...

--Lo dicho, Nica--añadió Sagrario animándose un poco más--; y si te parece mucho así, pongamos \_casi, casi\_.

--No lo entiendo, hija--respondió Verónica con visibles muestras de curiosidad, y otras tantas de sus intenciones de tirar de la desjuiciada lengua de Sagrario--. Si no lo pones más claro, como si callaras.

Volvió la rubia a contar el varillaje de su abanico; cerrole de pronto con estrépito; incorporose de un salto; rodeó con sus brazos el cuello de su miga, y la dijo al oído un secreto.

--¡Pobrecillo!--exclamó la otra, en cuanto Sagrario volvió a sentarse, abriendo el abanico con las dos manos y poniéndose también a contar el varillaje con los ojos un tantico cobardes.

--Como lo oyes--dijo la otra algo lisonjeada con el éxito de su confidencia.

--Y tú ¿de qué lo sabes?--preguntó Verónica atreviéndose poco a poco.

--De que me lo ha confirmado él con la mayor desvergüenza.



--¡Confirmado! ¿Luego ya lo sabías?

--Por Leticia, a quien se lo dijeron amigos íntimos de Gonzalo.

Volvió a contar las varillas de su abanico Verónica; calló también Sagrario, mirando el paisaje del suyo; y dijo a poco rato la primera, acaso por mudar de conversación, quizás porque realmente deseaba ver a su amiga apurar la materia a que se referían sus palabras:

--Volvamos un momento al caso aquel de tu teoría sobre...

--¡Hola!... ¿Si te habrá caído en gracia?

--Se me ocurre un reparo que ponerte.

--¿Acaso nacido de lo que acabamos de tratar?

--Precisamente de ello..., pero de su casta es.

--Pues venga el reparo.

--Si el matrimonio es la mortaja del amor, como has venido a decirme en substancia, y han dicho antes que tú muchos \_calaveras\_ que se han casado en seguida, ¿por qué te casas en la forma que lo haces?

Quedose un poco suspensa la interpelada, como si no entendiera bien el alcance de la pregunta, y dijo a la interrogante:

--Si concretaras el caso un poquito más...

--Concrétote--repuso la otra; y añadió--: si lo que

interesa es  
conservar el amor que sientes, por hoy, y este amor  
es de más hondas  
raíces que el de ayer... y el de anteayer, porque n  
o tienen cuenta los  
que te he conocido...

--Gracias.

--Es justicia.

--Como te parezca... Adelante.

--Si lo que te interesa, digo, es conservar ese amo  
r con todos sus  
encantos, ¿por qué te casas sin maldita la necesida  
d? Conságrate a él  
con vida y alma...

--¿Soltera?

--Soltera.

--¡Bah! Entonces no me has entendido; porque ése es  
precisamente el amor  
tonto que yo exceptué; y el amor de que yo trato, e  
s amor de más  
substancia, de más... en fin, que no es amor para d  
oncellas.

Pareciole demasiado crudo el concepto a Verónica, a  
juzgar por la cara  
que puso, y dijo, con miedo de escuchar algo peor:

--De manera que, para complemento de la teoría, es  
también de necesidad  
\_algo\_ de matrimonio.

--Indispensable, Nica. ¡Como que es... la \_patente  
de curso\_!

--¡Jesús, qué chica ésta!--exclamó Verónica, verdad

eramente asombrada.

--¿Ahora te desayunas--la preguntó Sagrario con des-  
envuelta frescura--,  
y con remilgos de beata te me vienes? Pues ¿qué ha  
hecho Leticia, entre  
otros cien ejemplos que pudiera citarte, sino busca  
r la patente esa, o  
aceptarla con gusto, por lo menos?

--Leticia no dice esas cosas...

--No; pero las hace. ¡Te aseguro, y bien lo sabes t-  
ú, que se aprovecha  
de la patente como el corsario de más hígados!

Vuelta Verónica a lo suyo y siguiendo en cuanto pod-  
ía el tono de su  
amiga, atreviese a replicarla:

--Se me ocurre otro reparo que hacer, no a tu teorí-  
a precisamente, sino  
al modo que has tenido de ponerla en práctica: la p-  
atente que adquirieras  
en tu matrimonio, de nada ha de servirte.

--¿Por qué?

--Si es cierto lo que me has contado al oído...

--Te dije que casi, casi: recuérdalo...; y entre el  
lo, por poco que sea,  
y el extremo que tú pensabas, cabe perfectamente la  
gran vida que puede  
darse una mujer de tan buen gusto como yo.

--¿Y con esas teorías, y con esos... hígados--dijo  
Verónica levantándose  
y dando a su amiga unos golpecitos en cada mejilla  
con el abanico  
cerrado-- , te me andabas con melindres al comenzar  
a hablarme de tu

casamiento, como una colegialilla ruborosa?

--Pues, créeme--respondió Sagrario, levantándose también--: así y todo, me costaba empezar. Pero necesitaba este desahoguillo en vísperas de trance tan nuevo. Aunque una está tranquila de conciencia, gusta recibir los alientos de tan buenas amigas como tú.

--¡Valiente pieza estás!--respondió ésta riéndosele muy cerquita de la cara.

--Pues te voy a pagar el piropo con un gran consejo --repuso Sagrario, deteniendo a su amiga, que ya había echado a andar--: no te cases con Pepe Guzmán, aunque, por milagro de Dios, lo pretenda él; pero si don Mauricio \_el Solemne\_, pide tu mano, acéptale.

X

Aquella noche durmió Verónica bastante mal, porque le dio mucho en que entretenerse el recuerdo de su conversación con Sagrario. Aunque ésta la tenía acostumbrada a sus genialidades, que no eran siempre de color de rosa, jamás había oído de sus labios palabras tan crudas ni pensamientos tan atrevidos. Y no era el escándalo de estas \_sinceridades\_ lo que la mortificaba al acordarse de ellas, pues estaba curada de ciertos espantos y había en su naturaleza, relativamente fría, y si no fría,

serena y bien equilibrada, aguante para mucho más; sino la coincidencia inesperada del fruto de sus largas y minuciosas investigaciones por el organismo, digámoslo así, del medio ambiente en que respiraba y se movía, con las teorías expuestas por Sagrario. Una cosa es el juicio callado que formamos por el esfuerzo único de la propia observación, y otra muy distinta ese mismo juicio cuando le vemos confirmado a voces por los demás. Sin ser un verdadero hallazgo entonces, parécenos de doblada consistencia; y esto le presta cierto color de novedad.

Después de andar divagando por estos espacios con las alas de su imaginación, de amiga en amiga, de conocida en conocida, pesando y midiendo los actos y las palabras, la vida y milagros de cada una de ellas, y cuando vio que sí, entre tantas, eran muy contadas las que tenían el desparpajo de Sagrario para descubrir los repliegues de la conciencia y los escondrijos del corazón, eran todavía menos las que no cabían en los moldes trazados por la desenvuelta rubia, pensó en el consejo que ésta le había dado por despedida. ¡Demonio con el consejo! Cierto que no podía darse otro más acomodado a la manera de pensar de la consejera, y, sobre todo, por lo tocante a don Mauricio el Solemne, como ésta le llamaba; pero ¿a qué traer a colación a Pepe Guzmán? ¿Qué había visto en él Sagrario para aconsejarla a ella que no le aceptara por marido «aunque, por milagro de Dios, lo prete

ndiera»? Por supuesto que esta condicional la usó Sagrario teniendo en cuenta la fama de incasable que gozaba el aludido, no porque la considerara a ella indigna de aquel otro heroísmo de este Guzmán. ¿Cómo había de saber, la muy curiosa y entrometida, lo que ignoraba sobre el caso o la misma interesada? Al fin y a la postre, ¿qué había pasado entre Pepe Guzmán y ella? Nada en substancia. Que, por entonces, era Verónica la que merecía las preferencias cortesas del incombustible caballero; que hablaban a menudo; que la conversación de él le parecía muy amena y entretenida a ella, y que, según ella podía juzgar, no le desagradaba la suya al otro; que de esta mancomunidad de complacencias, había ido naciendo como cierto propósito de variar de tema en las conversaciones, y de meter la sonda de la curiosidad en las espesuras del alma y en las profundidades del pensamiento; que se andaba tiempo hacía en preparativos de ello, más o menos ingeniosos, y que todo esto y mucho más podía hacerse entre un hombre tan desapasionado como Guzmán, y una mujer tan despreocupada como ella, sin que el amor interviniera para nada en el juego... ¡Amor! Guzmán, según fama, era incapaz de sentirle por ninguna mujer. Era así su naturaleza. En cuanto a ella, Verónica, ¿en qué había de fundarle? Reconocía que era hermoso de cuerpo, noble de alma, y culto y rico de inteligencia; que levantaba muchos codos por encima de los galantes frívolos, de los mozos simples y de los viejos verd

es que más abundaban  
a su alrededor; que sentía una lícita y honda complacencia en verse  
objeto de sus codiciadas atenciones; que le ola con gusto y que se  
apartaba de él con cierta pena; que después de cada entrevista le duraba  
su recuerdo largas horas; que se preparaba para la inmediata con mayores  
precauciones que las de costumbre en parecidos casos, y, por último, que  
haría cualquier sacrificio por vencerle en el duelo medio empeñado entre  
ambos, es decir, por arrancarle el secreto de sus intenciones, la  
primera gota..., vamos, la señal de que el hielo se fundía al calor  
del... \_interés\_ que ella le inspiraba; pero ¿no puede sentirse y  
desearse e intentarse todo esto sin amor? ¿No basta el móvil de la  
curiosidad para que lo sintiera, lo deseara y lo intentara una mujer  
como ella? ¡Oh!, el amor presenta síntomas bien diferentes de éstos; se  
nota en algo más profundo y más sensible que la memoria y el discurso;  
se siente en lo más vivo del corazón, y el de ella no era, hasta la  
fecha, más que una víscera que funcionaba con la inalterable regularidad  
de un cronómetro.

Discurriendo por esta senda, llegó a topar con el sueño, que la venció  
tras breve lucha; tan breve, que con serlo mucho más el nombre de  
\_Pepe\_, se le quedó éste a la hermosa entre los húmedos labios, por  
falta de tiempo para acabar de pronunciarle; de manera que del acto  
aquel, medio inconsciente, más que palabra vino a r

esultar un beso...

Pero volvamos ahora a Sagrario. Su casamiento no tardó en celebrarse más que el tiempo puramente indispensable para los preparativos de él, hechos por la posta a fuerza de oro. ¡Y qué preparativos, Santo Dios! En los periódicos elegantes no cabían las listas de tantas y tantas ropas, de tantas alhajas, de tantos muebles, de tantos caprichos de arte, comprado esto, regalado lo otro, tanto en París, cuanto en Viena; aquello, de Florencia; de Londres, lo de más allá; de Bruselas, los encajes; del mismísimo Japón y del propio Sevres, las porcelanas; de Bohemia, la cristalería de color; de puro rocío cuajado, la de mesa; lo que costaba el traje de novia, blanco como los amplos de la nieve; lo que podría comprarse, para avío de dos docenas de familias mal acomodadas, con lo que valían las joyas y el trousseau que regalaba el novio, sin contar con otro tan lucido que acababa de recibir «la hermosa prometida», como regalo de sus padres... Todo lo fisgoneaban, todo lo sabían y todo lo conocían por adentro y por afuera, por arriba y por abajo, los diligentes revisteros, y de todo escribían sin tregua ni descanso, sin calo ni medida, mojando la áurea pluma en «ámbar desleído» y sahumando el papel con nubes olorosas de mirra y algalia del Oriente. Así trascendía ello, que mareaba. Del «lecho nupcial», tesoro inapreciable de maderas, bronces, lienzos, sedas, y brocados, y del



simbólico \_boudoir\_, obra de hadas, que no de mortales, ¡Cristo mío, qué cosas se escribieron!... En fin, hasta para los carruajes ingleses, y para los caballos que habían de arrastrarlos, y para los levitones peludos de los cocheros que habían de conducirlos, hubo jarabe en las plumas, y sahumerios en los incensarios de aquellos ingenios de guardarropía.

Tras esto, que duró muchos días y fue el pasto sabroso de todas las mujeres y de todos los hombres frívolos de la corte, llegó la hora suprema; y vuelta a empezar los pobres chicos con nuevos catálogos de indumentaria, de piropos inverosímiles y de sensiblerías y finezas cursis: que si la novia así o del otro modo; que si pálida, que si pensativa; que si, con sus cabellos rubios y sus atavíos blancos, parecía una joya de oro entre copos de nieve; que si el Patriarca, que si los padrinos, que si las amigas, que si quince duques, y veinte marqueses, y treinta condes, y no sé cuántos destituidos, de comitiva; y si la fila de coches llegaba desde tal a cual parte, y si hubo entre ellos uno de palacio con las correspondientes damas; y quien, en el momento crítico, «vertió lágrimas furtivas»; quien se desmayó, o quien parecía arrobada en el más dulce de los éxtasis... ¡Hasta del novio se dijo que era «un varón, honra, prez \_y esperanza\_ de su preclaro linaje»!

Después, el espléndido banquete en los estupendos comedores de la casa de la «hermosa desposada»; y aquello fue la de vámonos. De lo que allí hubo, con ser tanto lo que se dijo, fue mucho más lo que se devoró.

\_Aljófar\_, el tierno poeta de los salones, que de eso vivía y de otras fechorías semejantes, enronquecido de cantar la hermosura y las pomposidades de la novia en los periódicos elegantes, con un hartazgo para ocho días y bien atiborrado de Champagne, sin soltar la copa de la zurda desenvainó un soneto con la diestra; Y conmovido y mojando la pestaña antes de leerle, acometió de nuevo «a la hechicera reina de la fiesta» (con todas estas asonancias), y la puso hecha un tapiz chinesco, con grandes aplausos del ilustre concurso, que le reputaba por el más grande de los poetas coetáneos, y con arroyos del «llanto» que sabía verter el propio vate a cada estrofa, el cual llanto apagaba con tragos del espumoso néctar: casi como el pegotón aquel de marras,

«Llorando sin cesar lo que sorbía, Y sorbiendo a la vez lo que lloraba».

Por conclusión de estos y otros lances que no caben en papeles, los preparativos del viaje de los novios; las despedidas, el lagrimeo, los síncope; lances todos ellos que habían de ser tema para el rudo trabajo de tres días de los complacidos y galantes revisteros, y de un epitalamio inconmensurable del mimado poeta, obra de empuje y

substancia, como concebida entre los horrores de la digestión de lo del banquete, digestión de \_boa constrictor\_, por la duración y la dosis, ya que no por la calidad de la metralla engullida.

Y con tanto charlar estos gacetilleros y poetas, no dijeron una palabra de don Mauricio \_el Solemne\_, sino para citar su nombre entre los más «conspicuos» concurrentes; nada de sus ahogos al \_meeroodeear\_ materiales para un brindis, al primer taponazo del Champagne; nada de sus moribundas miradas a la «\_picante beldad\_, ilusión consoladora de los espléndidos marqueses de Montálvez»; nada de ciertas \_finezas metafóricas\_ que el deslumbrante banquero logró deslizar al oído de la elegante dama, como tímido recuerdo de sus anteriores memoriales.

Nada pescaron tampoco aquellos lince de pluma, del ingenioso y breve diálogo sostenido entre Pepe Guzmán y su predilecta amiga, formando la más gallarda y distinguida pareja que podía imaginarse; en el cual diálogo se parafraseó, con toda la discreción y gracia posibles, y no sacado a plaza por la interlocutora, sino por el sagaz interlocutor, el tema aquel que Sagrario confió al oído de su amiga; y se insinuaron, quizá en virtud del calor y motivo de la fiesta, las primeras estocadas del consabido duelo pendiente entre estos dos expertos espadachines de la intriga galante.

Tampoco tuvo en la prensa todo el éxito que mereció

la casi augusta  
solemnidad con que el buen marqués de Montálvez des  
empeñó su papel en la  
fiesta, particularmente durante el breve rato que c  
onversó \_aparte\_ con  
el presidente del Consejo de Ministros, y cuando, d  
espués de estrecharle  
reverentemente la mano le dijo algunas palabras al  
oído el Capitán  
general de Madrid, vestido de gran uniforme. ¡Oh, q  
ué actitudes y qué  
mímica las suyas en aquellas dos singularísimas oca  
siones! ¡Qué bofetón  
más sonoro para «los hombres de Gobierno» que todav  
ía le regateaban la  
credencial de senador! ¿Dónde hallarían ellos para  
ese cargo otro viejo  
más distinguido, más \_serio\_, más limpio, más planc  
hado, más opulento,  
ni más adaptable por su tipo al grave ceremonial de  
l «alto Cuerpo  
Colegislator»?

En fin, por callarse cosas importantes los cronista  
s de la solemnidad,  
ni siquiera mencionaron al general Ponce de Lerma,  
hombre grosero, que,  
en menos de dos horas, riñó tres veces con el minis  
tro de la Guerra, y  
dio de puntapiés a un lacayo en un vestíbulo, porqu  
e al pasar, cargado  
de despojos de la mesa, le manchó el frac con una s  
alsa amarilla,  
mientras su mujer (la del general) departía, en ani  
mado e interesante  
diálogo, con el subsecretario de Gobernación, gran  
mozo, candidato a  
ministro para la primera crisis, soltero y de gran  
prestigio entre las  
damas elegantes. Era como la sombra de Leticia, des  
de que Pepe Guzmán se  
había decidido a ser la de Verónica...

Cierto que todas estas cosas mejor eran para calladas que para dichas..., casi tanto como las otras que se dijeron y se cantaron en prosa y en verso; pero los oficios, o ejercerlos a conciencia, o no ejercerlos... En virtud de lo cual hago yo aquí punto redondo, antes que al impaciente lector le parezca larga esta digresión, que nada quita ni pone al interés de la presente historia.

## XI

A todo esto, el invierno se había acabado; los salones se cerraban; las tertulias se deshacían; en el \_Real\_ había terminado su temporada la compañía de celebridades italianas, cuyos gorgoritos había pagado la gente rica con sumas increíbles, y las que querían aparentar que también lo eran, con el fondo del baúl, las rebañaduras de la despensa y con algo más sagrado que no se recobra jamás una vez que se ha vendido; y «el mundo elegante», sin salones, sin tertulias y sin \_Real\_, dispersábase errabundo y como desorientado, a tomar el sol, como los simples mortales, por las encrucijadas del Retiro y los amplios arrecifes del Prado y de la Fuente Castellana; paréntesis de hastío en la alegre vida de las gentonas pudientes, que sólo había de durar el tiempo preciso para que el calorcillo primaveral te

mplara el ambiente  
serrano y se bebiera las charcas del camino por donde habían de ir  
desfilando aquéllas en busca de sus costosas, pero entonadas,  
residencias de verano.

La familia que más lo necesitaba, al decir de ella misma; la que saldría  
la primera de todas de Madrid, era la de nuestro amigo el marqués de  
Montálvez. \_Lo\_ de la marquesa se iba agravando por momentos, hasta el  
punto de poner en mucha alarma a su marido y a su hija. Había serias  
discrepancias entre los doctores más sonados de Madrid sobre si aquellos  
dolores lentos, profundos y angustiosos, eran simplemente neurálgicos o  
reumáticos, o acusaban la presencia de un cáncer inextirpable, por lo  
cual era de suma urgencia que la enferma saliera a tomar estas aguas,  
aquellos aires y los gases de más allá; y como lo uno no estaba en el  
Pirineo francés, y lo otro en Suiza, y en Alemania y en los confines del  
mundo lo restante, y, además, era de rigor una detenida consulta con las  
celebridades médicas de París, la expedición resultaba larga, doblemente  
por las precauciones y comodidades que exigía el estado lamentable de la  
marquesa, cuyo médico de cabecera, un hombrecillo y a viejo y de gran  
experiencia, que la quería mucho, porque casi la había visto nacer, la  
aconsejaba que tuviera juicio, pues ya estaba en edad de ello; que se  
quedara quietecita en su casa, limpiándola antes de ruidos y de  
bambolla; que se acostara tempranito y se levantara

tarde; que se curara  
de la maña inocente de disimular sus vanidades con  
exigencias de la  
necesidad, y que no tentara a Dios metiéndose en av  
enturas como la que  
iba a acometer, porque ese era precisamente el cami  
no más breve que  
podía elegir para irse por la posta al otro mundo.  
¡Como si callara! Se  
trazó el itinerario, se dispuso y se comenzó el arr  
eglo de la  
impedimenta, ¡que ya tenía que ver!, y hasta se fij  
ó día para la salida  
de Madrid.

Algunos antes llamó el marqués a su despacho a Simó  
n, el hombre de su  
confianza, su administrador general e intendente. D  
os palabras sobre  
este personaje:

Era manchego, y estaba al servicio del marqués desde  
algunos años antes  
que éste se casara. Empezó de \_groom\_, con su chaqu  
etilla listada de  
menudos y apretados botones, sus botas de montar y  
su gorra de librea.  
Después fue lacayo, y luego criado exclusivamente;  
más tarde, ayuda de  
cámara, y, por último, administrador de lo de adentro  
y de lo de afuera;  
porque era listo como una pimienta, previsor y complacien  
te hasta lo  
increíble, y en breve tiempo aprendió lo que no sabía  
para el delicado  
cargo que le iba a confiar el marqués. Llegó a pintar  
la letra y a sacar  
en el aire las cuentas más complicadas. Si bien lo  
hacía en la  
administración de los mermados bienes del marqués s  
oltero, mejor lo hizo  
con ellos y los puntales del marqués recién casado,

y muchísimo mejor  
con el diluvio de caudales que inundó la casa a la  
muerte del ex  
contratista de carreteras y suministros. Era mozo q  
ue se crecía con los  
obstáculos. El marqués le admiraba y se dormía en l  
a confianza que tenía  
en él, y hasta la marquesa le distinguía con inusit  
ados testimonios de  
su aprecio. Tanto, que cuando el administrador insi  
nuó sus deseos de  
casarse con la doncella más mimadita de la casa, no  
solamente lo  
aplaudió aquella señora, sino que dotó rumbosamente  
a la novia y fue su  
madrina de casamiento. El marqués no estimaba tanto  
al espabilado Simón  
por su destreza en el desempeño del cargo que ejerc  
ía, como por el  
talento singular que mostraba para oírle y atenderl  
e, para pescarle  
los detalles más finos de sus peroraciones a destaj  
o, y hasta para  
moverle a extenderlas y elevarlas. Como que llegó a  
tomarle como piedra  
de toque de la ley de su elocuencia, ensayando con  
él, bajo el disfraz  
de motivos de tres al cuarto, por salvar las conven  
ientes distancias  
jerárquicas, entonaciones, actitudes y arranques qu  
e pensaba ostentar,  
en toda su verdadera aplicación y pompa, en el teat  
ro de sus hazañas  
políticas.

En la ocasión en que aparece en el despacho del mar  
qués, aún no había  
cumplido el medio siglo. Era delgado, de mediana es  
tatura, de ojos  
pequeños y alegres, ligeramente moreno, de cara lar  
ga y algo afilada, no  
mucha frente, y corto y espeso el pelo gris de su c



abeza. Vestía un traje oscuro, muy modesto y muy limpio, y tenía toda la barba afeitada. Nada más insignificante que aquel hombre, a la simple vista: parecía un mozo de café. A la sazón, iban sus negocios particulares en próspera fortuna. Su mujer era una hormiguita, que traficaba en todo lo imaginable; y él, con los sueldos ahorrados, otros gajes lícitos de su empleo, y el óbolo de su hacendosa compañera, podía destinar un capitalito \_modesto\_ a préstamos sin usura, pero bien garantidos. Y así iba tirando el pobre y adquiriendo una finquita hoy, y mañana unas acciones del Banco de España «por una casualidad», y al otro día una hipoteca «de lance». Nada, que había que quererle y admirarle, en cuanto se le oía hablar de estas cosas que le pasaban a él.

Y basta del sirviente; no vayamos a pecar de descortés con su aristocrático señor, que nos espera en su despacho. El despacho del marqués era regularmente amplio, \_severamente\_ vestido, severamente puesto y severamente\_ alumbrado por la dulce y severa luz del Norte. Maderas de raíz de nogal con filetes negros, y uero cordobés con grandes clavos de níquel; armarios llenos de libros regularmente grandes, lujosa y severamente encuadernados; cortinones de color de café con rica y severa pasamanería; alfombra persa de severos colores; coronas de marqués en cada paño y en cada mueble; algunos cuadros al óleo, de tan

severo gusto, que costaba trabajo descifrar el asunto de ellos debajo de la pátina que los obscurecía..., y así sucesivamente. Entre tanto, ni una hilacha por los suelos, ni un mueble fuera de su sitio, ni un papel ni un cachivache desarreglado encima de la mesa-ministro, detrás de la cual se arrellanaba el marqués en un sillón de una severidad de líneas intachable.

Verdaderamente valía mucho más la urna que el santo. Bien mirado, en ropas menores, digámoslo así, el marqués estaba ya hecho una ruina. Sin los retoques y aparatosos arreos con que se presentaba en público; envuelto el cuerpo en holgada bata de cachemira; cubierta la amplísima calva con un gorro griego; descuidados los blancos mechones de pelo lacio que sobresalían por debajo del gorro y por encima de las orejas; sin afeitar todavía, y mal tapadas las arrugas del pescuezo por el cuello escotado de su camisa de dormir, ¡cuán diferente era aquel marqués del marqués del salón de Conferencias del Congreso, y de sus propios salones de recibir, y de todos los salones de la aristocrática comunión a que pertenecía! Digo en cuanto a su físico; porque en lo tocante a lo demás, el hombre averiado y caduco del rincón doméstico, era el mismo personaje ostentoso de la vía pública y de los grandes salones. Refiérome a la prosopopeya y a la solemnidad.

Bien sabido se lo tenía el avisado Simón, y por eso

le hizo la misma  
reverencia al entrar en su despacho y verle solo al  
lí, que si le hallara  
acompañado del Presidente de las Cortes.

Dejole el marqués que se doblara cuanto podía dar d  
e sí su elástico y  
bien educado espinazo, y le dijo, cuando le vio cas  
i derecho y tan cerca  
como lo permitía el debido respeto:

--Necesito, Simón, para dentro de cuatro días, diez  
mil duros  
disponibles en poder de mi banquero de París.

--Con permiso de Vucencia--respondió el apoderado,  
mansa y  
respetuosamente--, no es el plazo tan desahogado co  
mo convendría para  
una cantidad de esa consideración.

--En plazos más cortos has sabido facilitarme sumas  
mayores--le replicó  
el marqués, en tono suave, pero con visos de exigen  
te.

--Es la pura verdad, señor--observó Simón, entendi  
endo bien el acento  
de su amo--, que he tenido esa honra muchas veces;  
y por lo mismo, me he  
creído obligado a hacer a Vucencia, con el respeto  
debido, esa ligera  
indicación... Porque, si Vucencia me lo permite, m  
e atreveré a  
manifestarle que ciertos caminos, cuanto más se pis  
an y se frecuentan,  
más intransitables se ponen.

--Todo lo que tú quieras, Simón, todo lo que tú qui  
eras; pero no se  
trata ahora de esas cosas, sino de hacer lo que té  
he dicho en el plazo

que te he marcado.

--Vucencia será servido en ese mandato como en todos lo que se digne manifestarme; pero creo, salvo el mejor parecer de Vucencia, que es de alguna necesidad poner en su conocimiento las dificultades que hay que vencer para dar ahora cumplimiento a los deseos naturalísimos de Vucencia.

--No veo esa necesidad, Simón. ¿Dónde está ella? O se puede, o no se puede: has dicho que sí... Pues huelgan los comentarios.

--Pero, con permiso de Vucencia, supongo yo que esas dificultades que hoy pueden vencerse, a costa de grandes esfuerzos, en un caso idéntico sean invencibles mañana.

--¿Y qué?

--Que en un extremo así, convendría estar al tanto de ciertos antecedentes, para no extrañar...

--¡Para no extrañar!...

--Para no atribuir a falta de celo en el administrador (pongo por caso, con el respeto debido) lo que es obra de... vamos, de la marcha natural..., supongamos, de la cosa misma.

--Pues no te entiendo, Simón.

--Recordará Vucencia que en varias ocasiones he solicitado el honor de que me permitiera explicarle, manifestarle..., vamo

s, ponerle a la vista  
el estado verdadero... de las cosas, como quien dice.

--Ciertó. ¿Y qué?

--Que Vucencia ha tenido siempre la bondad de desatender mis ruegos.

--En lo que te he dado, Simón, la mayor prueba que puedo darte de mi absoluta confianza en la administración de mis caudales.

--Precisamente, señor, del deseo de corresponder dignamente a la inmerecida honra que me dispensa Vucencia en esa prueba, nace el empeño de enterarle...

--¡De enterarme!... ¿Y de qué, buen Simón? ¿De que no van mis negocios en próspera fortuna? ¿De que este cortijo, y la otra casa, y tales acciones no valen lo que valían, porque los arrendamientos, y el inquilinato, y el estado general de los negocios, y el aspecto alarmante de la política así lo disponen?... ¿No es esto? ¿Ves cómo yo penetro con una sola mirada hasta el interior de las cosas, y vivo en perfecto conocimiento de ellas, sin que nadie se tome, el trabajo de pesarlas y de medirlas delante de mí? ¿Y qué le vamos a hacer si el cuadro no es tan risueño como tú y yo deseáramos? Pues paciencia, Simón, paciencia, y aguardemos días mejores, que ya vendrán. Felizmente, mi caudal no es de apariencias: es sólido y es abundante, a Dios gracias, y da para todo;

quiero decir, para aguardar los vivificantes calores del estío, bien a cubierto de los mortíferos hielos invernales.

--Si no he comprendido mal el símil de Vucencia, es precisamente el punto en que tengo la desgracia de discrepar de su sabio parecer.

--¿A ver cómo?

--Vucencia sabe que sus caudales no son los que eran algunos años hace; que han disminuido..., que...

--Adelante, Simón.

--Pero desconoce el detalle, el estado en que se encuentra lo que queda de ellos; porque, si se me permite manifestarlo, los gastos de la casa y las quiebras habidas en ciertos negocios no han guardado la debida proporción con la merma de los haberes. El hacer dinero en ciertas ocasiones, cuesta más caro que en lo ordinario; y esta carestía se aumenta según que las necesidades se van haciendo más visibles y más frecuentes..., porque bien sabe Vucencia que la usura es desconfiada, y hay que satisfacerla, y..., vamos, que abusa más de lo que debiera. Así sucede que va Vucencia a tapar un agujero, y para taparle se forma otro; y tapa éste, y resulta otro más grande; y, tapa aquí y destapa allá, piérdese algo el buen tino, y al menor descuido salta una criba entera, que, créalo Vucencia, no es la mejor capa para esperar un hombre, abrigado con ella, los calores del verano;

sobre todo, si dan en  
apretar mucho, como aquí sucede, los fríos del invierno.

--No basta la buena intención que a ti te guía, mi fiel Simón, para fallar, con el acierto debido, pleitos de determinada naturaleza...

--Es la pura verdad, señor; pero cuando los números hablan... Si donde hay veinte disponibles se gastan cuarenta, resulta una falta de otros veinte.

--Si no te conociera, pensaría que llevabas tu atrevimiento hasta el extremo de intentar ponerme a ración...

--¡Señor!...

--¡No te sobresaltes, que ya hice la merecida salvada; pero no insistas en ese tema, porque las necesidades domésticas y sociales de una familia tan conspicua como la mía, y las de un hombre como yo, no pueden sujetarse al régimen admitido para el común de las gentes, ni al criterio de un sencillo y honrado administrador como tú!...

--Las palabras y los deseos de Vucencia--dijo aquí el aludido, plegándose casi en dos mitades iguales--son órdenes y enseñanzas para este su humilde servidor; pero como, por lo mismo, le debo toda la verdad de lo poco que se me alcanza, quisiera advertir a Vucencia, con el debido respeto, que no me refería tanto a lo que pudiera llamarse

\_gastos de representación\_ de esta ilustre familia,  
cuyo necesario  
esplendor eso y mucho más reclama, cuanto a otros i  
ndependientes de  
ellos, y que no son los que menos agujeros han abie  
rto en la criba a que  
tuve el honor de referirme antes.

--¿A qué otros gastos te refieres?

--A los grandes desembolsos que le han costado a Vu  
ecencia los negocios  
que ha emprendido en compañía de don Mauricio Ibáñe  
z...

--¡Bah!..., gajes del oficio, Simón: hay que estar  
a las duras y a las  
maduras.

--Ciertos; pero a Vucencia siempre le han tocado la  
s duras.

--También a él...

--Pero ese es su oficio; aquí cae y allí se levanta  
: de eso vive; al  
paso que Vucencia...

--¿Otro consejito, Simón?

--¡Dios me libre de la tentación de cometer ese nue  
vo pecado! Sólo que  
pensaba yo que en ese punto, bien cabía, sin ofensa  
de los respetos que  
debo, una indicación...

--Y ¿cuál es?

--Que sería más de sentir que el dinero perdido por  
Vucencia, como  
socio del banquero en determinados casos, el que pu  
diera perder en la



misma compañía, de muy distinta manera.

--¿Qué quieres decirme, Simón?

--Que estoy muy bien enterado de que en el señor don Mauricio no es oro todo lo que reluce.

--¿Estás en tu juicio? ¡El banquero de más crédito de todos los banqueros de España! ¡El hombre que abarca los negocios más vastos y complicados; que manda en el Ministerio de Hacienda como en su propia casa!

--Pues ese que manda en el Ministerio de Hacienda (¡y así va ella!) no tiene los asuntos tan limpios y desembarazados como creen las gentes y deseara él.

--¿Cómo puede ser eso?...

--Será, con permiso de Vuecencia, porque el diablo reclame lo suyo, o por otra causa; pero ello es. Y cómo el que se ahoga se agarra a lo primero que alcanza con las manos, y Vuecencia tiene poca práctica para esos fregados, porque ha nacido para cosas más altas y más nobles..., cumpla con un deber, hasta de conciencia, dándole respetuosamente este aviso.

--Tú has pisado hoy malas yerbas, Simón... Ya hablaré oportunamente de esas y otras cosas, con la necesaria tranquilidad. Ahora cumple el encargo que te he dado, y nada más. Cabalmente me hallas hoy en la peor

de las condiciones para ocuparme en negocios que me obliguen a fatigar la cabeza con discursos ni con preocupaciones.

--¿Se encuentra mal Vucencia?

--No muy bien: he sentido un fuerte desvanecimiento al levantarme... y anoche había sentido otro al acostarme.

--Debilidades del estómago...

--Eso creo yo... Pero resérvalo, de todos modos. No he querido decir nada a la marquesa, por no alarmarla. ¡Ah, los frutos del ambiente de esa condenada casa de locos ambiciosos e intrigantes! ¿Qué han de sacar de ella los hombres desinteresados y conciliadores como yo, sino grandes desencantos y trastornos cerebrales? ¡No sabes con qué ansia aguardo el momento de salir a respirar aires libres y más sanos, fuera de la atmósfera candente en que nos abrasamos aquí los desdichados a quienes el patriotismo obliga a encadenar hasta sus afectos más íntimos al presidio de los negocios del Estado!... Tienes mi permiso para retirarte, Simón... ¡Ah!, se me olvidaba..., y vaya la noticia por lo que has de gozarte en ella, no porque yo le dé la menor importancia, ni deje de considerar el suceso como un tardío acto de desagravio, por parte del desagradecido Gobierno: lo de mi senaduría es cosa acordada, al fin.

--Reciba Vucencia por anticipado la más humilde, pero la más cordial de

las felicitaciones.

--Esas, para la patria, Simón, que tan necesitada está de reparaciones de esa índole, aunque te suene el reparo a vanagloria. De todas suertes, gracias por la cariñosa enhorabuena... y Dios te guarde.

## XII

En ningún capítulo de los \_Apuntes\_ que me sirven de guía en este relato hay mayores despilfarros inútiles de tiempo y de imaginación, que en el que la redactora da cuenta del viaje proyectado algunos renglones más atrás. Es, en su mayor parte, un verdadero artículo de Revista, escrito, por una observadora tan impresionable como inexperta, a través de sus debilidades de sexo y de sus preocupaciones demasiado \_subjetivas\_. Échase de ver desde luego en tan prolija tarea, que en las últimas entrevistas de Verónica con Pepe Guzmán, el empeñado duelo no pasó de un nuevo cambio de estocadas, como si cada combatiente pusiera mayor ahínco en defenderse que en herir, desde que por primera vez cruzaron los aceros en la boda de Sagrario. Pesa, mide y compara, con escrupulosidad de alquimista, cada gesto y cada frase del receloso galán; asómale la impaciencia a cada momento en los puntos de su pluma; traslúcese el desasosiego a cada instante; danle

motivo todo lugar y  
cualquier suceso para recordar al invulnerable y di  
scurrir sobre estas  
cosas, y aun protesta de que en tan invencible y te  
naz empeño no entra  
para nada el interés amoroso; que todo es obra de l  
a curiosidad, tan  
vehemente y disculpable en las mujeres en casos tal  
es, y que su corazón  
continúa siendo víscera simplemente, sin un latido  
ni una sensación de  
más ni de menos que lo regular y ordinario. Podrá s  
er aprensión mía;  
pero es la verdad que leyendo estas largas disertac  
iones, se me vienen a  
la memoria los niños que se tapan los ojos para no  
ser vistos.

La primera etapa de los expedicionarios fue París,  
según costumbre, y la  
estancia allí, la más larga de todas las del viaje.  
Consultó la enferma  
con las eminencias del «arte de curar», y ninguna d  
e ellas dejó de  
prometerla un pronto y radical alivio... ni de acon  
sejar a su familia  
que la volvieran cuanto antes a su casa, porque qui  
etud, sosiego y  
«auras domésticas», era lo que principalmente reque  
ría la incurable  
enfermedad de aquella señora... En fin, lo que la h  
abía aconsejado en  
Madrid su médico de cabecera. Pero declara ya su hi  
ja terminantemente  
que su madre no viajaba con la esperanza de curarse  
, sino con el  
propósito de divertirse así; y añade que este repar  
o se opuso al  
dictamen, tan bien expuesto y mejor cobrado, de las  
eminencias; que  
éstas le aceptaron por suyo reverentemente, y que s  
e le ofrecieron a la

marquesa bien diluido en un risueño plan de correrías por los balnearios y sitios de recreo más elegantes y aristocráticos de Europa (igual a lo acordado por las eminencias de Madrid después de haber conocido los deseos de la enferma), y que se determinó que fuera Interlacken, donde nunca había estado, la segunda etapa de la recreativa expedición. Verónica hubiera preferido otro rumbo: Vichy, por ejemplo; y no porque Pepe Guzmán se hubiera despedido para aquellas aguas, que tomaba todos los años para curar ciertos desarreglos de su estómago, puesto que la había dado su palabra de encontrarse con ella «donde menos lo pensara», sino porque... «cada cual tiene sus gustos».

Pero si dejó de ver en el Pirineo francés a su amigo tan estimado, en el corazón de la Suiza se halló con otro que no valía menos, según la fama, si se pesaban ambos en oro. Porque allí estaba don Mauricio \_el Solemne\_, una semana hacía, a curarse sus achaques nerviosos con aquellas duchas de hielo derretido. Este pretexto alegó, al menos, para explicar al marqués su estancia inesperada allí: inesperada, porque de todo había hablado a su ilustre amigo al despedirse de él en Madrid, menos de que padeciera tales achaques, ni de que intentara curarlos de aquel modo ni en aquel sitio. Ciertamente que no estaba el banquero en el pleno goce de su natural imperturbabilidad cuando estas cosas decía, como no lo había estado cuando se halló de improvisamente en el mismo hotel

que habitaba, con la presencia de sus egregios amigos; que a este mismo «fenómeno» se agarró él como prueba de la existencia de la enfermedad, y que afirmó que la había cogido repentinamente una noche, muy pocas antes, en lo alto de la calle de Alcalá, hablando, desabrigado, con el ministro de Hacienda. Pero tan mal le iba con el tratamiento aquel, en mal hora aconsejado por su médico de cabecera, que tenía resuelta su marcha a París en el mismo día, no obstante el nuevo y poderoso \_atraactivo\_ que tenían para él aquellos lugares «desde que los honraban tan excelentes y tan \_inolvidables\_ amigos». Esto de «inolvidables» se lo espetó a Verónica en un memorial de mirada triste, con el correspondiente tirón de patilla; el cual memorial fue contestado con una sonrisa... de las de Verónica, la cual sonrisa debió sentarle al \_recurrente\_ como si le afeitaran en seco.

Y como lo dijo lo hizo, Salió \_en posta\_ de Interlaken aquel mismo día, sin aguardar a sentarse a la mesa; y detrás de él y con el mismo rumbo, una dama solitaria, de gran porte y «cierta traza», que había llegado con el banquero mismo, y comía a su lado, y a su lado habitaba en el hotel; es decir, tabique en medio.

--¡Y pensará el simplón que no le he sorprendido el contrabando!--díjose, muy \_aparte\_, el marqués, cuando se enteró de todos estos tejemanejes--. ¡A mí con esas disculpas de colegial! ¡Al que

ha sido cocinero antes que fraile! ¡Semejante majaderote! ¡Como si tuviera el lance nada de particular, o nos interesara a nosotros cosa alguna!

Y no se habló más de este suceso en la familia del marqués, ni había para qué tampoco.

Escaseaba mucho todavía la gente de lustre en aquel sitio; y con esto y con no sentarle bien el clima a la marquesa, condújola a otro más de su gusto. Y no digo a cuál, porque si fuera a seguirlo paso a paso en el camino de aquellos sus antojos de rica vanidosa, incurriría yo en el mismo defecto que he tachado en el correspondiente capítulo de los Apuntes.

Mas por grandes que sean mis propósitos de reducirme todo lo posible en mi tarea, no he de omitir la mención siquiera de lo que más halagaba y seducía los apetitos del marqués durante su peregrinación por tantos y tan culminantes lugares: las celebridades políticas de todos los Estados europeos, que veraneaban dispersas, y con las cuales se topaba acá y allá, con sus respectivos cortejos de admiradores y de parásitos; los estadistas de segunda categoría, hartos más ceremoniosos y teatrales que los de primera: los unos haciendo vida aparte y dejándose sentir, como el sol, desde muy lejos, o entre nubes; los otros, invadiéndolo todo con su pompa de relumbrón, presidiendo las mesas, los bailes, las jiras y

hasta las salas de duchas o de inhalaciones... o la ruleta; pero los otros y los unos asediados por legiones de babiecas y por el espionaje de los \_reporters\_, para apuntar lo que dicen, lo que piensan, lo que comen, si se bañan, si se ríen, si meditan, si se enfadan, o si tosen o estornudan, y estamparlo como noticias de sensación en los periódicos de mayor renombre, con las más peregrinas conjeturas sobre el influjo del suceso en la política internacional. Y a los casinos llegaban estos y otros cien periódicos más de todas las naciones, y en todos ellos danzaban las noticias y las conjeturas, con otras semejantes y nuevos comentarios de propia cosecha, anunciando entrevistas, desentrañando frases, prediciendo resultados y dejando muy tirante la curiosidad de los lectores con la promesa de nuevos acontecimientos para el día siguiente.

Y el marqués devoraba estos periódicos, y contemplaba en éxtasis a aquellos hombres que tanto les daban que decir; y se comparaba con ellos, y no se vela más bajo, ni menos ostentoso, ni menos solemne, ni menos «honorable»: ninguno tomaba tan en serio como él eso de «los organismos políticos», «las energías de la patria», «el sentimiento público», «la alteza y respetabilidad de los cuerpos colegisladores» y otras cosas tales; ninguno le ganaba en desinterés, ni en celo, ni en instinto político, y pocos, muy pocos, llegarían a aventajarle en el



modo y manera de utilizar con honra propia y decoro del sistema «la tribuna del Parlamento». Esto era «obvio, de toda notoriedad e inconcuso», y, sin embargo, su nombre no aparecía jamás entre aquellos otros, tan traídos y tan llevados, ni había un papá natas que le siguiera, ni un mal periodista que le preguntara su parecer sobre la política del Czar y las últimas circulares de nuestro ministro de Estado. Citábasele alguna vez entre los bañistas más distinguidos, recién llegados; cortejaban a su hija algunos insípidos gomosos, porque era guapa y afamada de rica, y pare usted de contar. Pero ¿qué diablos valía todo esto para un hombre de su estirpe, de sus nobles ambiciones y..., sí, señor, de su significación e importancia, por donde quiera que se le considerase? Caprichos, veleidades de la fortuna, del «hado» quizás..., porque el marqués estaba persuadido de que a los «hombres públicos» los forman las circunstancias, un momento de la vida, un «choque fortuito», de la piedra contra el acero, que hacía brotar la luz de repente. Así entendía el «hado» el buen marqués.

Entre tanto, lejos de desalentarse en su empresa, cada día buscaba con mayor empeño ese instante, ese fortuito choque, y no perdía ocasión de arrimarse a los privilegiados para hombrearse con ellos y meter la cuchara en sus conversaciones. Y así pasaba el tiempo en las etapas de su viaje, y aun en todos sus viajes de veraneo, si

no satisfecho de los resultados obtenidos, porque el choque no se verificaba ni la luz se producía, consolado, al menos, con la ilusión de que las gentes, viéndole tan bien acompañado, le tomarían por lo que no era, es decir, por lo que deseaba ser.

Corriendo los días y rodando los expedicionarios, tan pronto en un puerto de mar como en una \_estación\_ de secano, arrastrándose más que caminando la marquesa, a quien apenas bastaba una semana de reposo por cada hora de jornada, ninguno de los tres recogía el fruto sazonado de sus ilusiones: el padre, por lo que se ha visto; la madre, por lo que fácilmente se adivina, por enormes que sean las dosis de vanidad y de tonta presunción de que la supongamos henchida, y la hija, porque a medida que el tiempo pasaba sin que se cumpliera la promesa que en Madrid había hecho Pepe Guzmán de encontrarse con ella «donde menos lo pensara», crecían sus impaciencias «por el natural e insignificante deseo de salirse con la suya»; y la suya era que no se encontraría en parte alguna de su expedición veraniega con Pepe Guzmán; y no encontrándose con él, estaba autorizada para decirle, en broma, por supuesto, en cuanto le viera en Madrid: «¡valiente palabra es la palabra de usted!» Y con esta sola preocupación, se pagaba bien poco de todo lo que hallaba al paso; de preparar el éxito de sus exhibiciones en playas, alamedas y espectáculos, y mucho menos del tributo

ofrecido a su belleza  
por la turba de tenorios contrahechos que a eso van  
a los «centros  
elegantes», y aun por otros admiradores de más seso  
y mejor arte.

En Baden-Baden halló el rastro de su amiga Sagrario  
, que andaba  
recorriendo el mundo en su viaje de novia. Había de  
jado allí fama de  
hermosa, de elegante, y, sobre todo, de desenvuelta  
. Se hablaba mucho,  
muchísimo, de \_sus hechicerías\_, entre los hombres,  
y de su «provocativo  
\_sans façon\_», entre las mujeres. Cuando tenía el s  
itio hecho un volcán  
de intrigas, de deseos, de cálculos y de murmuracio  
nes, desapareció  
repentinamente con su marido, porque éste, que no s  
alía de la ruleta,  
perdió en una noche cuarenta mil duros, sobre otros  
veinte mil que tenía  
perdidos ya; y no se había casado ella con Gonzalo  
Quiroga para eso,  
sino para cosa muy diferente. Esto se decía y se pr  
opalaba por aquellos  
ámbitos henchidos de la fragancia de todas las pasi  
ones, buenas y malas,  
pero muy elegantes, y de nada se asombró la recién  
llegada madrileña,  
porque lo uno lo consideraba verosímil y hasta nece  
sario, y de lo otro  
sabía que era la pura verdad.

Sucesos hartos más graves la aguardaban en Spá. Por  
de pronto, se  
encontró allí con amigos de su mayor intimidad; com  
o que eran Leticia,  
su marido y el subsecretario de Gobernación; y ya s  
e supondrá que no  
cuento este hallazgo entre los sucesos graves a que  
me he referido,

aunque alguna gravedad revestía la altivez del continente de la primera, frente a la actitud algo airada y como rencorosa del tercero; pero más grave fue una estocada que este funcionario español atizó, en la madrugada del día siguiente, a un príncipe ruso bruñido a la francesa, que campaba en el sitio por su riqueza, por su boat o y hasta por su estampa original y castiza. Tampoco fue lo grave la estocada porque pusiera en riesgo de muerte al príncipe ruso, pues no llegó tan adentro «la acerada punta», sino por el ruido que hizo y lo que dio que hablar a las gentes, y que temer a la impávida Leticia, y que hacer a la misma Verónica para ayudar a su amiga a convencer al subsecretario de que ciertos sucesos, aunque se vean con los ojos y se palpén con las manos, no son lo que aparentan, sino quimeras de la imaginación ofuscada.

Pero lo más original y lo verdaderamente grave del suceso, mirado a cierta distancia, fue que el general Ponce, es decir, el marido de Leticia, apadrinó al subsecretario en su duelo con el ruso; en honor de la verdad, no porque llevara el apadrinado su frescura al extremo de solicitar del otro un favor tan señalado, sino porque el arisco veterano, al saber de qué se trataba, por rumores llegados hasta él, «como amigo, como soldado y como español», no quiso que nadie se anticipara a prestar ese servicio a su ilustre compatriota. No hay para qué advertir que este detalle sonó en la colonia el

egante y desocupada  
mucho más recio que la estocada y los motivos de el  
la. En cuanto al  
general, cumplido su deber de amistad, de soldado y  
de español, y  
altamente satisfecho de su conducta, se volvió a su  
s reales, es decir, a  
pasarse todo el día y parte de la noche con un peri  
odista madrileño,  
desollando al ministro de la Guerra y proporcionand  
o la metralla con que  
el primero le fusilaba, un día sí y otro no, desde  
las columnas de su  
periódico. Ni más vela, ni en otra cosa pensaba, ni  
de otros jugos se  
nutría la fibra de su naturaleza.

Pensó Verónica, como lo hubiera pensado cualquier o  
tra mujer de honrado  
temple, que después de aquel ruidoso acontecimiento  
su amiga abandonaría  
a Spá con cualquier pretexto; pero no la conocía ba  
stante, con creer  
conocerla muy a fondo. En el de Leticia existían al  
ientos para resistir  
aquel empuje y mucho más.

--Mi fuga--dijo a su amiga, hablando con ella de es  
tas cosas--sería la  
confirmación de los rumores. Otra mujer en mi caso,  
aun pensando esto  
mismo que yo pienso, huiría por no atreverse a qued  
árse; pero a mí no me  
espanta la fiera, y ya verás cómo la domino.

Y nunca se la había visto en público tan serena, ta  
n elegante, tan  
hermosa, ni tan envidiada, como se la vio después d  
el «grave suceso», ni  
se había mostrado delante de la gente tan expresiva  
ni tan afable con el  
subsecretario de Gobernación, ni tan atenta y corté

s con el príncipe  
ruso, que, por cierto, no tardó tres días en largar  
se de allí.

No tuvo Verónica motivos para dolerse de la resolución tomada por su  
amiga, pues su compañía y su serenidad la sirvieron  
de mucho en el  
verdaderamente «grave suceso» que aconteció en breve,  
seguido de otro  
tan grave como él. Y fue que hallándose departiendo  
el marqués y el  
general, momentos antes de sentarse a la mesa, y paseándose a lo largo  
del salón contiguo al comedor, y estando la porfía  
en lo más candente,  
es decir, sosteniendo el segundo que todas las desventuras de España  
procedían de la incapacidad y de los desaciertos del ministro de la  
Guerra y de todos sus antecesores, y templando el primero sus crudezas  
con reposadas y campanudas reflexiones sobre el necesario «curso de  
las fuerzas vitales del país» y «el engranaje de la máquina  
gubernamental», de pronto le faltó la palabra precisa; valiose de otra  
menos propia y muy mal pronunciada; esparciese sobre el sonrosado color  
de su rostro un tinte lívido; lanzó un áspero quejido por su boca, que  
se torcía por momentos, y reviré los ojos; y a no haberle recibido el  
general entre sus brazos, hubiera dado el pobre marqués con su oronda  
humanidad en el santo suelo.

Lo que allí sucedería después, no hay para qué referirlo. Conducido a su  
habitación y puesta en movimiento media casa, sometiósele al tratamiento

que la ciencia tiene menos desacreditado para esos lances, y se esperó el resultado de él y el de la primera consulta que celebró un rebaño de doctores que fueron acudiendo alrededor del paciente, los más de ellos sin que nadie los llamara. Tras una hora de encierro en el cuarto inmediato al del enfermo, a quien rodeaban su familia gemebunda y cuantos españoles hubo en las inmediaciones, fueron apareciendo uno a uno los doctores, en larga y solemne procesión; cedieronles los profanos el sitio en derredor del lecho; tomó la palabra el menos joven y más estirado de los médicos; dijo que estaban perfectamente de acuerdo todos los profesores allí reunidos, lo mismo sobre el pronóstico que sobre el diagnóstico de la enfermedad que aquejaba al señor marqués; que aprobaban lo que hasta entonces habían dispuesto los dignísimos compañeros que se les habían anticipado en el honor de prestar los primeros auxilios al ilustre paciente; que volverían a reunirse dentro de dos horas, y que buen ánimo, entre tanto, para conllevar la inevitable pesadumbre por lo ocurrido...; con lo cual, y una ceremoniosa inflexión de cuello y de espinazo, salió de la estancia seguido de sus comprofesores, lo mismo que habían entrado, uno a uno y con la respectiva inflexión de cuello y de espinazo, graves, muy graves todos, y a cual más atildado y taciturno.

Afortunadamente, lo del marqués no fue tanto como parecía. Rehízose un

poco su naturaleza a las pocas horas; al amanecer c  
onoció a su familia y  
a sus amigos; articuló algunas palabras; movió los  
miembros, antes  
paralizados, y al mediodía del siguiente pronosticó  
el senado de  
doctores, en su tercera consulta, que, sin una comp  
licación inesperada,  
el ilustre enfermo entraría muy pronto en una franc  
a y satisfactoria  
convalecencia.

Ya las nubes de la tristeza se rasgaban y difundían  
hasta  
transparentarse en aquella mansión, poco antes de l  
ágrimas y  
sobresaltos, cuando la marquesa, que se había queda  
do en la cama aquel  
día para restaurar un poco las fuerzas de su trasto  
rnada máquina,  
puestas en los límites de la extenuación con los re  
cientes sustos y el  
anterior ajetreo de su larga peregrinación, sintió  
de pronto tales  
espasmos, convulsiones y desfallecimientos, que pen  
só que su vida  
terminaba en aquel trance, y lo mismo pensaron su a  
tribulada hija y las  
gentes que con ella acudieron a socorrerla. Por con  
siguiente, nuevos  
apresuramientos, nueva irrupción de doctores, nueva  
s consultas y nueva  
serie de larguísimas horas de angustias y sobresalt  
os para la pobre  
joven, que, en aquella apuradísima situación en que  
se veía, se juró a  
sí propia emprender la vuelta a Madrid por el camin  
o más corto, tan  
luego como los enfermos se hallaran en condiciones  
de ponerse en viaje,  
si Dios no había decretado que le hicieran al otro  
mundo sin salir de la



cama.

Pero también se resolvió en el mejor de los sentidos la crisis alarmante de la marquesa; sólo que, al paso que el restablecimiento de su marido llevaba trazas de ser completo y sin dejar el menor rastro de la enfermedad vencida, el de ella caminaba paso a paso, y mal seguros, con muchos tropezones y algunas caídas. Al fin, llovía sobre mojado, y en cada nuevo embate de la enfermedad se llevaba ésta mayor tajada entre las uñas.

Durante la convalecencia de los dos enfermos, Leticia y Verónica, como si quisieran resarcirse de los afanes y tristezas que habían sufrido juntas como dos hermanas, mejor que como dos amigas, hablaron mucho, de muchísimas cosas: de todo menos del príncipe ruso y de su duelo con el subsecretario de Gobernación, y de Pepe Guzmán, que no asomaba por ningún sendero a cumplir la palabra empeñada con Verónica. Entre tanto, el tal subsecretario, el general y el periodista español, no se apartaban un punto del marqués, que ya \_estaba en voz\_ nuevamente y comenzaba a hacer pinitos parlamentarios. Estaba muy satisfecho del interés que se habían tomado por su salud el canciller de acá, el embajador de allá, un ministro del kedive de Egipto y cien eminencias más que veraneaban por allí. Esto le confortaba y le reconstituía.

Y hablando, hablando Leticia y su amiga, sacó la pr

imera a relucir a don  
Mauricio \_el Solemne\_.

--Poco antes de llegar tú--dijo a Verónica--, se pr  
esentó aquí de  
improviso; se encontró con nosotros al día siguien  
te; y como si le  
hubiera contrariado el encuentro, aquella misma tar  
de salió para París.

--¿Solo?--preguntó sonriendo Verónica.

--Solo--respondió sonriendo también su amiga--. Por  
que por más que se  
afirmó entre los maldicientes lo contrario, yo creo  
que nada tenía que  
ver con él una dama muy aparatosa, de cierto pelaje  
, que le siguió muy  
de cerca al marcharse, lo mismo que le había seguid  
o al llegar.

--¿Alta y rubia?--volvió a preguntar Verónica, reco  
rdando quizás las  
señas de la de Interlacken.

--Morena y baja--respondió Leticia.

--¡Qué voracidad de hombre!--pensó la otra sin pedi  
r ni dar más  
explicaciones.

Con los equipajes hechos, los convalecientes medio  
embanastados; en fin,  
casi con el pie en el estribo ya para volver a Madr  
id los tres  
expedicionarios de nuestra historia, dijo Leticia a  
su amiga al  
despedirse de ella:

--Sé que el banquero don Mauricio bebe los vientos  
por ti... ¿No te  
gusta que te lo diga?... Lo siento, y perdona; pero

escucha. Es un  
\_tipo\_, bien a la vista está; pero tiene prendas que  
no puede ni debe  
desconocer una mujer como tú. Por tanto, como buena  
amiga y porque te  
quiero mucho, te aconsejo que si pide tu mano, no se  
la niegues.

--Gracias--respondió la aconsejada, pagando con un  
beso en cada mejilla  
de la consejera otros dos que ésta le había estampa  
do en las suyas, con  
las últimas palabras del consejo, como si hubiera que  
verido pintárselas  
allí para que no las olvidara.

¡También Leticia! ¿Era aquello una burla o una pesa  
dilla? El mismo  
consejo que Sagrario, menos en lo referente a Pepe  
Guzmán. ¿Por qué esta  
omisión? ¿Fue por ignorancia o por malicia? ¡Ah!, ¡  
de qué buena gana la  
hubiera hecho ella entonces, y aun antes de entonce  
s, por curiosidad, se  
entiende, nada más que por curiosidad, una pregunta  
! «Vamos, Leticia,  
con toda franqueza..., como si te confesaras conmigo  
o, ¿hasta qué punto  
llegaron tus \_amistades\_ con \_él\_?...» Porque era mu  
cho lo que, de algún  
tiempo a aquella parte, la mortificaba esta sencill  
a \_curiosidad\_.

### XIII

La marquesa llegó a Madrid hecha una lástima; pero  
el marqués, como si  
nada le hubiera pasado. Algo claudicaba del lado de

recho, reparándole  
bien, y se le torcía la boca al sonreírse, y un tan  
to desmemoriado se  
encontraba en lo tocante a fechas y nombres propios  
; pero este levísimo  
rastros de su pasado accidente se borraría muy pronto,  
como se habían ido  
borrando otras huellas, harto más hondas, del propio  
mal.

De muy distinto modo lo veía su hija, que, aun sin  
lo advertido por los  
doctores de Spá, tenía en su buen entendimiento la  
luz necesaria para no  
engañarse; y con esto, y con la evidencia de que el  
estado de su madre  
era gravísimo, también; con las tristes deducciones  
que le resultaban de  
estas innegables premisas; la relativa soledad en que  
se encontraba en  
Madrid, a donde los apuntados sucesos la habían obli  
gado a volver antes  
de lo calculado, y, por consiguiente, hallándose to  
davía rodando fuera  
de la patria todos los amigos de «su mundo»; la neg  
rura de los espacios  
a que la condujeron sus cavilaciones pertinaces, y,  
¿por qué negarlo?,  
hasta la ausencia del único hombre de fuste que en  
aquel caso pudiera  
ser para ella un prudente consejero, y cuanto en es  
te hilo de su  
discurso fue ensartando la mano de Satanás, porque  
otra más honrada no  
podía complacerse en hacer un rosario tan largo y d  
e tan fríos  
desalientos, llegó a apoderarse de la infeliz una v  
erdadera melancolía;  
siendo muy de notar que antes se le aumentaba que s  
e le disminuía con  
los cálculos risueños y los propósitos mundanos, qu  
e eran los temas

exclusivos de la conversación de los convalecientes con ella. La cual tiene abnegación bastante para declarar sin rebozo en este pasaje de sus Apuntes, que intervenía muy poco o nada su corazón de hija en la manifestación de aquel fenómeno. No la impresionaban las ilusiones de sus padres por el contraste que formaban con su certeza de que era muy breve el espacio que las separaba de la sepultura de los ilusos, puesto que no era el dolor de perderlos lo que sentía en sus temores de quedarse huérfana a la hora menos pensada. El fenómeno era producto de un trastorno nervioso, de un estado histérico, sometido al influjo de un orden de sentimientos muy distintos: los enumerados ya, y un recelo pavoroso de lo desconocido. Su afecto de hija no profundizaba más que lo que da de sí el hábito de vivir en comunidad, no muy íntima, con otras personas. Muy poco y bien triste le parece esto a ella misma; pero tranquiliza su conciencia con la cuerda reflexión de que lo extraño hubiera sido lo contrario, con una educación como la que había recibido y unos ejemplos como los que le habían dado en su propia casa.

Veamos qué cálculos y propósitos eran los que preocupaban a los marqueses en los momentos en que todo el tiempo de que disponían debiera parecerles corto para liquidar sus largas cuentas con Dios. Los de la marquesa se enderezaban a dar a sus salones, en el próximo invierno, el último barniz de que carecían para brillar entre lo

s más esplendorosos  
de la corte: quería construir un elegante teatro do  
méstico, en el cual  
las damas y los galanes más distinguidos de la aris  
tocracia  
representasen lo selecto del repertorio... francés,  
en lengua francesa  
por de contado. Esto era el colmo, por entonces, y  
aun creo que lo es  
por ahora, del rumbo y de la distinción de los salo  
nes del \_buen tono\_  
madrileño. El intento, si se realizaba, costaría un  
sentido; pero ¿qué  
tenía que ver ella con ese prosaico y vulgar detall  
e? ¿No era rica? ¿No  
daban sus caudales para todo? ¿No era el intento no  
ble y, amén de noble,  
impuesto por la ley inexorable... «de las cosas»? P  
ues habría teatro  
doméstico, y lindo y elegante, como el mejor de su  
especie; y para  
lograrlo así y lo más pronto posible, conferenciaba  
a menudo con el  
mismo arquitecto que le había trazado y dirigido la  
s obras de su casa, y  
con su hija para la formación, digámoslo así, de la  
\_troupe\_  
aristocrática que había de \_debutar\_ en él, a más t  
ardar en la próxima  
noche de Año Nuevo. Y bien sabido se tenían Verónic  
a y su padre que los  
intentos de la marquesa no podían traducirse en bro  
ma jamás. Siempre  
fueron órdenes sus lacónicas frases, y leyes inapel  
ables sus deseos.  
Esto, en buena salud; ¿qué no sucedería cuando las  
molestias de la  
enfermedad la obligaban a ser más antojadiza y exig  
ente?

En cuanto a los planes de su marido, casi está por  
demás advertir que no

salían del trillado campo de sus anhelos senatorial es. Ciertamente que le constaba con toda evidencia que su senaduría era una de las de la hornada que de un momento a otro lanzaría el Gobierno a los estantes de la Gaceta; y sobre este importante preliminar, por tantos años perseguido, nada tenía ya que temer; pero no se trataba de eso, sino de algo que debía seguir inmediatamente al acontecimiento, como el estampido a la expansión de la pólvora inflamada en un arma de fuego. ¿Cómo le celebraría él, cuándo y en dónde? ¿A qué y con quiénes le obligaba esa distinción, que no por ser justa y merecida y aun algo tardía, dejaba de haber sido piedra de toque de muchas y buenas amistades... y de asombrosos templos de paciencia?

Esto le preocupaba, y a este tema se redujeron sus conversaciones familiares por muchos días. Al fin resolvió, sin que nadie se le opusiera, que daría un banquete de circunstancias en su propia casa, tan pronto como los ausentes personajes volvieran a Madrid y entrara en sus ordinarios quicios la vida política y social de la corte; y que en ese banquete pronunciaría él un discurso, en el cual «quedara bien definida su significación al lado del Gobierno de Su Majestad», y puesta bien de relieve, con la autoridad de su ejemplo y la elocuencia de su palabra, «la necesidad de robustecer el prestigio de los poderes públicos con el concurso de todas las fuerzas vivas de todos los hombres

independientes y desapasionados del país, tan trabado y maltrecho por obra de todo linaje de mezquinas intrigas y de pasiones bastardas».

Tal había de ser el tema de su \_acto político\_; y en desenvolverse, pulirle y entonarle debidamente, creyendo como artículo de fe que había de tener «inmenso alcance y altísima resonancia», se pasaba el buen marqués las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, como el otro loco (y perdone su ilustre y bien acreditada fama la comparación) con los libros de caballerías.

Es de advertir, asimismo, que el banquete, no sólo había de celebrarse en su propia casa, sino también disponerse y servirse con elementos y accesorios de la casa misma; condición sabiamente acordada por el marqués, que, contando con que no faltarían los obligados sahumeros de la prensa al \_menú\_ y al aparato de la mesa, no que ría ceder a un fondista, aunque se llamara Lhardy, ni ese rayo de esplendor que también cabía en el nimbo de su cabeza casi augusta .

Ello es que pasando días y semanas; estando perjeñando el discurso y a medio digerir; puestos en ejecución los planes de la marquesa y los planos de su arquitecto, y por los suelos algunos tabiques de la casa; en Madrid casi todos los encopetados \_touristas\_ veraniegos; cada hombre político en su sitio; Verónica no tan aburrida ni nerviosa como a su



llegada; Pepe Guzmán bien perdonado de su falta, en virtud de razones bien expuestas y mejor recibidas; la marquesa incapacitada de moverse de un sillón en cuanto la sacaban, con trabajos, de su lecho, y el marqués con su credencial de senador entre las manos, llegó el mes de octubre, y con él la ebullición de la vida madrileña, quiero decir, la de la gente de dinero y lustre en los campos colindantes de los placeres y de la política; y llegando el mes de octubre, que era el que esperaba el marqués con grandes ansias, dio por bien digerido su discurso, y consagró todo el muy escaso que le quedaba sano a disponer el programa de la fiesta.

Dejemos por cosa innecesaria la historia de este parto laborioso, y pasemos de un salto, que el lector dará con gusto, por lo que le abrevia el camino, a los linderos del comedor de nuestro personaje, desde donde podemos contemplar, sin ser vistos, el cuadro resultante de tantas, tan profundas y tan conmovedoras cavilaciones, con lo demás que se siguió como fin y remate de la fiesta.

Como el banquete era político, aunque de otro modo le calificara el marqués por pura modestia, no se dio asiento en él a las señoras. Pasaban de cincuenta los comensales del otro sexo, rigurosamente vestidos de sociedad, lo mismo que los criados que les servían los manjares y los vinos, y figuraban entre los primeros las tres cuartas

partes de los ministros, incluso el presidente; los de ambos «cuerpos colegisladores»; varios diputados de empuje, con gr upito; la flor y nata de los ancianos del senado; el Capitán general y el Gobernador civil de Madrid..., y así sucesivamente; porque una cosa es que todos estos y otros personajes estimaran al anfitrión en lo que verdaderamente valía, y otra muy diferente los rumbosos festivales que sabía disponer en su casa para prestigio de ella y regalo de sus amigos. Como de los más estimados, inútil es advertir que no se quedaron sin cubierto aquella noche ni Pepe Guzmán ni el banquero don Mauricio.

Al tratar la prensa periódica al día siguiente de este suceso, grandes cosas dijo de la magnificencia del cuadro, tal como aparecía en conjunto a la vista del recién llegado observador, y grandes despilfarros de incienso dedicó al buen gusto y a la riqueza de la ilustre familia; pero preciso es confesar que por aquella vez, si los «órganos de la opinión pública» pecaron de entrometidos y de aduladores, en manera alguna de inexactos, como no fuera por quedarse cortos en sus reseñas y ponderaciones. Fue aquel, en efecto, un alarde felicísimo de saber hacer esas cosas por todo lo alto. Era el comedor lo que se llama «un ascua de oro»; expresiva metáfora en que cabe cuanto el lector pueda imaginarse en profusión de luces sobre lámparas y candelabros de ricos y variados metales, vajillas estupendas, cristalería de invero símil nitidez y

ligereza, vasos de porcelanas valiosísimas cargados de raras flores; en fin, lo mejor entre lo más caro del profuso acopio de que se dio cuenta en otro lugar de este relato, y lo adquirido después a peso de oro, destacándose sobre fondos oscuros, salpicados de brillantes toques metálicos, e interrumpidos en cada puerta por los d'esmayados paños de las pesadas y ricas colgaduras.

Bien poseído estaba el marqués de la suntuosidad de l aparato escénico, así como de la intachable corrección con que iban s irviéndose a sus comensales los prodigios de su cocinero y los tesoros de su bodega; y por estarlo tanto, andaba más atento a inquirir si ese mismo sentimiento se traslucía en los gestos de sus comensales o en l as palabras sueltas del incesante rumor que henchía la estancia, que a responder atinadamente a las frases con que algún colateral, creyendo acertar mejor así, intentaba llevar su atención al asunto o casional del banquete.

Desde muy temprano había sentido él síntomas premonitorios de estas emociones. Inusitadas desconfianzas en su servidumb re, celos injustificables hasta de la habilidad de su envidia do cocinero, le traían sin punto de reposo de un lado para otro y d e acá para allá; mortificaba a su familia con consultas impertinente s y con advertencias pueriles, y aturdía a su ayuda de cámara pidiéndole prendas de vestir

que tenía a la vista o entre las manos. Jamás había incurrido en estas vulgaridades de tendero rico el señor marqués, ni su familia le había visto tan polilla ni tan desmañado. A ratos se encerraba en su despacho y ensayaba a toda voz desde el sillón de su mesa, con la salvadera en la mano, los párrafos culminantes de su discurso. Le salía tal cual; pero le costaba mucho trabajo estamparle bien en la memoria. A la hora de vestirse, la emoción crecía, la memoria se le embrollaba más, y los nervios, vibrantes y desconcertados, no le permitían ejecutar obra alguna con acierto, ni cortar lo más sencillo por donde señalaba. Pero ¿qué había de sucederle con el trajín de tantas horas y las preocupaciones de tantos días, que le habían puesto la cabeza como una zambomba en ejercicio?

¡Cosa rara!: fueron menores sus desconciertos y más llevaderas sus impresiones, en las proximidades del momento crítico, del instante que más le deslumbraba a él cuando le consideraba desde lejos; y en cuanto se sentó a la mesa del festín, era ya dueño absoluto de sus nervios, de su memoria y de toda su ordinaria y olímpica serenidad. Algo de esto pasa con todo linaje de peligros: parecen más imponentes cuando se piensa en ellos, que cuando se arrostran. El hecho es que el señor marqués, aunque muy débil de fuerzas físicas, entró en la batalla con ánimo sereno y marcial talante.

Ya hemos visto cómo se iba portando en ella. Pero faltaba el lance, el episodio decisivo. También llegó, al sonar el primer taponazo del Champagne. El presidente del Consejo de ministros, que ocupaba el asiento fronterizo al del anfitrión, se puso de pie y con una copa en la diestra, rebosando de espuma. Comenzaban los brindis.

Aquí fue donde la naturaleza deleznable del marqués sintió ciertas sacudidas eléctricas que le produjeron inevitables alucinaciones y desfallecimientos. Eran de esperarse. ¿Qué cosas le diría aquel «prócer, gigante de la palabra y de la política?» No fueron grandes ni muchas, ciertamente: cuatro frases de cajón enderezadas a ensalzar los merecimientos (que no enumeré) del ilustre anfitrión, para el cargo con que el Gobierno, por un acto de estricta justicia, le había recompensado; otras tantas de felicitación al Gobierno mismo por este rasgo de cordura y de integridad de principios y una ligera alusión a la robusta vitalidad del Gabinete, indignamente presidido por el preopinante, merced a «su política salvadora» y, «ante todo y sobre todo, a la ilimitada confianza con que correspondía a sus sacrificios y desvelos la Corona».

Sin cesar la indispensable salva de aplausos, se alzó el ministro de la Gobernación. Dijo casi lo mismo que su presidente, pero con más sal y pimienta. De ésta dedicó la mayor parte a las impac-

iencias del partido  
que se juzgaba heredero inmediato del Poder. Era ha  
rto incisivo y mordaz  
Su Excelencia; y por eso sus flagelantes alusiones  
al enemigo mortal  
fueron recibidas con coros de carcajadas y con temp  
estades de aplausos.

Creyó el Capitán general que era él a quien le toca  
ba remachar el clavo  
con que el ministro de la Gobernación había fijado  
en la picota de sus  
ironías al insidioso partido «que no reparaba en me  
dios para lograr sus  
impopulares fines», y se levantó casi airado, y, si  
n casi, marcial y  
decidido, a declarar (olvidándose completamente del  
motivo fundamental  
del banquete y de la presencia del rumboso obsequia  
nte) que, mientras a  
su autoridad estuviera encomendada la conservación  
del orden público en  
su distrito, ¡ay del insensato que alzara en él siq  
uiera un dedo para  
alterarle! ¡Ay del temerario que se echara a la cal  
le «con bastardos  
planes» y los manifestara con una sola palabra, con  
un gesto siquiera!

Lo cual obligó al ministro de la Guerra después de  
consagrar cuatro  
piropos de cortesía al estupefacto anfitrión, a «fi  
jar el alcance de las  
patrióticas declaraciones, del Capitán general, aña  
diendo, por su parte,  
que con un ejército tan leal y disciplinado como el  
invencible ejército  
español, particularmente desde que estaba bajo su c  
uidado y vigilancia,  
nada tenían que temer los poderes públicos, aun cua  
ndo hubiera partidos  
(que no los había dentro de la legalidad) «capaces

de pensar en locas aventuras».

Pero estaba allí el general Ponce de Lerma, conde de Peñas Pardas, y no podía dejar sin réplica las declaraciones del ministro, aunque con las salvedades a que le obligaban el motivo y la ocasión del \_acto\_ de Su Excelencia. Bien estaba el intento de mantener el orden a todo trance, y mucho mejor la confianza manifestada en la lealtad «jamás desmentida» del ejército, base y garantía de la paz y del sosiego públicos, no obstante el eterno trabajo empleado para corromperle por los que intentan hacer de él instrumento de sus «bastardas y descomedidas ambiciones»; pero había que tener en cuenta, ¡muy en cuenta!, que, en determinadas ocasiones, un celo excesivo, imprudente, sólo conducía a exacerbar las impaciencias y a despertar propósitos aún dormidos. En fin, que no bastaban las buenas intenciones si no iban acompañadas de una gran prudencia, de un juicio bien reposado y, sobre todo, de la más completa idoneidad para el alto cargo que se desempeñaba. En cuanto a que el ejército nunca hubiera estado mejor organizado ni regido que en aquella ocasión, «lo negaba en absoluto»...

Aquí terció el presidente del Consejo para encauzar, con el prestigio de su investidura y la habilidad de su palabra experta, el asunto de las peroraciones, algo desbordado por los irreflexivos entusiasmos de los unos y por los descomedimientos apuntados, síntomas

de otros más graves,  
del implacable enemigo de todos los ministros de la  
Guerra. Lo que allí  
se dijera había de trascender muy lejos, que para e  
so había periodistas  
a la mesa; y era de necesidad, por tanto, que las p  
alabras salieran  
pesadas y medidas de la boca de los oradores.

Pero aunque la intervención del presidente fue cort  
és y comedida, el  
general no quiso añadir una frase más, en bien ni e  
n mal, a las que  
había pronunciado, y se sentó de pronto con los big  
otes erizados y  
enseñando los dientes, como un mastín después de ha  
ber llevado una  
paliza.

Borraron la impresión de este incidente los atildad  
os e insustanciales  
brindis que le siguieron de los presidentes de amba  
s Cámaras. Los dos  
graves señores, ajustándose estrictamente al caráct  
er y al motivo  
palmario de la fiesta, consagraron lo principal de  
sus discursos a mayor  
honra y gloria del festejante, y lo accesorio, vago  
e incoloro, a la  
política. Esto acabó de fijar el camino indicado po  
r el presidente del  
Consejo para los discursos de los comensales.

Siguiéronle rigurosamente los pocos estómagos agrad  
ecidos que hablaron  
después, hombres de corta talla política y de escas  
a significación  
literaria; y ya se daba por terminada la serie, pre  
parándose griegos y  
troyanos a escuchar con la boca abierta la última,  
la más solemne de las  
palabras, la que estaba obligado y dispuesto a pron



unciar el héroe de la  
fiesta, en cuyo aspecto se reflejaban harto claramente las hondas  
impresiones que le combatían el espíritu en aquel trance de prueba,  
cuando se levantó don Mauricio Ibáñez. Llevaba su correspondiente bomba  
bien cargada, y estaba decidido a lanzarla en medio del concurso, con el  
mismo derecho que el más obligado de los concurrentes: que fuera la  
última de todas, corriente, y ya eso se lo había aconsejado su modestia;  
pero dejar de lanzarla, ¿qué se diría de él? Representaba allí el  
dinero, es decir, la fuerza de las fuerzas y la energía de «las  
energías del país», y su voz, expresión sincera de su adhesión  
incondicional al Gobierno, y de su amistad intensísima e imperecedera a  
la familia del «prócer generoso» que le escuchaba, debía resonar también  
en aquellos ámbitos. Así lo pensaba el banquero, aunque lo dijo de otro  
modo con una copa en la diestra, y la zurda en la patilla de este lado.  
Estuvo menos infeliz que de costumbre en el «meeroodeo» de recursos  
oratorios para llenar su cometido. Sólo dos veces sacó a plaza a los  
meeroodeadores, y no llegaron a tres las en que necesitó agarrarse a su  
muletilla para terminar un período. En el sahumero a «la familia del  
prócer», se elevó hasta lo épico; tanto, que no acertaba a bajarse. Pero  
bajó, aunque maltrecho y desvanecido; y sentose, con aplauso de todos  
los circunstantes.

Y llegó el instante que esperaba el marqués, buen r

ato hacía, con  
nerviosa ansiedad. Notaba sin extrañeza el pobre hom-  
bre que se le  
reproducían los fenómenos internos que había sentido  
por la mañana, con  
el concurso de otros que le eran enteramente descon-  
ocidos; y digo sin  
extrañeza, porque todo aquel revoltijo de sensacion-  
es y de desconciertos  
le parecía poco, como obra de la extraordinaria sit-  
uación en que se  
hallaba colocado. Contaba con algo por el estilo al  
disponer el programa  
del festín, y aun en los comienzos de éste anduvier-  
on bastante ajustados  
a la palpable realidad sus cálculos de tantos días;  
pero el vuelo  
inesperado que tomaron las peroraciones de tantos y  
tan ilustres  
comensales; aquel mezclarse los panegíricos de sus  
virtudes cívicas y  
políticas, de sus altísimos merecimientos persona-  
les, con las cuestiones  
más candentes de la actual gobernación del Estado,  
en boca de los  
hombres que tenían en sus manos los destinos de la  
patria; aquel cielo  
de esplendores y de gloria; aquella radiante apoteo-  
sis a que se le  
elevaba de pronto y por tales gentes; todo aquello,  
que levantaba cien  
codos por encima de sus cálculos, aunque no de sus  
«nobles ambiciones»,  
era más que suficiente para dar al traste con la se-  
renidad de un  
estoico, cuanto más con la de un hombre como él, ta-  
n trabajado por «los  
acontecimientos» y hasta por los achaques y los año-  
s. Pero en una  
naturaleza como la suya, estas impresiones, estos d-  
esconciertos, no  
acusaban un estado patológico de los que minan y de

struyen, sino un  
aspecto del espíritu, de los que nutren y vivifican  
.

Así discurría el «honorable marqués», en el momento de levantarse para «ejecutar el \_acto\_», que le estaba encomendado, no sólo por su propia iniciativa, sino por la situación en que le habían puesto los discursos de los demás; y sino así precisamente, porque le bullían las ideas en el cerebro con marcada incoherencia, con la intención de discurrir de la misma manera, cuando menos. Notó al incorporarse que le flaqueaban las piernas y que su mano torpe sostenía mal la copa que maquinalmente había empuñado; lo cual no era de extrañar tampoco, porque, con el calor de la sala, sentía la cabeza atolondrada y el pecho muy oprimido. Rehízose en virtud de un gran esfuerzo de la voluntad, y logró colocarse en actitud conveniente, y hasta dar a su persona el aire ceremonioso y teatral que le era propio en idénticas situaciones; pero al decir la primera palabra, notó con espanto que se le había olvidado por entero su discurso, lo mismo que si se le hubieran borrado con una esponja en la memoria. ¡Cosa más rara aún!: no encontró estampado en ella más recuerdo que el de la huida del banquero de Interlacken, con la rubia que le seguía de cerca; y de ese asunto iba a hablar, y de él hubiera hablado inmediatamente, por una perversión instantánea de su juicio, como si esa fuera la única idea que quedara en el mundo y para ventilarla se hubiera

congregado tanta gente en su casa, a no hallar en la lengua insuperables dificultades de expresión.

Esta novedad le causó tal alarma, que produjo en todo su organismo un gran sacudimiento, despertósele con él, por un instante, la inteligencia; vio a su luz la extensión y gravedad del apuro, y crecieron con ello sus congojas. Observó que aumentaba la angustia de su pecho, como si se le oprimieran verdugos con ligaduras de acero; que «allá dentro» se formaba algo, como burbuja enorme, que se transformaba en oleada de sudor frío, que intentaba subir, y subía; y pasar por el istmo de la garganta, forcejeando allí para conseguirlo, porque no cabía..., y pasaba también, pero sin cesar de pasar; que subía otro tramo, y al llegar a los oídos silbaba y hervía y a porreaba; y que subiendo, subiendo, se precipitaba con el estruendo y la fuerza de un desbordado torrente, en las profundidades del cráneo...

Entonces, los que contemplaban al marqués, esperando sus primeras palabras, viéronle inclinar la cabeza hacia atrás, soltar la copa que empuñaba su mano trémula, y, exhalando un alarido salvaje, desplomarse en el suelo, sobre el cual rebotó su colodrillo pelado y reluciente, sin que nadie hubiera podido recibirle entre sus brazos, porque entre los primeros síntomas del acceso, tan fáciles de confundir con los de una grande emoción, y la caída, no transcurrió mucho má

s tiempo que el que  
transcurre entre el fulgor que deslumbra desde el s  
eno de la nube, y el  
rayo que mata.

#### XIV

Si el marqués pudo darse cuenta de que se moría cua  
ndo se estaba  
muriendo de veras, y si, penetrado de esta idea, se  
conceptuaba  
relativamente dichoso, porque le sorprendía la muer  
te en la más alta y  
esplendorosa ocasión de todas las ocasiones de su l  
arga y aprovechada  
vida (muerte de guerrero ilustre, sobre el campo de  
batalla y bajo una  
balumba de gloriosos laureles), cosas son muy difíc  
iles de averiguar;  
pero que si, después de muerto, se le hubiera permi  
tido recobrar la vida  
para contemplar la despedida que le hicieron sus de  
udos y amigos, otra  
explosión de su vanidad hubiera vuelto a quitársela  
de repente, desde  
luego puede afirmarse, conociendo, como conocimos n  
osotros, aquella  
naturaleza que se nutría de oropeles y se emborrach  
aba con relumbrones.  
¡Tales y tantos fueron los que se consagraron a hon  
rar su memoria entre  
los vivos!

No cupo mayor pompa en el escenario en que se repre  
sentan esas farsas en  
honor de las notabilidades de alquimia, y todo se h  
izo ajustado al más  
solemne y ostentoso ceremonial: la exposición del c

adáver en la \_capilla  
ardiente\_, entre largos blandones y negras colgadur  
as de tosca bayeta;  
el triste clamóreo de la prensa periódica rindiendo  
«el último tributo  
de justicia al \_prócer\_ insigne, al varón íntegro,  
al padre amoroso, al  
ciudadano ejemplar, al celoso representante de la p  
atria, al protector  
generoso de las artes y de las letras, al orador de  
honrada palabra»,  
etc., etc., y haciendo la pintura de su muerte ines  
perada, con  
descripciones minuciosas de lugares y accesorios, y  
con glosas y  
comentarios de los elogios que momentos antes del t  
riste suceso habían  
dedicado al aún vivo personaje los hombres más «con  
spicuos» de la  
política, de las armas, de las letras y de la banca  
; el simbólico  
catafalco, cargado de emblemas y atributos, tocando  
casi en las bóvedas  
del templo, entre una hoguera de luces sobre ricos  
y enormes  
candelabros; las naves atestadas de «mundo»: allí l  
os vistosos uniformes  
de las más altas jerarquías políticas y militares;  
allí la severa  
etiqueta civil, las gentes de la aristocracia y de  
los «salones  
elegantes», y allí, en fin, en apretados grupos, la  
s matronas del «gran  
mundo» ricamente ataviadas de negro, con la mirada  
repartida entre el  
devocionario y la concurrencia, agitando maquinalme  
nte los abanicos  
mientras, desde el coro, llenaba de resonantes armo  
nías los ámbitos de  
la iglesia, la mejor capilla de Madrid.

El entierro no había sido menos ostentoso. Detrás d

el carro fúnebre,  
teatral y ridículo artefacto, también el duelo, a pie, salpicado de grandes uniformes; después, la interminable fila de carruajes, con casi otras tantas libreas diferentes, desde las de los «cuerpos colegisladores», hasta la de don Mauricio \_el Solemne\_; y, por último, a uno y otro lado de la fila, otras filas más espesas y compactas de curiosos desocupados, y en todos los balcones de la carrera más espectadores y espectadoras en apiñados racimos.

En el Senado, la obligada declaración de «profundó sentimiento», tras un pomposo elogio de los méritos y virtudes del difunto, hecho por el presidente. En el Congreso de Diputados, poco menos; y tomando motivo de estos \_actos\_, nuevos ditirambos de la prensa periódica al «llorado prócer». Por último, su retrato en la primera plana de \_La Ilustración\_, con la correspondiente biografía un poco más adentro... y una elegía elegantemente triste del poeta \_Aljófar\_.

Tenía razón el buen marqués, creyendo que «a los \_hombres públicos\_ los forman las circunstancias, \_el hado\_, un momento de la vida». Lo malo para él fue que ese momento no le llegó hasta la hora de su muerte. Pero del mal el menos: sí vivió sin levantar un punto sobre la talla de los hombres vulgares, por morir a tiempo logró asociar a las vanidades de su familia el esfuerzo de \_la cosa pública\_, para merecer los honores póstumos tributados a los grandes hombres.

Por eso dije al principio que si el marqués hubiera resucitado para ver esto, hubiera vuelto a morirse de una explosión de vanidad satisfecha; y añadido ahora, que sin que alcanzara a evitarlo la reflexión (si por ventura se la hacía, aunque bien a la vista estaba el hecho) de que entre las grandes conquistas de su muerte no había una sola lágrima con que humedecer la efímera hojarasca de su tumba.

No hay para qué hablar del fúnebre aparato escénico a que obligaba, de puertas adentro, la mal fingida pesadumbre de la familia. Lo que importa para nuestro sencillo relato es saber que el ajetreo, más que la pena, agravó por unos días la enfermedad de la marquesa, y que, pasado el novenario y vuelta la vida a regularizarse, aunque dentro del nuevo orden de cosas, los tertulianos de confianza quedaron reducidos, en número, a los más íntimos de entre los íntimos, por expreso deseo de la viuda, que debía quitar toda ocasión de profanar la santidad de sus tristezas con recreos demasiado alegres... mientras no los autorizara la costumbre; pero que, entre tanto, no quería verse sola.

Entre los electos quedaron todos nuestros conocidos de la antigua tertulia. En las primeras noches no se trataron en la reducidísima asamblea congregada en el gabinete de la dolorida viuda, otros asuntos que los que tuvieran alguna relación, por remota que fuese, con «el



inolvidable suceso»; verbigracia, su resonancia en la opinión pública; este dicho o el otro comentario, en son de alabanza, por supuesto; los funerales, el entierro, la estadística de los concurrentes, de los carruajes y de las libreas; los pésames oficiales recibidos... ¡hasta de Palacio!, los telegramas, las cartas, las tarjetas, los recados; cuántos y cuántas, de quiénes y de dónde; las visitas, en cuerpo y alma, de este Grande y de aquel senador, del ministro X y del general Z, de la duquesa H y de la princesa J..., y así hasta el infinito; pues como «todo Madrid» anduvo metido en el ajo, según resultó de la cuenta, ya hubo paño en que cortar para entretenimiento de la viuda y no desagrado de la hija; en modo alguno por honrar más la memoria del muerto, que les tenía sin cuidado, sino porque con todo ello se halagaba la vanidad de su familia, en lo cual estaban perfectamente acordes ésta y los tertulianos, aunque no lo declaraban por derecho.

Cuando se agotaron estos temas por cansancio, y por que se agotaron también muy pronto afuera y adentro los motivos que les daban color de actualidad, es decir, cuando la persona y la muerte y los pomposos funerales del marqués se borraron, para siempre, de la memoria de los vivos, la tertulia fue invadiendo poco a poco el terreno mundano; y saqueando en él una noticia ahora y un escandalillo después, repartíase todo como pan bendito entre los tertulianos, que hincaban los dientes en

la respectiva tajada, con el aguzado apetito de quien no le ha satisfecho en quince días. La primera vez que se había allí de impresiones y aventuras del reciente veraneo, tuvo Verónica la curiosidad de preguntar en crudo al banquero que cómo le habían sentado las aguas de Interlacken para su dolencia, «cogida de repente en lo alto de la calle de Alcalá». El hombre se puso verde y amarillo con la pregunta; y ya se tiraba de la patilla para sacar la respuesta, cuando Leticia acabó de atolondrarle afirmando muy seria que los aires de Spá le habían sentado mucho mejor que aquellas aguas.

Oír el general Ponce nombrar a Spá y no traer a cuento el desafío del subsecretario con el príncipe ruso, era cosa imposible. Como que ese y el de Peñas Pardas eran los únicos \_encuentros\_ en que se había hallado en toda su vida. Describió el lance con gran lujo de pormenores; y júzguese de la impresión que causarla en la tertulia el relato de un suceso que era popularísimo en Madrid, con todos sus precedentes y motivos. Leticia aguantó el golpe con la serenidad de una estatua de piedra, con gran asombro del banquero, que se gozaba en el castigo que hallaba su injustificada mordacidad con él, en la imprudente alusión de su propio marido.

En cuanto a Verónica, ofendido y todo por ella don Mauricio, no pudo éste menos de admirar la destreza con que estuvo \_al quite\_ de aquella

feroz embestida del general, y sacó del angustioso apuro a su mujer, llevando la conversación a otro terreno. En el cual se mencionaron los sesenta mil duros perdidos en Baden-Baden por Gonzalo Quiroga, y los \_triumfos\_ de Sagrario en las mismas \_aguas\_, y se discurrió largamente sobre lo que acontecería después al elegante matrimonio, cuyo paradero se ignoraba a la sazón, aunque se sabía que había estado también en Constantinopla por exigencia terminante de Sagrario .

De este aire y de este corte fueron los asuntos que ocuparon a los contadísimos tertulianos de la marquesa durante muchas noches; y como éstos eran pocos y rara vez asistían juntos, porque había que atender a todo, y los modos de entretenerse allí tan limitados, el tedio llegó a invadirlos y tuvo la marquesa que templar un tantico la rigidez de su programa fúnebre, echando otra leva entre sus íntimos y tolerando en casa ciertos recreos de poca baraúnda.

En esto del tedio, hay algo que advertir por lo que toca al banquero, por de pronto. No se divertía don Mauricio gran cosa que digamos; pero de aquella misma insubstantialidad de conversaciones, de aquella pequeñez de concurrencia, sacaba él atrevimientos y familiaridades de que estaba muy necesitado para contrarrestar los invencibles titubeos de su naturaleza. El haber sido testigo presencial de la muerte del marqués, y hasta «la casualidad» de haberle «preced

ido», inmediatamente  
«en el uso de la palabra», le proporcionaron motivo  
s para entretener  
largamente a aquellas señoras con minuciosos pormen  
ores sobre el  
lamentable acontecimiento, cuando no se hablaba en  
la casa de otro  
asunto. Esto solo le envalentonó mucho y le despejó  
el camino por donde  
fue aproximándose poco a poco al trato casi familia  
r con la viuda y con  
su hija. Pensaba que tenía una gran «misión de cons  
uelo» y hasta de  
amparo que cumplir allí, desde que vio el buen éxit  
o de sus fúnebres  
narraciones, y ya se movía con desembarazo delante  
de Verónica, hablaba  
con ella sin que se le atravesaran las palabras en  
el gáznate, y  
dedicaba largos ratos a conversar con la marquesa e  
n voz baja y, al  
parecer, en la mayor intimidad. Por este lado, pues  
, el banquero no  
tenía motivos para lamentarse de la insipidez de la  
tertulia.

Harto más arraigado estaba e invencible parecía el  
tedio de Verónica.  
Desde la muerte de su padre, o mejor dicho, desde q  
ue pasaron con los  
primeros días siguientes a ella los estrépitos del  
ceremonial del duelo  
y los trámites minuciosos de la preparación de los  
lutos, que le  
tuvieron cautiva la atención, había vuelto a caer e  
n aquellas tristezas  
que le asaltaron de pronto al volver de su viaje de  
verano. Las causas,  
según su propio discurso, eran las mismas de entonc  
es, en lo  
\_fundamental\_ del fenómeno; pero, según mi desapasi  
onado entender y con

los autos a la vista, puede haber un error muy considerable en aquel diagnóstico, por lo que toca a las \_fuentes mediata s\_ de la enfermedad. En la primera invasión de ella declaraba la enferma que podía haber contribuido mucho a su alivio la presencia del único hombre de fuste y de consejo que conocía entre los amigos de su casa. En la recaída tiene a este hombre a su lado, que se afana por entretenerla, que la aconseja bien y lleva sus miramientos y delicadezas al extremo de olvidar, o de aparentar que olvida, que hay entre ambos un duelo galante convenido y aun comenzado. Nunca la conversación de Guzmán ha sido tan varia, ni se le ha visto tan decidido a utilizar las provisiones de su memoria de artista y los recursos de su juicio de filósofo práctico, para que no decaiga el interés de sus relatos y comentarios... Por que es indudable que Pepe Guzmán está convencido, o parece estarlo, de que las preocupaciones y tristezas de Verónica tienen el arraigo en el pasado suceso, en el temor de otro semejante y en algo que se relaciona inmediatamente con todo esto, que es lo mismo que la propia enferma acepta como fundamento y origen de su enfermedad; y sin embargo, y mientras él la habla y en tanto discurre por aquellas alturas, ella, con una impaciencia y un disgusto que disfraza con síntomas de su desconcierto nervioso, va pasando: «¡no es eso!..., ¡no es eso!» Y cuando él se despide, muy ufano, ella se queda más contrariada; no porque vuelva a verse sola,

sino porque tampoco \_entonces\_ se la ha hablado de  
\_algo\_ de que  
\_debiera\_ hablársela; «porque Pepe Guzmán tiene que  
convencerse de que  
en la situación de ánimo en que ella se encuentra,  
no pueden interesarla  
relaciones de casos \_extraños\_, por bien hechas que  
estén». Y Pepe  
Guzmán suele responder a estas anhelaciones faltand  
o dos y tres noches  
seguidas a la tertulia.

Con lo cual se exacerban los males de Verónica, que  
tienen su asiento en  
la desarreglada máquina nerviosa, y \_recuerda\_, es  
decir, vuelve a  
pensar que hay entre ambos un grave asunto pendiente,  
del que parece  
haberse olvidado \_él\_, o lo que es peor, que trata  
de olvidarse; y  
entonces juzga que su conducta es muy poco galante,  
quizás desleal, si  
bien se mira. Hay en el caso hasta señales de menos  
precio y desdén hacia  
ella, y esto, esto solo, es lo que la desazona, en  
el estado de  
irritabilidad en que se halla por un capricho de su  
naturaleza. Que se  
reanude el litigio, que se ventile entre los dos, o  
que no se ventile  
por completo; pero que se ponga en tramitación de n  
uevo, y eso esparcirá  
muchos de sus nublados y dará alguna entonación al  
cordaje destemplado  
de su máquina... Todo eso la debe el desertor, hast  
a por obra de  
misericordia. ¿Llegará a pagárselo? Y si no se lo p  
aga por buenas, ¿debe  
reclamárselo ella... \_de cierto modo\_? ¿Autoriza es  
ta conducta la  
importancia de lo tramitado hasta allí? Y en caso n  
egativo, ¿no se

encuentra ella en condiciones excepcionales que justificarían eso y mucho más?... Se miraba al espejo, y veía las huellas de sus extrañas melancolías en la palidez de su rostro, destacándose con doblada intensidad sobre el fondo negro mate de su luto riguroso; y como nadie la oía, se confesaba a sí propia que valía más así, con su palidez interesante, sin haber perdido la corrección y turgencia de sus formas, que con la peste de salud y bienestar que se reflejaba antes en su cara. Esto no podía desconocerlo Pepe Guzmán, que era hombre de buen gusto. Además, a una mujer agobiada, como ella, por las tristezas, le era sumamente fácil ir eslabonando, en la larga cadena de sus preocupaciones, esbozados sentimientos de todas castas; apuntar insinuaciones, conmover hasta con el acento y la actitud... Pero ¿no resultaría esto ridículamente sentimental, impropio de una mujer de su carácter y de sus precedentes, y no produciría, por tanto, el efecto contrario al que se buscaba? ¿Tendría que ver un resultado así! ¡Cabalmente era Pepe Guzmán el hombre cortado para tomar en serio esas farsas de los galanteos románticos del año treinta y siete!

Pero algo había que hacer, si \_el otro\_ no lo hacía espontáneamente; porque \_aquello\_ no podía quedar así, en la situación de ánimo en que ella se encontraba. Antes lo necesitaba para satisfacción de su femenil curiosidad; entonces le era indispensable para cura

rse de aquella  
inquietud nerviosa que no admitía otra medicina y e  
ra un simple fenómeno  
de su ridícula enfermedad.

Tales son los hechos que arrojan los autos, en virt  
ud de los cuales bien  
cabe deducir, como antes afirmé, sin gran temor de  
equivocarse, que se  
pudo engañar la enferma en el diagnóstico de su rec  
aída, hasta el punto  
de ver las cosas enteramente al revés de como pasab  
an.

Y continuó ahora diciendo que Pepe Guzmán volvía a  
la tertulia tan fino,  
tan cortés, tan elegante y tan buen mozo como siemp  
re; tan atento,  
deferente y cariñoso con Verónica; pero que del lit  
igio pendiente con  
ella, ni una palabra; y que Verónica, en quien se a  
umentaban las  
impaciencias con las dificultades, llena de heroico  
s propósitos de  
tirarle de la lengua cuanto más él la escondía, nun  
ca hallaba ocasión de  
practicarlos, por sus invencibles temores a salirse  
de la raya.

Así fueron corriendo los días y las semanas y aun l  
os meses; llegó a  
ajustarse la tertulia, aunque siempre de confianza,  
a otro ceremonial  
menos insípido, y casi bastó para ello la vuelta de  
Sagrario, que traía  
impresiones que relatar, hasta de entrevistas con e  
l Gran Turco,  
mientras su marido, más gangoso que nunca, y alicor  
to y desvaído, como  
gallo desplumado, apenas daba señales de lo poco qu  
e antes fue, para  
sacar algunas veces de sus centros al solemne don M



auricio, que no se  
desconcertaba allí tan fácilmente como solía; jugaban ya las cotorronas  
al tresillo, y, con excepción de la música y del baile, se hacía allí a  
todo lo del año pasado entre los íntimos, siendo la enfermedad gravísima  
de la marquesa obstáculo que no estorbaba para nada, porque, de puro  
sabido, nadie reparaba en él.

Una noche, conversando Pepe Guzmán con su amiga, y cuando ya ésta  
comenzaba a curarse de sus impaciencias mortificantes con la cuerda  
reflexión de que no hay tesoro que merezca este nombre si cuesta  
adquirirle más de lo que vale, con la serenidad y el aplomo de quien  
cumple así lo establecido en un programa, hizo él malicioso y experto  
galán punto redondo en los temas vagos que hasta allí le habían servido  
desde algunos meses antes para entretener las displacencias de Verónica,  
y la condujo de repente al terreno que tanto ambicionaba ella; quiero  
decir, volviendo al símil tan repetido, que la retó de nuevo y que hasta  
se puso en guardia.

La retada sintió entonces una fuerte sacudida en lo más hondo y sensible  
de su pecho, y algo como reacción de todo su organismo físico y moral;  
chispeáronle los ojos, asomó la sonrisa a sus labios, y con la decisión  
de un valiente avezado a jugarse la vida en esos lances, aceptó el reto  
sin excusa y ocupó su terreno sin tardanza. Llegaron a cruzarse los  
aceros; pero en el instante en que parecía que iba

a empeñarse la lucha  
con todo encarnizamiento, suspendió Pepe Guzmán sus  
acometidas, miró el  
reló, tendió la diestra a Verónica, puesto en actit  
ud de marcharse, y la  
dijo con singular expresión de acento y de mirada:

--Tenemos que hablar de estas cosas muy despacio. H  
asta mañana.

Y se marchó, tan fino, tan elegante y tan «correcto  
» como había entrado.

## XV

En aquella memorable noche, ¡con qué lentitud corri  
eron para mí las  
primeras horas de ella! Desde la muerte de mi padre  
me acompañaban a la  
mesa dos solteronas, primas de él, y no muy sobrada  
s de recursos, aunque  
sí de bambolla: los parientes más cercanos que me q  
uedaban por la rama  
paterna, pues por la materna los había tan próximos  
y más abundantes,  
según mis noticias, aunque yo no los conocí jamás,  
porque, también según  
informes oficiosos, hubo invencible empeño en ello  
de parte de quien  
tenía el deber de empeñarse en lo contrario. Pues c  
omiendo conmigo  
aquella noche las dos parientas mencionadas, estuve  
a pique de cometer  
con ellas los mayores desatinos. Me sabía de memori  
a su fealdad, sus  
presunciones y bambollas, su incurable fisgoneo, y  
estaba bien avezada a  
sus bachilleradas y pegoterías, sin que nada de ell

o influyera  
desfavorablemente en el sentimiento, de compasión más que de otra cosa,  
que las pobres señoras me inspiraban; pero en aquella ocasión me  
pareció, su fealdad insoportable, me repugnaba el buen apetito con que  
comían, y me causaban escalofríos y convulsiones su voz, sus palabras y  
sus ademanes. Sin poderlo evitar, las remedaba con mis gestos; y para  
contradecirlas, que era en todo cuanto hablaban, remedaba también sus  
voces con la mía. Las hubiera tirado con los platos de muy buena gana, y  
no me diera por satisfecha sin arrojarlas a escobazos del comedor.

»¡Y todo ello porque comían muy despacio, y hablaban mientras comían y  
mientras descansaban entre servicio y servicio, creyendo las pobrecillas  
que cuanto más hablaran y más comieran, mejor se acomodaban a mis  
deseos; y a mí se me figuraba que por comer y por hablar ellas tanto, no  
corrían las horas lo que debían correr, y correrían indudablemente en  
cuanto cesaran aquella masticación inacabable y aquella charla  
insufrible!

»Consigno estas puerilidades para dar una idea de la tensión en que se  
hallaba «mi curiosidad» desde que Pepe Guzmán, dejándome la noche antes  
a media miel, se había despedido de mí «hasta mañana» para «hablar muy  
despacio de esas cosas» ¡Y qué natural y sin trastienda me parecía a  
mí aquel ansia por ver en qué paraba la porfía galante que yo tenía

empeñada (y era la primera en toda mi vida) con el hombre de más prestigio entre las damas de aquel tiempo!

»Terminó la comida en menos de tres cuartos de hora, aunque yo hubiera jurado cosa bien diferente, y continuó la noche, a pesar de ello, andando, para mí, a paso de carreta.

Encerreme en el tocador, por segunda vez en pocas horas, y pasé largo tiempo (que de esto sólo hubiera jurado yo que se tiraba) consultando con el espejo las innumerables combinaciones de \_toilette\_ que se me ocurrían con los escasos elementos que me prestaba el luto, algo aliviado, que aún vestía. ¡Cosa más singular! Cuanto más combinaciones inventaba, más semejanzas iba hallando con las cataduras de mis tías. Concluí por reírme de mis alucinaciones estrambóticas; salí del tocador, y ayudé, sin ser hora todavía para ello, a arrastrar a mi madre en su sillón hasta el saloncillo en que recibíamos las visitas.

»Al fin, comenzaron allegar algunas de ellas: las viejas del tresillo; después, los hombres que les hacían la partida; luego, la condesa viuda de Picos Pardos, mi madrina, ¡gran charlatana!; en seguida, \_Aljófaro\_, «nuestro poeta», que ya nos tenía ensordecidos de oírle plañir elegías a la muerte de mi padre, y cansados de atacarle el estómago de pastas y \_amontillado\_; Leticia, con su marido... y el subsecretario de Gobernación; Luzán de los Airones, caballero de la

más preclara nobleza,  
pero simple de remache; Sagrario, con un hermoso tu  
rco recién llegado a  
la Legación de Constantinopla, al cual se permitió  
presentamos,  
contraviniendo a las órdenes de mi madre, con la di  
sculpa de que aquella  
noche no era de tertulia \_casera\_, sino una de las  
tres semanales en que  
\_se recibía\_, «con más o menos descaro»; tras esta  
pareja, otras gentes  
más o menos simpáticas... En fin, todos menos \_él\_.  
... ¡hasta don  
Mauricio Ibáñez, con una cantera de pedrería sobre  
su cuerpo,  
reluciente, bruñido, acicalado e insinuante, como n  
unca le había visto  
yo! De puro cumplido, le faltó muy poco para besar  
la mano a mi madre,  
como los paladines de teatro. Conmigo fue un caramelo  
tierno.

»Mientras la tertulia se rebullía sin orden ni conc  
ierto, yo andaba de  
acá para allá, poco dispuesta a entretenerme con fr  
ivolidades de  
corrillo o cumplimientos resobados. En una de estas  
evoluciones de  
zigzag, introdújeme en el gabinete frontero, abiert  
o de par en par, y  
púseme a desarreglar cachivaches y muñecos que esta  
ban bien colocados.  
En esta ocupación me entretenía, cuando se me aprox  
imó el banquero  
ofreciéndome su ayuda. Le di las gracias con la men  
or sequedad que pude,  
y me pidió la merced de un cuarto de hora para escu  
charle lo que tenía  
que decirme. Me hizo estremecer la súplica. Yo debí  
a barruntar algo por  
el estilo en cuanto vi llegar al hombre a la tertul  
ia tan cargado de

joyas y de alientos; pero no lo barrunté. El asalto  
ocurrió junto a la  
chimenea del gabinete; es decir, a la vista de la m  
ayor parte de los  
tertulianos, y frente a frente del sillón de mi mad  
re.

»--Pues hable usted--le dije, apoyándome en el bord  
e de la meseta de la  
chimenea para quitarle a él hasta la tentación de s  
entarse.

»Y «rompió a hablar» el hombre, a su manera, entre  
bascas y trasudores,  
gemidos y apoyaturas; y habló así (a medir el tiemp  
o con mis  
impaciencias, más de dos horas), según el reló inme  
diato, los diez  
minutos bien corridos de su instancia. Sin embargo,  
todo lo que dijo no  
fue más que el prólogo de lo que pensaba decirme. Y  
de lo dicho deduje  
que tenía un caudal «atroz», y una suerte \_báaarbar  
a\_ para los negocios,  
por lo cual esperaba acrecentar sus caudales hasta  
lo \_absuuurdo\_; que  
no era el mismo hombre «tope a toope» con una dama  
como yo, que «cara a  
caara» con el ministro de Hacienda «para plantear u  
n asunto de sus  
especulaciones... y tal y demás», y hacerse plaza y  
lugar entre los más  
respetados en aquellas regiones y las circunvecinas  
, porque no todas las  
gentes servían para todo; que si le faltaban prenda  
s para brillar entre  
las damas tanto como campaba en el «mundo financier  
o», no era esa una  
razón para que él renunciase al propósito, bien hon  
rado, de que lucieran  
en gloria y bienestar de una mujer de su agrado, «d  
e estas prendas y las

otras... y tal y demás», los esplendores de sus caudales; y que si no, ¿para qué los quería? Porque él podía ser ambicioso, pero no tanto como hombre de sano corazón y de nobles miras.

»Todo esto le comprendí; todo esto deduje de sus intrincados períodos, y todo ello me dio bien claro a entender a dónde pensaba ir a parar por aquel camino. ¡Eso sólo me faltaba! ¡Y en qué ocasión venía! ¡Estar soñando con néctar de los dioses, y despertar con aquella melaza entre los labios!

»Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Le felicité por sus caudales y por sus honrados pensamientos, y traté de que no pasara de allí el asunto, aparentando creer que aquello era todo lo que el banquero tenía que decirme... Ocurrióseme también la idea de abreviar el suplicio dándome por entendida de la \_instancia\_ y plantando en seco al exponente; pero ¿podía ser yo tan descortés con un hombre que no me había dado motivos para ello? ¿Y no me exponía también a que él me diera una lección, hasta de prudencia, afirmando que yo me curaba en sana salud, porque jamás había soñado con temeridades como la supuesta por mí? No tuve más remedio que resignarme a oírlo todo, cuando, deteniéndome en una de mis acometidas para marcharme, me dijo, casi lloroso de puro dulzón y suplicante:

»--Falta la segunda y última parte de mi pretensión, o, mejor dicho, la

pretensión entera. Le juro a usted que se la expon  
dré en cuaaatro  
palabras.

»Y me la espetó, el condenado, en muy pocas más...  
¡La misma con que yo  
contaba!

»En aquel instante vi entrar a Pepe Guzmán en el sa  
loncillo. Este rudo  
contraste acabó de desconcertar la máquina de mis n  
ervios. Claro que yo  
tenía que responder que \_no\_ a las terminantes pret  
ensiones del  
banquero; pero debía, siquiera, mostrarme deferente  
con sus buenas  
intenciones; darle la píldora, eso sí, pero no sin  
dorársela un poco, y  
para ello se necesitaba tiempo y serenidad, y hasta  
buen humor, y todo  
esto me faltaba a mí: el tiempo, porque me urgía pa  
ra asuntos más de mi  
agrado; y la serenidad y el buen humor, porque no e  
ra posible poseerlos  
en una situación como la mía después de haber recib  
ido a quemarropa un  
disparo como aquel. Adopté, pues, un temperamento m  
ixto: el cumplido  
ramplón, las \_generales\_ del \_Manual de la joven pu  
dosa y bien  
educada\_, suponiendo que exista... «Me sorprendía l  
a pretensión...,  
carecía de precedentes..., hasta de merecimientos..  
. El asunto era  
gravísimo... aun para expuesto de aquel modo, cuant  
o más para tratado a  
la ligera... A mí me iba bien con la vida que traía  
..., no había pensado  
en abandonarla tan pronto... y, en fin, que ya se p  
resentaría ocasión  
más oportuna para hablarle yo del caso, con toda li  
bertad y con mayor



franqueza...»

»Con lo cual y una forzada sonrisa, el correspondiente ademán y la disculpa de que me llamaban desde la sala, escapeme del gabinete sin estudiar con los ojos la impresión que mis respuestas habían causado en las profundidades del banquero.

»Al pasar, noté que conversaban, en correcto francés, junto al piano cerrado, Leticia y el hermoso turco; y en los pocos instantes que me detuve con ellos, se acercó Sagrario a nuestra amiga, cuyo tipo \_componía\_ admirablemente con el castizo oriental, para decirla en castellano:

»--Te recomiendo mucho que le trates como a cosa mía; pero no abuses.

»¡Qué presentes tengo hasta las pequeñeces de aquella noche!

»Pepe Guzmán me salió al encuentro con la misma serenidad y aparente indiferencia que si no hubiera entre nosotros \_lance\_ alguno pendiente.  
¡Y a mí me temblaba la mano al sentir el contacto de la suya! Hubiera jurado en aquel instante que me daba miedo su compañía. Tal era mi ofuscación, que ya comenzaba a darme un poco en qué pensar; y no es extraño enteramente: al fin y al cabo, aquel \_lance\_ \_era\_ el único \_aceptado\_ por mí en todos los días de mi vida.

\* \* \* \* \*

»¿Cómo empezó la escena? Hay que advertir que, con los preliminares orillados ya, quedaba en ella muy poco asunto que ventilar: digo mal, quedaban pocos trámites que seguir, porque el asunto, entero y verdadero, estaba contenido en lo que faltaba por esclarecer. Traduciéndole al lenguaje llano de la verdad, sin metafísicas ni sentimentalismos; considerándole fría y prosaicamente desde afuera, se trataba de que Pepe Guzmán me declarara que todos los elementos que él creía necesitar para que se fundieran los convenidos hielos de sus desilusiones, se reunían en mí, y de declararle yo, a mi vez, que en él se hallaban las prendas que me obligarían a renunciar a mi propósito, tan bien seguido hasta entonces, de no tomar en serio los galanteos. Todo ello, expuesto así tan desnudo, resulta cursi, y hasta el detenerme yo a declarar que lo es, pues por sabido debiera callarse; pero de algún modo ha de saberse que otros toques, más cursis aún para referidos, como lo de las condiciones que necesitaba él en una mujer para salir de su escondite, y lo de las prendas de que había de estar adornado un hombre para que yo me decidiera a quererle, etc., etc., ya se habían dado en el cuadro con toda la premeditación y hasta el ensañamiento y la alevosía que caben en un galán muy listo y escarmentado, y en una dama no tonta y menos dispuesta a perder el tiempo en juegos insulsos.

»Y a tal extremo llevo yo estos mis temores a lo cu

rsi, que aun contando  
con que cualquiera que estos \_Apuntes\_ les tendrá s  
u alma en su almarío  
y sabrá dar a las cosas la necesaria luz y el apete  
cido temple, renuncio  
a reproducir el diálogo literalmente, tal como lo c  
onservo en la  
memoria. Precisamente comenzó la escena por ahí; es  
decir, por  
manifestarme Pepe Guzmán su convencimiento de que e  
l lenguaje, como  
expresión de afectos íntimos y delicados, que tiene  
n su principal  
incentivo en el fulgor de una mirada o en el contac  
to sutil de dos  
epidermis, estaba todavía sin hacer; tanto, que, en  
su concepto, hablar  
de lo que íbamos a hablar nosotros con los términos  
usuales del  
diccionario vulgar, era como empeñarse en tejer hil  
illos del rocío con  
palitroques sin pulir. Me pareció algo extremada la  
comparación, pero  
también muy al caso; y por lo que en ella me corres  
pondía, se la  
agradecí de todo corazón. Por de pronto, nos dieron  
motivo estas y otras  
sutilezas semejantes para entrar en materia por cam  
inos poco trillados  
por el vulgo de los que platican de amores; y este  
nuevo encanto tuvo  
para mí aquella escena memorable.

»Pero ¡qué diestro era el maldito en esta clase de  
empeños!, y yo, a  
pesar de mi fama de insensible y de mi reputación d  
e traviesa, ¡cómo me  
dejaba conducir por donde él quería llevarme! Al pr  
incipio su misma  
frescura me desalentaba algún tanto, porque llegué  
a temer que en aquel  
combate \_a muerte\_ no hubiera más ardimientos que l

os míos, y que terminara por ir a clavarme yo, como una tonta, en la punta de su espada; pero bien luego observé que me engañaba, cuando vi reflejada en sus ojos, en su voz, en cada uno de sus ademanes, la elocuencia fascinadora del lenguaje que no se habla ni se escribe, pero que se deja leer y penetrar hasta lo más hondo de su sentido. Jamás había visto a Pepe Guzmán así, ni, por consiguiente, tenido ocasión de estimar la fuerza arrolladora que cabía en este nuevo aspecto de su trato conmigo. Halleme, pues, desprevenida e indefensa en aquel inesperado trance de prueba; perdí mi poca serenidad, y pareciéndome que el castillo no se desmoronaba tan aprisa como lo querían mis desatinadas impaciencias, yo misma puse mis manos en él, y me atreví a arrancar sus sillares, uno a uno, hasta dejarle arrasado. El trabajo fue rudo, pero la conquista más señalada. Los recios muros, que parecían inexpugnables, estaban convertidos en escombros, el hielo proverbial se había fundido.

»El conquistado paladín, al verme dueña y señora de su última trinchera, reclamó el derecho de tomar el desquite en la que me restaba de las mías, y reconocísele yo de buena gana. Comenzó el salto; pero no necesitó grandes esfuerzos, porque bien pronto me declaró rendida.

»Entonces..., ¡oh!, entonces, si mintió en lo que me dijo, no hay verdad que valga lo que aquellas mentiras. Si todo era una

comedia, ¡qué bien  
la representaba! Pero, fuéralo o no para él, para mí era una hermosa  
realidad de la vida la parte que desempeñaba yo en  
la escena con todo mi  
corazón.

»Y ¿a dónde íbamos los dos por la florida senda en  
que acabábamos de  
encontramos como dos pastores de un idilio algo rea  
lista? Ni él me lo  
había dicho, ni yo se lo había preguntado, ni, en h  
onor de la verdad y  
de la buena casta de mi ardoroso sentimiento, por n  
o decir amor, se me  
ocurrió semejante pregunta. En determinadas situaci  
ones, nacidas de  
circunstancias y precedentes como los que habían cr  
eado la nuestra, no  
se discurre como en los trances ordinarios de la vi  
da. Se aceptan a  
ciegas para no retroceder... El paradero, Dios le s  
abe.

\* \* \* \* \*

»Cuando hubo salido de nuestra casa el último de lo  
s tertulianos, me  
llamó mi madre a su habitación. Estaba ya acostada  
gran rato hacía.

»--Siéntate--me dijo en cuanto me tuvo delante--, y  
cierra esa puerta,  
porque tenemos que hablar despacio sobre cosas que  
no deben ser oídas.

»Extrañome la advertencia; pero cerré la puerta y m  
e senté sin decir una  
palabra.

»--¿Sabes--me preguntó en seguida--, cómo ha quedad  
o nuestro caudal a la

muerte de tu padre?

«No lo sabía a punto fijo, aunque sospechaba que no debía de haber quedado muy floreciente, y así se lo manifesté a mi madre.

»--Pues no te equivocas--añadió--, aunque es difícil que adivines hasta qué punto llegan las mermas de lo que habla, y el desbarajuste de lo que nos queda. Una semana ha necesitado Simón..., mejor dicho, he necesitado yo, para que él me ponga al corriente de todas esas cosas en que estoy obligada a entender desde que falta tu padre. ¡Qué despilfarros, hija mía, y qué barullos!... Lo que Simón dice: «aquí no se ha tratado más que de pedirle dinero; grandes sumas, cada vez más grandes, sin pararse a considerar que no siempre lo hay disponible, y que cuando no lo hay así, el adquirido de prisa cuesta muy caro; y de este modo se van eslabonando unas trampas con otras... hasta que se llega al punto a que se ha llegado en esta casa». No vayas a creerte, hija mía, por esto que te digo, que estemos a pique de salir a pedir el pan que hemos de comer mañana; pero lo cierto es que el estado de nuestra fortuna es, relativamente, muy grave; que llegará a serlo mucho más si no se le pone luego el remedio que necesita, y que hay que decidirse a ponersele, sin la menor tardanza.

»A mí se me ocurrían muchas cosas que decir a propósito de estas juiciosas ideas de mi madre, que parecía no acordar

se de que habían sido  
sus enormes despilfarros la causa principal del des  
astre de que se  
lamentaba. Pero seguí callando y oyendo, hasta ver  
en qué paraban sus  
reflexiones y sus planes.

»--Simón--continuó diciendo-- , no sé si es todo lo  
leal y sencillo que  
parece, o si de nuestro río revuelto ha logrado sac  
ar las buenas  
ganancias que se le ven, y otras mayores que, según  
dicen, están  
ocultas; por de pronto, me consta que a tu padre le  
daba buenos  
consejos, y que él no quería tomarlos en considerac  
ión: tenía el pobre  
bastante bambolla, y esto le perdía. En dándole din  
ero abundante para  
satisfacerla, ya todo le era igual... Pero vamos al  
caso: sea Simón lo  
que fuere y valiendo lo que vale como inteligente a  
dministrador, no  
basta él para lo que hay que hacer aquí; porque ese  
milagro no ha de  
hacerse sólo con inteligencia, sino también con bue  
nos puntales y con  
cierto interés... En una palabra, hija mía: en esta  
casa se necesita un  
hombre, rico, muy rico, que reemplace, no a Simón,  
sino a tu padre, en  
la dirección de ella... ¿Me comprendes bien?

»Creí comprender algo, que no me molestaba ciertame  
nte, porque no estaba  
reñido con el recuerdo que llenaba mi memoria e inf  
ormaba entonces todos  
mis pensamientos; pero, por si me equivocaba, respo  
ndí a mi madre que  
no. Pareció algo contrariada con la respuesta, y añ  
adió:

»--Es necesario que te persuadas de que todo esto que te digo y lo que aún he de decirte, y los cuidados que me preocupan, no tienen más objeto que tu bien. Si de mí sola se tratara, muy distinto sería mi modo de pensar... Es tan poco lo que me resta de vida, que, por escasos que sean mis caudales, ha de sobrarme lo más de ellos... por que tengo el convencimiento, hija mía, de que he de vivir muy poco tiempo, ¡muy poco!, mucho menos de lo que tú te figuras..., y por lo mismo, me afano tanto hoy; porque si me muriera yo dejando las cosas en el estado en que se hallan, sería muy desdichado tu porvenir. El legado de tu abuelo no alcanza a cubrir tus necesidades en el pie en que estás educada y has vivido hasta aquí; y en cuanto a lo restante de nuestros bienes, tan embrollado hoy, ¿cómo estaría mañana en manos de una mujer sin experiencia y sin amparo? Porque tú, muerta yo, te quedarás sola..., enteramente sola; y esto, aun con mucho dinero y grandes rentas, es muy triste... En una palabra, hija mía, y para cansarte menos, ese hombre que se necesita aquí, inteligente y rico, no ha de ser un administrador, ni un asociado como otro cualquiera, sino tu marido. ¿Me entiendes ahora?

«Era lo mismo que yo había sospechado antes; y como no salía con ello de mis dudas, dije a mi madre que continuara explicándose, si es que tenía más que advertirme, como me lo iba temiendo yo; y añadió entonces:



»--Tengo ese hombre inteligente y rico que tanta falta te hace.

»Desde luego aposté en mis adentros a que no era el único que yo aceptaría, y hasta supuse quién podría ser el que me proponía mi madre.

»--No hace aún dos horas que me ha pedido tu mano-- continuó aquélla, viendo que yo nada decía.

»Don Mauricio--apunté sin temor de equivocarme.

»El mismo--repuso mi madre.

»No me dio algo allí, porque, después de mi entrevista con el pretendiente, ya no podía admirarme nada que fuera de la especie de lo que le había oído a él; pero en la acogida que habían merecido a mi madre sus pretensiones, no dejaba de haber motivo para sorprenderme, y así se lo manifesté a ella.

»--Contaba con eso--me replicó--, porque desde luego o supuse que sería una ofuscación suya lo de los grandes alientos que, según me dijo, le habías dado en tu respuesta; pero también contaba y cuento con tu buen juicio, con tu serenidad... y con el aprecio que has de hacer, por lo mismo, del consejo de tu madre, que no puede desear para ti sino lo mejor...

»Aquí comencé yo a tomar la cosa por lo serio, y se entabló una porfía, muy tenaz por mi parte; la cual atajó mi madre dici

éndome con desusada  
dulzura:

»--Todo eso será verdad, y más que me cuentes; pero  
¿y qué? ¿Serías la  
primera mujer joven y hermosa, y aun noble y rica,  
casada con un Creso  
feo... y hasta vicioso... y hasta ridículo, si quie  
res? De esto se ve  
todos los días, porque hay muchos motivos y grandes  
razones para que se  
vea... Quiero concederte todavía más: quiero supone  
r que tuvieras el  
corazón interesado por un joven hermoso, discreto,  
noble..., en fin, lo  
contrario enteramente de don Mauricio; y no quiero  
suponerlo, sino  
creerlo, porque así es la verdad, o yo no tengo ojo  
s en la cara;  
supongo, pues, digo mal, creo que tienes el corazón  
interesado por un  
hombre así..., por Pepe Guzmán, en una palabra... P  
ues mejor que mejor  
para mis planes, y para tus conveniencias por consi  
guiente.

»Aquí me asombré ya mucho más que antes. Conociolo  
mi madre, y continuó  
así:

»--Te lo repito y te lo demuestro. Los hombres como  
Pepe Guzmán, no  
sirven para lo que tiene que servir aquí tu marido;  
y aunque sirvieran,  
no querrían, porque los ejemplares de esa casta...  
no se enamoran para  
casarse.

»Me ofendió el dicho como debe ofender un bofetón.

»--Eres una novicia todavía--añadió mi madre al not  
arlo--, aunque te

juzgas y te juzgan los que no te conocen tanto como yo, llena de malicias y de experiencia. Yo soy vieja ya, y tengo de todo eso mucho más que tú para estas cosas del mundo. No se enamoran para casarse los hombres como Pepe Guzmán; y te añado que aun cuando éste quisiera ser contigo una excepción de la regla, tú no deberías consentirlo.

»--¿Por qué?--exclamé sin poderme contener.

»--Por... varias razones--respondió mi madre muy serena y bajando más la voz--. Y vamos a tratar este punto con toda franqueza, porque en él se encierra toda la cuestión. Por de pronto, los hombres de cierta pasta..., como la de \_ese\_, son una calamidad para maridos de las mujeres a quienes han amado solteras: la razón es que los hábitos adquiridos en el mundo en que han vivido los hace incompatibles con lo que se llama, muy fundadamente, «prosa de la vida conyugal». Comienzan por desencantarse y por aburrirse, y acaban por desviarse... Es ley infalible: la cabra tira al monte... Y lo que digo del hombre de esas condiciones, es aplicable a la mujer... de las tuyas. ¿Amas a Pepe Guzmán? Pues ten por seguro que dejarías de amarle si te casaras con él.

»--Pero, Señor--pensé aturdida al oír esto--, ¡también mi madre!... Porque esta es la teoría de Sagrario... y la de Leticia, o yo no estoy en mis cabales... ¿Es que hay algún mal espíritu en cargado de conducirme

a donde yo no quiero ir?

»--¿Te asombras?--preguntome mi madre, conociendo lo que me pasaba--.

Acaso no me haya explicado bien; porque en mis intenciones no hay motivo

para ello. Si te hubiera puesto el ejemplo de tus dos amigas más

íntimas, y de tantas otras que conozco y que conocen lo mismo que yo; si

te hubiera dicho: «te conviene para marido el hombre que te he

propuesto, por lo mismo que es raro y tiene vicios y mala fama; o lo que

es igual, todo lo que necesita por pretexto una mujer de mundo para

lograr de casada, con \_cierto derecho\_, lo que no le es lícito a una

soltera»; si hubiera pretendido yo que aceptaras al banquero antipático

para sostén y pantalla de debilidades y caídas con los galanes de tu

gusto; si fueran estas mis intenciones al decirte lo que te he dicho,

tendrías razón para sorprenderte; pero se trata de cosa muy distinta y

más honrada. Don Mauricio es hombre \_del día\_; entiende sus

conveniencias, y por ello respetaría las tuyas..., porque tú no habías

de pretender nada que no fuera \_usual y admitido\_ entre las mujeres de

tu rango; y como no le amas ni puedes amarle, no hay que temer en tí los

desencantos ni las terribles consecuencias que éstos traen en los

matrimonios por amor. Por añadidura, serás libre y considerada, y

tendrás quien guarde y prospere tu hacienda, y te mantenga en la

abundancia que necesitas para vivir sin contrariedades ni privaciones.

Esto quiero para ti; esto puedo proporcionarte, y con esto te brindo...

¿A qué respetos falto, ni a quién ofendo con ello?

» ¡A qué respetos faltaba!..., ¡a quién ofendía con ello! ¡Y a mí se me amontonaban en tropel las respuestas que estaban reclamando aquellas preguntas inconcebibles en labios tales; corolarios artificiosos, o, cuando menos, muy mal deducidos de unas teorías repugnantes a mi naturaleza de mujer de honradas inclinaciones y a mis sentimientos de enamorada! Y pude dominar mi indignación, por respeto a las intenciones de mi madre, que no eran, que no podían ser las que cualquiera tendría derecho a leer en la letra descarnada de sus precedentes advertencias, encomios y recomendaciones; cualquiera menos yo, que conocía hasta qué punto cegaban a aquella señora las pompas y vanidades del mundo, y con qué facilidad transigía con los riesgos más graves, si la costumbre los autorizaba y si sus planes de bambolla los pedían. «¡Dinero, dinero a todo trance, y mundo esplendoroso en que lucirle! «Este venía a ser, en substancia, el objeto, el fin, la aspiración única, y hasta la religión de mi madre, y por eso, creyendo de buena fe que en ello trabajaba por mi felicidad, al ofrecirme por marido a don Mauricio, intentaba, con tan poca prudencia, desvanecer los escrúpulos que yo tuviera para aceptarle.

»Respondí, pues, lo menos que pude; pero aun así, estuve dura con ella.

»Continuó la entrevista un buen rato todavía, hasta que me dijo:

»--No puedo más, hija mía. El hablar me fatiga mucho, como ves, y las molestias y los dolores se me agravan. Estoy hecha una ruina..., vivo de milagro, no hay que darle vueltas... Dejémoslo aquí por hoy; y ahora, recógete... y medita; pero con serenidad, con todo tu discernimiento. Pévalo y mídelo todo bien... y ya verás cómo, al fin y al cabo, vamos a estar de acuerdo.

»¡Qué horas las de aquella noche, Dios mío! ¡Y yo que, muy pocas antes, esperaba encontrar en ellas los más regalados sueños de mi vida!

»¡Que pesara..., que midiera!... Y ¿en qué otra cosa que en pesar y en medir lo que mi madre quería, podía yo emplear aquellos siglos de tinieblas en la tortura de mi lecho?

»No es para describirla, por su complicación y colorido de pesadilla, mi batalla mental; pero merece apuntarse el hecho de que cuando las primeras claridades del alba vinieron a orientarme en el antro y a desvanecer las últimas visiones de mi enardecida fantasía, sobre el montón de ruinas a que en ella habían quedado reducidos los abigarrados ejércitos de fantasmas, comencé yo a levantar los cimientos de otro plan que pensaba poner en obra muy en breve.

»¡Que Dios le libre a un hombre de bien de que se p

onga en tela de  
juicio su derecho a la camisa que lleve puesta; por  
que con eso solo,  
está en muy grave apuro de perderla!

## XVI

Se sorprendió mucho mi madre cuando entré en su habitación a saludarla.  
Contaba con hallarme en el temple en que me había despedido de ella la  
noche antes, y me veía tranquila y sosegada, como si nada me hubiera  
pasado.

»--¿Has dormido bien?--me preguntó.

»--Muy bien--respondí tan ufana como si fuera verdad.

»--Luego no has meditado...

»--Ha sobrado tiempo para todo.

»--¡Yo he pasado muy mala noche!

»--Y debía ser cierto, porque parecía un cadáver; pero, así y todo, dudo  
que su noche fuera más mala que la mía. Díjela que lo sentía en el alma,  
y me preguntó, sonriendo a la fuerza:

»--Y ¿qué has resuelto?

»--Esperar.

»--¿A qué?

»--A lo que resulte del plan que yo también he formado.

»--¿Has formado un plan?

»--¿Yo lo creo! Y ¿por qué no había de formarle?

»--Efectivamente: ¿por qué no habías de formarle? Y ¿va a ser obra larga?

»--Pienso que sea muy breve.

»--Más valdrá así.

»Muy poco más que esto hablamos entonces. Antes de almorzar, envié, bajo sobre cerrado, una tarjeta a Pepe Guzmán, con el ruego de que no faltara por la noche a mi casa. Este trámite era del programa formado por mí. Un detalle que recuerdo bien: al escribir en la tarjeta a lo poco que necesitaba, anduve tanteando fórmulas hasta encontrar una en que no se diera tratamiento alguno a mi \_amigo\_. ¡Y de qué buena gana le hubiera tuteado! Pero la noche antes había quedado nuestra \_amistad\_ en el punto en que el \_tú\_, aunque se impone ya, todavía asoma con mucha timidez a los labios.

»Durante el día me hizo mi madre muchas insinuaciones acerca de la naturaleza de mis planes; raterías que se caían de inocente, para tirarme de la lengua. ¡A buena parte venía!

»Como las horas se me hacían eternas en casa, salí en carruaje con una de mis tías, mientras la otra se quedaba acompañando a mi madre, no sé



cuántas veces, a comprar cosas que no necesitaba y a visitar iglesias en que ni rezaba ni leía. Y lo cierto es que mejor estaban mis negocios para encomendados a Dios, que para otra cosa. Pero andaban, a la sazón, mis pensamientos tan a flor de tierra, que no se me ocurrió elevar una súplica al único juez que podía fallar \_en justicia\_ el pleito que me desvelada.

»En estas idas y venidas, cuidaba mucho de no encontrarme con gentes conocidas, o de fingir que no las había visto, si el encuentro era inevitable. ¡Y cuántas de ellas vi! Parecía que el diablo se empeñaba en ponérmelas delante y que se había encarnado en mí; porque, como si no me acompañara para otra cosa, no cesaba de apuntármelas con el dedo, ni de exclamar: «¡Mira Fulano!» «¡Mira Menganita!...» «Casa-Vieja te saluda...» «Agur, Ramiro». ¡La hubiera arrojado por la ventanilla de muy buena gana!

»Llegó la hora de comer, y comí tan poco como la víspera, porque aunque los motivos eran diferentes, la mortificación de las impaciencias que me desgaban era la misma un día que otro. También me encerré en mi tocador en cuanto me levanté de la mesa: igual que el día antes; pero esta vez no fue para estudiar en el espejo afeites ni aliños que me embellecieran, sino para afirmarme en mis ya bien firmes propósitos, dando un repaso mental a lo que me tocaba hacer y decir para

cumplimiento de la más delicada e interesante cláusula de mis planes.

»En fin, y viniendo a lo que importa, a la hora acostumbrada llegó Pepe Guzmán a mi casa. Como no era noche de tertulia, había en ella muy poca gente; y yo, sin pararme a considerar si faltaba o no a «las conveniencias», y atenta sólo a lo que me interesaba, le conduje al gabinete mismo en que el banquero «se me había declarado»; elegí un sitio en él donde pudiéramos hablar sin servir de espectáculo a la gente del saloncillo; senteme allí, y roguéle a él, con una mirada y un golpecito con la mano en el sillón inmediato, que se sentara también. Sentose; clavó en los míos sus ojos, dulces y elocuentes, como si en ellos quisiera mostrarme estampado todavía el idilio de la noche anterior..., y me encontré sin ánimos para decir la primera palabra. Todas las fuerzas con que contaba para llevar a cabo mis proyectos, me habían faltado de repente. Sentí vibrar y conmoverse dentro de mi algo que era como la luz y el estímulo de la vida, y mis flaquezas de mujer hicieron una de las suyas, llenándome los ojos de lágrimas y el pecho de sollozos, que a duras penas logré sofocar.

»Viéndome así Pepe Guzmán, tomó una de mis manos entre las suyas; y envolviéndome en una mirada, que fue para mí lo que el rayo de sol para un cuerpo aterido, díjome con expresión y acento de cariñosa ironía, disimulo evidente de otras impresiones muy distinta

s:

»--Aquí pasa algo muy grave, por las señas de esas lágrimas después de tu recado de esta mañana... Veamos lo que es...; se entiende, si me es lícito saberlo.

»Rehíceme casi en el acto, por empeñarme en ello, a ntojándoseme que tenía algo de ridícula aquella crisis histérica; volví a recobrar la resolución perdida; y retirando mi mano de las de Guzmán, con el pretexto de necesitarla para enjugarme los ojos, duéñame ya de mi serenidad, enterele de todo lo que ocurría..., de todo no, puesto que omití lo del parecer de mi madre sobre los casamientos por amor.

»--Mientras hablaba, iba observando yo el efecto de mis palabras en el atento escuchante.--También este trámite estaba apuntado en el programa.--Ni un músculo se contrajo en todo su cuerpo, ni el menor gesto alteró la expresión serena de su semblante. Como si se tratara de una historia del otro mundo.

»La que yo le relataba, no podía tener en mis labios más que un objeto solo: el de dársela a conocer como una desventura mía, necesitada del dictamen sesudo y de los consuelos cariñosos y \_desinteresados\_ de «un buen amigo». Mi derecho no alcanzaba a más..., ni siquiera a disminuir un poco los motivos que yo tenía para sentir allá dentro, muy adentro, el frío de aquella inalterable serenidad, por más q

ue este detalle fuera  
suceso previsto como posible en mi programa.

»Después que se enteré de todo, me preguntó, sin abandonar su expresión de irónica afabilidad:

»--Y ¿por qué te has apresurado tanto a informarme de ello?

»--Porque es caso de urgencia--respondí--, y necesito un consejo.

»--¿Precisamente el mío?

»--Precisamente el tuyo (¡con qué gusto usaba ya este pronombre!); pero el tuyo sólo, entiéndase.

»--¿Por pura curiosidad?

»--Para seguirle al pie de la letra..., a ojos cerrados, sea cual fuere.  
Lo he jurado así.

»--¡Pobrecilla, y con qué decisión me lo dice!

»--Como todo cuanto te he dicho y prometido.

»--Mira que si me arguyes de ese modo, vas a hacerte perder la cordura que necesito para que el consejo sea digno de quien me le pide.

»--Pues venga pronto el consejo..., porque no respondo de mí.

»Omito, en obsequio a la brevedad, la ortografía que usábamos mi interlocutor y yo para este lenguaje hablado. De la intención de lo escrito aquí en determinados pasajes, se desprende

con harta facilidad.

»Vuelta a \_enjuiciarse\_ la escena, continuó de este modo Guzmán:

»--Según me has dicho, es grande el empeño de la marquesa...

»--Hasta el entusiasmo.

»--Y tú, por tu parte, sin contar con extraños auxiliares, ¿no has hallado en la repugnancia que la idea de ese casamiento pueda producirte, fuerza de convencimiento y resolución bastantes para resistir?

»--Repugnancia y convencimiento, y fuerza y decisión para resistir tuve, y todo lo empleé inútilmente.

»--No lo entiendo, tratándose de un carácter como el tuyo.

»--Pues con todo eso y algo más, que no es de este momento y me llega muy al alma, me di a cavilar anoche..., ¡qué horas aquéllas, Virgen santa!..., y cavilando sin cesar, y pensando y midiendo, como quería mi madre..., ¡que Dios te libre, de la tentación de pensar \_demasiado\_, cuando necesites decidirte pronto y a tu gusto! Yo ya no sé a qué atenerme sobre ciertas cosas; qué se entiende por bueno ni qué por malo; si el error está en mi modo de ver, o en la manera de conducirse los demás; si soy yo la mala cuando pienso que obro bien, o si son ellos los buenos cuando me parecen una canalla; cuál es lo no

ble ni cuál es lo  
vil. Decídelo tú, que ves mejor en esas confusiones  
que a mi me ofuscan;  
y lo que decidas, eso haré. Ya sabes que lo he jura  
do.

--Aplaudo esos alientos--me dijo Guzmán entonces, s  
onriendo, pero no tan  
impávido como aparentaba--, porque, o yo me equivoc  
o mucho, o has de  
necesitarlos muy pronto. Y vamos ahora al consejo.  
Un enamorado de estos  
de la turba multa, digámoslo así, de \_pensamientos  
levantados y  
cristianos procederes\_, al oír a su dama llorar cui  
tas como las que tú  
me has confiado, y al pedirle ella el consejo que t  
ú me has pedido,  
tocaría el cielo con las manos; la negaría hasta el  
derecho de dudar en  
tal conflicto, porque entre la exigencia del \_tiran  
o\_ y los mandatos del  
amor, nunca vacilan los que bien aman, y acabaría l  
a escena por  
decidirse \_ella\_ a arrostrar el hambre, las mazmorr  
as y aun la muerte,  
antes que consentir en \_ser de otro\_, y por jurarla  
\_él\_, viéndola tan  
firme y tan constante, que con los dientes sabría a  
rrancar los clavos  
mismos de las puertas que la encerrarán. Pero en nu  
estro mundo, hija  
mía, pasan las cosas de muy distinto modo que en el  
mundo de aquellos  
inocentes: hay otros móviles y otros fines, otras l  
uces y otros  
horizontes; y tú y yo, si bien nos miramos, en nada  
nos parecemos a los  
enamorados de mi ejemplo... En virtud de lo cual (q  
ue yo te explicaré,  
si lo deseas), y en vista de lo que arrojan los aut  
os de tu pleito, es

mi parecer, hijo de mi larga observación en ese linaje de conflictos, y muy principalmente del interés que tengo en tu felicidad, tan eslabonada con la mía, que te avengas a los deseos de tu madre y aceptes la rica mano que te ofrece don Mauricio.

»¡Esto sí que no estaba previsto en mi programa! Que e Guzmán no me abriera las puertas de su casa al saber lo que me ocurría, previsto como posible lo tenía yo; pero que él mismo me empujara hacia la casa del banquero, eso ya no cupo en mis presunciones. Pues bueno: con este desencanto y todo, que me dolió como una puñalada en el corazón, no sentí esas sublevaciones de la «dignidad ofendida», que tanto juegan en las pasiones de teatro. Sería así la calidad del hechizo con que me había fascinado aquel hombre; sería un milagro de la fe con que le oía, o un contagio de la peste que respiraba..., yo no sé lo que sería; pero así sucedió, y así lo confieso, aunque se tenga el caso por absurdo... ¡Absurdo! ¡Como si hubiera algo con lógica en los enredos de la farsa de nuestra vida!

»Conoció el desengañado consejero la honda impresión que produjo su descarnado consejo, y acudió solícito a templarla, a intentarlo, mejor dicho, con una detenida exposición de razonamientos que me es imposible reproducir aquí al pie de la letra, por falta de memoria para tanta minuciosidad; pero cuya substancia, que recuerdo bien, y no debe

omitirse en este pasaje de la historia de mi vida, era la siguiente:

»Si el matrimonio no fuera más que una carga de sacrificios y un palenque de proezas, donde un caballero demostrara a cada instante la firmeza del amor que sentía por su dama, él, Pepe Guzmán, por remate de nuestro idilio de la víspera, con lo que acababa de contarle yo o sin ello, se hubiera apresurado a implorar de mí el mismo favor que con tan rendidas ansias había implorado el banquero para sí. Pero no había que olvidar quién era yo y quién era Pepe Guzmán; en qué \_medio\_ nos habíamos formado; a qué costumbres estábamos hechos; qué mecanismo era el de nuestro mundo, y por qué leyes se regía. Y teniendo esto presente, ni él ni yo podíamos desconocer que había en aquella patriarcal unión, por las condiciones esenciales de ella, un riesgo gravísimo en que indefectiblemente habíamos de caer nosotros. Si tomábamos el trance por lo serio, con todo su formulario de procedimientos ejemplares y virtuosos, el hastío era inevitable. Si por huir de él faltábamos a aquellas santas reglas de los \_perfectos casados\_, y conveníamos en que cada cual campase por sus gustos e inclinaciones, apuntarían entre nosotros las desconfianzas y las discordias, y con ellas los resabios groseros de la \_bestia\_, que, aunque se tapan y se doman, no se extirpan con la educación de la inteligencia. En ambos casos, el desprestigio de un cónyuge a los ojos del otro, y, por consiguiente



, el desamor y la antipatía, cosa de muy mal gusto; y nosotros, nacidos para caer de muy alto en la locura de escalar el cielo, no debíamos morir de aquella prosaica y terrena enfermedad.

»Muy bien dicha me pareció la parrafada, pero muy poco conveniente para mí, que era la mosca de estos ditirambos de la araña. Aun acomodándome a ciegas a los propósitos que se transparentaban en la disertación; aun dando por bueno y por elevado (¡que no era poco dar!) todo lo que por elevado y por bueno daba él, ¿cómo se compaginaban aquellas sublimidades que me predicaba, con la prosa del banquero, que me ofrecía como una necesidad? No le apuró gran cosa el reparo ...; verdad es que, quizás por llamar mi atención hacia otra parte más risueña, puso, como introito de su réplica, la extensa genealogía de su amor, con entretenidos comentarios sobre las diferencias esenciales entre el modo de nacer y desarrollarse la pasión que le había vencido, y los agradables entretenimientos que hasta entonces habían sido la única necesidad de su corazón; y como si hubiera adivinado mis «curiosidades» y se anticipara a satisfacer mis deseos, él mismo trajo a la colada algunas historias que a mí me interesaba conocer en toda su verdad: pecadillos sin malicia las más de ellas; rumores sin fundamento serio las restantes, como lo de Leticia, por ejemplo... Pues le creí, así como suena..., ¡yo, que tantas veces me había reído

del candor de otras  
mujeres en casos parecidos!... Si no hay que darle  
vueltas: el corazón  
humano, «que nunca se engaña», es un odre henchido  
de equivocaciones en  
cuanto se apasiona un poco.

»Con esto, cuando llegó la ocasión de replicar a mi  
reparo, ya estaba yo  
mejor dispuesta a comulgar con ruedas de molino. ¡B  
ien lo sabía él!  
Despachose a su gusto derrochando primores de sofis  
tería apasionada,  
esbozando proyectos, suavizando asperezas, dulcific  
ando amargores..., en  
suma, exponiendo y sustentando, pero con nuevas \_ra  
zones\_ y los más  
peregrinos vislumbres, la sempiterna \_teoría\_..., l  
a de Sagrario, la de  
Leticia, la de mi propia madre; la que, desde la no  
che anterior,  
\_sentía\_ yo en el aire que respiraba y en los rumor  
es que oía. Sólo  
faltaba que me la repitiera \_él\_, y ya me la había  
repetido, sin que  
tampoco al oírla yo brotar de sus labios, trémulos  
por la pasión,  
saltaran a mi rostro «las lavas del volcán de mi di  
gnidad ofendida». El  
mal espíritu me ataba de pies y manos para que fuer  
an inútiles mis  
instintivas, resistencias.

»--¿Esa es tu última palabra?--pregunté, por conclu  
sión, a Pepe  
Guzmán--. ¿Te ratificas en ella? ¿Estás bien seguro  
de que el consejo  
que me has dado es el que yo debo seguir?

»--Es mi última palabra--me respondió con la mayor  
entereza--; en ella  
me ratifico, y estoy seguro de que el consejo que t

e he dado es el que  
nos conviene que sigas.

»--Pues yo voy a cumplir mi juramento de seguirle \_  
al pie de la  
letra\_--, dije levantándome de pronto y sin saber s  
i lo que sentía  
dentro del pecho entonces era el impulso de la deci  
sión que me  
arrastraba, o el latir de un corazón dilacerado.

»Con la vehemencia con que se toman siempre las gra  
ndes resoluciones que  
pueden fracasar si se meditan mucho, entré en el sa  
loncillo y busqué a  
don Mauricio, que con otras personas estaba haciend  
o la tertulia a mi  
madre en el gabinete frontero al en que yo había co  
nversado con Pepe  
Guzmán. Me curaba muy poco de que pudiera llevar en  
la cara las huellas  
de la tempestad que aún no se había calmado dentro  
de mí; me era  
indiferente que mi casi encierro con aquél hubiera  
o no chocado a los  
demás tertulianos..., ¡pues podían venírseme con me  
lindres de beata los  
que me estaban enseñando a pactar con el demonio pa  
ra venderle la  
conciencia! Yo no veía más que los fantasmas de mi  
pesadilla, y, por el  
momento, a aquel hombre ridículo que acompañaba a m  
i madre. ¡Cielo  
santo! \_Por allí\_ tenía que pasar yo para llegar a  
donde mi destino me  
arrastraba; y pasar por allí, por aquel, hombre, au  
nque no fuera más que  
\_pasar de largo\_, era, para una mujer de mi estómag  
o, ir al patio de una  
cárcel, a la picota, a los cubiles del circo..., a  
las fieras mismas.

»Llamele aparte en la primera ocasión de ello que tuve, y le cité para el día siguiente, después del almuerzo. Lo inusitado de la cita y de la hora, movió en alto grado su curiosidad. Intentó satisfacer siquiera una parte de ella, echándome memoriales de un dulzor empalagoso; pero no me di por entendida.

»Al despedir más tarde a Pepe Guzmán, le encargué mucho que no faltara la noche siguiente, para darle cuenta minuciosa del cumplimiento de uno de los trámites más importantes de mi plan.

»Por último, al retirarse mi madre a su habitación, la advertí lo de la cita al banquero. Preguntome ansiosa que para qué, y me excusé de complacerla, recordándole nuestro convenio de no descubrirle mi plan hasta que estuviera ejecutado. En hablando a solas con el banquero, lo estaría... en lo que a ella le interesaba. Algo que llevaba yo bien a la vista en mi actitud, y, sobre todo, en mi cara, debió de darla a entender hacia qué lado me inclinaba en el asunto que tanto me había recomendado ella, porque no insistió en la pregunta y se despidió de mí muy afectuosa.

»En seguida me encerré yo en mi dormitorio... a velar, a padecer, a aturdirme con el pensamiento volteando entre las ondas de la tempestad que ya no me cabía en la cabeza.

## XVII

Según lo convenido con mi madre, al otro día, en cuanto el banquero llegó, salí yo sola a recibirle. En la penumbra del salón, donde aguardaba, parecía el hombre una noche de verano: de tal modo relucían y titilaban sobre él verdaderas constelaciones de pedrería, hasta con su \_caminito de Santiago\_; que bien podía desempeñar este papel allí la enorme leontina de oro entretejido que trepaba por el hemisferio de su estómago. Además,apestaba el salón a \_patchouli\_ y a pomada de geranio. No sé qué cara me puso, aunque me lo imagino, ni recuerdo en qué términos me saludé, ni las palabras con que yo le respondí. Sólo tengo presente lo que pasé después, estando los dos sentados, frente a frente, aunque con cerca de dos varas de alfombra de por medio; y lo que pasó dio principio en la siguiente forma, palabra más o menos:

«--Anteanoche--le dije, sin pararme a disimular la repugnancia con que abordaba aquel asunto--me insinuó usted ciertos propósitos...

«--Tuve, en efecto, esa dicha--me interrumpió, bastante desentonado por las emociones que debía de sentir en aquel instante .

«--Poco después acudió usted con las mismas cuitas a mi madre, sin aguardar a que yo le respondiera, como se lo tenía

prometido.

»--No creí que se estoobaran lo uno y lo otro.

»--Mal creído. Pero, en fin, ya está hecho. Y ahora , asómbrese usted: he resuelto despachar su pretensión... favorablemente.

»Es imposible pintar aquí las cosas que hizo y las \_finezas\_ que me enderezó mi pretendiente, al oírme hablar en aquellos términos. Le faltó muy poco para darme las gracias de rodillas.

»--Todavía no--le dije conteniéndole--. Hay que deslindar antes los campos, y poner cada cosa en su sitio y a la necesaria claridad. Para ello, yo le hablaré a usted con toda la que piden las circunstancias, y usted no será menos explícito conmigo, en la inteligencia de que, siéndole o no, lo que aquí establezcamos ha de ser en adelante la ley de nuestra vida común.

»--Leyes son siempre para mí hasta los menoores deseos de usted. ¿Qué mayor dicha, qué mayor...?

»--Muchas gracias, y óigame ahora: usted es hombre que tiene vicios, no muy buena fama, y ya pasó de mozo algunos años hace ... No se moleste usted en hacerme reparos, porque es perfectamente demostrable todo esto que afirmo.

»--Siga usted.

»--Sigo, y continúo afirmando que un hombre con tod

os esos contrapesos,  
por poco entendimiento que tenga, no puede creerse  
merecedor del cariño  
ni de la lealtad de una mujer como yo.

»--Repárese usted que, sin hacer las debidas salvedades... y tal y demás,  
resulta eso..., ¿cómo lo diré?, un poco... vamos..  
. exxxtremaaado.

»--Resultará lo que usted quiera; pero hay que oírlo.  
Por consiguiente,  
al pedir usted mi mano, no espera, no puede esperar  
, que le dé con ella  
ese cariño, ni las llaves de mi corazón, ni el derecho  
de preguntarme  
siquiera por lo que yo tenga encerrado en él.

»--Lo que yo pido--díjome aquí el banquero, con una  
serenidad y un  
aplomo que no dejó de sorprenderme en él--, lo único  
a que aspiro, y  
usted no podrá negarme, porque no tengo yo la culpa  
de que no sea la  
envoooltura digna del tributo que la he tendido a  
usted con alma y  
vida... y tal y demás, es que lo poco o mucho que  
me conceda sea de  
buena voluntad; porque, bien mirado el caso, yo no  
he puesto a naadie  
un puñal en el pecho para que se acepte lo que he o  
freído a cambio...  
de lo que usted quiera darme... y tal y demás.

»--Ciertamente; pero la misma gravedad de ese... caso, y  
el singular aspecto  
que presenta para mí, y hasta las mutuas conveniencias,  
no lo dude  
usted, me obligan a ser desengañada, sin temor de pecar  
de dura, con un  
hombre que con tan poco se conforma en negocio de tanta  
grande entidad...

En substancia, y para concluir, señor don Mauricio:  
yo acepto su mano de  
usted, con la terminante condición de que he de tener en usted la menor  
cantidad posible... de marido, con todos los privilegios e inmunidades  
que de este hecho se desprendan en beneficio de la libertad e  
independencia compatibles con el rango que ocupo en la sociedad, y con  
mis gustos e inclinaciones.

»Creí sorprender una sonrisa extraña en los resecos labios de mi  
pretendiente; el cual, y mientras se tiraba de la patilla derecha con  
mayor suavidad de la que podía esperarse de su naturaleza \_espasmódica\_,  
me dijo:

»--Y en virtud de esa condición tan... tan \_adsooluta\_ y exxteeensa,  
¿no me sería permitido añadirla, antes de aceptarla, siquiera una  
salvedad..., pedir ciertas garaaantías?...

»--Doy, y no es poco, la de mi buena educación. ¿Le satisface a usted?

»--Como la mejor escritura púuublica--me respondió tendiéndome la  
manaza, que no rechacé porque fingí tomar el suceso como señal de  
despedida, y aproveché tan buena coyuntura para levantarme y dar por  
terminada la conferencia.

»--Para lo que falta que hacer--dije entonces--, en tiéndase usted con mi  
madre..., que siente mucho no poder recibirle hoy.

»--De manera--preguntome él, muy cerca ya de la pue



rta del salón,  
poniéndose otra vez tierno y pegajoso-- , que esto es  
ya cosa resuelta?

»--Enteramente resuelta.

--Y... ¿para cuándo..., si no pego de...?

»--Para mañana, si fuera posible. Y sírvale a usted  
de gobierno, por lo  
que pueda importarle.

»No oí lo que me dijo en demostración de su content  
o, porque mientras un  
criado que había acudido a mi llamada le entregaba  
en el vestíbulo el  
sombrero y el bastón, yo buscaba, retrocediendo por  
el estrado, el  
camino del gabinete de mi madre, para darla cuenta  
del definitivo  
resultado de mis planes.

»Asombrose al conocerle, y no era para menos; pero  
le aplaudió de buena  
gana. Llevábamos aún medio aliviado el luto por mi  
padre, y la rogué que  
no fuera esto un estorbo para aplazar las bodas. Ot  
ro motivo de asombro  
para mi madre.

»Sin detenerme a sacarla de él con explicaciones qu  
e no eran del caso...  
ni muy fáciles de dar, salí del gabinete y me encer  
ré en el mío... ¡a  
batallar de nuevo contra vestigios y fantasmas!...  
¡Ociosas y bien  
excusadas mortificaciones!...

»Sagrario, Leticia, mi madre, Pepe Guzmán, todos mi  
s «dulces enemigos»  
estaban complacidos ya. Ya estaba extendida mi resp  
ectiva \_patente de

corso\_. De un momento a otro me la pondrían en la mano, y comenzaría a verse con qué «hígados» contaba yo para servirme de ella. Porque, si no era para esto, ¿para qué me la daban? Pepe Guzmán, en quien menos debía desconfiar yo, podría engañarme en cuanto a la sinceridad de su \_exposición de motivos\_; pero no en cuanto a la intención práctica de su consejo. Si éste no tenía el alcance que yo pensaba, era preciso convenir en que a mi consejero le faltaba el sentido común; y cabía dudar del corazón de aquel hombre, pero no de su gran entendimiento. Volví a poner toda la luz de mi discurso sobre esta mancha de su conducta conmigo; deseaba conocerla en toda su extensión para «indignarme» contra él: desesperado recurso de náufago entre las bascas de su agonía; extender los desfallecidos brazos en busca de un asidero que no han de hallar; gastar las últimas fuerzas en inútiles tentativas, para hundirse primero. Eso me pasaba a mí: cuanto más me agitaba, más me hundía; cuanto más examinaba la mancha, menor la encontraba. Con el trabajo que empleaba en engrandecerla, acabé por borrarla... Y ¿por qué no? ¿Qué quitaba ni qué ponía en la intensidad de la \_pasión\_ de Pepe Guzmán, un \_detalle\_ de más o de menos sobre el modo de \_legalizarla\_ ante las gentes? No había que confundir los impulsos del corazón con las rutinas sociales. Si lo \_principal\_ era entre nosotros conservar vivo el \_fuego sacro\_, yo no tenía por qué escandalizarme de que él necesitara,

para alimentar el que había en su corazón, ritos y procedimientos distintos de los que yo hubiera preferido.

»¡Ay, si llegaran a caer estos papeles en manos de una mujer de espíritu cristiano, que no olvide que voy pintando a la luz de aquellos negros días, y discurriendo al tenor de las leyes por que me gobernaba entonces!

»Pero ¡qué misterioso engranaje!, ¡qué mecanismo tan singular el de la máquina de las ideas! ¡De qué modo tan extraño se elaboran en el cerebro las negras con las blancas, las tristes con las risueñas, las fúnebres con las cómicas! A mí se me ocurrió de pronto, entre la lóbreguez de mis cavilaciones, que nuestro poeta \_Aljófár\_, cuando supiera lo que iba a suceder en breve, compondría una nueva variante (allá para sus adentros, porque al público no se atrevería a ofrecérsela) sobre la socorrida metáfora de \_la flor y la babosa\_. Yo sería la flor, por supuesto; flor nacida para «lucir sus colores y derramar sus aromas junto al enamorado clavel...» Y a propósito: ¿no se le había ocurrido a éste, quiero decir, a Pepe Guzmán, la misma o parecida comparación poética, con todas sus consecuencias realistas? Ciertamente que el banquero sería la menor cantidad posible de babosa; pero, al cabo, sería babosa, con su diente asqueroso y su estela repulsiva...; ¡Vaya si se le habría ocurrido! Y, ocurriéndoselo, ¿qué habría pensado

de esos rastros que las babosas dejan sobre las flores si no se madruga a recogerlas?... ¡Oh, qué diabólica idea se enredó con esta otra, de repente, y penetró en mi discurso, como ladrón arte ro en casa mal cerrada! ¡Cómo se revolvía entre las demás, y rebuscaba los escondrijos para saquearme el repuesto y hacerse dueña y señora de mi juicio!... Y ¡qué recio voceaba, allá dentro, muy adentro!... Y ¡qué afanes los míos para acallar sus voces, como si temiera que las ondas del aire las llevaran hasta \_él\_! ¡Desdichada de mí si las oía, o el diablo le inspiraba igual idea!

\* \* \* \* \*

»Por la noche hablé con Pepe Guzmán, según lo convenido entre los dos. Le di cuenta de lo acordado con el banquero y con mi madre; y como mi resolución era más poderosa que mis fuerzas, los desfallecimientos de éstas se reflejaban demasiado en el ritmo de mis palabras y hasta en el color de mi rostro. Estimó mis torturas, ponderó mi heroísmo, ensalzó mi \_lealtad\_; pero no se compadeció de mí en aquellos decisivos instantes, en los cuales aún era posible imprimir nuevos rumbos a mi destino, cuando no lo intentó siquiera. Lejos de ello, y para mantenerme en los que él mismo me había trazado, desplegó nuevas pompas de su singular dialéctica, y encendió nuevas llamas con las cuales le costó bien escaso trabajo quemar los pobres restos de las alas con que aún pretendía yo

volar por los espacios de mi deseo.

»Aquí debía darse por terminada nuestra entrevista; la última, por decreto de «el bien parecer», y hasta por conveniencia mía. En adelante, por lo menos hasta que la amarga copa se apurara, nos trataríamos como «buenos amigos» delante de las gentes... y nada más. De esto comencé a hablarle, cuando el demonio puso en sus labios una frase que me pareció el primer eslabón de la cadena a cuyo extremo había de salir engarzada la infernal idea; aquella que tanto me atormentaba en mi cerebro por el solo temor de que cupiera en el de mi \_enemigo\_.

»Y salió, ¡Virgen María! ¡Qué momento aquel! Ciega, insensible para cuanto me rodeaba, sólo veía y oía lo que pasaba dentro de mí. El corazón, fuera de sus quicios, me aporreaba el pecho, y sus golpes me parecían llamadas de medroso desamparado; sentíalos repercutir en lo más profundo de mi cabeza, y llamaradas de fiebre subían a caldearme las mejillas; estremecíanse todas las fibras de mi cuerpo, y veladuras fantásticas iban turbando la clara luz de mis ojos, al compás de los latidos del corazón.

»Nada pensé, nada dije, nada respondí. Toda la noción que me quedó de mi propia existencia, la invertí en recoger de aquella escombrera a que instantáneamente habían quedado reducidas vida y alma, los alientos necesarios para apartarme de allí. Y eso hice a duras penas.

»Pasé un día, dos y tres, sin pensar en nada, a fuerza de pensar mucho que no me interesaba, para no caer en las fauces de los pensamientos que temía. Durante aquella batalla, y hecho ya público el proyecto de mis bodas, al suplicio de ella se añadió el más insoportable de consolarme del forzoso alejamiento de Pepe Guzmán, con las \_tiernas finezas\_ del banquero, señor \_legal\_ de mis preferencias y atenciones, y las incisivas enhorabuenas de mis amigos y conocidos. Todo esto era superior a mis fuerzas. Pedí, rogué a mi madre que, si no había modo de vivir en nuestra casa sin la tiranía de aquellos testigos de mi tortura, anticipara todavía más el suceso que era la causa fundamental de ella. Y mi madre no comprendía cómo buscaba yo el remedio contra las hieles de una pócima sin fin, apresurándome a beberla; pero yo sí lo comprendía.

»Entre tanto, iba agotándose el caudal de pensamientos que cabían en mi cabeza, y a cuyo amparo acudía para defenderme del que tanto me espantaba y más me perseguía cuanto mayores eran mis mortificaciones... y más largas las ausencias de Guzmán. ¡Tal despilfarro hacía yo de ellos, sobre todo en las largas horas de mis desvelos! Ya no sabía en qué pensar, y entregaba el discurso a lo primero que se me entraba por las mientes.

»Una noche, por remate de la larga cadena de ideas incongruentes que

había estado arrastrando, di en una bien extraña ocurrencia: la de hacer una imaginaria excursión por los interiores entenebrecidos de mi propia casa. ¡Qué grande era para la poca gente que la habitábamos! Además de grande, estaba muy mal ocupada por nosotras. Entre el dormitorio de mi madre y el mío, había dos salones, un pasadizo y mi cuarto de tocador. Mi madre se recogía antes que nadie, y quedaba al cuidado de una antigua sirvienta, vieja ya, muy fiel, pero muy dormilona. Cerca de mí, en un cuartito contiguo al tocador por un lado, y por otro al vestíbulo de ingreso a la casa, dormía mi doncella, muchacha muy leal, muy cariñosa, capaz de arrojarse por mí por el balcón a la calle; pero alegrilla de ojos y demasiado lista. El resto de la servidumbre ocupaba un sotabanco que mi padre había alquilado con este objeto, en su horror instintivo al tufo y al desaseo de la plebe. De manera que para dos parejas de mujeres tan separadas una de otra, aquella casa, durante las altas horas de las noches de invierno, en las que escasean los ruidos de la calle, con la espesura de las alfombras en el suelo y la abundancia de macizos cortinones que apagaban el rumor de las pisadas y hasta el sonido de la voz, era un completo páramo con su muda e imponente soledad. Un hombre mal intencionado podía ocultarse muy fácilmente... en el cuarto de mi doncella, por ejemplo, en el instante de disolverse la tertulia, cuando es menos notado cualquier movimiento y

menos extraña la presencia de una persona; salir de su escondrijo en hora conveniente; hacer lo que se había propuesto, y aguardar en otro escondite a que los criados bajaran del sotabanco, abrieran las puertas, después de abierta la de la calle, y largarse a ella muy tranquilo.

¡Pues si la doncella estuviera de acuerdo con el ladrón!... ¡Qué espanto! Era precisó tratar de que durmiera abajo un criado, y, sobre todo, de aproximar mucho más mi dormitorio al de mi madre. Las cuatro mujeres reunidas sabríamos defendernos mejor de cualquier peligro... ¡Gran miedo pasé aquella noche!

»Pero ¿hasta dónde alcanzaban las raíces de estas ideas? ¿De dónde vendrían las semillas que las produjeron? Porque en el mundo moral, lo mismo que en el físico, nada nace de la nada, y cada cosa engendra su semejante.

»Aquellas preguntas y esta reflexión me hice entonces también, y sin respuesta se quedaron, quizás por ignorancia, o acaso por repugnarme ahondar en la materia con el análisis.

»Lo primero que al otro día me dijo mi madre fue que si persistía yo en mis deseos de que se anticipara la boda, estaba en su mano complacerme. Respondí que sí, cerrándome el camino a toda reflexión. Por la noche estuvo Guzmán en mi casa. ¡Qué daño me hacían sus estudiados y convenidos alejamientos de mí! Al despedirse, deslizó en mi mano un



papel en muchos dobleces, que yo guardé con ansiedad de avaro, para entretener lo más triste de mis incurables desvelos, con el regalo de su contenido, fuera el que fuese, aunque casi le adivinaba.

»Llegó la hora, y desplegué la carta temblándome las manos. Era muy extensa, y estaba escrita en un papel muy tenue y con la letra muy apretada. Comencé a leerla, y al punto di con lo que yo más me temía...: la idea, ¡la diabólica idea! Allí estaba, saltándome a los ojos como chispa de volcán. Toda la carta no era otra cosa que el aliño estimulante en que venía preparada. ¡Qué astucia de Satanás! Rompí el papel en cien pedazos..., ¡como si con este pobre recurso borrara su contenido de mi memoria, y la voz del que le había estampado allí no resonara en mis oídos, ni el fulgor de su mirada penetrase por mis ojos hasta el fondo del corazón!

»El incendio se produjo otra vez; pero las fuerzas de mi discurso para huir de él por las callejuelas de extraños pensamientos estaban agotadas ya. Resolví a contemplar el peligro cara a cara y a defenderme de él en mi última trinchera..., es decir, a poner el caso \_en tela de juicio\_.

»Valiéndome de un símil harto viejo, pero que me es aquí muy necesario para hacerme comprender más fácilmente, en aquella suprema ocasión me encontraba sobre el borde de un precipicio, sola, s

in alientos para  
retroceder y comenzando a sentirme dominada por el  
vértigo de los  
abismos. Todos cuantos en el mundo tenían obligació  
n de socorrerme, me  
habían empujado para colocarme allí: nada podía esp  
erar de ellos; a lo  
lejos, sólo veía curiosos que se asombraban de mis  
resistencias y se  
reían de mis vacilaciones; abajo, en el fondo del p  
recipicio, la  
algazara de las mujeres que me habían precedido en  
la caída; en derredor  
de mí, envolviéndome, asfixiándome como anillos de  
serpiente, una  
atmósfera de insanos elementos, narcótica, enervant  
e; sobre la  
atmósfera, sobre mí, sobre el mundo entero, allá en  
lo Alto, donde debía  
de existir un código de moral como yo le presentía  
cuando me dejaba  
gobernar por mis propios instintos, inclinados a lo  
menos corrompido, ya  
que no a lo más honrado..., nada tampoco que vinier  
a en mi auxilio... El  
Dios que a mí me habían hecho conocer en mi casa er  
a «un caballero  
anciano, de muy buena sociedad»; algo serio por raz  
ón de su jerarquía,  
pero muy fino, muy complaciente y de una moral muy  
elástica; dispuesto  
siempre a incomodarse con la gente de poco más o me  
nos, pero incapaz de  
\_faltar\_ en lo más mínimo a las señoras del \_gran m  
undo\_ que le  
\_honraban\_ confesándole de vez en cuando y en los r  
atitos que las  
dejaban libres sus devaneos de hembras «eximias» de  
l género humano...;  
un señor, en fin, por el estilo de mi difunto padre  
, aunque quizás no  
tan elocuente ni de tan distinguido porte como él..

. ¡Y nadie ni nada  
más a donde volver los ojos!

»Y, entretanto, al aceptar las reflexiones de mi madre y el consejo de Pepe Guzmán, ¿no había suscrito yo, implícitamente, un contrato de deslealtades y perjuros por el resto de mi vida? Y la que estaba resuelta a lo más, ¿por qué se detenía ante lo menos?

»Sobre estos ejes rodó todavía largo rato la desquiciada máquina de mi discurso..., hasta dar conmigo y con él en las negras profundidades del abismo.

»¡Oh, qué sola, qué triste y qué desamparada me vi!

\* \* \* \* \*

»Veinticuatro horas después se realizaba en mi casa, por primera vez, lo más temeroso de mi imaginaria excursión por los interiores de ella; sólo que no era un ladrón de caudales el hombre que se escondía por la noche en el cuarto contiguo al de mi doncella y se escapaba al amanecer.»

## PARTE II

Este era un \_Círculo\_ o sociedad que había en Madrid por entonces (creo que ya no hay de esas cosas allí), en el cual círculo sólo tenían ingreso los aspirantes que pudieran acompañar a su instancia una ejecutoria de sangre azul, y, a ser posible, una buena garantía de responsabilidad pecuniaria; porque con ser de gran monta los gastos reglamentarios de cada socio, llegaban hasta lo incalculable los \_imprevistos\_. Como que se trataba allí de matar los interminables ocios de la vida entre los hombres del blasón y del dinero..., ¡que ya es matar!

Ocupaba la sociedad una gran casa, de suelo a cielo, en una gran calle de lo mejor entre lo más caro de la villa y corte; y en la gran casa había grandes cocinas, grandes cuadras y grandes cocheros, con muchos y muy lujosos carruajes, abajo; y grandes salones de conversación, de juegos lícitos y de lectura; grandes salas para otros usos, hasta sala de esgrima, y grandes comedores y cuartos de tocador y gabinetes para vestirse, para escribir y para jugar a lo que no debía verse, arriba; y lo de arriba y lo de abajo, y lo de acá y lo de allá, con todo el lustre de decorado y servidumbre que la \_institución\_ y sus destinos requerían.

Claro está que una cosa de tal índole no podía ser bautizada a la española: por eso se llamaba \_Sport-Club\_, nombre q

ue, tras de ser  
inglés, dejaba traslucir ciertas aficiones de la ge  
nte de adentro a un  
espectáculo que no se concibe en España más que en  
caricatura. Lo mismo  
que si en Londres estableciera la «alta sociedad in  
glesa, un \_Club\_ con  
el nombre de \_Círculo taurófilo\_, o de aficionados  
al toreo, para que me  
entiendan mejor los que no tienen muy hecho el oído  
a estas jergas  
grecolatinas. En fin, bien o mal bautizado, ello es  
que había en aquel  
entonces en Madrid ese \_Sport-Club\_, y que, a juzga  
r por lo que en él se  
contenía y pasaba, era como la casa de todos los qu  
e no la tenían, o no  
querían tenerla, o la frecuentaban muy poco. Por el  
\_Club\_ iban sus  
socios a todas partes, y de cualquier parte que vin  
ieran daban en el  
Club. Lo que hacen los simples mortales con el prop  
io domicilio.

Comenzando a contar por los balcones de la fachada  
principal, que eran  
otros tantos «coches parados» a ciertas horas de la  
tarde, en aquel  
edificio había estimulantes para todos los gustos d  
e los concurrentes  
desocupados: revistas verbales de paseos, salones y  
espectáculos..., se  
entiende, de lo tocante a las hermosas damas de «su  
mundo» que se  
hubiesen exhibido en ellos; murmuraciones subsiguie  
ntes con ampollas;  
lecturas breves, bien ilustradas y muy picantes; \_E  
l Fígaro\_ de París,  
con sus crónicas escandalosas del \_demi-monde\_, por  
\_Gacela\_; la esgrima  
del florete, de la espada o del sable, no como ejer  
cicio higiénico, sino

como artículo de posible necesidad entre gentes que vivían a dos pasos del \_campo del honor\_; para el que fuera inclinado a los placeres del estómago, el \_restaurant\_: los licores, los vinos exquisitos, las pastas más regaladas..., cuanto se pidiera por la boca; para los temperamentos profundamente enervados por la holganza regalona, el juego; si no entretenían bastante el tresillo o el \_ecarté\_, el \_monte\_ o el \_bacarrat\_ o el \_treinta y cuarenta\_; si abundaba el dinero en casa, para que la emoción resultase, se apuntaba fuerte; y si no lo había y apuraban los compromisos, fuerte también para salir de ellos cuanto antes, o acabar de hundirse en la ruina; en efectivo, si lo había a mano; o en cosa que lo representase, si quedaba crédito bastante, en opinión de aquellos caballeros que se agrupaban allí para desplumarse mutuamente con todas las reglas y cortesías del oficio; para el gomoso enamorado o el hombre presumido, si tenían en poco la librea de la sociedad para ponerse en pública exhibición, estaría a la puerta de la casa y en hora conveniente el exótico cuartago con el blasón de familia en cada metal de sus arreos, en el cual bucéfalo cabalgaría el elegante para dirigirse al Retiro, medir aquella pista a zancadas unas cuantas veces, y desfilar al anochecer por la Castellana a medio galope de podenco; y lo que digo del caballo acontecía con el coche.

Más tarde, y después de comer en el \_Club\_ y de ves

tirse allí también,  
al teatro más de su gusto, con el billete de abono  
de la misma sociedad,  
o a los salones de su preferencia, o a lo uno y a l  
o otro, porque para  
todo daban las noches y las costumbres de su mundo.

Después de los  
salones y del teatro, al \_Club\_, otra vez indefecti  
blemente: a cenar, si  
había ganas, o a tomar un pisco-labis, si no las hab  
ía, y a «cambiar sus  
impresiones», que no faltaría con quién. Allí estar  
ían ya, dejando  
escapar las suyas, recientemente adquiridas, el moz  
uelo imberbe, más  
cargado de vicios que de años, y el viejo disipado  
centelleando  
lascivias y torpezas por sus ojuelos lacrimosos, y  
mascullando  
obscenidades entre los pedruscos de su dentadura po  
stiza. Desde allí,  
¡vaya usted a saber a dónde irían aquellos caballer  
os hasta las tres de  
la tarde, hora en que reaparecían un momento en la  
vía pública... para  
volver otra vez al \_Sport-Club\_, a observar, a murm  
urar, a comer, a  
jugar, a vestirse, etc., etc.! Y los más de ellos e  
ran casados o «hijos  
de familia».

Amén de estos recreos al pormenor, y los que no se  
puntualizan aquí,  
porque no hay para qué puntualizarlos, la sociedad  
tenía otros en común,  
como ciertas algaradas de estruendo, ora en el Hipó  
dromo en los días de  
carreras, ora en la del Prado y de la Castellana, d  
isfrazados los socios  
de canes lanudos, y amontonados y latiendo en sus p  
erreras, en las  
tardes de Carnaval. Esto era el colmo de lo \_chic\_,

de lo \_pschut\_ y de  
lo \_becarre\_.

Andando el tiempo, no pudo el \_Club\_ con la carga de sus gastos, y le fue necesario barrenar sus estatutos para atraerse la ayuda de la aristocracia de las talegas, siempre que ésta supiera competir con la de adentro, cuando menos en saber gastarlas y lucirlas. A montones parecieron los aspirantes. Podrá faltarles abolengo conocido a las notabilidades de esta especie; pero vicios y afición a exornarlos con todos los recursos del dinero... ¡a buena parte iban con la cláusula los de la pata del Cid!

Lo que nunca se ha puesto en claro es de qué enfermedad vino a morir el \_Sport-Club\_, cuando con este ingreso de ricos desfilfarradores parecía haber asegurado su existencia por largos años. Porque el \_Sport-Club\_ de que yo voy hablando dejó de existir hace mucho tiempo. Y es bueno que conste así.

Pues bien: en el \_Sport-Club\_, a las dos de la mañana, y en una sala de las más concurridas a aquellas horas en que duermen y reposan las gentes ordinarias que todavía conservan los resabios del trabajo y del hogar, departían afectuosamente, arrimados a una mesa, Manolo Casa-Vieja y Paco Ballesteros, después de haber tomado chocolate a la \_vainilla\_ el uno, y el otro buena ración de biftec con media botella de Burdeos. Ballesteros era recién llegado a Madrid: se había encontrado aq



uella noche con su antiguo amigo Casa-Vieja en el teatro Real, y se habían venido juntos al \_Sport\_, del cual era socio el último, y lo había sido el primero antes de su salida de España.

Andarían allá, ten con ten, en edad: de treinta y dos a treinta y cinco. Casa-Vieja era blanco, de pelo castaño y lacio, de mirar displicente; no feo, pero muy marchito de cara, en la cual descollaba un gran bigote, desmayado también, y del color del escaso pelo de la cabeza. El cuerpo, bien conformado y correctísimamente vestido, por el modo de caer en la silla y el ritmo de todos sus movimientos, acusaba la propia dejadez reflejada en los ojos y en el gesto. Parecía, en suma, y lo era en verdad, lo que se llama un \_hombre gastado\_ fuera de sazón.

Su amigo Ballesteros era lo contrario en lo físico y en lo moral, sin ser menos perdido: moreno lavado, de barba recia muy recortada, y negra como los ojos y el pelo; vivo de mirada y de frase, suelto y expresivo de ademanes, y bien trazado de contornos.

Formaban ambos un contraste completo. Casa-Vieja hablaba casi todo lo que tenía que hablar, que era lo menos que podía, con el sombrero sobre la sien izquierda, la mejilla derecha en la mano del mismo lado, el codo correspondiente sobre el velador, el enorme puro, con sortija, en la boca, cuando no en la otra mano, y la mirada errabunda y desdeñosa,

sin interés ni codicia por nada. Ballesteros hablaba con los dos antebrazos sobre la mesa, y con los ojos clavados en el medio perfil de la cara de su amigo.

--Figúrate--llegó a decir aquél a éste--si tendré ansia de saber cosas de mi tierra y de mis gentes. ¡Once años bien cumplidos fuera de la patria, con pocas noticias de ella, y ésas vagas y a retazos, que es peor que no saber nada! Luego, con el arrastrado oficio que uno trae y la vida que uno se busca para ir tirando con él sin morirse de pesadumbre..., ya ves tú, se borra muy pronto de la memoria todo lo que no cala muy adentro. Por desgracia tuya y fortuna mía, eres la primera crónica que pesco a mano desde mi llegada a Madrid; porque no miento si te juro que me largué al Real con el polvo del camino, después de cumplir con la dispersa familia con dos apretones de manos y tres abrazos a escape.

--¡Crónica yo!--respondió Casa-Vieja, quitándose el cigarro de la boca para sacudirle la ceniza--. Si la quieres negra... Aquí no se gasta otra cosa. Pero, ante todo, vamos a ver, ¿qué demonios has hecho tú por ahí fuera, sin maldita la necesidad la mayor parte del tiempo? Porque la madre patria ha podido pasarse muy bien sin tus servicios diplomáticos..., llamémoslos así.

--Y yo mucho mejor sin ella, Manolo: créeme. Pues me cogió la gorda, la

de Septiembre, en Londres. Vino el Gobierno provisional, y conseguí, es decir, me consiguieron aquí que se me revalidara la credencial de agregado, trasladándome a París...., ¡miel sobre hojuelas!, y allí serví al nuevo orden de cosas con la misma lealtad y el propio celo con que había servido al anterior. De París fui a Lisboa, y en Lisboa juré a don Amadeo, y le serví con igual celo y la propia lealtad que a todo lo precedente...., hasta que se proclamó la República.

--Y dimitiste, como buen aristócrata.

--Pues ahí verás tú: \_me dimitió\_ ella, como era de esperar, siendo yo de los que se mudan la camisa todos los días. Sin embargo, hubo por acá tentativas de reválida, que no colaron. Ya ves que soy franco. Hasta que llegó la restauración y volvimos con ella a nuestros destinos todos los leales.

--Conformes, hasta en eso de la lealtad; pero entre la proclamación de la República y el estampido de Sagunto pasó tiempo sobrado para que te dieras una vuelta por tus lares.

--¿A qué, Manolito de mi alma? ¡Me iba tan bien por ahí afuera! Eso sí: todos los días me despertaba con los mejores propósitos. «Hay que volver a la patria, a la querida patria», me decía yo muy a menudo; «al suelo nativo», que dicen los cultos. Pero ¡buena estaba la a querida patria entonces para que volvieran a su regazo hijos de tan blando corazón como

yo!... Porque tú no puedes figurarte lo que a mí me  
afligen estas  
inacabables desventuras de nuestra hidalga tierra,  
«la tierra  
proverbial de los caballeros», como siguen afirmand  
o los españoles  
\_seriamente\_ cultos. Por otra parte, la familia no  
me tiraba gran cosa  
que digamos... Bien sabes tú la vida que traía mi i  
lustre padre. Mis  
hermanas estaban casadas, y mi hermano Ramiro gasta  
ndo el último soplo  
de vida en endosar honradamente sus deudas a sus co  
laterales, y en  
despabilar a la última de las mujeres que a tal ext  
remo le habían  
llevado en lo mejor de la vida.

Añade a todo esto que, al largarse de España don Am  
adeo, triunfaba yo de  
las esquivaces de una \_princesa\_ polaca que había c  
onocido en París,  
¡obra magistral de la naturaleza... y del arte! Tuv  
e que volver con ella  
a la gran capital, al «cerebro de Europa». Allí, tr  
es meses de  
invernada. Después fuimos a Florencia, y a Roma, y  
a Berlín... y a los  
quintos infiernos... y hasta que nos cansamos de vi  
ajar juntos, y nos  
separamos. Buena ocasión aquella para tornar a los  
patrios lares, con un  
poco de ánimo para ello; pero ocurrió entonces lo d  
e la austriaca...

--¿Cuál de la austriaca?

--Ciertos disgustos pasajeros con un... \_magyar\_ de  
guardarropía; tres  
meses de largos viajes con ella..., y así sucesivam  
ente, hasta la  
restauración.

--¿Con la misma austriaca?

--Y con otras... por el estilo.

--¡Gran vida!

--Pero muy cara, créelo. Me ha derretido un costado y la mitad del otro.

Ahora me doy al ahorro, haciendo la vida del hombre bueno. Vivo, hasta nuevo traslado, en Viena, como un tudesco ejemplar; ya ves, hasta me resuelvo a tornar a la patria querida con una licencia de dos meses... y el propósito de que me asciendan a primer secretario... \_Et voi-là tout\_. Y ahora que conoces mi historia, venga algo de la tuya. Te casaste, ¿verdad?

--¡Ufffff!...

--Y ¿qué es de tu mujer?

--Por ahí anda.

--Poco entusiasmado te veo.

--Todo lo que cabe en justicia... No congeniamos... , como era de esperar. Ella tenía sus resabios de casta, y yo los míos; y como no me gusta incomodarme, poco a poco y con cierta diplomacia nos fuimos restituyendo mutuamente la querida libertad, hasta hacer cada uno la vida que más le agrada.

--¿Tienes hijos?

--Sí, \_tuve\_... dos o tres: tres fijamente.

--Es decir, ¿que se te han muerto?

--No he dicho tal: viven los ángeles de Dios, pero con su madre.

--¿Luego no hacéis vida común?

--Hasta cierto punto: bajo el mismo techo, pero con distintas horas y diferentes costumbres. Quise decirte que los chicos están al cuidado de su madre y sin apego maldito a mí.

--Y eso ¿no te produce celos de padre amoroso?

--¿Para qué ni por qué? Antes, me alegro de ello, porque me exime de toda responsabilidad en lo que ha de suceder mañana .

--¿Qué temes que suceda mañana?

--No temo, sino que doy por hecho que esos pedacitos de mi corazón, de todas maneras han de salir unos perdidos, como tú y como yo. No puede dar otra cosa el terreno...

--Oye un instante; ese que entra, ¿no es, Monteoscuero?

--El mismo señor duque.

--Y ¿qué se hace ahora?

--Lo de costumbre: gastarse las rentas alegremente. En este momento histórico se las chupa una ribeteadora, que de seguro da en todo quince y raya a tus princesas, por hermosas, elegantes y despilfarradoras que

puedan ser. Últimamente le ha sacado a tenazas un \_  
chateau\_ en Bélgica.  
Es una sanguijuela que se pasa de fina.

--¿Y su mujer?

--Pues su mujer acepta heroicamente las situaciones  
como se las  
presentan, y le venga como el diablo le da a entend  
er. Lo peor para ella  
es que se va envejeciendo demasiado, y esta fatal c  
ircunstancia le dobla  
las dificultades, porque carga sobre la infeliz la  
mayor parte del  
trabajo.

--Y a propósito de estas cosas, ¿qué ha sido de nue  
stro contemporáneo  
Sierra-Calva?

--¡Valiente estúpido!

--Lo fue siempre, bien me acuerdo.

--Pues así acabó.

--¿Ha muerto?

--Valiérale más. Se casó, siendo una criatura, con  
una huérfana  
insípida, educada entre monjas.

--Me acuerdo también de ello... Decían que era muy  
rica.

--Y lo decían con razón. ¡Pues esa fue la madre del  
borrego! Un  
casamiento de conveniencia... para él, que ya tenía  
una mina de oro  
solamente en lo heredado de su padre. Al año de cas  
ado murió su madre.  
Otro platal a la hucha. Nunca podrás formarte idea

de las barbaridades a  
que se entregó al verse dueño de tanto dinero y de  
una mujer que no  
sabía más que rezar y afligirse por los desenfrenos  
de su marido....,  
porque fue un cerdo, créeme; un glotón soez de todo  
s los vicios. Tuvo, a  
los dos años, un hijo medio podrido, que no vivió m  
ás que el tiempo  
necesario para heredar a su madre. Pues hoy Sierra-  
Calva no tiene que  
comer si no se lo prestan los amigos.

--Pero ¿en qué lo ha gastado tan pronto?

--Ya te lo he dicho: en barbaridades, en mujeres de  
desecho, en  
mamarrachadas de habanero cursi, en francachelas co  
n toreros de invierno  
y chulas de la peor especie...., en todo lo más bajo  
y soez que puedas  
imaginarte... y en jugar. Aquí, aquí, solamente aqu  
í, en este agosto  
templo que hemos erigido los varones de la sangre a  
zul para dar culto a  
ciertas nobles necesidades de nuestras refinadas co  
stumbres, le  
limpiaron un caudal.

--Según eso, ¿continúa en la casa la afición?

--Y para continuar. Aquí no se hace otra cosa, y se  
despluma en un credo  
al lucero del alba. No sé qué demonio de escoba mis  
teriosa hay en estos  
ámbitos para el dinero. En cuanto entras en ellos c  
on \_guita\_, te la  
barren, a pocos deseos que traigas de probar fortun  
a. Créete que, en  
buena ley, esto debía arder por los cuatro costados  
.



--¿Por qué lo frecuentas, si tan malo te parece?

--Porque no sé otra cosa; porque somos así todos los que aquí venimos.

--¡Ay, Manolo! Todavía no sabéis vivir en España los hombres del «gran mundo»; tomáis ciertas cosas demasiado a pecho, y hay en vosotros exceso de rutina.

--Te equivocas; nosotros sabríamos \_vivir al pelo\_, como los más listos de \_allá fuera\_; lo que hay es que nos falta teatro para tantos vicios como tenemos. Esto es poco y angosto todavía; y si has de moverte dentro de ello, tienes que pasar cien veces por un mismo sitio y codearte a cada paso con unas mismas personas.

--Dime otra cosa...: debe de haber mucha gente tronada de la nuestra, con ese vivir en perpetuo despilfarro, sin apego a ninguna ocupación sería...

¡«Mucha gente tronada»!... Toda la que bulle y anda en el ajo de nuestras aventuras; y si hay alguna excepción entre ella, es por un milagro de Dios. Aquí todo el mundo gasta mucho más de lo que puede. Y ¡ay del que se quede rezagado por cansancio, o por deseo de no ser tan mentecato en esta puja de locas disipaciones! Le arrollan..., o le silban, que es peor. Y es natural, ¡qué diablo! Quien debía dar la nota dulce y armónica en este desconcierto de malas pasiones, es la mujer; y bien sabes tú qué agallas tiene la \_nuestra\_. Por e

so ya no hay familia  
sino entre las gentes obscuras y de poco más o menos.

--A propósito de hembras denodadas y valerosas: estando yo en Bruselas, \_en comisión del servicio\_, llegó allí Sagrario Miralta. No hacía dos años aún que se había casado. ¡Qué moza, Manolo! ¡Y qué intención... y qué arte!... En ocho días no dejó un flamenco en su sano juicio. Casi hubo que echarla de allí por obra de caridad y cuestión de orden público. No acabó de confesármelo ella; pero me consta que se llevó la palma de sus preferencias un potentado y hermosísimo albanés, con zaragitelles y todo. Iba (no el albanés, sino Sagrario) acompañada de su marido, que volvía de Spá. ¡Cómo estaba el infeliz! Había que cogerle con tenazas. ¿A quién demonios se le ocurre unir a julio con febrero? Ese casamiento no debía valer. Fortuna que Gonzalo parecía entonces bien provisto de correa para llevar en santa calma todo lo que acontecía. ¿Qué es de ellos?

--Sagrario, como decía el otro, \_sigue continuando\_ ; y si me apuras un poco, más hermosa que cuando tú la viste en Bruselas, a pesar de los años que van corridos; y en cuanto a Gonzalo, hace ya larga fecha que tuvo la buena ocurrencia de morirse.

--¡Se murió!...

--Después de inficionar a Archena y de beberse medio Panticosa. Nada le

alcanzó. Pues figúrate lo que será su mujer, viuda, libre, rica y casi jamona, sabiendo lo que era de casada.

--¿Sigue dando juego?... ¿Se crece al castigo, como decís los aficionados?

--¡Horrores, Paco..., verdaderos horrores!

--¿Y su amiga Leticia?

--Viuda también, y tal para cual. Sólo que ésta, con ser tan voraz y antojadiza como la otra, es más discreta y disimulada.

--¿Y de qué murió su marido?

--De un balazo.

--¡Demonio!

--Y por la espalda. Nada más merecido. Estuvo en el fregado del sesenta y seis, la cuartelada de San Gil, con el honrado intento de ganarse el tercer entorchado y la cartera de Guerra...; por de contado, detrás de la cortina, como siempre... y fuera de su casa y bien disfrazado.

Después del fracaso de la intentona, y andando ya O'Donnell barriendo las calles de Madrid a metrallazos, no creyéndose bastante seguro en su escondite, salió en busca de otro, con su disfraz de carbonero; y en este viaje le alcanzó una peladilla y le tendió boca abajo. Por disposición testamentaria, hecha pocos días antes a ruegos de su mujer, hereda ésta su enorme fortuna; y no quiero decirte

qué vida se estará  
dando con ella y con lo mucho que ya tenía propio.  
Pues con ser tanto en  
conjunto, aseguran que no le alcanza, ¡y que se met  
e en cada lío, y  
manipula cada enjuague!... También hay quien dice q  
ue es avara, y que lo  
de los apuros es un pretexto para disculpar los enj  
uagues y los líos,  
que ya son famosos en Madrid. ¡Vaya usted a averigu  
ar lo cierto en ese  
arcano viviente con puntas de Mesalina!

--Leticia y Sagrario, las inseparables amigas, me t  
raen el recuerdo de  
otra amiga de las dos, que me gustaba a mí mucho, p  
or cierto:

Nica Montálvez, la hija del estúpido marqués...

--Reventó de vanidad en un banquete.

--¿Quién? ¿La hija?

--El padre.

--Ya lo sabía yo, con algo más que no me han explic  
ado bien o se me ha  
olvidado. ¿Qué le pasó a la hija?

--Esa es una historia de fondos tan indecentes y cr  
iminales como las  
otras; pero menos antipática por lo que toca a la p  
rotagonista. Esta  
criatura fue de lo más honrado de la clase, dicho s  
ea sin ofensa de  
nadie, y nació para buena, y aun creo que lo habría  
sido, a no caer  
entre un padre tonto y una madre sin educación y si  
n entrañas, y una  
caterva de pillos y de bribones. Era moza de talent  
o y afamada de

insensible con los hombres que la galanteaban. Por lo menos, tenía el buen gusto de reírse de todos ellos sin hacer maldito el caso de ninguno. Sospecho que tú puedes certificar, por la parte que te alcanzó...

--Certificó.

--Hasta que dio con un mozo que le pareció muy otra cosa que todos los demás, y se rompió el hielo. El mozo era Pepe Guzmán. Otra prueba de su buen gusto. Cuando más en punto estaba el idilio, se presentó el traidor de la comedia: un banquero estúpido y feo y más ladrón que Brunelo, con dos avaricias insaciables: la del dinero y la de los blasones. Ambas cosas debían de abundar en casa de Nica Montálvez, sobre todo desde la muerte de su abuelo, un traficante muy listo que dejó al imbécil de su yerno una renta de cincuenta mil duros. El susodicho traidor, que aunque robaba al Estado por el ministerio de Hacienda, no lograba desembrollar la suya, porque lo que es obra del diablo no tiene compostura por ninguna parte, empezando por engolosinar al marqués en los negocios, para tantearle la bolsa (que estaba ya menos repleta de lo que el pícaro creía), acabó por deslumbrar a la marquesa metiéndole por los ojos cada diamante como un puño y cada leontina como un cable, y echando por la boca, a todas horas, espantos de millonadas. En seguida se alió con ella para que le ayudara a conquistar la mano de su hija. Y la conquistó

al cabo, ¡pásmate! Pudo consistir en la fuerza del empuje de los dos aliados, en debilidad o terror de la víctima, o en encogimiento, por cálculo, de Pepe Guzmán... o en las tres cosas juntas; pero la verdad es que el banquero se salió con la suya, aunque un poco \_tarde\_, y aceptando unas condiciones, impuestas por la interesada, de padre y muy señor mío. Se celebró la boda fríamente y sin viaje de novios, y comenzaron las catástrofes. La marquesa, como si sólo lo aguardara a tener por yerno, a don Mauricio Ibáñez, se murió a los pocos días de ser su suegra. Entonces cayó el banquero sobre el caudal hereditario con ansias de buitres en ayunas, y vio y palpó que sólo quedaban ruinas de lo que él había soñado filón inagotable de onzas acuñadas. A todo esto, vivía como un extraño en casa de su mujer, la cual, con una premeditación que delataba el consejo y la ayuda de Guzmán, tomando por pretexto una de las impuestas condiciones y ciertos autógrafos del banquero, testimonios irrecusables de los enredos de éste con una pingona de tres al cuarto, al día siguiente al de la boda, es decir, a la primera y única noche de novios, «ahora--le dijo, con las pruebas del enredillo en la mano--hasta el valle de Josafat. Usted a un extremo de la casa y yo al otro, y como si nunca nos hubiéramos visto». Cuentan que el banquero pudo haber replicado algo muy contundente para la conciencia de Nica; pero, o no lo respondió, o no lo supo, o su mujer hizo muy poco caso de la réplica;

porque el hecho es que la decisión de Nica se cumplió en todas sus partes. Nadie los vio juntos nunca. Cada cual tenía sus negocios y sus horas.

Entre tanto, Pepe Guzmán continuaba siendo amigo de la casa y visitándola de vez en cuando. ¡Y pásmate ahora otra vez!: a los ocho meses de casada, tuvo la hermosa Nica Montálvez una niña como unas perlas. Entonces andaba viajando Guzmán; y se cuenta que al volver a Madrid, teniendo ya la niña cerca de un año, en la primera visita que hizo Pepe a su amiga, le colocó ésta delante de un espejo y puso al lado de su cara la cara de la niña. Asómbrate ahora por tercera vez: las dos caras se parecían como un huevo grande a un huevo chico.

--Si el caso pide asombro, creo yo que el asombrado debió ser Guzmán.

--Pues aseguran que no se asombró cosa maldita.

--¡Y querías que me asombrara yo! Quien debió llegar hasta el éxtasis del asombro fue el padre.... quiero decir, el marido de la madre.

--Ese no podía asombrarse de nada desde que había aceptado las estupendas condiciones matrimoniales que le impuso la novia, y veía pagado el timo que pensó dar en aquella casa, con otro tan morrocotudo que le había dado a él la difunta marquesa. No solamente estaba su caudal mermado en lo más jugoso y medio en quiebra

el resto, sino en  
manos de un administrador que se pasaba de listo y  
de aprovechado. De  
modo que no fueron de gran resistencia los puntales  
que pudo sacar de  
allí el banquero para sostener la balumba de sus tr  
apisonadas de  
agiotista. Por único consuelo se daba como un deses  
perado a la  
borrachera de su segunda ambición, y tenía la coron  
a de marqués hasta en  
los faldones de la camisa; pero el afán de sostener  
este nuevo lustre de  
clase, así como su crédito en la Bolsa, le costaba  
enormes dispendios  
que le hundían en mayores abismos.

Así fue tirando hasta que triunfó la revolución de  
septiembre. Entonces  
sonó, o creyó él oír que sonaba muy recio, la tromp  
eta de su mala fama;  
era cobarde, como todos los de su ralea; Madrid est  
aba sin gobierno y  
con todas las pasiones buenas y malas en mitad del  
arroyo; apoderose de  
él un pánico invencible, y de la noche a la mañana  
se escapó de aquí,  
dejando sus negocios en quiebra y hechos un bardal.

A duras penas logró  
después su mujer salvar del concurso sus bienes dot  
ales y cuanto en  
buena ley podía y debía salvar. Fue a parar a donde  
van todos los  
pícaros gordos que huyen de la justicia de su patri  
a: a los Estados  
Unidos; y allí murió dos años después, de un torozó  
n que le evitó ser  
\_linchado\_, y cuando comenzaba a recoger el fruto d  
e una empresa que  
había fundado en compañía de otros dos estafadores  
a la alta escuela.



--¿De manera que también Nica Montálvez está viuda?

--También viuda y también muy guapa.

--¿Y continúa bajo la protección del amigo Guzmán?

--Protección... algo lejana, sí, porque hay motivos para ello. En esa mujer hay, indudablemente, un fondo honrado y decente; pero al cabo es hembra, hija de su madre y curada por ésta, aunque a la fuerza, de ciertos escrúpulos. Por de pronto, es manirrota para el dinero, y mayores son las ansias que siente de gastarlo, cuanto más negras las dificultades que la pinta Simón, el sempiterno mayordomo de la casa. Al principio andaba por ella Pepe Guzmán anticipándose \_delicadamente\_ a las grandes crisis; pero llegó a parecerle un tanto pesada la \_delicadeza\_, y se dedicó a viajar más a menudo y más largamente que antes. Estas ausencias pusieron a Nica en gravísimos apuros en muy señaladas ocasiones. En Madrid... y en el mundo entero hay quien sabe explotar a maravilla esta clase de conflictos; y la marquesa de Montálvez, que estaba obligada a mirar por el patrimonio de su hija y sabía muy bien cuán cerca estaba de \_cero\_ la temperatura amorosa de Guzmán, no teniendo para qué pararse en barras de menos con amigos y protectores que la habían enseñado a saltar sobre lo más, hizo alguna vez lo que tantas otras mujeres: dejarse explotar por los explotadores de conflictos económicos, lo más \_decorosamente\_ po

sible; quiero decir,  
quitando la odiosidad de lo útil con el pretexto de  
lo \_agradable\_. ¿Me  
comprendes?

--¡Pues digo!... ¿Y estás seguro tú de que sean cie  
rtas esas  
explotaciones... \_decorosas\_?

--Segurísimo; así como de que han sido muy contadas  
.

--¿Dónde está, pues, ese fondo «honrado y decente,  
que la concedías  
antes?

--Donde debe estar. Ponme una santa rodeada de perd  
idas y de bribones;  
persígana la sin tregua ni descanso con ejemplos y so  
fismas; denle el  
veneno hasta en el aire que respire.... y la misma  
santa caerá, cuanto  
más una criatura de la cepa de esa infeliz.

--Concedido... por un momento. ¿Lo sabe Pepe Guzmán  
?

--Lo sabe, y no se extraña de ello... ni debe extra  
ñarse, puesto que él  
la preparó para esas caídas y para otras que lógica  
mente han de  
seguirlas, sin un milagro de Dios. Hasta ahora no e  
s Nica Montálvez, en  
ese particular, una mujer viciosa; pero llegará a s  
erlo, por educación,  
como sus amigas lo son y lo han sido por naturaleza  
. Lo que hace Guzmán  
es alejarse de ella cuanto puede, pero sin perderla  
de vista.

--¿Luego algo le queda todavía en el fondo del cora  
zón?

--Por ella, nada absolutamente; pero le queda, a no  
dudar, por la niña.

--¿De modo que la niña vive aún?

Y es la criatura más angelical, de alma y de cuerpo  
, que pueda haber  
sobre la tierra..., y al mismo tiempo el mejor test  
imonio de que existe  
en su madre ese fondo de honradez en que no te atre  
ves a creer tú. Cómo  
y lo que la marquesa quiere a esa niña; la escrupul  
osidad que pone en su  
incesante cuidado de que no manche sus alitas de án  
gel ni un átomo del  
polvo de las impurezas de aquella casa; de que teng  
a a su madre por la  
más amorosa y honrada de todas las madres, y de que  
no sepa cómo se  
vive en el mundo a que nació destinada, es imposibl  
e que puedas  
imaginártelo. Se necesita tener un alma de oro para  
sentir estas  
delicadezas en medio de tantos vicios... Y basta de  
crónica, amigo Paco,  
que ya me has hecho hablar en una hora mucho más de  
lo que he hablado en  
todo el año. Créete que me he hecho muy avaro de pa  
labras, desde que he  
caído en la cuenta de que no las merecen la mayor p  
arte de los hombres a  
quienes trato. ¡Dichoso tú si piensas todavía de ot  
ro modo!

Diciendo esto, se iba incorporando Casa-Vieja y lev  
antándose de su  
asiento. En seguida pidió su abrigo.

--Ahora...--añadió perezosamente.

--¿A casita?--le interrumpió con socarronería su am

igo.

--A terminar mi ronda, si no te opones. Después...  
el demonio dirá, si  
es que el demonio no tiene a mengua el meterse en n  
uestros fregados.

--Pues yo me quedo para ir a las tres y media al mi  
nisterio de Estado,  
donde me ha dado cita el ministro.

--Hasta la vista, entonces, y bien venido.

--Hasta la vista, Manolo, y bien hallado.

## II

Todos los informes dados por Manolo Casa-Vieja a su  
amigo Paco  
Ballesteros sobre lo ocurrido a los personajes de n  
uestro relato, desde  
que los despedimos en el último capítulo de la prim  
era parte de él, eran  
la pura verdad. En los Apuntes autógrafos que me  
sirven de guía,  
constan también, aunque en otra forma menos interes  
ante, por descolorida  
y difusa; razón por la cual, y por el sabroso adere  
zo que llevan en el  
diálogo de los dos amigos, le he reproducido al pie  
de la letra, con  
preferencia al otro texto, para llenar un requisito  
que había de  
llenarse más temprano o más tarde, y es bien que se  
haya llenado donde  
se llenó, porque esa luz de más tendremos para lleg  
ar más fácilmente a  
donde vamos...

Por de pronto, a casa de nuestra amiga la marquesa de Montálvez, que ya no es la indigesta, doliente y envejecida matrona de antes ni vive en el suntuoso principal de la calle de Alcalá, donde tantas veces penetramos el lector y yo: ahora se trata de su hija, la cual, si ha perdido mucho en frescura con el cambio de vida y el roce de los años, ha ganado otros atractivos no menos poderosos con la vigorosa acentuación de sus formas, que ha modificado su belleza, pero sin destruirla, y vive en la calle del Barquillo, desde la fuga del banquero, en otro principal bastante más barato y más pequeño, o mejor dicho, bastante menos caro y menos grande que el de la calle de Alcalá. No hay dentro de aquél el lujo llamativo y hasta charro que hubo dentro de éste; pero, en cambio, hay mayor elegancia y mejor gusto, sin que falte nada de cuanto debe haber, así en cantidad como en estilo, en la morada de una mujer de los vuelos de nuestra heroína.

La cual ha vuelto a adquirir la expresión risueña, el mirar malicioso y el \_picante\_ gracejo de sus mejores días, señales evidentes de que su espíritu ha recobrado también la serenidad y el vigoroso temple que pasajeras vicisitudes le habían hecho perder; y es la verdad, así como lo es también que esta reconstitución moral irradia sobre el físico de la marquesa ciertas luces de estival hermosura, que justifican bien el elogio que de ella nos hizo Manolo Casa-Vieja; es,

en suma, y como diría un distinguido \_barbián\_ del \_Sport-Club\_, «una gran mujer que comienza a \_ajamonarse\_, pero sin el menor síntoma de embastecerse».

Aunque con menos estruendo que en la calle de Alcalá, vivía en grande en la del Barquillo. \_Se quedaba en casa\_ una vez por semana, y otras dos comían con ella algunos amigos. Más de tarde en tarde, y alternando con las de Sagrario y de Leticia, espléndidas \_soirées\_ en sus salones; turnos en el \_Real\_ y días de moda\_ en otros teatros, como en tiempos de su madre; y viajes de verano, como entonces, aunque con mayor libertad y mejor aprovechado todo; completa y bien adiestrada servidumbre, dos carruajes \_serios\_ (landó y berlina) y uno \_de fantasía\_, con dos troncos de \_media sangre\_; y a este tenor la mesa y el arreo. Un dato que el lector apreciará como mejor le parezca: conserva a su servicio la misma doncella que dormía en el cuarto contiguo a su tocador, en la casa de la calle de Alcalá, aquella noche que se menciona en el último párrafo de la primera parte de esta verídica historia.

En opinión de su mayordomo, tampoco el presupuesto de gastos de la marquesa cabía en el de sus ingresos, aunque los primeros estuvieran reducidos a menos de la mitad de los del tiempo de su padre, porque también habían disminuido los segundos en más de otro tanto; pero o se era o no se era una gran dama de las principalísima

s de la corte, o se vivía o no se vivía a la altura de las demás \_congéneres\_; pues adelante con los gastos, que ni siquiera era de buen tono es o de apurarse por dinero una mujer de su clase y de su estampa. Además, ella no sabía otra cosa. Eso la habían enseñado, en eso había nacido y en eso tenía que morir. Mirar por la hacienda de vez en cuando; sondear sus llagas, y hasta ver por dónde se la puede hincar el diente sin producir otras nuevas ni enconar las antiguas, menos mal, y eso ya lo hacía ella por la cuenta que le tenía; pero reducirse, pero obscurecerse, pero arrumbarse cuando era viuda, cuando era libre, a lo mejor de la vida, cuando su estrella, cuando su sino o el mismo Lucifer encarnado en las gentes que debieron defenderla y ampararla, la habían arrancado del fondo de su alma, con horribles dolores, el sentimiento del bien, la noción de lo justo y de lo honrado, la conciencia entera..., hasta la idea de Dios, ¡qué locura! En último caso, por donde fueran \_otras\_, iría ella; y lo que otras hicieran, lo haría ella también. Todo menos detenerse.

Tal era la conducta, tales eran los pensamientos y tales los propósitos de la mujer mundana (en el mejor sentido del vocablo). Ahora vengan aquí todos los fisiólogos de la tierra, y hasta esos otros señores que han dado de poco acá en la flor de empeñarse en convencernos de que los que matan y los que roban, todos los criminales, en fin, son unos pobres

locos irresponsables ante las leyes divinas y humanas, porque loco es igualmente el vate que crea y canta, y hasta, por la regla, lo soy yo también mientras me entretengo en emborronar estas hojas; vengan aquí, repito, los unos y los otros señores, y díganme, en presencia del \_ejemplar\_ exhibido, cómo pueden en una sola pieza una mujer de su temple y una madre como la que a ver vamos.

Ya nos dijo Manolo Casa-Vieja que era de admirar «cómo y lo que quería» a su hija la marquesa de Montálvez; y era de admirar, en efecto. Desde que la vio en el mundo, desde que la tuvo en sus brazos, su primer pensamiento fue el que asaltaría a un infeliz menesteroso metido hasta la cintura en una charca infecta, y a quien le cayera de pronto entre las manos el pan de toda su vida, en un tesoro envuelto en armiños: «Señor, ¿en dónde pondré yo esto para que ni se corrompa ni se manche?» Ese fue el pensamiento de la marquesa entonces, y ese continuó siendo después a todas horas y todos los días; porque la charca de sus aprensiones no tenía límites, y más se ensanchaba a sus ojos cuanto más andaba por ella y más iba creciendo su hija. ¿Dónde ponerla para que no se la corrompieran o se la mancharan? Y miraba con espanto a su propio hogar, que le parecía lo más cenagoso y lo más profundo de la charca; y todo se le ocurría, menos el fácil recurso de cerrar sus puertas a la peste de afuera, purificarse ella misma arrojando de su cerebro la



podredumbre de sus ideas y trocarlas por otras más dignas de aquel purísimo sentimiento que la naturaleza había infundida en su corazón.

Y este es el fenómeno que yo sometería al examen de los susodichos señores, tan dados a compaginar contrasentidos y de sembrar monstruosidades.

En cuanto la niña comenzó a dar claras señales de que ya alboreaba en los limbos de su cabecita la luz de la inteligencia, su misma madre, trayendo a la memoria lo que casi tenía olvidado por desuso, o adquiriéndolo con prolijos afanes donde lo había, la enseñaba a rezar las primeras oraciones que balbuce la infancia en los crepúsculos del sueño, iluminada la mente candorosa con la visión placida y celeste de la Virgen Purísima y del Ángel de la Guarda. No fiándose de nadie, y mucho menos de su doncella, a costa de imponderables indagaciones y pesquisas adquirió una niñera por el estilo de la que ella había tenido, y a esta niñera encomendó el cuidado incesante de su hija. Ambas habían de vivir en casa, apartadas de todo trato y comercio con la servidumbre de ella, y de todo roce con el ceremonial mundano que en ella se seguía. Y es de advertir que cuando de tarde en tarde visitaba Pepe Guzmán a la marquesa, lejos de tachar por extremado aquel celo de la madre, se le estimulaba con preguntas y advertencias que no suelen hacer los hombres corridos, por el bien del primer rapazuelo con quie

n topan. También se preocupaba mucho el despreocupado galán con los lod azales y las charcas.

--Es cosa peregrina--le dijo la marquesa en una de estas ocasiones--ver al lobo pidiendo que se encierren las ovejas.

--Pues ya ves que se dan casos--respondió Guzmán.

--Sí, en casos de hartura..., como el de un lobo que yo conozco.

--Lo cual no es exacto.... y bien lo sabes tú.

--Séalo o no, siempre será para mí muy de lamentar que no le tocara a la madre tan buen consejero como el que le ha caído en suerte a la hija.

--Pues mira, y a propósito de buenos consejos: no dejes de sacarla de aquí en cuanto tenga edad para ello. Tienes la casa demasiado llena de lobos..., empezando por ti, para que pueda vivir en ella sin dar con alguno esa inocente corderilla. Créeme: estos aires no son los mejores para hacer sangre honrada a los niños.

--¡Ah, si yo pudiera hacer correr los años a mi gusto!

--Pero en tu mano está purificar los aires, que es lo mismo.

--¡Tunante!

--¿Por qué me lo llamas?

--Porque lo eres..., con algo más que no quiero llamarte ahora, porque

te lo está llamando la conciencia con mejor derecho  
.

--¡Injusta! Y ahora, en castigo de tus durezas, mán  
dala venir para que  
yo la dé un beso.

--¿De lobo?

--Corriente; pero con el corazón entre los labios.

--¡Que no pudiera acabar yo de aborrecerte!

Y vino la niña. Luz se llamaba, y jamás hubo nombre  
mejor colocado. Todo  
era luz en aquella criatura: un rayo de sol de prim  
avera sobre un vaso  
de cristal lleno de rosas y azucenas; luz de las gl  
orias de Murillo,  
hinchidas de ángeles con cabelleras de oro y blanca  
s alitas  
transparentes; luz irradiaban sus ojos azules; luz  
sus mejillas  
nacaradas; luz sus rizadas guedejas rubias; luz los  
húmedos corales de  
sus labios sonrientes; luz las mutiladas palabras d  
e su fresca boca; luz  
el argentino timbre de su voz infantil; y una aureo  
la de luz del  
amanecer de un día de mayo era la indescriptible ex  
presión de angélica  
inocencia, de dulce ingenuidad que resultaba del co  
njunto de todas las  
perfecciones de aquella cabeza, colocada sobre un c  
uerpecito que parecía  
delineado por las hadas de los cuentos orientales.

Guzmán se quedó extático delante de la hermosa cria  
tura: devorábala con  
los ojos como si no se atreviera a tocarla. Al fin,  
la tomó en sus  
brazos; separó después los dorados rizos que caían

sobre su frente, y  
estampó en ella un beso en que debió tomar el coraz  
ón mayor parte que  
los labios, por lo que fue de sonoro, de \_apretado\_  
... y de repetido.  
Después pidió a Luz que le besara a él; y Luz, busc  
ando lo más despejado  
de barbas en la mejilla más cercana a su boca, besó  
allí una, dos y  
hasta tres veces, y hasta mil hubiera besado sin sa  
tisfacer todavía el  
deseo del cortesano Guzmán, que más que de ello ten  
ía entonces, por su  
cara dulzona y zarandeando la niña en el aire, de p  
adrazo ramplón del  
vulgo pedestre. Por último, lejos de soltar a Luz,  
corrió a ponerse con  
ella delante de un espejo. La marquesa, que sin dec  
ir una palabra,  
aunque expresando un libro entero con los ojos, hab  
ía estado muy atenta  
a la escena de los besos, en cuanto vio lo que esta  
ba haciendo Guzmán,  
le quitó la niña de sus brazos; llamó a la niñera y  
se la entregó para  
que la sacara de allí. Tanto miedo tenía a una impr  
udencia de su amigo.

Cuando estuvo a solas con él, le dijo:

--De lo que tú buscabas en el espejo, va quedando y  
a muy poco, y me  
alegro.

--Te equivocas también en eso: queda todo lo que ca  
be entre lo divino y  
lo humano, entre el cielo y la tierra. ¡Qué criatur  
a, Nica! Dios debe de  
habértela dado, o para tu gloria, o para tu castigo  
. Cuida de elegir a  
tiempo y lo mejor.

--¡Miren el diablo metido a fraile!

--Hasta en el diablo cabe un buen consejo.

--¡Pregúntamelo a mí, consejero diabólico! Pero cuando a mí me tuesten por ese pecado, ¿qué será de tu pellejo?

--Dime tú, entre tanto, ¿por qué te alegrabas de que fuera borrándose aquella supuesta \_semejanza\_?

--Porque en cuanto desaparezca del todo, me será más fácil aborrecerte.

--Y ¿por qué deseas aborrecerme?

--Porque es de necesidad que yo te aborrezca.

--No será por el estorbo que te hago.

--Pero sobra con el daño que me has hecho.

--Es mayor el beneficio que me debes, si sabes utilizarle. Con que, en buena justicia, no puedes aborrecerme, aunque llegues a olvidarme.

--¡Eso sí que no es tan fácil, embustero, como lo ha sido para ti!

--¡Ojalá tuvieras razón!

--Pero no será el milagro obra mía.

--Y en este ejemplo, ¿qué más da el tronco que la rama? Todo es árbol.

No solían profundizar mucho más que esto las breves conversaciones entre la marquesa y Guzmán, en las pocas visitas que éste la hacía. Jamás le

había dirigido ella un cargo serio y formal, con tantos motivos como tenía para hacérsele, ni él la había dado las menores señales de estar arrepentido, ni de creerse culpable siquiera: al principio, por entereza y altivez de la una, y por malicias y conveniencias del otro; después, porque caídas las cosas del lado a que se habían inclinado entonces, ¡y caídas tan abajo!, el uno y la otra tenían grandes motivos para no volver los ojos hacia atrás, y frescura sobrada para tratar el caso medio en broma, cuando el caso llegaba por si sólo a clavárseles en la lengua.

Es muy difícil de presumir qué conducta hubiera seguido Guzmán con la marquesa si, al verse ésta viuda y libre, se hubiera contenido en los límites que parecían trazarle sus honrados antecedentes, aquel amor nobilísimo y extremado que sentía por su hija, y el sentimiento que la movía a defenderla de la peste de su propia casa. Pero está fuera de duda que sus desatinados vuelos por el ancho espacio de su recién adquirida libertad, y aquellas «muy contadas», pero nuevas fragilidades de que hablaba Casa-Vieja a su amigo Ballesteros, desencantaron de tal modo a Guzmán, que sin el vínculo (también mencionado por el displicente orador del \_Sport-Club\_) que le dejaba ligado por el corazón a la marquesa, hubiera llegado muy pronto hasta olvidarse de ella.

Por eso se trataban en la \_tessitura\_ que hemos vis

to. Quizás quedaba en ella mayor cantidad de chispas de aquel \_fuego sacro\_ de otros tiempos, que en él, en quien sólo había un puñado de cenizas calientes; pero en los dos era el mismo el propósito de no intimar gran cosa en el trato, no solamente porque así convenía a los fines pudibundos de la madre en cuanto se relacionaba con la hija, sino por recíproco impulso de las respectivas conciencias, a cual más remordida y desencantada. Guzmán iba allí a lo que hemos visto, y nada más; y eso porque sentía en su alma cierto extraño apetito que no se calmaba sino con aquel sencillo manjar, que él pagaba, no siéndole permitidos mayores lujos, con los más caros y caprichosos juguetes que hallaba en Madrid o en cualquiera parte del mundo por donde anduviera.

Tomando pretexto del ardiente amor de la marquesa a su hija, solía en ocasión oportuna extender sus discretas advertencias al capítulo de los gastos ruinosos.

--Eres una manirrota--la decía--, como toda tu casta, y vas a dejar a tu hija en la miseria, después de quererla tanto, o te falta juicio, o te sobra amor. Elige.

--Me falta juicio--respondió la marquesa.

--Pues recóbrale.

--Que me le devuelva quien me enseñó a perderle. No te canses en predicarme, porque por donde quiera que tomes el pu

nto, estás  
desautorizado para ello.

--Déjate de cuchufletas, y atente a lo que te importa. El gastar más de lo que se tiene, obliga a malvender lo que queda... , y algo más que no se recobra con nada. Yo no tengo derecho para aconsejarte que te pongas a ración, porque de lo tuyo gastas; pero sí para recomendarte que no te dejes robar de usureros y de cómplices suyos, que quizá comen de tu pan. Esto se consigue siempre que se quiere.

Respondía ella que todo se arreglaría del mejor modo posible; y con otra cuchufleta, más o menos punzante para su amigo, daba por terminada su conversación con él.

--Entretanto, iba creciendo la niña, y con ello los sobresaltos de la madre; porque, a mayor inteligencia, correspondían mayores riesgos en aquel semillero de peligros. A Sagrario y a Leticia las temía de lumbre; y cada vez que una de ellas sentaba a Luz sobre sus rodillas para besarla, resonaban los besos en sus oídos como el chapoteo de las ondas cenagosas, y hasta veía la tersa y pura frente de la niña salpicada del fango de la charca.

Cuando Luz llegó a tener siete años, su madre no pudo esperar más. ¡Eran tan precoces la inteligencia y el juicio en aquella criatura! Había que decidirse a sacarla de casa. ¿A dónde? Bien pensado lo tenía ella. A un colegio..., que no fuera colegio precisamente, dond



e se la guardaran,  
por de pronto, durante el día, y la enseñaran lo que  
ella dispusiera,  
más por entretenimiento que por cultivo; donde halla  
ra un cariño y unos  
cuidados y unas compañías que sustituyeran, en todo  
lo posible, el amor  
y el amparo de su madre, y, sobre todo, donde no co  
rriera los riesgos  
que la amenazaban en su propio hogar.

Pero ¿querría la niña? ¿Podría, aunque quisiera, ac  
limatarse a aquel  
extraño modo de vivir?

Por de pronto, quiso, sin revelar esfuerzos de volu  
ntad ni violencias  
del espíritu; y buscando entonces su madre con pers  
everancia, halló  
cuanto creía necesitar, y bien cerca de su casa. Pa  
recíale que se  
quedaba sin corazón cuando llegó la hora de salir d  
e ella con su hija,  
por más que sólo debían estar separadas, por algún  
tiempo, durante el  
día; pero no era esto lo que la apenaba, sino la id  
ea de lo extraño, de  
lo desconocido para la pobre Luz, que jamás había v  
olado fuera del nido  
materno sin la sombra y el amparo de las alas de su  
madre. Y ¿qué valía  
este sacrificio comparado con los que tendría que h  
acer después?  
¡Adelante, y con los ojos cerrados, que para otras  
empresas mayores y  
más negras los había cerrado también!

Todo cuanto tenía que prevenir y encarecer sobre el  
carácter y  
necesidades de la educanda, se lo había prevenido y  
encarecido ya cien  
veces a la señora bajo cuya dirección, amparo y vig

ilancia iba a ponerse

Luz. Pues todavía, después de entregársela, la llamó aparte para decirla una vez más:

--No me la atosiguen, no la atareen demasiado. Pocos libros, poca gramática por ahora..., es mejor el Catecismo, pero bien explicado..., hasta que conozca a Dios, al verdadero Dios, al Dios de los pobres; al Dios que los riñe, los castiga y los premia según sus leyes inmortales, que no se mudan ni se corrompen como las leyes del Dios de ciertos personajes. Que no sepa aquí en qué mundo ha nacido, ni cómo es ese mundo, ni qué vida hacen las gentes en él. Búsquenla para amigas y compañeras las niñas más humildes de nacimiento y de carácter; no para que ella se crezca a su lado, sino para que sufra el contagio de sus pensamientos y de sus obras, hasta que las imite y las iguale. Todo lo demás lo hará ella por sí sola, porque es incapaz de obra mala ni de torpe pensamiento... Pero puede morirse... ¡Dios misericordioso, lo que me duele hasta suponerlo!..., o, cuando menos, puede enfermar, si su naturaleza de ángel no encuentra aquí lo que necesita para vivir risueña... Pues bien: el jugo, el rocío de esa azucena, es el amor, el cariño siquiera. ¡Que no le falte un solo momento!

Y cariño y amor tuvo Luz en aquella casa, y vida tan acomodada a sus inclinaciones, y amistades y compañías tan de su gusto, perfectamente ajustado a los deseos de la marquesa, que, mucho an

tes de lo que ésta pensaba, logró que se quedara en el colegio como educanda interna. Ella la visitaba casi todos los días, y eran muy contados los en que la sacaba para comer en casa, pero solas las dos a la mesa.

Cuando Luz vivía a su lado, tenía que llevarla consigo en sus viajes de veraneo, por no saber dónde dejarla más segura. Pero esta atadura cortaba sus vuelos de peregrina elegante, y dejaba su paladar de cortesana a media miel. Ahora sería muy distinto el caso. Con el seguro refugio de su hija, era ella más libre para ese y otros menesteres de su vida; y mañana, cuando Luz necesitara otro refugio más lejano y por largo tiempo, lo sería más aún.

Apunto estas reflexiones, porque son las primeras que la marquesa se hizo en cuanto dejó de padecer con el recelo de que su hija no llegara a aclimatarse a la vida de colegiala. Cótéjense estos pensamientos de madre cariñosa con aquellos otros de mujer desjuiciada; considérese que son dos eslabones gemelos de una misma cadena de ideas, y vuelvan a venir aquí los fisiólogos de marras para apuntar este nuevo fenómeno en su libro de curiosidades psicológicas.

Y como lo pensó lo hizo la marquesa durante los tres años, bien corridos, que pasó su hija en aquel colegio de Madrid. Recorrió medio mundo, sin más trabas ni cortapisas que las instintivas repugnancias de

su naturaleza, que no era del temple de la de Sagra  
rio.

En sus últimas excursiones a Francia había buscado  
mucho, y hallado al  
fin, en una de sus ciudades, más nombradas, otro re  
fugio donde guardar  
su tesoro por largo tiempo, cuando le sacara del es  
condite de Madrid.

Esta ocasión se iba acercando por instantes. Luz ha  
bía cumplido ya los  
diez años, y necesitaba completar su educación... y  
alejarse mucho de su  
casa, hasta que, determinado y bien definido su car  
ácter, y en completo  
desarrollo su inteligencia, cultivada en sano terre  
no, hallara en sí  
misma la posible fortaleza para luchar contra el en  
emigo que la  
aguardaba en el mundo de su madre. Porque ésta, lej  
os de curarse de sus  
aprensiones, cada día las agrandaba en su imaginaci  
ón. En Luz, por raro  
y singular capricho de la naturaleza, se iban desen  
volviendo a un mismo  
tiempo las bellezas del cuerpo y las del alma: todo  
crecía en ella con  
prodigioso equilibrio, sin descomponerse ni desfigu  
rarse. La marquesa  
no podía considerarlo sin admiración, pero tampoco  
sin miedo. ¿Hasta  
dónde podía llegar aquella criatura? ¡Qué flor, y e  
n qué terreno!

Acordada hasta la fecha del viaje con la niña a Fra  
ncia, la marquesa,  
por una sucesión de pensamientos muy lógica, volvió  
su consideración al  
estado de su hacienda. Había que resolverse a mirar  
por ella con mayor  
detenimiento que hasta allí. Las advertencias de Gu

zmán sobre este caso  
le parecían muy atendibles. Hablaría con él y se ac  
omodaría a sus  
dictámenes.

Llegada muy pronto esta ocasión, Guzmán insistió en  
que el mayordomo  
sempiterno era la mayor sanguijuela que había en ca  
sa.

--¿Cómo se explican entonces sus resistencias a pro  
porcionarme  
\_extraordinarios\_ cuando se los pido?

--Creyendo que esas resistencias son la capa con qu  
e se encubre para  
hacer su juego a mansalva. Ponderando mucho las dif  
icultades, se  
justifican las innecesarias hipotecas, que han sido  
vuestra ruina y la  
de todos los perdularios. Para obtener cuatro en el  
momento, se hipoteca  
una cosa que vale doce o diez y seis. Llega el venc  
imiento; no hay con  
qué pagar lo prestado (lo cual sucede siempre que q  
uieren los  
mayordomos, con la disculpa de los dispendios de su  
s señores), y se  
vende la hipoteca al desbarate. Esto es lo que se b  
uscaba. Ya tiene el  
prestamista una finquita que vale doce o diez y sei  
s, por poco más de  
cuatro; la cual finquita se distribuye después, en  
partes  
proporcionales, entre el que preparó el negocio y e  
l que le \_remató\_;  
es decir, entre el mayordomo y el usurero...; más c  
laro: entre Simón y  
su cómplice.

--Pero se le descubriera el juego hecho así, por la  
prenda misma.

--No hay tal. Simón tomará su parte en dinero, para invertirlo en lo que mejor le parezca... Por eso es hoy más rico que tú.

--Pero un ladrón, si eso fuera cierto.

--¡Psch!; no sé yo hasta qué punto \_obliga\_ a serlo la ocasión en que se le está poniendo en esta casa tantos Años hace. Sea lo que fuere, y ya que no te resignas a no gastar más que tus rentas, ni te sea fácil desprenderte por ahora de ese hombre, a cuya mano estás hecha, es indispensable, ante todo, que sepas lo que tienes y lo que debes; y después, que cuando necesites dinero, te le dé un prestamista honrado, entendiéndote con él directamente y con la garantía de tu crédito.

--¿Y hay prestamistas honrados?

--Pocos, y yo conozco uno de ellos.

--Pues venga ese.

Guzmán sacó de su cartera una tarjeta; escribió con lápiz al respaldo de ella el nombre y las señas del domicilio del sujeto, y se la entregó a su amiga, diciéndola:

--Ahí está.

La marquesa leyó: «Don Santiago Núñez. Imperial, 15, 2º, derecha».  
Después dijo a su amigo:

--Está bien. Pues ahora voy a comenzar... por el pr

incipio. Las cosas, o  
hacerlas bien, o no hacerlas.

Y mandó llamar a Simón.

Se marchó Guzmán, y entró a muy poco rato el mayordomo.

### III

Así estaban las cosas, con un pasito más que luego  
conoceremos, al  
invitar yo en los comienzos del capítulo precedente  
al lector amable y  
pío, a que me acompañara al nuevo domicilio de la m  
arquesa de Montálvez.  
Reprodúzcole aquí la invitación; y puesto que no la  
desaira, vamos  
adentro con todas las cortesías y comedimientos del  
caso.

Hela aquí, bien iluminada por la luz directa de la  
calle, aunque  
templada por la interposición de vidrieras y cortin  
ajes entreabiertos,  
en el instante de atravesar el saloncillo que separ  
a su gabinete de la  
elegante pieza que le sirve de despacho. A ver si h  
ay castellana de  
leyenda que mejor arrastre la fimbria de su vestido  
; ni que con más  
lindo ni mejor calzado pie hunda más gallardamente  
el espeso vellón de  
una alfombra; ni cuerpo en que mejor caiga una bata  
de paño de seda gris  
con encajes de Bruselas; ni curvas de más valiente  
trazo para lucir las  
hechuras de una prenda semejante; ni cabeza más air

osa sobre cuello  
mejor colocado.

El despacho era una monada, por lo pequeño y lo primoroso. Parecía el interior del estuche de una joya. Oro, blanco, rosa y azul. No había más colores allí. Azul y oro, en el tapizado de las paredes; oro y blanco, en los muebles de menuda talla, estilo Luis XVI, y rosa, blanco y azul, en alfombras y colgaduras.

En la penumbra del cortinón medio recogido de la puerta de escape hacia el interior de la casa, aguardaba una persona, a la cual mandó entrar la marquesa un momento después de sentarse en el precioso sillón de su mesa de escribir. La persona que aguardaba en la penumbra del cortinón, manoseando suavemente un rollo de papeles, era Simón, que no se dobló en dos mitades al acercarse a su señora, como se doblaba al ponerse delante del difunto marqués, ni se notaron en su cara ni en su voz los reflejos y las inflexiones de entonces. Los tiempos habían cambiado y las circunstancias también; y lo que halagaba mucho ciertas debilidades del padre, no lo aceptaba, por instintivas resistencias, la hija. Simón lo sabía sin que nadie se lo hubiera dicho, y lo había tomado muy en cuenta para ajustar su conducta a los nuevos gustos. En lo demás, el mayordomo, fuera de las canas que habían acabado de blanquearle la cabeza, y cierto sello de contrariedad mal disimulada que se pintaba en su fisonomía, era el hombre de siempre, hasta con l



a misma ropa.

--La señora marquesa--dijo con voz segura, pero mansa y reverentemente,  
cuando se le autorizó para hablar--está servida en el encargo que se dignó encomendarme antes de ayer.

En esto, desarrollaba los papeles que traía en la mano, y volvía a arrollarlos en sentido inverso para que \_perdieran el vicio\_: eran unos cuantos pliegos en folio, metidos bajo una carpeta bien rotulada. En seguida puso el cuadernillo en manos de su señora.

--¿Está aquí todo lo que yo he pedido?--preguntó la marquesa volviendo la primera hoja.

--Todo--respondió el mayordomo, inclinando el busto sobre el papel y apuntando a la página con la diestra, medio extendido el brazo, siempre a cierta distancia respetuosa--. En el primer pliego hallará la señora marquesa la lista de todas las propiedades y valores de su pertenencia. (La marquesa volvió otra hoja.) En el segundo papel consta, por separado, cuáles de esas propiedades están libres y cuáles no, y qué gravamen pesa sobre cada una de las que no lo están. (Otra hoja vuelta por la señora.) En el tercer pliego verá la señora marquesa un estado comprensivo de la situación actual de los bienes libres, en producto, con algunas observaciones para la debida inteligencia. (Nueva hoja vuelta por la marquesa.) En el folio siguiente está bien especificado, y

partida por partida, el número de cargas que pesan sobre los bienes hipotecados, su importe anual y vencimiento de la correspondiente hipoteca. (La marquesa volvió el quinto folio.) Y, por último, en la hoja restante, una sencilla comparación de lo que se debe, con los productos líquidos de lo que hay; y al pie, la diferencia a favor de la señora marquesa. Ajustándome a su expreso mandato, lo he puesto así, cosa por cosa y en papel separado cada una. Me alegraré de haber acertado.

--En efecto--dijo la marquesa--, está todo como yo lo mandé. Puede ocurrir hacer uso de algo de ello, y no hay necesidad de que nadie se entere de lo restante...¿qué tiene que ver! En substancia, y sin meterme ahora a sondar estas llagas de mi hacienda, que ya se hará también, resulta de este triste expediente que mis rentas hoy, reales y efectivas, no pasan de... doscientos sesenta...

--De trece mil duros mal contados--interrumpió Simón, sabiendo que el duro era la unidad monetaria que usaba la marquesa en sus cálculos y \_libramientos\_.

--¿Y con esta miseria hay que vivir y recobrar lo hipotecado, si no me resigno a perderlo?

--Es seguro, por triste que parezca.

--¡Bien se ha robado en esta casa, Simón, desde la muerte de mi pobre

abuelo!

Simón aguantó esta acometida al pecho, con la imperturbabilidad de un soldado ruso; y como si el golpe nada tuviera que ver con él, dijo a su señora compungiendo bastante la voz:

--¡Cuántas veces previne al difunto señor marqués y a la también ya difunta señora marquesa, que cierto sistema de gastos llevaba los caudales a las manos de los usureros, y que caer en estas manos era punto menos que caer en una lumbre!... Después, quisiera yo que recordara la señora lo que costó la irremediable desgracia de su igualmente finado esposo: allí quedó mucho entre los escombros, y casi otro tanto en poder de la justicia, que no deja de ser fuerte de manos para agarrarse al dinero. También espero de la señora marquesa el favor de no haber olvidado algunas indicaciones que oportunamente me he atrevido a hacerla, en cumplimiento de mi honrado deber... De modo, y salvo el merecido respeto, que a este caudal todos han sido a rozarle (valga la comparación, si no ofende) y nadie a reponerle; y así, como sabe muy bien la señora marquesa, hasta las peñas se acaban.

La marquesa miraba de hito en hito a Simón mientras éste iba hablando; pero en Simón caían aquellas miradas, que no eran de miel, como chispas de pedernal en un montón de nieve. En seguida le dijo:

--Insisto en que se ha robado mucho en esta casa; mucho más de lo que se ha gastado en ella..., y hasta sé cómo se ha robado ...

--Perdone la señora marquesa que, como administrador...

--El administrador, para cumplir con su deber, no ha hecho bastante con administrar... a su modo, sino que ha debido impedir que otros roben a sus amos..., a los que le daban de comer..., a los que le han hecho rico..., más rico que yo.

--¡Señora!...

--Lo dicho, señor administrador..., y dejemos aquí este punto escabroso, por ahora; que, entre los dos, no es a mí a quien más conviene que no pase adelante la porfía.

--Siempre acatando humildemente los mandatos de mis señores y dueños; pero, salvo el respetable parecer de la señora marquesa, quisiera yo..., me atrevería yo, mejor dicho, a suplicarla que se dignara tener en cuenta que cuando a un hombre, ya encanecido, le abonan treinta y ocho años, bien largos, de incesantes, aunque modestos servicios en una sola casa como me abonan a mí, se puede disculpar..., creo que es de necesidad y de justicia, que este hombre se muestre lastimado de cualquier expresión...

--¿Le han dolido a usted algunas de las mías?

--Si la señora marquesa me lo permite, le responderé que sí.

--Pues me alegro; y si el dolor es tal que no puede resistirle sin el remedio que pretende y yo no le he de proporcionar, queda usted libre, desde este instante, de ponerse en situación más independiente y segura. ¿Me comprende usted?

--Paréceme que he penetrado la idea; y por lo mismo, quiero decir, por el alcance que tiene, me atrevo a recelar que es la señora marquesa la que no me ha comprendido a mí... No quise llegar tan allá...

--Pues como si hubiera querido, o para cuando llegué..., y sin llegar, valga lo dicho, téngalo en cuenta y acabemos.

--Ordene la señora marquesa..., menos que se despoje a este viejo edificio de sus hiedras.

--¡También sentimental y culto! Pues me gusta la imagen, vea usted; aunque yo quizás la hubiera presentado al revés, por parecerme así más verdadera... Abreviando, señor administrador: lo que ordeno es que desde mañana, desde hoy mismo, no ha de haber en mi casa otro dueño de mi hacienda que yo. Usted continuará administrándola como hasta aquí, pero nada más que administrándola. ¿Comprende usted lo que esto quiere decir? Las cuentas, bien justificadas, cada tres meses; y para lo restante, quiero decir, para lo imprevisto, para lo extraordinario que pueda

ocurrir, yo sola y como mejor me parezca.

--¡Oh!, si treinta años hace se hubiera tomado en esta casa tan sabia determinación, ¡qué ahorro de sinsabores para el leal administrador!

--¡Y qué ahorros para mí!... Pero ya no tiene remedio, y más vale tarde que nunca. A otra cosa. ¿Qué dinero tiene usted disponible?

--¿Para cuándo?

--Para dentro de seis u ocho días.

--Lo más indispensable para los gastos ordinarios de la señora marquesa..., si alcanza.

--Está bien. ¿Queda usted enterado de todo cuanto le he advertido?

--Perfectamente, señora marquesa.

--Pues hemos concluido.

Y con esto y un ademán muy expresivo, hizo entender al \_sensible\_ mayordomo que estaba de más allí. El cual mayordomo salió del despacho por la puerta de escape, casi andando hacia atrás, y sin que a la vista más sutil le fuera posible leer en su cara enjuta la impresión que le habían causado más adentro las palabras Y la determinación de su ama y señora.

Ésta, en cuanto se quedó sola, escribió una carta en un papel muy majó, muy recortadito en forma apaisada, muy perfumado y

con la  
correspondiente corona por membrete; la metió en un  
sobre por el estilo,  
cerrole y copió en él lo mismo que había escrito co  
n lápiz Pepe Guzmán  
dos días antes al dorso de su tarjeta. Llamó y acud  
ió en seguida un  
criadito muy guapo y muy bien embutido en su media  
librea. Le entregó la  
carta y le dijo:

--Inmediatamente... y que aguardo la respuesta.

Que tardó una hora larga en llegar; porque el señor  
don Santiago Núñez  
estaba con un ataque reumático hacía una semana, y,  
aunque ya se  
levantaba, no podía salir a la calle: gracias que a  
rrastrando,  
arrastrando, lograba llegar desde el dormitorio a s  
u despacho. La  
rodilla, la pícara rodilla derecha, que no acababa  
de jugar los goznes  
como la otra, tenía toda la culpa. Pero si la señor  
a marquesa tenía  
algún asunto apremiante que tratar con él, allí le  
encontraría a su  
disposición, a todas las horas del día y de la noch  
e, la persona a quien  
la misma señora marquesa tuviera la dignación de en  
comendar el  
encargo..., porque él se creería muy honrado y sati  
sfecho en servir a la  
señora marquesa, que tan recomendada le había sido  
por el señor de  
Guzmán... Y todo esto y todo aquello y algo más, se  
creyó obligado don  
Santiago Núñez a decírselo a la señora marquesa, y  
se lo dijo en una  
carta escrita a pulso y con reglero..., porque «a t  
odo señor, todo  
honor».

Y la marquesa, aunque algo contrariada por la noticia, sin apurarse gran cosa por la dificultad, arrojó la carta sobre el escritorio; volvió a llamar, acudió el mismo criadito de antes, y le dijo levantándose:

--La berlina en seguida.

Mientras se la preparaban, volvió a su gabinete y llamó a su doncella para que la vistiera para salir.

#### IV

El era nativo de la provincia de Burgos, no se sabe a ciencia cierta si de Huermeacos o de Castrojeriz, duda que importa bien poco en esta historia que vamos relatando; no tenía su padre, el labrador honrado a carta cabal, muchos bienes, y sólo pudo darle larga escuela en la mejor del pueblo, y una tintura de segundas letras por mano de un clérigo que no sabía mucho más. El chico no era un lince, pero tampoco lo contrario; y como no pecaba de robusto, y lo aprendido hasta allí era demasiado para un labrador y muy poco para buscarse la vida con ello, se adoptó en consejo de familia un término prudente entre los dos extremos, contando con la natural condición placentera y bondadosa del muchacho y con algunas buenas amistades de su padre. En fin, que se logró colocarle de



mozo de mostrador en una droguería de Madrid, con poco sueldo por entonces, pero bien hospedado y mantenido en la propia casa de su dueño.

Allí, con su buen carácter, mucha paciencia y grande aplicación, fue haciéndose lugar y acrecentando su peculio, gastando o menos según iba ganando más; hasta que a los quince años de droguero y a los veintiocho de edad, creyéndose bastante rico y por otros motivos que se sabrán, su amo le cedió la droguería con unas condiciones que, sin dejar de ser buenas para el cedente, eran un filón de plata para el ahorrativo e inteligente castellano.

Entonces fue cuando éste se casó con Ramona Pacheco. Nada mejor acordado ni más merecido. Era como la cosecha sazónada de una larga labor de honrados pensamientos. Ramona Pacheco era una sobrina lejana que su principal había recogido huérfana y casi niña, y hebra bien singular ciertamente. No era fea, y lo parecía; era más joven que Santiago, el droguerillo, y representaba diez años más que él; estaba bien metida en carnes, y aparentaba lo contrario; tenía excelente corazón y el alma en su correspondiente almarío, y parecía una estatua de pedernal. Y todo consistía en que era de una rigidez, de una tenacidad de pensamientos y propósitos, y de una casta de moral tan extremadas y enteras, que la iban llevando poco a poco toda la vida \_hacia adentro\_; y allí la guardaba como el avaro su tesoro, y, también como e

l avaro, sospechaba  
de todo lo que en torno suyo se movía. Por eso su c  
ara, más que reflejo  
de lo mucho y excelente que había detrás de ella, e  
ra simplemente una  
losa puesta de intento allí para taparlo, con dos a  
metralladoras por  
ojos para defenderlo, y una boca que sólo se abría  
para dar el abasto de  
la metralla de los ojos. Y éstos eran negros y bien  
rasgados, y la boca  
muy bonita.

Ocurría, además, que Ramona tenía una afición deses  
perada a hacer media,  
y sólo haciendo media se entretenía, en cuanto no q  
uedaba en la casa un  
suelo que bruñir, ni un átomo de polvo sobre un mue  
ble, ni un trasto  
fuera de su sitio, ni un descosido sin coser, ni co  
sa alguna que  
trajinar, para los cuales menesteres era una pólvor  
a por la actividad y  
un asombro por la limpieza. En estas ocasiones era  
algo más expresiva de  
palabra y de gesto; pero con los muebles y las ropa  
s y los cachivaches  
de la cocina, porque no quedaban a su gusto, o porq  
ue se lucía en algo  
de ello su trabajo, o pensando en la criada, o en e  
l amo, o en \_el  
otro\_, que, a su juicio, rompían o manchaban. Para  
hacer media se  
sentaba junto a las cortinillas de las vidrieras de  
l balcón, en una  
silla baja, tiesa, muy tiesa, y con la mirada fija  
en el tejemaneje de  
las manos, que parecían un argadillo. Así se pasaba  
horas enteras, si no  
tenía otra cosa más precisa en que ocuparse. Que la  
hablaran entonces,  
que la preguntaran por algo que estuviera cerca de

ella; que entrara o  
que saliera alguien: una mirada rápida hacia el objeto o hacia la  
persona, y vuelta a clavarla en el incesante moverse de las agujas, y lo  
menos posible de palabras para responder.

Es indudable que este hábito de trabajar así, de abstraerse en la  
contemplación de su obra, de mirarla incesantemente, con la cabeza  
erguida y los ojos bajos, acentuó en gran manera la natural rigidez de  
su continente.

Era preciso vivir mucho tiempo a su lado para convencerse de que no era  
fea ni mala ni insoportable; y averiguado esto, se iba cayendo poco a  
poco en la cuenta de que era todo lo contrario, y hasta una alhaja para  
mujer de un marido de pocas necesidades intelectuales y mucho apego a la  
vida honrada y laboriosa de puertas adentro. Y esto le pasó a Santiago  
cuando ya le cabían en la mollera pensamientos de cierto linaje. El  
primer paso le costó lo indecible; pero le dio como un valiente, y se  
conformó con que Ramona tomara en cuenta la insinuación sin mostrarse  
agraviada. Pero le advirtió que no insistiera mientras ella no lo  
autorizara de algún modo bien explícito. Tres años pasó Santiago sin  
saber a qué atenerse y temiendo siempre lo peor. Yo creo que todo ese  
tiempo necesitó Ramona para estudiar a fondo las malicias de Santiago y  
el terreno a que éste pretendía conducirla. Un día le dijo que  
continuara hablándole \_de aquello\_ de que había com

enzado a hablarla.

¡Como si hubiera sido la víspera! Y Santiago, que, «por casualidad», no pensaba en otra cosa, tomó el punto donde le había dejado entonces, y continuó hablando de ello, con cuantas ampliificaciones y distingos le parecieron del caso y bien acomodados a la rectitud y santidad de sus miras. Fue bien recibida la instancia, y hasta bien hablada la respuesta; súpolo el tío de Ramona, gustole el intento de su pretendiente, y aun le hizo saber que su sobrina contaba con una buena dote que le daría él, lo cual no desagradó a Santiago, hasta por lo mismo que lo ignoraba; y con la sola condición de que éste, y «por el bien parecer», cambiara de domicilio hasta que el casamiento se efectuara, quedó arreglado y convenido para muy luego. Hay razones para creer que la idea de este suceso movió al viejo droguero a traspasar a Santiago su droguería mucho antes de lo que tenía pensado; tanto más, cuanto que se sabe que su dependiente apuntó cierto escrúpulo que tenía de casarse sin estar \_arraigado\_ completamente a su gusto, con la advertencia de que esto del arraigo no lo estimaba él en una riqueza, que no merecía, sino que algo como..., verbigracia: una droguería bien montada que fuera de su propiedad absoluta, para lo cual no daban sus ahorros por entonces.

Celebrado el casamiento y hecho en regla el traspaso de la droguería, el viejo droguero cedió hasta la habitación a sus sobr

inos, y se largó a su tierra, en la Rioja, a disfrutar las primeras vacaciones que había logrado en su vida, perfectamente libre y descuidado. Si no le engañaba el pensamiento, por allá se quedaría hasta dejar los huesos en el terruño nativo; si le engañaba, volvería a Madrid cuando mejor le pareciera, o gastaría en ir y venir el poco tiempo que le restaba de vida.

Pocas veces se ha casado una mujer con menos conocimiento práctico del mundo que Ramona Pacheco. Cuando era niña, en su pueblo (el mismo de su tío), ya estaba cansada de \_saber\_ que la gente de Madrid se componía de políticos relajados, de generales facinerosos, de señoras perdidas, de señoras a medio perder, de vividores sin vergüenza y de un populacho soez, asesino y ladrón. Y fue a caer en Madrid sin haber echado de su meollo una sola de estas ideas. ¡Ella, que era creyente a puño cerrado, honesta y honrada hasta la manía, y testaruda y tenaz en sus obras y pensamientos, por carácter y por educación! Mandarla a pisar las calles de la corte, era, en su concepto, como decirla: «Métete en esa leonera; arrójate en esa lumbre». Se necesitaron heroicos esfuerzos de su tío y de las personas a quienes éste encomendó la ardua tarea de educarla hasta donde fuera posible, para que afinara, nada más que para que afinara, aquellas sus escabrosas ideas. Llegó a conceder excepciones: la posibilidad de algo bueno entre tantísimo malo; per

o ¡fuera usted a sacar la anguila del saco de culebras! Y escondía la mano por horror instintivo; quiero decir que, sin una indispensable necesidad, no ponía los pies en la calle. En tal estado de experiencia se casó.

Y comenzó a tener hijos. Y tuvo el segundo y perdió el primero; y tuvo el tercero y perdió el segundo, y así sucesivamente hasta el octavo. Esto acabó de agriar su carácter, la acartonó sin tiempo y empalideció sus carnes hasta la lividez; quiso templar sus amarguras maternas con algún entretenimiento que se las distrajera, y se encenagó en el vicio de hacer calceta. Llegó a hacer una cada día, sin faltar a sus deberes de mujer hacendosa; y esta gran manifestación de su genio calcetero, casi casi la envaneció. Se le había cansado mucho la vista con los disgustos y las tareas, y también había perdido la mitad del pelo, por lo cual usaba anteojos mientras trabajaba, y cofia a todas las horas del día. Los anteojos eran de gruesa armadura blanca, con cristales redondos, y la cofia, de tul negro con cintas moradas. ¡Era cuanto había que ver doña Ramona haciendo media, desde que necesitaba anteojos y papalina!

Pero ni la pasión por la media, ni el orgullo de hacer una cada día, alcanzaron arrancarla de sus tristes meditaciones en el silencio y la soledad de su casa, y se atrevió a pretender de su marido que la

pusieran una silla en un rincón de la droguería, de  
trás del mostrador y  
junto al atril que allí había para los apuntes prov  
isionales (pues el  
escritorio estaba en la trastienda, con luces a un  
patio). Don Santiago  
se alegró de aquel atrevimiento de su mujer, y la d  
ispuso el trono como  
para una reina; lo mejor que se pudo con lo que hab  
ía a mano: una silla  
de Vitoria sobre un felpudo casi nuevo.

Y este trono ocupó doña Ramona desde el día siguien  
te; y allí la vieron  
con admiración los marchantes, rígido y empinado el  
cuerpo vestido de  
oscuro, casi negro; medio cubierta la cabeza con s  
u cofia; las cejas  
enarcadas; los sombríos ojos clavados, por detrás d  
e los cristales de  
las gafas, en las manos de piel lívida, como la de  
la cara; la calceta y  
las agujas entre los dedos, y sin otras señales de  
estar viva que el  
movimiento vertiginoso de las manos y tal cual mira  
da zurda que lanzaba  
por encima de los anteojos, bajando un poco la cabe  
za, cuando alguien  
entraba o salía, o mientras tiraba con la diestra d  
el hilo que terminaba  
en un grueso ovillo que andaba rodando, tan pronto  
sobre el mostrador  
como encima del felpudo, o hecho una maraña entre l  
as uñas de un gato,  
debajo de la silla. Doña Ramona la ocupaba todos lo  
s días, dos horas  
antes de comer y tres antes de cenar. En su casa se  
comía a la antigua  
española.

En esta salida, al cabo de veinticinco años de esco  
ndite, se puso doña

Ramona, por primera vez en su vida, en contacto y roce con el mundo. El mundo eran para ella las gentes que pasaban por la calle, las que entraban en la tienda, y el rumor que se oía más a lo lejos, como bramido de ondas agitadas que arrojaban aquellas espumas hasta allí. Todo era el mismo mar, agua de la misma fuente. No había olvidado las advertencias de su tío y de sus maestros; pero, sin agravio de ellas, bien podía suponer que cada marchante fuera un pillito, y un ladrón disfrazado cada transeúnte. ¿Traían en la frente alguna señal que demostrara lo contrario? Pues, en la duda, cara de perro a todo bicho viviente.

En poco tiempo, y aunque parecía que en nada se fijaba, llegó a ponerse al corriente de aquel laberinto de cajones rotulados, a hacer el oído a los enrevesados términos del ramo, y a conocer cada droga por su nombre y con sus precios. Entonces, cuando la concurrencia era mucha y no alcanzaba la gente de mostrador adentro a servirla al punto, se alzaba ella poco a poco de su silla y despachaba también, con una mano sobre lo pedido, como garra de león sobre la carne palpitante, cuando hay quien le mire, y en la otra la calceta, hasta que veía en el mostrador, y bien contado con los ojos, el dinero que valía la droga aprisionada. Si después de verla el parroquiano la quería más cara o más barata, o prefería otra equivalente más de su gusto, hasta dos veces lo llevaba



doña Ramona con paciencia, pero a la tercera, recogiendo la droga que nunca había soltado por completo de su diestra, con testaba secamente y volviendo la espalda: «No lo hay», aunque estuviera llena de ello la droguería. Algún comprador \_erudito\_ la puso por entonces la \_Esfinge\_, y con este mote se quedó en el barrio.

Al contrario de su mujer era don Santiago. Éste se pasaba el día dando vueltas por la tienda, tan pronto dentro como fuera del mostrador, poniéndose y poniendo a sus dependientes en incesante comercio de gustos y de palabras con los compradores, a la mitad de los cuales tuteaba: a los unos, porque los conocía, y a los otros, porque \_debía\_ conocerlos al cabo de tantos años de vender allí. Era un pobre hombre, bueno como el pan, campechano y complaciente hasta lo inverosímil. Tenía sus penas allá dentro, como su mujer; pero mejores lentes para observar los sucesos de la vida.

Doña Ramona tuvo el noveno hijo; y como tampoco falló la costumbre esta vez, en seguida perdió el octavo. Y todavía llega a tener el décimo; y también la acechaba entonces la suerte negra, y le mató el noveno. Este golpe dejó a la pobre señora para no llevar otro sin sucumbir. Era mujer de gran espíritu y arraigada fe. Dios le daba los hijos y Dios se los quitaba. Disponía de lo suyo. Pero su naturaleza era de carne mortal, y sus hijos pedazos de sus entrañas, y tenía que dolerle mucho allí cuando

se las desgarraban fibra a fibra. Dios no pedía cuentas de estas tribulaciones a sus criaturas.

Desde aquellos días se entenebrecieron más sus ideas sobre las gentes y las cosas del mundo, y le parecieron lo más abominable de él las mujeres casadas de más alegre y más lujosa vida. ¿No habría perdido tres hijos..., dos, cuando menos; uno siquiera? Pues ¿dónde estaban las señales de su pesadumbre? No podían ser buenas madres las que olvidaban a sus hijos muertos. Y con esto y con aquellas alucinaciones que nunca logró echar por completo de su cabeza, acabó por cobrar aborrecimiento a las señoras sin haber visto una sola en todos los días de su vida.

Mientras tanto, había muerto también el ex droguero; y con lo mucho que les dejó, lo que representaba la droguería y lo que en ella habían ganado los sobrinos del difunto, al perder el hijo noveno eran ricos, pero muy ricos.

--Y ¿para qué?--exclamaba el pobre don Santiago, devorándose las lágrimas y paseando maquinalmente alrededor de su cuarto, con las manos en los bolsillos del pantalón, y el gorro de panilla azul caído sobre el entrecejo.

--Sí..., ¿para qué?--repetía desde su silla con voz de sepulcro doña Ramona, que, si ya no se llamara la \_Esfinge\_, hubiera habido que llamárselo desde entonces, al verla tiesa, pálida,

inmóvil y misteriosa,  
clavada en su asiento como escultura egipcia en su pedestal.

El marido y la mujer miraban ya con desaliento las prosperidades de la tienda, que parecían una burla de su desgracia. ¡Tanto dinero para un hijo solo..., contando con que Dios no se le llevara también! ¡Y aquella casa, tan triste y tan llena de cadáveres; con aquel olor a drogas, que ya les parecía el tufo de la muerte, el olor de los cadáveres de sus hijos insepultos! Al cabo tomaron aversión a la droguería y a la casa, y resolvieron abandonar ésta y hacer con aquélla lo que antes había hecho el viejo droguero: traspasarla a un buen dependiente, que no faltaba tampoco entonces. El resto del pingüe capital estaba bien colocado en fincas y valores \_sanos\_. Quedaba un pico flotante, y ese le aprovecharía don Santiago para ciertos negocios sencillos que le entretuvieran sin atarearle; verbigracia, descuentos de pagarés con buenas firmas, y algún préstamo sin usura ni abuso que se le pareciera. Porque a don Santiago se le harían las horas eternas con un hijo solo y sin negocios que le preocuparan. No sabía otra cosa .

Quedaba también un bolsón bien repleto y que nunca se desocupaba, aunque se hacía mucho uso de él, a disposición exclusiva de la Esfinge, para sus obras de caridad, que eran muchas y muy ignoradas; pero yo sé que la merecían especiales preferencias las madres sin amp

aro y los hambrientos  
de levita, que son los dos aspectos más horribles d  
e la miseria de las  
ciudades; y también me consta que ninguna dádiva es  
timaba en tanto la  
señora de don Santiago como la de un par de medias  
de las que ella  
hacía. ¡Cómo las ponderaba y se las encarecía al po  
bre a quien se las  
regalaba!, ¡ella, que sacaba del bolsón la mano lle  
na y cerrada, para  
ignorar lo que valía la limosna! Porque en el bolsó  
n andaba revuelta la  
plata con el oro.

Se hizo el traspaso de la droguería, y en seguida l  
a mudanza de los  
trastos de la habitación a otra de la calle Imperia  
l (15, segundo,  
derecha). Allí comenzó don Santiago Núñez a funcion  
ar, por  
entretenimiento, en sus proyectadas especulaciones;  
y allí, en su propio  
despacho instaló la Esfinge su pedestal, para hacer  
media sin parar las  
manos, acompañar a su marido y distraerse un poco m  
ás, observando de  
rejojo lo que en la estancia acontecía.

Así fue corriendo el tiempo, y, con él, calmándose  
la pesadumbre del  
marido y haciéndose la mujer a la carga de las suya  
s. Ya no había que  
contar con el undécimo retoño, y el décimo iba crec  
iendo y esponjándose  
que daba gusto, y era bueno y listo y hermoso como  
si Dios se hubiera  
complacido en reunir en este solo hijo cuantas pren  
das simpáticas cabían  
dispersas en los anteriores. Este pensamiento, con  
el arraigo que  
tomaban todos en la mente de doña Ramona, fue un gr

an confortante para  
su espíritu.

Pero, en cambio, en la escuela del nuevo tráfico de su marido; con lo que allí observó; con lo que fue aprendiendo, con este indicio y aquella declaración terminante, sobre la índole de ciertos apuros y las causas productoras de ciertas necesidades en determinadas personas y jerarquías, ¡cómo le engordaron en el meollo las nunca desvanecidas ideas que tenía de las gentes de Madrid! Ya no podía negársele que había mujeres que derrochaban tesoros para vivir entre lujos y deshonestidades; «mujeronas empingorotadas» que escandalizaban al mundo y se burlaban de la ley de Dios; mujerzuelas de más abajo que arruinaban a sus maridos por el vicio de ser tan escandalosas y desarregladas como las de más arriba; hombres que perdían a una carta en un instante la hacienda de todos sus hijos..., ¡y casi siempre la bambolla y la lujuria, de más cerca o de más lejos, danzando en los enjuagues del dinero y en las angustias del plazo! Y esto en su casa, donde el interés no era rosca que asfixiaba al deudor; donde había prórrogas para los apuros, y eran los préstamos favores de amigo más que negocios de prestamista inexorable. ¡Qué no sucedería, qué llagas no se verían al descubierto en los antros de la usura, a donde se acude en los grandes ahogos, y se pactan, a trueque de salir de ellos, los mayores saqueos y pillajes? Y aquel hijo que ella tenía llegaría a se

r un hombre, y a  
saber que era rico, muy rico, y tal vez a envanecer  
se, y de seguro a  
rozarse con la peste tramposa y desvergonzada que t  
odo lo corrompía; y,  
sin embargo, no quería ella hacer de su hijo un ign  
orante droguero,  
porque valía para mucho más y debía serlo. ¡Qué pul  
so, qué tino, qué  
vigilancia había que tener con él para que el diabl  
o no le conquistara!

Y como si viera al diablo en cada prójimo, había he  
cho un verdadero  
exorcismo de su cara.

Tenían serias y largas discusiones don Santiago y s  
u mujer sobre el  
punto referente a la educación de su hijo. ¿Por dón  
de comenzarían para  
no equivocarse? Y después, ¿le \_harían\_ abogado, mé  
dico, ingeniero,  
cura, ministro, general, emperador..., pontífice?..  
. Porque los alientos  
de los padres alcanzaban a todo eso, o poco menos,  
y los merecimientos  
que suponían en el hijo, a mucho más.

Por de pronto, le matricularon en San Isidro; y des  
pués, curso tras  
curso y con regular aplicación y bastante aprovecha  
miento, llegó el  
estudiante a las vísperas del bachillerato al cumpl  
ir los catorce años  
de edad. Tenía entonces su padre cincuenta y cinco,  
y su madre...,  
¿quién era capaz de saberlo, ni para qué cansarse e  
n averiguarlo? La  
Esfinge lo parecía ya de verdad; y cuando se llega  
a ese estado de  
petrificación y de dureza, se vive una eternidad, y  
no se cuenta por

años, sino por siglos, como para los monumentos de los Faraones.

Hacia aquellas fechas (no las de los Faraones) fue cuando don Santiago Núñez escribió a la marquesa de Montálvez la carta cuya substancia conocemos.

Hablando del suceso largamente, llegó a decir la Esfinge:

--Otra nueva trapisonda tenemos. Basta con oler la carta para convencerse de ello. Todas esas mujeronas huelen a lo mismo.

Y don Santiago se reía como unas castañuelas, porque era así. Estaba embutido en su sillón, con la pierna derecha entrapajada por la rodilla y descansando sobre una banqueta.

Buena ocasión era esta para describir el físico del droguero, y en ese deber estaba yo, y a cumplir con él iba ahora mismo; pero me obligan a renunciar a esa tarea las mismas condiciones del sujeto: no hay por dónde tomarle para que resulte pintoresco, porque era la misma insignificancia el bueno de don Santiago Núñez.

Estando en aquellos comentarios ya largo rato hacía el matrimonio, hízose anunciar la marquesa; y poco después entró, llenando el despacho de fragancia, de crujidos de seda cara, y de esa luz especial que irradian, en las moradas tristes y descoloridas, las mujeres hermosas y elegantes.

La Esfinge no se movió de su pedestal ni dejó de hacer calceta; y sólo dio señales de vida para responder a la ceremoniosa cortesía de la marquesa con un gesto no difícil de traducir en palabras para los que estaban avezados a leer en aquel arranciado pergamino. El gesto quería decir:

--¡Pufff!... ¡Qué Peste!

V

\* \* \* \* \*

Y como don Santiago no podía levantarse de su asiento sin gran trabajo, no hubo allí quien presentara una silla a la marquesa, la cual se sentó, muy campechana (porque afortunadamente era mujer de gran correa para esos lances), en la que, entre excusas y hasta cabriolas, le ofreció el aturdido reumático desde su potro de tortura.

--¡Oh, señora marquesa!--decía don Santiago, tambaleándose entre el escritorio y el sillón--: si yo hubiera sabido..., si pudiera presumir que esta casa había de ser honrada por usted y no por otra persona de su confianza, yo me habría prevenido, habría esperado, y en la sala, como es de...

--Gracias, gracias, señor de Núñez--respondía atajá



ndole la gran dama,  
entre sonrisas picarescas--; no tiene usted por qué  
lamentarse: lo  
conozco todo; me pongo en todos los casos.

--La rodilla, señora, esta pícara rodilla que no me  
permite levantarme  
de pronto, ni andar sin muchísimas dificultades--añ  
adía don Santiago,  
que todo le parecía débil para excusa de su falta--  
, y hasta la poca  
salud de mi esposa (y señalaba hacia ella), que tam  
bién la impide...

--Nadie ha incurrido aquí en falta más que yo--repu  
so la marquesa,  
mirando tan pronto muy risueña hacia el reumático,  
como con asombro  
hacia su mujer, que no chistaba--; yo, que he venid  
o a molestar a  
ustedes sin tener esos inconvenientes en cuenta...

--¡Molestarnos usted, señora marquesa! ¿Cuándo más  
honrados ni más...?

--Me parece--apuntó aquí la Esfinge con su voz de f  
antasma--que sin  
tanto cumplimiento nos entenderíamos mejor y mucho  
antes.

La marquesa cayó en un nuevo asombro al oír la voz  
de aquella estatua; y  
si hubiera sabido con qué mote se la conocía, quizá  
s habría tomado la  
cosa más en serio, creyéndose transportada a los ti  
empos fabulosos.

--Tiene razón esta señora--atrevióse a decir la dam  
a, sin apartar sus  
ojos de ella--. Dejémonos de cumplidos y hablemos d  
el asunto que me trae  
aquí.

--Estoy a las órdenes de la señora marquesa--dijo don Santiago Núñez haciendo una cortesía.

Pero la marquesa no empezaba a hablar, ni concluía de mirar a la Esfinge. Era indudable que la presencia de ésta la contrariaba tanto como la sorprendía.

Conoció bien pronto doña Ramona, y enderezó a la otra estas palabras, acompañadas de dos saetazos por encima de sus antojos:

--Yo no estorbo aquí, señora; téngalo usted entendido. Entre mi marido y yo, como no hay pecados, tampoco hay secretos. Somos un alma en dos cuerpos, por la gracia de Dios.

--Mil enhorabuenas--respondió la marquesa entre burlona y picada--por esa felicidad; pero crea usted que no era la cosa para tanto. Verá usted cómo, aunque pecadora, me atrevo a confesar aquí el motivo de mi visita, y sin escándalo de nadie.

Don Santiago estaba en ascuas con las crudezas de su mujer, y no sabía cómo disculparlas sin provocar otras más incisivas. Al mismo tiempo, la marquesa, desde que conocía a la Esfinge, ardía en curiosidad de saber de dónde procedían las intimidades de Guzmán con aquella singular familia; pues estaba segura de que a su amigo le sobraba siempre el dinero, y no podían ser necesidades de esta clase los motivos del

conocimiento. Hizo en el acto, y como introducción a su particular negocio, la pregunta a don Santiago, y le respondió éste, alegrándose en el alma de que se distrajera por allí el otro tiroteo:

--¡Ah!, el \_Condesito\_, como yo le llamo..., porque aunque el conde es su tío, mucho más merece serlo él, hasta por la estampa: ¡guapo mozo! Pues la estimación con que nos honra el señor de Guzmán viene de lejos: nada menos que de su padre con mi principal y tío de mi señora, al cual hizo muchos y muy grandes favores en los tiempos en que comenzaba a vivir por su propia cuenta. Un hermano de nuestro tío había sido muchos años empleado en la casa de los señores de Guzmán.. ., y de aquí nació lo otro. No era ingrato el favorecido; sabía, además, hacer buen uso de los favores; y con todo ello, la estima del favorecedor llegó hasta una buena amistad, como entre iguales: vea usted, señor a marquesa, ¡como entre iguales! Y esta buena amistad del padre la continuó el hijo, don José Celestino Guzmán, el actual \_Condesito\_. Como se quedó huérfano siendo un muchacho, y llegó a ser mozo independiente y libre con un caudalazo atroz, se aconsejaba muy a menudo de mi principal para la colocación de sobrantes y otros asuntos por este orden. Andaba yo muy cerca de ellos en esos casos; y como los dos me estimaban en más de lo que yo valía, obligábanme de vez en cuando a meter mi cuchara en la conversación. Tuve la suerte de acertar casi siempre

e; y ya lo mismo le daba a don Pepito Guzmán encontrarse en la droguería con el principal que con el dependiente, cuando de higos a brevas iba por allá con los motivos de costumbre. Retirose nuestro tío, y se murió bien pronto, y continué yo mereciendo todas las atenciones y hasta la amistad que él había merecido del señor de Guzmán. Muy de tarde en tarde nos vemos, porque son muy distintos los mundos por donde andamos, y él es ya hombre que no necesita para nada los consejos de nadie, y aun puede dárselos sobre todas las cosas a medio Madrid; pero nos honra con una buena amistad, que nosotros le pagamos como se debe. Anteayer me pasó una esquelita diciéndome que usted quizá me necesitaría para tratar de un asunto de intereses conmigo, y que procurara servir la lo mejor que pudiera y como si se tratara de él mismo. ¡Figúrese usted, señora marquesa, si aunque no sea más que por este solo motivo y sin contar lo que usted por sí propia se merece, estaré yo dispuesto a servirla en cuanto esté al alcance de mis posibles!

--¡Gracias mil, señor de Núñez--respondió en seguida la \_señorona\_, visiblemente complacida con el candoroso ofrecimiento de aquel pobre hombre, y acaso, acaso, y quizá más, con la espontánea recomendación de su amigo--. Y ahora, sin nuevas digresiones que nos distraigan y le roben a usted el tiempo y a su excelente señora la paciencia, allá va la historia en pocas palabras: Ha habido en mi familia

un gran caudal; pero  
cuando llegó a mis manos ya no lo era tanto. Despil  
farros y vicisitudes  
lo quisieron así. Poseo, sin embargo, lo suficiente  
para vivir con  
holgura en la esfera en que he nacido y me han educ  
ado; pero no tengo la  
virtud del ahorro ni otras virtudes que acrecientan  
los caudales. Antes,  
soy un poco abierta de mano, y no peco de previsora  
. Con estos defectos,  
no es de extrañar que algunas veces resulten despro  
porciones entre las  
salidas y los ingresos, como dicen ustedes los homb  
res de negocios. En  
estos casos, hay que resignarse al contratiempo o c  
onjurarle de  
cualquier modo, si la necesidad lo exige. A mí me l  
o ha exigido varias  
veces, y siempre me han costado muy caros los conju  
ros; porque, según me  
afirman, no debí hacerlos nunca por intermediarios.  
Me he convencido de  
que esto es verdad, y estoy resuelta a cambiar de s  
istema, recorriendo  
esos trámites por mí misma cuando sean de necesidad  
. Por si llegaran a  
serlo de un momento a otro..., y antes de pasar más  
adelante, quiero  
advertirle a usted que le doy todos estos pormenore  
s para anticiparme a  
sus deseos y evitarle el trabajo de inquirirlos, y  
porque sería una  
inocentada el empeño de esconderlos cuando no resul  
ta desdoro en  
confesarlos.

El ex droguero escuchaba con la boca abierta a la h  
ermosa y elegante  
dama, cuyos donaires y gracejo le tenían cautivo; m  
ientras, la Esfinge  
la miraba de reojo y a hurtadillas, por no tener a

mano lanzón de mayor  
fuerza para pasarla de parte a parte. La marquesa se  
enteraba de todo y  
se deleitaba grandemente con ello. Sin dar tiempo a  
que don Santiago  
apuntara las corteses rectificaciones que ya la sagaz  
interlocutora le  
había leído entre los labios, continuó así, tras un  
a breve pausa:

--Por si llegara ese caso, repito, de un momento a  
otro, deseo y  
necesito saber, señor don Santiago, qué condiciones  
impone usted para un  
anticipo a las personas de reconocida responsabilidad,  
como yo;  
responsabilidad, se entiende, en inmuebles, como ustedes  
dicen también,  
y de cuya existencia, libre y desempeñada, se puede  
certificar cuando  
sea necesario.

Lanzó entonces la Esfinge una mirada de acero a su  
marido (que ya  
contaba con ella), como diciéndole: «Mucho ojo con  
esta víbora»; y  
respondió el buen hombre, después de prepararse mucho  
con algún  
carraspeo y tres cambios de postura en el sillón:

--Mire usted, señora marquesa: en primer lugar, yo  
no soy un  
prestamista... por oficio, ¿me entiende usted?... Corriente.  
Tengo un  
piquillo suelto que dedico a descuentos lícitos, quiero  
decir, sin  
explotar ahogos ni conflictos de nadie..., servicio  
por servicio, ni más  
ni menos. Que ocurre entretanto algo de lo que usted  
desea: me entero de  
la calidad del apuro; resulta honrado, puedo sacar  
de él a la persona; y

a la buena de Dios y como entre caballeros, «toma lo que apetece, y venga el resguardo», con las cláusulas que se establezcan y por un interés que no pasará del seis aunque me ahorquen. Que llega el vencimiento y no hay con qué recoger el testimonio de la deuda. ¿Hay razones que lo justifiquen? ¿El apuro es honrado también? Pues, señor, no he de llevar al pobre hombre a la cárcel, ni le he de malvender la hacienda para cobrarme. O hay buena fe, o no la hay. ¿La hay? Se da una prórroga de dos, de tres meses... o más, si se necesita. El hombre respira, y yo no me ahogo; él se beneficia, y yo no me perjudico. ¿No fuera pecado mortal obrar de otro modo? Pues, señor, lo que yo digo: si el dinero no ha de servir más que para irle amontonando, o para sacar la entraña a mi vecino, vaya a la porra ese metal, que nunca debe ser metralla para nadie. ¿Se va usted enterando, señora marquesa?

Aquí era la marquesa la cautivada, porque cautiva la tenía la noblota ingenuidad del hombrecillo. Juraría entonces que aquella era la primera vez que veía de cerca un corazón de oro. ¡Y en qué cuerpo le hallaba, y de qué retórica se servía!

--¡Siga usted, siga usted!--le dijo la marquesa radiante de curiosidad, y bien sabe Dios que sin pizca de interés por lo que personalmente le alcanzaba en el desusado prospecto de aquel singularísimo \_prestamista\_.

--En segundo lugar--continuó don Santiago--, yo no puedo establecer esas condiciones generales por que usted me pregunta, porque, como ya he tenido el honor de manifestarla, el capital que dedico a las operaciones de préstamos es de poca importancia, al paso que son incalculables las atenciones que necesitaría cubrir si no las limitara al tenor de los casos. De modo que según sea lo que se solicita y quien lo solicita, así lo doy o lo niego; y si lo doy, con arreglo a las bases que se establecen entonces de común acuerdo, y según las circunstancias, pero del seis no se pasa nunca, como también he tenido el honor de indicar antes; y esta es la única condición que puede estipularse de antemano.

Por lo demás, y si sólo se mirara el beneficio material, a sacar el redaño al prójimo, crea usted, señora marquesa, que no habría tenaza mejor que el oficio de prestamista sin entrañas. Me he convencido de ello con la experiencia de estas vecindades suyas. ¡Es un espanto lo que sabría usted si contaran estas cuatro paredes la mitad de lo que han visto y oído! Porque aquí se han llorado lástimas de todos los colores, y se han descubierto fregados que tumban de espaldas. ¡Y siempre por el lujo, por el juego y por todos los vicios más abominables! ¡Qué agonías tan congojosas y tan complicadas, y qué pasar por todo las infelices gentes, si yo hubiera sido capaz de aceptarlo por el ansia de recoger onzas de oro mañana, sembrando ochavos morunos de p



resente! Porque eso  
hace la usura con los desdichados que se ahogan en  
apuros. De algunos de  
ellos me he condolido; y por evitar que otros los r  
obaran, casi me he  
dejado robar yo a ojos vistas. Pero a los más les h  
e enviado enhoramala,  
porque no merecían caer en manos de un hombre de bi  
en. Y ¡qué porte el  
suyo! ¡Qué caballeros tan de punta en blanco!... ¡Y  
qué señoronas de  
primer lustre! Y saldrán a la calle con un palmo de  
hocico y  
atropellando a la gente menuda, cuando ellos merecí  
an un grillete, y  
ellas la Galera de Alcalá... Yo sé todas estas cosa  
s al pormenor, porque  
la misma resistencia mía a servirlos los forzaba a  
exponer sus miserias  
sin disfraces, para moverme mejor. ¡A buena parte v  
enían!

En la marquesa se notaban, durante esta parte del r  
elato del buen Núñez,  
las mismas señales de curiosidad que durante la ant  
erior, pero no tantas  
de complacencia; y quizás tenía algún parentesco co  
n las causas de esta  
diferencia, el motivo que la obligó a interrumpir a  
l relatante, aunque  
muy afable y risueña, en la siguiente forma:

--De manera que si no me precede a mí la recomendac  
ión de nuestro amigo  
el señor Guzmán, Dios sabe a qué presidio destina u  
sted mis  
pretensiones, después de oír lo que con tanta franq  
ueza le he declarado  
hace un instante.

Atarugose un poco don Santiago con la observación d  
e la marquesa, y miró

hacia su mujer, la cual le socorrió con una ojeada que quería significar: «¡Ahí le duele a la bribona!... ¡Duro en ella!» Por fortuna, no era tan áspero de veta el uno como la otra, y esto libró allí a la elegante dama de que la pusieran entre los dos para pelar. Lejos de ello, don Santiago, temiendo haberse corrido demasiado allá en sus palabras, y reparando por primera vez en que había, aunque remota, alguna semejanza entre los casos maldecidos por él y el caso de la marquesa, se apresuró a responder:

--Nada hay en el relato de usted, mi distinguida y respetable señora, que merezca esa pena tan dura. Gastar en ocasiones un poco más de lo que se puede, no es una virtud, ciertamente; pero tampoco un horror de esos horrores de que yo hablaba. Las cosas en su punto. Conviene distinguir, y es de justicia que se distinga. La recomendación del señor de Guzmán nos ha abreviado el camino, sin duda alguna; pero le aseguro a usted que sin ella hubiéramos llegado también al punto a donde desea llegar la señora marquesa, y le aguarda para recibir sus órdenes este su inútil servidor.

--Acepto de todo corazón la excusa, señor Núñez--respondió la dama con una sonrisa que confirmaba la sinceridad de lo que decía--, hasta como modelo de excusas corteses y delicadas...

La Esfinge cortó aquí los cumplidos con el espadón de su palabra de

hierro, y lanzó a su marido otra ojeada con la que le pedía estrecha cuenta de aquellas sus debilidades. La marquesa se dio por entendida con un movimiento de cabeza dirigido a la mujer, tan lleno de donaire como de mala intención, y dijo, volviéndose hacia don Santiago, que estaba en ascuas con las genialidades de aquélla:

--¿Me permite usted que concretemos un poco más el punto de mis pretensiones para que nos entendamos mejor?

--Repito a la señora marquesa que estoy enteramente a sus órdenes.

--Figúrese usted que yo necesitara dentro de ocho días..., mañana..., hoy mismo, una cantidad determinada...

--¿Cuánto? Porque, como he tenido el honor de advertir hace un momento a la señora marquesa...

--Por lo mismo que no lo he olvidado, iba a fijar la cantidad cuanto usted me ha interrumpido. Pongámosla en números redondos: tres mil duros.

--Puedo con ellos, y los tendría usted.

--¿Garantías?

--La firma de la señora marquesa, y nada más, con el plazo que desee y el interés que ella marque, si le parece mucho el seis por ciento.

--¿Y si me viera yo precisada, más adelante, a acudir a usted con

idéntico motivo que hoy?

--En ese caso, señora marquesa, sucedería, sobre poco más o menos, lo mismo que está sucediendo ahora.

--¿Y si continuaran mis visitas a esta casa por no cesar los motivos?

--Ya sabe la señora marquesa que, sin la enfermedad que me impide salir de aquí, la hubiera ahorrado yo la molestia de visitarme.

--Muchas gracias, señor Núñez; pero es igual para mí ejemplo que yo le visite a usted, o que usted me visite a mí.

--Concedido.

--¿Y bien?

--En castellano claro y por derecho, señora marquesa, pues creo haber penetrado la intención de usted al hacerme esas preguntas: yo no la he de malvender a usted jamás sus propiedades: en primer lugar, porque no la considero capaz de abusar de mi buena fe hasta el punto de arrastrarme a aquel extremo, y después, porque, aunque lo fuera, tampoco lo conseguiría.

--¿Por qué?

--Porque abusando, abusando... En fin, señora marquesa, ya he tenido el honor de manifestar a usted hasta dónde me interesan las necesidades del prójimo, y desde dónde comienzan a parecerme abominables, y cuál es mi

modo de proceder en cada uno de los casos.

--Pues bien, señor Núñez--dijo entonces la dama con inequívoca lealtad-- , he querido estirar el ejemplo hasta este límite, porque en eso mismo con que otra dama, por un falso pundonor, se ofendería, hallo yo un goce que jamás he saboreado.

--No me lo explico.

--Ni es fácil, porque entre ustedes, quiero decir, entre las gentes de su condición de usted, lo que yo he encontrado aquí no es un hallazgo.

--Si usted se explicara más, señora marquesa...

--No hay para qué, señor don Santiago. Yo me entiendo bien, y esto sobra para mí. Para usted, bástele la seguridad de que no he de encomendar a la justicia el trabajo de liquidar las cuentas entre ambos. Podré ser gastadora, pero no desagradecida.

La Esfinge la miró entonces con ojos de curiosidad. Parecía sentir temores de hallar algo bueno en aquella mujer. De pronto la preguntó:

--¿Ha perdido usted algún hijo?

Como si estas palabras fueran un rayo que la marquesa hubiera visto sobre la cabeza de Luz, contestó estremeciéndose toda:

--¡Ni Dios lo permita!

--Parece que duele ahí--repuso la Esfinge, bajando

otra vez la mirada a  
su calceta--, y sólo con el supuesto. ¿Cómo será el  
dolor cuando los  
hijos se mueran de veras!

--¿Le ha sentido usted, a lo que veo?--se atrevió a  
decir la marquesa,  
medio aturrida bajo el peso de aquel inesperado inc  
idente promovido por  
tan extraño ser.

--Nueve veces, señora--respondió tétrica, sepulcral  
mente, la Esfinge--;  
nueve... ¡nueve mil puñaladas! Para las últimas, no  
había en el corazón  
un sitio sin una herida ensangrentada.

Ya no le parecía a la marquesa tan fea ni tan extra  
ña aquella mujer. La  
carga de tales y de tantos dolores lo justificaba t  
odo a sus ojos.  
Volviolos de pronto a don Santiago, sin atreverse a  
hacer a ninguno de  
los dos un a pregunta que se le escapaba de los lab  
ios; y como si la  
hubiera leído allí, dijo el pobre hombre:

--Nos queda un hijo solo... Eso sí: vale, por bueno  
y por gallardo, los  
nueve que le han precedido, por mucho que éstos val  
ieran; pero por lo  
mismo que es solo y vale tanto, ¡qué miedos tan hor  
ribles de perderle!

--O de que se \_pierda\_, ¿no es verdad?--añadió aquí  
la marquesa, con un  
vigor de acento y de mirada que sorprendieron a la  
Esfinge misma.

--¿Cuántos tiene usted?--la preguntó ésta.

--También uno solo... Una hija.

--Pues no eche usted en olvido--continuó la mujer sombría--que el honor de las hijas depende del buen ejemplo de las madres .

Don Santiago acudió rápidamente a suavizar el efecto que esta nueva aspereza de su terrible mujer pudiera haber causado (y causándole había muy hondo) en la marquesa, dando otro giro al diálogo.

--Pero aún es usted muy joven--expuso con la mejor de las intenciones y el más desastroso de los éxitos.

--Después de haberse casi solemnizado un contrato entre los dos, no debía usted ignorar que... soy viuda.

Esto tuvo que responder la dama, con iguales repugnancias que si descubriera con ello toda la urdimbre de aquel tejido de enormidades que se llamó su casamiento, con sus cenagosos y consiguientes antecedentes.

--¡Bestia de mí!--exclamó el sencillo burgalés, dándose con las dos manos en la frente--. ¡Pues no me había olvidado?... . Perdone usted, señora marquesa, esta distracción, que, bien mirada, no es de extrañar. En oyendo hablar de hijos, ya está todo en mi cabeza patas arriba.

«¡Viuda y con ese pelaje y la vida que trae!...», dijo en sus adentros la Esfinge (que no había caído tampoco en lo olvidado por su marido, y no estaba tan obligada como él a recordarlo), y env

iendo el dicho a la  
marquesa en una mirada fulminante.

La marquesa había perdido el tino ya. No salía de un bochorno sin verse presa de otro mayor. Pensaba haber dado de improviso en la charca de sus pesadillas, y que aquel empecatado matrimonio se deleitaba en zambullirla en lo más hediondo de ella. Y era de admirar que el caso, con tanto como le dolía, no la indignaba contra nadie. ¿Por qué echar la culpa a quien no la tenía? La culpa estaba en ella, en ella sola, y el peso de esa culpa era lo que la turbaba y remordía. En aquel instante hubiera trocado su belleza, su juventud, sus galas y los encantos de su mundo, por la fealdad y la tristeza y la soledad de la Esfinge, si con todo esto le daba también el sosiego de su conciencia. Porque era una triste gracia que una señorona como ella lo pudiera todo, menos hablar de cosas tan triviales delante de un matrimonio de drogueros, sin caérsele la cara de vergüenza.

Por salir cuanto antes de esta mortificación, se le vantó rápidamente de su asiento, y dijo con aire de querer echar el asunto hacia otra parte:

--Es hartito triste esta materia, que a ustedes les trae muy amargos recuerdos y a mí muy negros temores. Dejémoslo aquí, si les parece; y pues que no me sobra el tiempo tampoco, tenga el señor don Santiago la bondad de decirme en qué quedamos de nuestro negocio.



--Pues en lo dicho, señora marquesa, si usted no dispone otras bases más a su gusto.

--Yo acepto cuantas usted estime por buenas y equitativas.

--Pues el día en que usted necesite el dinero, me pase una esquelita por persona de su confianza, diciendo cuánto y por qué tiempo; le envío yo la suma en efectivo con el documento para que tenga usted la bondad de firmarle; me le devuelve después... y santas pascuas. No necesita usted incomodarse.

--Es usted un hombre incomparable, señor don Santiago; y yo nunca pagaré bastante a nuestro amigo el señor Guzmán el favor de habermele dado a conocer.

--No haga la señora marquesa, a fuerza de elogios, que tenga yo que echarlos a mala parte. Estoy acostumbrado a mucho menos.

--Pues no le dan a usted lo que merece; y le juro que no le digo más que lo que siento. Deme ahora su mano por despedida... Gracias. Y perdone si se la oprimo tan de veras, porque nunca se ha creído o tan honrada la de esta su buena amiga.

En seguida, y mientras quedaba el droguero como fascinado, con los ojos muy abiertos y la mano en el aire, volviöse hacia la Esfinge; la hizo una elegante reverencia; y, sin acabar de enderezar

el talle, salió por  
donde había entrado, acompañada de unos cuantos cam  
panillazos que se  
oyeron, en virtud de otros tantos tirones que dio a  
un cordón la Esfinge  
desde su asiento, para que abrieran la puerta de la  
escalera; de un sin  
fin de excusas del complaciente Núñez, y de estas p  
ocas palabras entre  
dientes, con que la droguera contestó al saludo.

--...serrrrvir a usted.

En cuanto se quedaron solos don Santiago y su mujer  
, se levantó ésta y  
abrió las vidrieras del balcón.

--¿Qué haces, alma de Dios?--preguntola el pobre ho  
mbre, a quien  
asustaban entonces los aires colados.

--Purificar esto. ¿No hueles la peste?

--Tienes grandes virtudes, Ramona--la dijo su marid  
o cubriendo la  
rodilla enferma con el faldón del gabán--; pero en  
ciertas debilidades,  
eres incorregible... y tremenda.

## VI

\* \* \* \* \*

Resabios de mis buenos tiempos de doncella pudorosa  
; algo que queda  
todavía en el fondo, entre las cenizas. Pues no pen  
saba yo que fuera  
tanto como para brotar al primer choque. Y ello es

poco, pero molesto  
cuando aparece. Ya se irá apagando también..., porq  
ue señales de lo  
contrario no deben de ser. ¡A buen tiempo!... Sin e  
mbargo, no me  
resignaría a que ese pobre hombre me apuntara en su  
libro verde con  
suficientes motivos. ¡Vea usted cómo puede haber un  
grano de arena que  
cierre el paso a una mujer que nunca se ha detenido  
delante de una  
montaña!... Es raro eso... Pero ¡qué criatura aquél  
la! Yo he visto algo  
semejante en el teatro saliendo por escotillón, env  
uelto en un  
sudario... Un espectro. Eso es ella, con su misma l  
ividez y con la misma  
voz y el mismo miedo que infunde. Y ¡qué ojos los s  
uyos! Me parecía que  
con la mirada me iba sacando todas las ignominias d  
e mi vida para  
arrojármelas al rostro entre maldiciones. Y el caso  
es que este temor me  
tenía sobresaltada. De este ser no me habló Pepe Gu  
zmán. Y será capaz de  
decirme, cuando yo se le mencione a él, que es un s  
aco de virtudes; y  
acaso tenga razón... ¿Cómo habrán podido amalgamars  
e dos naturalezas tan  
opuestas entre sí, como la del espectro y la de su  
marido, para formar  
un matrimonio ejemplar?... Porque yo vi señales de  
que aquél lo es. Otro  
caso raro... para mí, que no sé leer más que en un  
libro... Lo que no  
ofrece duda es que hasta en las personas que se cre  
en más despreocupadas  
hay un fondo sensible que llega a lo romántico... Y  
o lo había observado  
en el público que se convierte en fiera en la plaza  
de toros, y se  
enternece en el teatro con las dulcedumbres de una

comedia \_ejemplar\_.

Hoy lo he experimentado en mi propia. A poco más que me apuren, me confieso de todas mis culpas delante de don Santiago o Núñez, y arrojó mis arreos mundano! a los pies de su mujer... Y ahora casi me asombro de aquella flaqueza. ¡Qué contrastes tan raros!... ¿Cuándo estará en lo suyo la pícara condición humana? Porque tampoco tiene duda que somos masa dispuesta para todo; y hasta el espectro debe de ser de la misma opinión, cuando me dijo que «el honor de las hijas depende del buen ejemplo de las madres». Me parece que fue esto lo que me dijo. Lo recuerdo bien, porque me dolió muy adentro... Otro caso raro: somos del mismo parecer el espectro y yo en lo tocante a la educación de los hijos; nos espantan igualmente los temores de sus extravíos, y usamos procederes diametralmente opuestos en el modo de vivir. Sin embargo, me parece que aquí la lógica está con ella más que conmigo... y Dios también... Pero ¿no se ha convenido en que somos «barró frágil», y en que a la edad y a las circunstancias (¡pícaras circunstancias!) hay que darles lo que les pertenece, y dispensarlas por lo que se llevan de más? Pues he ahí mi caso. Yo vivo como vivo y soy lo que soy, porque no puedo ni debo vivir ni ser de otra manera. Por este lado me arrastran las «circunstancias» y las inclinaciones, obra de ellas; y por este lado me dejo arrastrar... hasta donde me lleven. Nada de ello impide que yo reconozca las ventajas que tienen otros caminos sob

re este camino mío:  
bien a la vista está que no cabe punto de comparaci  
ón entre una madre  
como yo y otra madre de esas que pueden hablar dela  
nte de un matrimonio  
honrado, sin sonrojarse, de los secretos de su hoga  
r, y ofrecerse a sus  
propias hijas por modelo de conducta. Yo no puedo h  
acer nada de esto, y  
bien sabe Dios las angustias que me ha costado hoy  
en casa del espectro,  
y las que me cuesta en la mía a cada hora, desde qu  
e vino mi hija a  
ella..., pero ¿qué remedio tiene? El barro y las ci  
rcunstancias lo piden  
así... y adelante con la vida hasta que no se pueda  
con ella. Por  
fortuna, o por desgracia, no voy sola por estos der  
roteros.»

Así discurría, sobre poco más o menos, la marquesa  
de Montálvez dos  
horas después de salir de casa de don Santiago Núñe  
z, mientras se  
desnudaba... para vestirse otra vez con mejores gal  
as, antes de  
sentarse a la mesa, porque aquella noche le corresp  
ondía el turno en \_el  
Real\_, cuya temporada había de concluir pronto; con  
lo que se declara  
que había empezado ya la primavera, húmeda y desapa  
cible, por más señas.

Apunto este detalle, porque sólo aguardaba la marqu  
esa a que el tiempo  
\_sentara\_ para emprender el viaje a Francia con su  
hija. Todo lo tenía  
dispuesto y preparado ya para marchar a cualquier h  
ora, y Luz esperaba  
el recado en su colegio. No debía volver a casa ya  
sino para entrar por  
una puerta y salir por otra, como suele decirse.

La marquesa había elegido esa estación del año, por que se prestaba mejor que otra a sus intentos.

No había motivo racional ya para dejar a Luz en Madrid un verano entero, ni su madre podía resignarse a pasarle en la calle del Barquillo, ni tampoco a viajar con el estorbo peligroso de su hija; y como a ésta lo mismo le importaba entrar en el nuevo colegio con la primavera que con el otoño, la marquesa había preferido la primavera, de la cual pensaba hacer algo como prólogo de su excursión de verano; excursión planeada hasta la primavera, durante el invierno, con Leticia y con Sagrario, que habían de representar grandes papeles en ella.

Y llegó el día esperado; y la marquesa recogió su tesoro del escondite de Madrid, y le trasladó al otro escondite que le tenía preparado en Francia. Y al guardián de allí, casi los mismos encarecimientos y advertencias que al guardián de acá. No era ya prudente ni posible sostener a Luz en completa ignorancia de su categoría social; pero, en cambio, convenía redoblar el empeño para que desconociera los usos y más salientes costumbres de la clase. Que se habituara a considerarlos sometidos a las reglas generales de la ordinaria vida social; y de este modo, cuando no pudiera evitarse que los conociera, por sí misma, sería obra fácil convencerla de que todo lo malo que la sorprendía por inesperado, era excepción de la regla; y con esto b

astaba, por de pronto. Las demás advertencias, ya lo he dicho, como en Madrid: pocas retóricas, buena moral, escogidas amistades, «el Dios de los pobres» y un buen equilibrio entre la salud del cuerpo y la del alma. Otra variante que se me olvidaba: no fue tan penosa la despedida de la madre en Francia como lo había sido en Madrid, después de encerrar a su hija. Cuatro años de separación la habían ido acostumbrando a vivir lejos de ella con sosiego.

Cumplido este importante negocio, a París con la doncella, con la de marras. Un mes pasó allí. ¿Qué hizo? Contra su costumbre, está poco explícita la marquesa en este pasaje de sus Apuntes: acaso porque la materia no daba de sí para cosa mejor; quizás por todo lo contrario. De todas maneras, es de extrañar este laconismo de nuestra heroína, que sabe entretener la pluma en asuntos bien insignificantes, y no se muere la lengua cuando tiene que declarar faltas enormes. Pero en materia de escrúpulos, ¡hay tantas rarezas incomprensibles!

Quien pudiera sacarnos de la duda era su doncella; pero ni la conozco, ni existe, que yo sepa, la historia de su vida y milagros.

Lo único que hace saber terminantemente la marquesa, es que al acabarse mayo llegó Sagrario a París, según lo convenido entre ambas; que pasaron juntas quince días en aquella capital, «bien disfrutados» (textual), y

que se fueron después a Viena para reunirse con Leticia, según lo convenido también.

Y vean ustedes otra prueba que yo creo tener de que lo de París no sería cosa mayor, por lo mismo que se lo callaba la marquesa, en la despreocupación con que da cuenta, aunque no minuciosa, de todas las restantes aventuras de su viaje desde que se reunieron las tres amigas en la capital de Austria. Allí se pertrecharon, como quien dice, de nuevos alientos y propósitos, y de allí salieron para hacer una verdadera *\_razzia\_* por todo lo más cogolludo de la Europa elegante, unas veces juntas, otras separadas, según «las circunstancias y las necesidades»; pero siempre en cabal inteligencia, como divisiones aguerridas y bien disciplinadas de un mismo ejército. ¿Por qué fue Viena el punto de partida, y no París, verbigracia? ¿Por qué se reunieron las tres aventureras en aquella ciudad austriaca y no en esta francesa? La marquesa culpa de esta singularidad, que no la desagrado, a la caprichosa y siempre impenetrable Leticia.

El hecho es que de allí salieron, como pudieron haber salido de otro punto cualquiera, y que nunca como entonces pudo decirse con mayores visos de verdad, que por donde iban no dejaban *\_tít ere con cabeza\_*. Y yo creo que esto debe entenderse, siquiera en la mayor parte de las ocasiones, en el mejor de los sentidos; quiero decir, en él menos



candente de cuantos quepan en la malicia del lector . Porque, según parece, hubo grandes estragos donde no son de temer los de cierto género. Los machuchos cancilleres, los estirados diplomáticos, los ministros \_desposeídos\_, los grandes agitadores expatriados, todo lo más alto, en fin, y lo más serio de las notabilidades europeas que \_abrevaba\_ en lo selecto de las aguas de nuestro continente, sintió, en más o en menos, el influjo diabólico del paso de los tres astros errantes; y es sabido que si no volvieron a Madrid con una reata de celebridades de tal calibre por tiro de su carro triunfal, fue porque no se les puso en el moño la ocurrencia.

De la índole de estos estragos deduzco yo que sólo se trataba, por las causantes, de una ostentación o alarde de travesura, nada increíble en tres mujeres hermosas, sin el freno del escrúpulo y en lo mejor de la vida.

En Ems, ya muy avanzado el verano, se halló la marquesa con Pepe Guzmán. No le gustó el hallazgo cosa maldita.

--A mi paso por Francia--la dijo sin preámbulos--he visto a Luz.

--¡La has visto?--exclamó la marquesa sin poder disimular la impresión desagradable que éste súbito recuerdo de su hija la produjo en la conciencia.

--La he visto, sí. ¡Qué hermosa, qué angelical está

!... Me preguntó si  
sabía por dónde andabas; si estarías ya en Madrid;  
si te vería pronto  
yo...

--Y tú ¿qué la respondiste?

--Yo la respondí..., no lo recuerdo exactamente, po  
rque estaba oyendo  
desde allí el ruido de tus ligerezas imperdonables,  
y temía que Luz le  
oyera también...

--¿Es cierto que le has oído?

--¿Pues de qué le conocería, si no?

--¡Qué temeridades, Dios mío! ¿Por qué hará \_una\_ e  
stas cosas!--exclamó  
entonces la dama sinceramente espantada de su propi  
a labor. De pronto se  
trocó su espanto en ira, y lanzó a la faz de su ami  
go estas frases:

--¡Y pensar que yo no había nacido para eso!, ¡que  
estoy en ello porque  
a ello me han arrastrado contra mi voluntad, y que  
la única persona que  
me pide cuentas de mi caída sea la que más fuerte m  
e empujó para caer!

--¿Eso es un cargo para mí?

--Es un cargo para ti, porque no puede ser otra cos  
a cada grito que me  
arranca esta herida hecha por tu mano, y que no aca  
ba nunca de  
cicatrizarse.

--¡Ay de ti y de tu hija inocente el día en que esa  
herida no te duela!

--¿Qué quieres decirme, consejero de Satanás?

--Que no cabe avenencia entre tus inquietudes de madre cariñosa y tus...  
locuras de mujer mundana; y que tienes que decidirt  
e pronto por lo  
mejor, en la inteligencia de que ambas cosas dentro  
de ti no han de  
tardar en producir el mismo fruto que si te decidie  
ras por lo más malo.

--¿Qué fruto?

--El que más temes, Nica.... y el que acaso mereces  
por castigo.

--¡Por castigo!... ¡Y me lo dices con una frescura  
como si tú no le  
merecieras más ejemplar todavía!

--¿Quién sabe si le estoy sufriendo ya!

--¡Tú!

--¿Crees posible que suceda lo que temo sin que res  
ultemos castigados  
los dos?

--¡Siempre egoísta!... Vete, déjame en paz, y que s  
uceda lo que Dios  
quiera.

--Esto significa que te espanta la verdad, y me ale  
gro de ello.

--Di que me repugna en tus labios, y estarás en lo  
justo.

--Pero, al fin, siempre será verdad, y conviene que  
la reconozcas de vez  
en cuando.

\* \* \* \* \*

Y este fue el único tropiezo que halló la marquesa de Montálvez aquel verano en el ancho, florido y dilatado campo de sus travesuras y regocijos de buen tono.

En París se separó de sus dos amigas; hizo una visita a Luz en su refugio, y gran acopio en ella de excelentes propósitos de enmienda, que se le entibiaron mucho con los aires del amino hacia su casa; y entró en Madrid, en septiembre, tan tranquila y sosegada como si no hubiera roto un plato durante el verano ni en todos los días de su vida.

## VII

Desde aquí comienza un período que fue el más escabroso, si no el más largo, de los varios que tuvo la vida mundana de la marquesa de Montálvez. Según ella misma lo declara, tan escabroso fue, que él solo la daría para un libro entero, si se propusiera referir tan enorme catálogo de \_cosas\_. Pero da por sentado que el público madrileño conoce las más salientes de ellas y presume las restantes; y a esto se atiende para considerar ocioso un trabajo más desleído, por que valor y resolución la sobran para echar a la calle todas esas barreduras de su conciencia.

Yo podría suplir las omisiones, porque me es bien conocida la materia; pero esta conducta no sería galante ni acertada, por contravenir a aquel prudente acuerdo y caer en el peligro, que también teme la marquesa, de que resulte plato de estímulos insanos lo que debe resultar muy otra cosa. Aténgome, pues, al texto de los Apuntes, confirmación exactísima de los rumores de la fama, y aun eso sólo he de darlo en extracto para llegar cuanto antes a la narración de otros sucesos harto más dignos de la atención de los lectores.

Se cansó muy pronto de las fiestas caras y ruidosas que daba en su casa. En su temple de jamona fresca, con su aprovechada experiencia, su buen gusto y claro ingenio, necesitaba algo de más jugo, de más substancia que aquella insípida y continua exposición de mujeres frívolas y de hombres mentecatos, cargados de perifollos; fiestas en las que, tras de costarla un sentido, todos se divertían menos ella. En fin, que echó la gente a la calle y dio por terminadas las reuniones de fausto en sus salones.

Para llevar a cabo sus nuevos planes, eligió lo que había de aprovechar entre lo arrojado de su casa y lo que conocía de lo de fuera; después autorizó a los escogidos para que escogieran a su vez, sin pararse en pelillos de linaje: podían espigar en varios campos, en todos los que se dieran ingenios bien educados, des

de la presidencia del  
Consejo de ministros, hasta el humilde rincón de la  
obscura gacetilla.  
Que no se reparara en edades ni en estampas: viejos  
y mozos, altos y  
bajos; todo servía, con tal de no carecer de ingeni  
o ni de desparpajo;  
\_tupé\_, que dicen otros. Para todos habría que hace  
r allí.

De mujeres (éstas eran de elección suya exclusivame  
nte), pocas y malas;  
quiero decir, de buen pico y mejores tragaderas.

Y así se fue haciendo.

Cuando le anunciaban un presentado, preguntaba ella  
al presentante:

--¿Vale?

Respondíanla que sí.

--Pues que venga.

Y \_valer\_, en aquellas ocasiones, significaba ser c  
ualquier cosa, menos  
hombre indigestamente grave, corto de genio, feo si  
n gracia, ignorante  
sin osadía, galán ruboroso..., y así por el estilo;  
porque allí, hasta  
el saber macizo y serio había de derramarse en dosi  
s muy concentradas y  
con mucha sal y pimienta: todo menos la pesadez y l  
a petulancia. Y  
\_valiendo\_, todo era lícito con tal de estar \_bien  
hecho\_; la grosería  
en las formas estaba igualmente proscrita. En el pe  
nsamiento, no tanto.

Dicen los que lo conocieron, que \_aquello\_ tuvo que  
oír... y que ver; y

lo llamo \_aquellos\_, porque no sé qué nombre darle.  
La marquesa, por  
llamarlo de algún modo, lo llamaba \_tés íntimos\_; p  
ero es lo cierto que  
aunque todas las noches del invierno, ya muy cerca  
de la madrugada,  
había ese \_té\_ en su casa, \_aquellos\_ no tenía horas  
fijas ni aspectos  
determinados, y chisporroteaba de mil modos: entre  
pocos, entre muchos,  
en tertulia plena, con media docena de \_ellos\_ conv  
idados a comer, o con  
otros tantos al humor de la chimenea a cualquier ho  
ra de la tarde. Más  
que té, era al modo de sierpe de muchas cabezas que  
alcanzaba con la  
punta de la cola a muchas cosas y a muchas partes..  
., hasta las casas de  
Leticia y de Sagrario. Porque estas dos criaturas d  
e tan buen estómago,  
en cuanto lo cataron en la de la marquesa pidieron  
el turno  
correspondiente; y no era cosa de que las desairara  
n aquellos hombres  
tan corteses y campechanos de suyo.

Como en estas reuniones de imponderable confianza s  
e vivía en perpetuo  
comercio de malas intenciones, de malicias y de tra  
vesuras de lenguaje,  
el natural ingenio de la marquesa adquirió gran des  
arrollo, y su bien  
acreditado humorismo se empapó en nuevos y más \_pic  
antes\_ jugos. Llegó a  
tener \_frases felices\_ y a pintarse sola para cruci  
ficar en una  
semblanza a un prójimo desventurado, o para hacer e  
n otro marca  
indeleble con un dicho que repetía después \_todo Ma  
drid\_. De aquella  
fábrica salieron tantos y tantos que aún continúan  
siendo famosos entre

las gentes encogolladas, vagabundos de levita y estu-  
diantes  
desaplicados.

Por entonces comenzó a llamársela \_la Montálvez\_, l-  
laneza que acreditaba  
su bien adquirida popularidad, como en otro tiempo  
la había acreditado,  
entre la juventud de rechupete, otra llaneza, algo  
más fina y culta:  
\_Nica Montálvez\_. Lo cierto es que Madrid se llenó  
de \_cosas\_ de \_la  
Montálvez\_, y que hasta las que rodaban por tertuli-  
as y cafés sin madre  
conocida, se le atribuían a ella. Privilegio de las  
popularidades bien  
fundadas.

Su casa, por las gentes que la frecuentaban, llegó  
a ser registro exacto  
de los secretos pecaminosos, hazañas y picardías de  
\_todo Madrid\_: allí  
se conocía la clave de los misterios, chicos y gran-  
des, de la política  
fullera, y el hilo de muchas marañas inexplicables  
de la Hacienda  
pública; había palancas para remover obstáculos que  
las gentes \_legas\_  
conceptuaban irremovibles, y el don de muchos prodi-  
gios de fortuna en  
todas las carreras del Estado, que dejan atónito y  
confuso al vulgo  
sencilote.

Los maldicientes que se creían mejor informados, re-  
ferían de \_las tres  
Gracias\_ verdaderas enormidades en los corrillos de  
l público voraz. \_Las  
tres Gracias\_, y por añadidura \_en conserva\_, eran  
las tres \_viudas  
verdes\_: en una palabra, \_la Montálvez\_ y sus dos a-  
migas Leticia y



Sagrario. De cada una de ellas se contaban anécdotas que ardían; caprichos libidinosos que traían su filiación de la Roma corrompida de los Césares.

No niega fundamento la Montálvez a estos rumores, pero se sacude violentamente de ciertos hechos; y quiere que conste que todos los comprobables de aquel calibre pertenecen a Leticia y a Sagrario. La misma salvedad hace con respecto a los dichos. De éstos, unos eran referentes a personas y otros a cosas; unos, al modo de dictámenes; otros, al de motes y semblanzas; los había cruelmente ingeniosos, y los había también indecentes. Se atribuye gran parte de los primeros; pero rechaza hasta con asco la propiedad de los segundos.

Y la creo, no solamente por el valor con que se acusa de otras cosas bien graves, sino porque había en su naturaleza un componente pudoroso que la impedía ser grosera: y hasta como pecadora, lo fue sin el aguijón del apetito; y por eso quiere que se la tache por lujo de pecar, pero no por lujosa en el pecado. Lo primero no edifica, seguramente; pero tampoco degrada ni corrompe tanto como lo segundo.

Por ese lado se explica también que, entre las tres cómplices de estas fechorías, fuera ella la que se cansó primero, o, mejor dicho, la única que se cansó; porque las otras dos no se cansaron pizca: al contrario, deshecha la mancomunidad que sostenía a las tres en

cierto orden de equilibrio, cayeron Sagrario y Leticia, por su propio peso, despeñadas hasta lo más hondo, aunque cada cual a su manera: Sagrario fue siempre la mujer de los caprichos estrepitosos; Leticia el modelo de las caprichosas solapadas y de las amigas temibles. Se la atribuían hasta perfidias de tan mala casta, que rayaban en crueldades. Serían o no serían ciertas: la marquesa cree que sí, porque tuvo grandes y especiales motivos para no dudarlo.

Como tampoco duda, antes confirma terminantemente, lo que ya sabíamos por Manolo Casa-Vieja: que era muy avara; pero, según la marquesa, avara de la peor especie: tenía el vicio del trapicheo, y media docena de \_comadres\_ negociando de su cuenta, por las casas de vecindad, sus vestidos de desecho y hasta los trastos de la cocina. En este bajo comercio era tramposa y desleal; y se desvivía y aguzaba el ingenio por el gusto de robar media peseta a una chula en un dije de similor. Creíase que eran muy mal adquiridas muchas cosas de mérito que se admiraban en su casa, particularmente obras de arte; y maravillaba el lujo de raterías que se daba por empleado para apoderarse de ellas. ¡Y esta mujer tenía un caudal enorme y era espléndida en sus gastos! Hay muchas almas de alquimia que tienen roñas así.

Volviendo a la marquesa, digo que ese azaroso tramo de su vida pecadora duró seis años.

Guzmán, que era por entonces un señor bastante gordo y entrecano, pero siempre de \_gran ver\_, iba poco, muy poco, por la casa de su amiga; y cuando iba, era para reprenderla.

--Te empeñas en que te oiga--la dijo más de una vez --, y al fin te oirá.  
Y aunque no llegue a oírte, por el rastro que va dejando aquí la vida que haces, tendrá que conocerla.

--Es el último estruendo de ella--respondía la pecadora sonriendo--. No lo dudes: estoy preparándome para ser juiciosa.

De tarde en cuando desaparecía por una temporadita para visitar a Luz.  
Dos veces la trajo a Madrid durante aquellos seis años, pero por muy pocos días; y entonces fue su casa un modelo de sosiego y de buen orden.  
Se la presentaba a sus amigas menos temibles, y la llevaba consigo a algunos sitios de recreo.

Entre la primera y la segunda venida a España dio Luz un \_estirón\_ que sorprendió mucho a su madre. La encontró hecha una mozuela que \_se salía\_ de sus angostos hábitos de colegiala. Se lo hicieron notar también sus amigas de Madrid; y la dijeron que era un pecado mortal no vestirla ya «de señorita» y no sacarla del encierro donde no parecía bien.

La marquesa comprendía demasiado que sus amigos tenían razón; pero ella las tenía también muy respetables para echar por ot

ros caminos  
diferentes; y por eso llevó a Luz a Francia otra vez, donde nunca había estado como verdadera colegiala.

Desde este viaje es cuando apareció la Montálvez notablemente transformada.

Con disculpas bien buscadas, fue disolviendo sus \_tés íntimos\_ y sus tertulias \_verdes\_, y escatimando su asistencia a las de sus amigas. No por ello se hizo huraña ni melancólica; pero sí muy escogida en las personas para el trato continuo, y muy sobria en los recreos de puertas afuera.

Rebasaba ya bastante de los cuarenta años: había dado de repente el \_bajón\_ de que no se libra bicho viviente, por mucho que se emperejile y se \_defienda\_; y a este fracaso se atribuyó la retirada, creyendo que la Montálvez se apresuraba a dejar el mundo antes que el mundo la dejara a ella.

No era cierta la suposición ni bien fundado el motivo. A la marquesa le quedaba todavía un otoño muy agradable que explotar, si hubiera querido apurar las cosechas hasta la vendimia inclusive. Contaba aún con muchos, con muchísimos golosos; porque más varios que las estaciones de la vida son los gustos de los hombres viciosos y desarreglados. Dijéranlo, si no, sus compañeras de glorias y fatigas mundanas, S agrario y Leticia: más invernizas y deshojadas que ella iban poniéndos

e, miradas a buena luz, y aún triunfaban y lucían y se consideraban a lo mejor del camino, soñando, porque volvían la espalda al invierno que las espantaba, que corrían hacia la primavera.

No se fundaba, pues, la resolución de la Montálvez en aquel fracaso de su belleza, aun que coincidió con él.

Ya se sabe que no estaba formada del peor de los barro posibles; que no entraba el vicio como verdadera necesidad en su naturaleza, y que, aunque la divertía ser viciosa, no la \_llenaba\_. Desde que nació su hija, luchaban en ella dos pasiones que se aborrecían como el perro y el gato, una buena y otra mala: la de madre escrupulosa y amante, y la de mujer de mundo, alegre y despreocupada. Mientras la hija estuvo en edad de vivir escondida, la madre pudo entregarse de lleno a sus placeres mundanos; pero llegada la hora de traer a Luz a su lado, tenía que decidirse por el gato o por el perro; y esa hora llegó, y la madre escrupulosa triunfó sin lucha de la mujer liviana. Ciertamente que Luz estuvo en el escondrijo dos años más de lo justo; cierto que el momento de decidirse la madre ocurrió en aquella crisis de su edad y después de un hartazgo de desórdenes que bien pudiera tomarse por el hartazgo de Marta; cierto es igualmente que en estas \_coincidencias\_ hay base sobrada, tomando las cosas en su primer aspecto, para la suposición de las gentes; pero es la pura verdad también lo que y

o afirmo con el  
testimonio de la marquesa misma, y a esta opinión ha  
y que atenerse.

Puede haber quien pregunte: «Y si el momento de decidirse hubiera  
ocurrido cuando tenía la marquesa seis años menos,  
¿por cuál de las dos  
pasiones se habría decidido?»

Paréceme la pregunta un exceso de curiosidad y un l  
ujo de mala fe; pero  
conste que yo me inclino a lo más favorable para aquella dama, cuyo  
desmedido amor a su hija daba para ello y otro tanto más.

Volviendo a lo que importa y dejándonos de escarbar  
tan adentro, porque,  
si a eso fuéramos, sabe Dios qué cosas se hallarían  
en el alma de muchos  
que creen tenerla como los ampos de la nieve, digo  
que la transformación  
de la marquesa después de llevar a Francia por última vez a su hija fue  
tan de veras, que no se contentó con deshacer sus tertulias y despejar  
la casa de gentes nocivas a la buena moral, sino que, en cuanto la puso  
en orden, se consagró a orearla y a limpiarla de todo rastro de  
impurezas. Hasta de sus propios resabios trataba de sacudirse, se le  
figuraba que de sus fechorías más recientes le quedaban algunos en el  
estilo, y temía que por aquellas espumas se descubrieran, las pasadas  
tempestades. ¡Mujer más singular!

Estos preparativos duraron cerca de dos años, y aun con este paréntesis  
no se creía bastante alejada de sus últimas locuras

para no temer que,  
cuando menos lo pensara, se le prendiera alguna en  
el vestido.

Durante este tiempo hizo una visita a Luz. ¡Cómo iba  
a completándose  
aquella criatura! ¡Con qué amor iba la naturaleza f  
ormando a la mujer  
sobre la armadura de la niña!

A Guzmán le gustaba mucho ver a la marquesa tan afa  
nada en aquel esmero  
de policía doméstica.

--¿Te parece bastante?--solía preguntarle ella.

--Todavía no--respondíala él.

Y en eso estaban.

Un día, después de hacerle ella la misma pregunta,  
se quedó Guzmán  
pensando mucho la respuesta.

--Voy sospechando--le dijo la marquesa--que nunca t  
e ha de parecer esta  
casa bastante purificada.

--¿Por qué?

--Porque eres hombre de buen olfato; y mientras est  
és tú en ella,  
siempre has de hallar tufo de peste. Es el único qu  
e anda ya por aquí...  
en cuanto tú vienes.

Sonriose Guzmán y respondió, poniéndose el sombrero  
para marcharse:

--Puede que tengas razón... Vete, vete cuanto antes  
por ella.

Y muy pocos días después salió de Madrid la marquesa para traer de Francia a su hija.

## VIII

Luz tenía diez y ocho años cuando su madre se decidió a sacarla para siempre de su escondrijo. A ésta le remordía algo la conciencia, por parecerle demasiado larga la prisión; a la prisionera le daba lo mismo irse que quedarse, si es que no prefería aquella vida de invernadero en que se había desarrollado, a las intemperies de un mundo que desconocía.

Grandes fueron los temores y sobresaltos de la marquesa, como ya se dijo, cuando por primera vez tomó en sus brazos a su hija; pero fueron mucho más grandes al trasponer las puertas de su encierro con ella, ya mujer, y mujer que parecía modelada en la mente de un escultor enamorado. Tan singular era su belleza. De niña la conocimos recibiendo las caricias de Guzmán; y también sabe el lector, bajo la fe de nuestra palabra, que tres años después todo había crecido en ella con prodigioso equilibrio: lo físico y lo moral, las perfecciones del cuerpo y las del alma. Pues a los diez y ocho era eso mismo, en las debidas proporciones.

Vida de invernadero hemos llamado a la suya, y es la verdad en casi todo



el rigor de la frase: como lo es también que marque sa, atenta sólo a lograr determinados fines, acertó sin proponérselo, dando a aquella excepcional naturaleza el único medio en que podía desenvolverse sin deformarse. No a todas las plantas conviene el cultivo al aire libre y a cielo abierto. En lo humano, era Luz una de estas plantas. No es de extrañar que al salir de su estufa sintiera la impresión de otro ambiente más frío, y que esta impresión no le fuera agradable.

Hay que decir algo sobre la realidad envuelta en estos simbolismos de jardinería, para que el lector no extravíe su juicio sobre el carácter que debe conocer a fondo entre la hojarasca de las imágenes. Hablábamos del mundo al cual iba Luz a salir de pronto y por primera vez, y casi aseguraba yo que esta salida no era muy de su gusto, o, cuando menos, que no la necesitaba...--Y, entre paréntesis, quiero que valga este ejemplo, que es el que hallo más a mano, por otros cien que pudieran citarse para pintar el modo de ser de la hija de la marquesa de Montálvez en la ocasión de que se trata.--Por razones que se conocen, la habían dicho cómo era el mundo que a ella le convenía imaginar, no el que en realidad le estaba destinado: un mundo que no era bueno, aunque no tan malo como el que le ocultaban; pero, al cabo, era un mundo práctico, con sus hombres y sus mujeres, y sus cuentas abajo y sus cuentas arriba; el mismo que ella veía por los resq

uicios de su encierro, y en las historias que aprendía para instruirse, y en los pocos libros de imaginación que se le daban para entretenerse. Y todo esto sería verdad, pero le gustaba muy poco; no por que adoleciera de sensiblerías románticas, sino por razones bien opuestas: por obra de aquel equilibrio prodigioso que existía entre todos los elementos que la constituían, de cuerpo y de alma.

En aquel conjunto todo era paz, armonía y sosiego, y cabía el sentimiento de todo; pero no la pasión por nada sin el concurso de un agente perturbador que rompiera el equilibrio; el cual agente había de venir de afuera, porque dentro no había lugar para él. En otra criatura formada de distinto barro, el cultivo artificial o de invernadero, como hemos llamado al de Luz, hubiera producido contrarios efectos, porque en lo común de la naturaleza humana, las veladuras sobre los ojos son alicientes de los deseos y despertadores de la curiosidad; pero en una pasta tan dúctil y placentera como la de aquella niña, el artificio de su educación moral contribuyó grandemente a la perfección casi mecánica de la mujer; mecánica en cuanto a la estructura, digámoslo así, a la trabazón de las piezas componentes de su ser moral, no en cuanto a las funciones del conjunto, que éstas ya dependían de la pasta fundamental, del temple nobilísimo del alma, obra de un Artífice más alto.

Quiero decir, antes que nos extraviemos entre sutiles metafísicas, que aún me parecen más inextricables que los laberintos de la botánica, que Luz, con su equilibrio de agentes íntimos, no era un reló que \_andaba bien\_, ni una soñadora que bebía vinagre y suspiraba por «el reposo de la tumba», sino una mujer de carne y hueso, con muy pocas ambiciones y muy apaciguados deseos; porque había en los ojos de su imaginación unas lentes que le presentaban los objetos exteriores con un colorido sumamente dulce y a una luz suave y tranquila, como la de un crepúsculo de otoño. Habituada a este modo de ver, no es de extrañar que la repugnaran los colores vivos y todo linaje de desentonos y de aberraciones, lo mismo en el orden físico que en el orden moral. Y así era lo cierto. Esto no impedía que Luz estuviera dispuesta a tomar lo que la dieran; pero, autorizada para elegir, muy pocas veces se decidiría al gusto de las mujeres de su edad.

Apurando el ejemplo que tenemos entre manos, he de añadir que esto del mundo del que tanto se la hablaba y que ella hubiera adivinado aunque nada le hubieran dicho, porque la humana naturaleza es una parlanchina que todo lo descubre, y, más o menos recio, habla a la imaginación, aunque se la pongan candados en la lengua y se la confine a las soledades de un desierto; que esto del mundo, repito, la dio bastante que pensar desde que traspuso las fronteras de la niñez y entró con

paso más firme y con doblados alientos de vida y con mayores fuerzas de visión, en los términos de la juventud.

¿De qué la servía, si no todo, la mayor parte del mundo que iba columbrando, y además le descubrían en libros y en advertencias de palabra?... De maldita de Dios la cosa para las especiales ambiciones que la dominaban y las cortas necesidades que sentía. Sí a ella la hubieran dicho: «Forma uno a tu gusto y para tu exclusivo recreo, donde vivas en cuanto salgas de aquí», ¡qué cosa tan distinta de lo que le esperaba hubiera construido!

Por de pronto, nada de multitudes humanas, ni de ruidos incómodos, ni de hacinamientos de casas formando calles sombrías y angostas; nada de ceremoniales mentirosos para cultivar amistades que no se necesitan entre personas que no se pueden ver; ni de espectáculos públicos, en los cuales se exhiben las gentes embanastadas de medio abajo, y en ringleras, como muñecos de escaparate; nada de sonrisas forzadas, ni de saludos maquinales, ni de corsés muy apretados; nada, en fin, de ese cúmulo de esclavitudes y de molestias en que viven las gentes «bien educadas», cuando se dice de ellas que hacen una vida regalona. Luz se hubiera contentado con muchísimo menos: con un pedacito del mundo, precisamente de la parte de él más desdeñada de las gentes mundanas; algo así como cuadro de primavera campestre: praderas rozagantes,

copudos robles, matas de rosales, senderos blandos y retorcidos entre los árboles y los rosales y las praderas; un sol cernido a través de las espesuras; fuertes contrastes de luz y sombra; rumor de brisas en el follaje y de aguas fugitivas entre márgenes de madre selvas y laureles bravíos; pájaros cantadores, y en lo alto, pero no lejos del río, sobre una base de roca blanquecina medio envuelta entre carrascas, hiedras y escaramujos, una casita, no como la choza rústica y grosera de los idilios, no tanto: podía ser un \_chalet\_ muy cómodo y muy lindo, hasta con su salita de estudio y un buen piano en ella, y un terradillo desde el cual se descubriera una gran parte del panorama y se entrara en tentaciones de recorrer lo que no se veía...

La segunda vez que se asomó Luz con los ojos de su imaginación a esta azotea (porque este cuadro primaveral no fue obra de un acaso ni contemplado un día solamente), descubrió, ¡extraño suceso!, al alcance perfecto de su vista, junto a un árbol de los más próximos al río, una \_figura\_ que ella no había puesto allí. Se atrevía a jurarlo. Era la de un hombre en lo más verde y lozano de la juventud: gallardo de cuerpo y hermoso de cara; poco bigote todavía, pero muy negro, como los ojos y como el pelo, suelto y abundante; muy bien ataviado, pero no compuesto.

¿Debía Luz borrar aquella figura del cuadro, solamente por no ser obra suya? Fueran cuales fuesen su procedencia y su dest

ino, el detalle  
inesperado \_componía\_ muy bien donde estaba; y \_componiendo\_ bien, no debía borrarse. Además, aquellos fondos, aunque bellos, eran demasiado para una mujer sola. Podía llegar a sentirse allí hasta el miedo, porque la soledad es imponente, por hermosa que sea; y aunque no se llegue al miedo, las impresiones recibidas en la contemplación de lo bello no se completan si no son comunicadas con alguien; y hasta se daba el caso entonces de que aquel mancebo, por la expresión de su mirada intensa, la dulzura de su sonrisa y lo varonil de su persona, parecía la encarnación del sentimiento, de la bondad y de la fortaleza; como que metida ya Luz de plano en estas fantasías hasta se le antojó (salvando la irreverencia que creía cometer en la comparación) que el tal mancebo podía pasar, donde estaba, por algo así como arcángel guardador del misterioso paraíso. ¡Si \_compondría\_ bien la figurita en el punto del cuadro en que había aparecido «de repente»!

A la tercera vez que se asomó Luz a la azotea, también vio al mancebo en el mismo sitio; pero ya no se contentaba, para dar entretenimiento a sus miradas, con el lujo de la naturaleza que le envolvía; también la miraba a ella, a Luz, y aun con mejores ojos que a las bellezas inanimadas del paraíso; y como el mancebo era, en opinión de Luz, «el sentimiento de la bondad y la fortaleza», y hasta «el arcángel guardador» de todo aquello, que ya era «de los dos», Luz bajó del terrado, sin

miedo y sin  
escrúpulos, y el mancebo la salió al encuentro; y ella apoyó su brazo en  
el brazo que le presentó él, y se fueron juntos por el sendero adelante;  
y mientras andaban así, a Luz le parecía más radiante la del sol y que  
eran más olorosas las flores y más blandos los senderos; los ruidos más  
armoniosos, el ambiente más saludable y los pajarillos más alegres.  
Después, en la soledad de su casita, todo lo hallaba más cómodo y  
risueño; y al poner sus manos sobre el teclado del piano, le arrancaba  
del fondo notas de una vibración como jamás había arrancado de aquellas  
fibras de acero.

Pues bien: algo así, con este cuadro primaveral por base, podía ser la  
vida de una mujer como Luz, si la dijeran: «Escoge un mundo a tu gusto  
para ti sola, o para los dos a lo sumo». No pediría ella otra cosa. Y,  
sin embargo, se guardaría muy bien de descubrir estos deseos en medio de  
las realidades de su vida, porque estaba cierta de que habían de ser  
calificados de locura.

Pero, locura o no, soñó largo tiempo con el cuadro, no sé, ni ella lo  
supo, si despierta o dormida; y de tanto soñar con él, llegó a salir del  
colegio con grandes dudas de si aquellos fondos de la naturaleza y aquel  
mancebo guardador del paraíso de sus sueños, que tan conocidos le eran  
ya, los había visto ella en alguna parte.

No sé si el lector habrá comprendido bien todo cuan

to llevo dicho, o si  
yo no habré sabido explicarme, para llegar a conocer el fondo del  
carácter de Luz; pero seguro estoy de que, por muy mal que me haya  
salido la tarea, se puede sacar de ella todo lo que se necesita para  
convenir conmigo en que la marquesa de Montálvez no tenía motivos para  
alarmarse al presentar en el mundo a su hija, hecha una mujer, por el  
lado de sus pensamientos y naturales inclinaciones. Y no se alarmaba por  
lo tocante a este lado. Pero por el otro, es decir, por el de su  
belleza, ¿cómo evitar los riesgos que temía? ¿Qué más daba que ella se  
fuera sola hacia el cenagal, o que el cenagal la buscara a ella, si lo  
importante era que el uno y la otra se pusieran en contacto inmediato?  
Pensar en recluirla de nuevo, tenía-lo hasta por inhumano, además de  
ridículo. Era de necesidad, no solamente «echarla al mundo», sino  
también lucirla en él. Y en este caso, ¿cómo impedir que aquella  
gentileza de Venus púdica, o mejor dicho, aquella realzada idealidad de  
virgen cristiana, atrajera sobre sí todas las voracidades de los  
hombres descorazonados y todos los venenos de las mujeres envidiosas, y  
que fuera esta lepra inficionando poco a poco a la inocente? ¿Cómo  
evitar, cuando menos, que con el continuado roce con tantas y tan  
diversas intenciones se destruyera el artificio y quedaran de manifiesto  
a los ojos de Luz las negras realidades que la marquesa le escondía  
hasta dentro de su misma casa?



Los temores de la madre no podían ser más fundados;  
pero había que  
cerrar los ojos y seguir adelante. Y adelante fue.

Luz hizo su entrada en el mundo con la serenidad de  
quien nada teme en  
una región que no le interesa. Todo cuanto iba vien  
do le parecía natural  
y corriente, porque cuando allí lo ponían, allí deb  
ería de estar. Tomaba  
las cosas en el valor que a sus ojos tenían, y a es  
e precio las pagaba;  
y como le sobraba en discreción mucho más de lo que  
le faltaba en  
experiencia, siempre salía muy airoso en estos trat  
os de su forzado  
comercio con las frivolidades mundanas.

A más de por hermosa en el grado especial en que lo  
era, por la historia  
que tenía, fue su aparición en los salones mucho má  
s notada que otras  
semejantes: la mordieron las envidiosas con la saña  
de las grandes  
ocasiones; la compadecieron a gritos las pecadoras  
en secreto; los  
hombres la tuvieron quince días \_sobre el tapete\_ e  
n sus debates  
\_naturalistas\_, y los revisteros de salones soltaro  
n toda la trompetería  
más sonora de sus órganos, en honra y gloria de la  
recién llegada al  
único mundo en que, según ellos, se podía vivir deb  
ajo de la luna.  
\_Aljófar\_, que todavía cantaba porque aún tenía est  
ómagó insaciable que  
se lo exigía, entonó en letras de molde una \_silva\_  
de media vara, en  
que hubo más juegos de luz que en un «cuadro disolv  
ente». Ni de las  
murmuraciones a escondidas ni de las alabanzas en p

úblico, tuvo noticias  
Luz; porque las primeras no se oían, y cuidó mucho  
su madre de ocultar  
las segundas con el sabio propósito de que desconoc  
iera su hija,  
mientras esto fuera posible, aquella mala costumbre  
de poner a las  
gentes en ridículo queriendo hacerlas un favor.

Tomando por pretexto las pocas aficiones de la novi  
cia a los estruendos  
mundanos, la marquesa se guardaba muy bien de empuj  
arla hacia ellos;  
antes, la mantenía discretamente en sus inclinacion  
es al sosiego, y  
hasta las explotaba en cuanto la convenía para sus  
fines particulares.

Por ejemplo: Luz seguía fuera del colegio las práct  
icas cristianas a que  
se había acostumbrado en él. Iba a la iglesia a men  
udo y tenía sus rezos  
en casa. Pues a todos estos actos piadosos la acomp  
añaba su madre. Algo  
la mordían sus amigas, y con gran donaire se sacudí  
a ella de las zumbas;  
pero seguía yendo a la iglesia y rezando con su hij  
a, muy a su placer.

Con todo esto y lo que ya se ha dicho en el capítul  
o precedente sobre  
oreos y desinfecciones, que continuaban en la neces  
aria medida, la casa  
de la marquesa, sin dejar ésta de ser la dama de di  
stinguido y ameno  
trato, no era conocida ya. Aquellos profanados inte  
riores de la  
Montálvez habían adquirido el honrado aspecto de un  
\_hogar de familia\_.

Algo retrasadas andaban estas medidas de regeneraci  
ón; pero nunca es

demasiado tarde para abrir a Dios la puerta de casa  
, después de haber  
barrido de ella al demonio.

Guzmán, que era ya Excelentísimo señor don José Celestino, senador del  
reino, columna del partido conservador, consejero de  
Estado, embajador  
probable, ministro posible y todo lo que quisiera,  
si lo quería con gran  
empeño, pasaba la pena negra desde que Luz había llegado a Madrid.  
Temblaba por ella, y a su lado se hubiera puesto para  
ampararla de día y  
de noche contra los peligros en que veía el tesoro  
de candor que se  
encerraba en aquel estuche primoroso; pero no alcanzaban sus derechos a  
donde llegaban sus impulsos. Era hartosabida en Madrid la leyenda de la  
\_semejanza\_, con todos sus antecedentes, y hubiera  
sido una profanación  
inícuasometer aquel ángel a nuevas comparaciones y  
nuevos comentarios  
del público mordaz. Por eso se creía más obligado a  
alejarse de ella  
cuanto mayores eran sus deseos de acercarse. La admiraba y la protegía a  
\_prudente\_ distancia; pero esta prudencia se parecía  
a demasiado en sus  
tramites al desvío de un extraño, y él no podía conformarse con tan  
poco.

Ya sabemos que había vuelto a frecuentar la casa de la marquesa desde  
que se andaba en ella a escobazos con el diablo. En una de sus visitas,  
estando ya la desterrada joven en Madrid, halló a su amiga muy alarmada.  
Luz sabía desde muy niña que su madre era viuda, y de quién lo era y

desde cuándo; pero en lo que jamás había dado, dio en las primeras conversaciones que tuvo con su madre, recién llegada a las dos de Francia: en pedirla noticias y pormenores íntimos de «su padre».

¡Figúrese el lector en qué aprietos no se vería la aristocrática viuda de don Mauricio Ibáñez para salir limpia y sin manchar a nadie, de aquel nuevo lodazal en que la arrojaba de pronto el natural deseo de su hija!

Salió bastante mejor que hubiera salido otra pecadora con menos ingenio y serenidad que ella; pero salió muy dolorida y alarmada.

Refirió el caso a Guzmán, muy en voz baja y después de registrar hasta los rincones, temiendo que la oyeran, y también culpó a su amigo de este nuevo fruto de su vida de iniquidades y contubernios.

--No es ya hora--la dijo Guzmán--de liquidar esas cuentas tan envejecidas. Tomemos el caso como una advertencia más del cielo que se necesita aquí para que no descubra Luz lo que jamás debe serle conocido, y eso nos baste, que no es poco en gracia de Dios.

El bien de tu hija debe ser el móvil de todos tus actos y pensamientos. Yo te ayudaré con los míos, en cuanto me sea posible y lícito, a la distancia a que me hallo de vosotras. Olvido absoluto de todo lo demás ..., hasta en sueños, si dable nos fuera; y desde este instante no se pronuncie una sola palabra entre nosotros que no pueda ser oída de Luz sin asombro de su

ignorancia y de su inocencia; porque fuera caso peregrino que lo que tratas de ocultarla entre las desenvolturas de las gentes extrañas, se lo descubrieran en su propio hogar tus mismas imprudencias.

A la marquesa le pareció muy cuerdo el dictamen de Guzmán, y desde aquel día se acabó entre ambos el tratamiento llano de sus intimidades; quedó proscrita toda alusión a lo pasado, y no fue en la casa de Luz ni fuera de ella el antiguo amante de la hermosa Nica Montálvez, más que un amigo muy afectuoso y atento de la ajamónada viuda del arruinado banquero don Mauricio Ibáñez.

## IX

La marquesa había dicho a su médico que probablemente necesitaría tomar, durante el verano que se acercaba, algunas aguas sulfurosas y quizás también algunos baños de mar; pero «caserito todo ello, y a lo pobre». Quería dar a entender que en puntos de poco ruido aristocrático y en España. En seguida expuso las razones en que se fundaba para creer de necesidad lo que decía (fundamentos que bien pudieran haber sido inventados por ella). El amable doctor, después de escucharla atentamente, la respondió muy risueño que estaba enteramente conforme con su parecer. Entonces añadió la marquesa que ell

a sabía de una  
provincia española donde se hallaban ambos remedios  
, y a muy corta  
distancia el uno del otro.

--Pues a esa provincia--repuso el complaciente médico--. Tome usted muy  
poco de lo sulfuroso y cuanto pueda resistir de lo  
del mar; y si Luz no  
tiene miedo a las olas, que se columpie en ellas ta  
mbién siempre que le  
dé la gana, pues hasta en naturalezas tan saludable  
s como la suya  
sientan esos tónicos a maravilla.

Y por estas razones, con alguna más que ella conoce  
ría, y que bien  
pueden sospecharse sabiendo su nuevo modo de pensar  
sobre las vanidades  
de su mundo, se hallaba la marquesa de Montálvez co  
n su hija, en el  
rigor de aquel verano, tomando los baños de mar en  
una de las playas más  
hermosas, aunque no la más nombrada, de la Penínsul  
a.

Se encontraba muy bien allí. La concurrencia era ab  
undante, pero no de  
\_primer lustre\_. Precisamente lo que la marquesa qu  
ería. Gentes de buen  
pelaje: de tierra adentro las más, pero sin llegar  
a Madrid. Como no  
había etiquetas, aunque si mucha presunción, entre  
los bañistas, la  
marquesa vivía entre ellos con la mayor holgura, ca  
si en traje  
doméstico; y no suprimía el casi, porque no se toma  
ra su desaliño a  
desdén de gran señora. El aire de la playa, el rumo  
r de las olas, la  
inquietud de la mar, el abrupto perfil de la costa,  
las puestas del sol

entre celajes de fuego y sumergiéndose el astro y a pagando su luz poco a poco en lo último de aquellas aguas sin fin... Cien veces lo había tenido delante de los ojos en otras playas de Europa, y no lo había visto hasta entonces. ¡Qué saludable y qué hermoso le parecía!

Creían hacerla un gran favor aquellos cortesés bañistas cuando la invitaban a las fiestas con que entretenían los ociosos de la temporada; y no podían imaginarse hasta qué extremo la molestaban poniéndola en el deber de aceptarlo todo. ¡Fiestas a ella, que venía huyendo de las que le habían envejecido el espíritu a lo mejor de la vida!

Pero no se trataba de ella sola: se trataba de Luz, a quien indirecta, pero principalmente, iban enderezadas las invitaciones, y era muy justo no desairarlas, así por la buena intención de los invitados, como por lo inofensivo de lo brindado. Podía la hermosa novicia hasta saturarse de ello sin temor de daño alguno.

Lo peor era que Luz no lo apetecía mucho más que su madre. Habían hecho que lo tomara casi en aborrecimiento las intemperancias galantes de aquellos donceles que la miraban, que la seguían y que la requebraban implacables, y de aquellas damas que buscaban su trato incesantemente para alabarla cuando hablaban con ella, para ponerle a defectos las más, en cuanto se alejaban un poco, y para imitarla todas, al fin, hasta en

el modo de andar.

Pero lo que su madre le decía: «estás aquí, y en la edad de divertirte, y tienes hasta que hacer que te diviertes con lo que aquí se divierten los demás». Y Luz lo aceptaba todo con el mejor de los deseos, y en todas partes aparentaba divertirse mucho, aunque en realidad se divirtiera muy pocas veces. Sin embargo, tampoco se aburría; y quiero que conste este dato para que no se confunda con el melindre indigesto lo que era hasta abnegación de una naturaleza sobria y delicada de gustos.

La marquesa, por vecindades en la mesa redonda del hotel en que se hospedaba, había trabado amistad con una señora de buen aire, la cual señora tenía dos hijas muy guapas: la una y las otras eran, además, muy discretas y muy distinguidas de porte. Tampoco eran de Madrid--condición muy del gusto de la marquesa--; pero sin ser de Madrid se puede ser guapo, y hasta listo y elegante. El caso es que si las dos señoras simpatizaron entre sí, las chicas de la una se entendieron con Luz y Luz con ellas, como si toda la vida hubieran andado juntas y en paz. En muy pocos días llegó a haber entre ambas familias toda la intimidad que cabe en los tratos de esta especie. La marquesa, particularmente, estaba como niño con zapatos nuevos con la amistad de aquella señora, que era afable sin fingimientos, y buena sin doblez. Nunca se había visto en



otra la gran dama; y este sencillo y honrado placer se le debía a la mujer de un magistrado cesante. ¡Y ella se había pasado la vida pagándolos a precios exorbitantes en las grandes cuspides sociales, sin adquirir uno solo que no la dejara rastros de amargura y de remordimientos!

Luz y sus dos amigas paseaban juntas muy a menudo, juntas se bañaban y juntas asistían a bailes, jiras y conciertos. Las del magistrado habían visto y aprendido más cosas de la vida que ella, y la entretenían mucho con sus relatos de sucesos (\_limpios\_, se entiende) recogidos siguiendo a su padre de la Ceca a la Meca, por azares de su destino. Luz, en cambio, nada por el estilo podía contarlas; porque hasta de su mundo, al cual era recién llegada, sabía mucho menos que ellas, aunque sólo le conocían de oídas.

Y hablando, hablando, llegaron las confianzas al último límite, y resultó que la mayor de las dos hermanas estaba ya para casarse, y muy enamorada. \_Él\_ era un joven muy guapo, recién graduado de doctor en Medicina; rubio, con toda la barba, pero muy recortada, lo mismo que el pelo; muy alegre por carácter, y muy cariñoso: \_a ella\_ la quería \_atrozmente\_. A la hora menos pensada se presentaría por allí: se lo tenía prometido. En la última carta, que era de Madrid, la anunciaba una gran sorpresa. Debía de ser su llegada. Ya tenían puesta la casita, muy

mona, en la mejor de las calles de la ciudad. Él era buen músico y algo pintor, y ella tocaba regularmente el piano. Habían comprado uno nuevo, vertical: como mueble, muy elegante.

Luz oía todas estas cosas con gran atención, y no negaba que el novio de su amiga fuera muy guapo, con su barba rubia y su pelo recortado; pero a ella le gustaban más los hombres de pelo negro y abundante y con bigote solo, y no largo ni muy espeso. Bien estaría la casita de los novios; pero no tanto cómo el chalet que ella tenía en lo alto de «su mundo»; y en cuanto al piano, por superior que fuera, ¿a que no sonaba tan bien como el suyo, cuando se ponía a tocarle después de dar un paseo por las tortuosas veredas de su paraíso, con «el arcángel» que se le custodiaba?

Por supuesto que Luz no decía nada de esto a sus amigas, ¡quién se lo mandara!, pero lo iba pensando y hasta lo creía. ¿Y qué mal había en ello?

Aquella noche había baile en el gran salón que uno de los hoteles tenía destinado a esa clase de fiestas. Las tres amigas, seguidas a corta distancia de las dos madres, se dirigían a él, algo más peripuestas de lo que habían pensado por la mañana, porque a última hora se supo que acababa de llegar un gran contingente de bañistas de buen humor, que no faltarían al baile. No era bastante motivo este para emperejilarse más las mujeres que asistían a otros tales muy bien ves

tidas; pero la idea  
nació de la novia del doctor de barba rubia; y hay  
motivos para creer  
que tomó por pretexto la asistencia de gente descon  
ocida al salón, para  
presentarse en él bien engalanada, sospechando que  
su novio le había de  
dar allí la anunciada sorpresa. Por lo mismo que ya  
no bailaba más que  
con él, quería, si sus sospechas se realizaban, hac  
erle en aquella  
ocasión los honores en toda regla.

Y fue verdad que hubo gente nueva en el baile, y ba  
stante, y de muy buen  
porte; y también se confirmaron las sospechas de la  
hija mayor del  
magistrado cesante: allí se le apareció de golpe su  
novio, tal como ella  
le había descrito, con la barba y el pelo rubios y  
recortados, alegre y  
cariñoso, a juzgar por las muestras del momento. Co  
menzaron en seguida  
las presentaciones y los mutuos cumplimientos; toco  
se luego a bailar, y  
con este motivo la novia se colgó del brazo que el  
novio la ofrecía y,  
se largaron juntitos por el salón adelante.

Luz (que se excusaba de bailar siempre que podía) e  
staba sentada  
entonces, y desde su asiento seguía con la mirada a  
los novios,  
asociando, sin poderlo remediar, a algunos pormenor  
es de aquel suceso  
otros detalles semejantes de sus imaginaciones \_par  
adisíacas\_. En aquel  
encuentro y en aquel paseo, ¿no había un extraordin  
ario parecido con los  
encuentros que ella tenía y con los paseos que se d  
aba bien a menudo en  
las arboledas de su retiro? Ciertamente que los fondos e

ran muy distintos  
entre sí; pero las figuras... También en las figura  
s, en las de \_ellos\_,  
encontraba grandes diferencias. Este era rubio y po  
co esbelto, al paso  
que \_el otro\_...

Y al llegar aquí la candorosa Luz con sus comparaci  
ones mentales, se  
quedó abismada en el mayor de los asombros... junto  
a la puerta de  
entrada al salón, en el mismo sitio donde ella tení  
a puesta la mirada,  
casi rozándose con el novio de su amiga, que pasaba  
por allí en aquel  
momento, acababa de aparecer... \_el otro\_, el mance  
bo de sus  
imaginaciones; la \_figura\_ de su cuadro, con su gal  
lardía de continente;  
con su pelo negro, suelto y abundante; sus rasgados  
ojos tan negros como  
el pelo y el sedoso bigote; su boca risueña y su mi  
rar dulce y profundo.  
¿De dónde venía? ¿A qué iba allí?... No cabía duda:  
venía de su  
paraíso... y en busca de ella. ¿De qué otra parte p  
odía venir, ni qué  
otra cosa, sino a ella, podía buscar en el salón co  
n aquel modo de mirar  
tan \_suyo\_?... Ya la había encontrado. ¡La misma so  
nrisa de \_allá\_; la  
misma expresión de ansias bien satisfechas, en los  
ojos; el mismo andar  
que cuando iba hacia la roca blanquecina medio envu  
elta entre carrascas,  
hiedras y escaramujos! Si Luz hubiera estado entonc  
es sola en su azotea,  
habría bajado de ella en seguida para salirle al en  
cuentro; pero no  
estaba sola, ni en la azotea, y esperó a que llegar  
a él.

Y llegó, y la invitó a bailar; y Luz, sin dudar un solo instante, se levantó de su asiento, enlazó su brazo con el brazo que le ofrecía el mancebo, y se fue con él por el salón adelante... ¡Lo mismo que cuando se iban por los tortuosos y blandos senderos de su mundo!

No bailaron..., ¡qué habían de bailar?

Lo que Luz no recordaba bien era el timbre de la voz de su acompañante de \_allá\_; pero en cuanto oyó hablar al otro de carne y hueso, exclamó para sí con nuevo asombro: «¡El mismo!»

Este \_otro\_ la dijo que había ido a buscarla allí, porque una corazonada le había declarado que allí la encontraría. Luz no se atrevió a preguntarle dónde se habían conocido los dos, ni qué era lo que le movía a buscarla con tanto empeño; y él la enardeció todavía más los deseos, declarando que la conocía mucho, ¡muchísimo! Jurara que de toda la vida, aunque la había visto muy pocas veces, y sólo sabía de ella que se llamaba Luz.

¡Y Luz, en cambio, con haberle \_tratado\_ tanto, ignoraba todavía cómo se llamaba él!... Se atrevió a preguntárselo.

--Me llamo Ángel--respondió el mozo.

¡Ángel! Por \_arcángel\_ le había tomado ella muchas veces al contemplarle en su imaginado paraíso guardándole las puertas. ¿Qué venía a suponer esa leve discrepancia de jerarquías? Siempre result

aba el mismo  
«guardián».

Pero ¿dónde la había conocido? Eso es lo que ella quería saber para acabar de orientarse en aquel laberinto de coincidencias tan de su agrado. Y al fin lo supo también. Ángel la había visto con admiración desde lejos, entre otros que también la admiraban. Por lo que les oyó decir, averiguó que se llamaba Luz, nada más que Luz. ¿Y no era eso bastante? No volvió a verla en el mundo de la realidad, por más que la buscó; pero se forjó él otro mundo a su capricho, en el cual la veía a todas horas; porque aquel mundo era \_para los dos solos\_, Y viéndola allí y admirándola sin cesar, le parecía que volaba el tiempo que había de correr hasta que la encontrara \_de veras\_; porque este encuentro había de ocurrir \_necesariamente\_. Lo creía con ciega fe. Dios no infunde en el corazón humano sentimientos tan dulces, tan puros y tan hondos como los que había infundido en el suyo, para que se conviertan en semillas de negros y dolorosos desencantos. Por eso se habían realizado allí sus esperanzas de encontrarla. El sitio era lo de menos, porque en alguno de la tierra había de ser. Como creía llevar los pensamientos en los ojos, y entre estos pensamientos estaba hecha a vivir la Luz de sus ilusiones, no se asombró de que la Luz de la realidad los leyera en las miradas con que la buscaba por el salón, ni de que no temiera acercarse a ellos para vivir tamb

ién un rato entre tan  
buenos amigos. Esta era la verdad; y si no se la de  
cía, ¿para qué había  
ido él allí?

Lo mismo opinaba Luz. ¿De qué había de hablarla a e  
lla aquel hombre sino  
de esas cosas y en aquellos términos?... Pero ¿cómo  
sería el mundo que  
él también se había forjado a su capricho? Casi se  
atreveía a jurar que  
era muy semejante a su paraíso. La duda la impacien  
taba bastante, y se  
decidió a salir de ella preguntándolo.

--Ese mundo--respondió el mancebo--se concibe mejor  
que se pinta, como  
todo lo que se siente por anhelos del alma. Desde l  
uego no es un mundo  
de cal y canto como el que han ido construyendo los  
hombres para nido  
de sus vanidades dispendiosas y malsanas; es un com  
puesto de primores de  
la naturaleza en su más dulce reposo: auras de Mayo  
, rosas, follaje,  
pájaros..., ¡qué sé yo!, y, sobre todo ello, y para  
alumbrarlo,  
vivificarlo y embellecerlo, la Luz de mis ilusiones  
, del hada de  
aquellos encantados jardines.

--¡Los conozco!--exclamó aquí la joven sin poderse  
contener; y añadió a  
la pintura, a grandes rasgos, de los jardines del o  
tro, algunos detalles  
de los del suyo.

--¡Eso mismo!--dijo el pintor idealista; y en el ac  
to preguntó a Luz que  
de qué los conocía; y Luz tuvo que responder que ta  
mbién ella había  
vivido mucho tiempo en un mundo de aquella traza.

--¿Sola?--la interrogó entonces el confidente, con fogosa vehemencia.

Y a esta pregunta no pudo responder Luz de pronto, porque le dejó sin ánimos para ello una sensación que hubiera creído de miedo, a no parecerle tan agradable.

--Sola..., sola no--llegó a decir, bajando los hermosos ojos y con las mejillas muy sonrosadas--: con \_él\_.

Y de aquí no pasó ya la pobre chica. Verdad es que el otro no porfió mucho para que pasara, respetando aquellas pudorosas resistencias que lo impedían.

Ni ¿para qué pasar? ¿No era preferible la elocuente actitud de la interrogada, a la más terminante de las frases?

Luz, siguiendo la conversación y no hallando en su memoria un motivo real y verdadero de donde derivar el enlace lógico de tantas y tan singulares coincidencias, convino con su amigo, al volver éste sobre lo ya tratado, en que cuando Dios infundía ciertos sentimientos en un corazón, bien podía infundirlos iguales en otro, si entraba en sus designios que ambos corazones se encontraran, por a partados que estuvieran, para formar uno solo...

No podía darse mayor conformidad de pensamientos entre Luz y su amigo, ni realidad más parecida a la hermosa ilusión forjada en dos cerebros



juveniles. ¿A qué pedir más por entonces?

Lo peor era que las gentes se regían allí, en el salón del baile, por leyes muy distintas de las del mundo ideal de los dos enamorados; y era ya preciso que ella volviera a sentarse y que se se pararan, después.

Y se separaron, tan pronto como Luz se sentó donde antes había estado sentada, entre su madre y su amiga sin novio. La que le tenía continuaba paseando todavía con él.

Con serle tan conocido a Luz cuanto la rodeaba, todo le parecía nuevo, por más hermoso: hasta el piano le sonaba mejor. ¡Lo mismo que le sucedía en la casita de la azotea después de pasear con él por las veredas blandas y retorcidas de su edén!

Ángel, después de dejarla sentada, había desaparecido del salón. La marquesa, que no le había perdido de vista un solo momento, deseaba saber quién era; y ni se lo pudieron decir sus amigas ni la misma \_Luz\_, a quienes se lo preguntó. \_Luz\_ sólo sabía que era \_él\_, y esto no debía responderse a su madre; la cual, por lo mismo que lo había sospechado por lo que había visto y lo que estaba observando en el arrobamiento y turbación de su hija, tenía mayor empeño en saber algo más; y repitió la pregunta al novio de la hija de su amiga cuando pasó cerca de ella.

Según este declarante, el sujeto en cuestión era madrileño, muy rico,

abogado por lujo, y se llamaba Ángel, Ángel Sánchez, o Pérez, o López..., un apellido así, de los más llanos y corrientes. Sabía esto porque habían venido juntos desde Madrid, por casualidad. Parecíale un joven sumamente despejado y discreto..., y no sabía otra cosa de él, ni buena ni mala.

X

Ángel desapareció del salón del baile aquella noche, pero no de la playa. Al otro día se dejó ver instalado en el mismo hotel en que vivía la marquesa. Habló con Luz en el comedor y en el jardín, y dondequiera que le fue posible y le pareció lícito, y Luz se le presentó a su madre a título de \_amigo\_ suyo, como «\_el mejor\_ de sus amigos». Así le calificó.

Se necesitaba tener los ojos muy poco avezados a estudiar fisonomías, escasa luz detrás de ellos, menos mundo y demasiada carga de malicias, para recibir mal a un presentado de aquel corte; y como a la marquesa le sobraban mundo, luces, experiencia, buen gusto y hasta \_motivos especiales\_, «el mejor amigo» de su hija fue recibido por ella muy cortés y cariñosamente.

A los pocos días Ángel era también «el mejor amigo de la casa», y el

compañero inseparable de Luz y sus amigas en corrillos, fiestas y paseos. No podían pasar las cosas de otro modo con un carácter como el del «guardián del paraíso» de Luz.

«Era un conjunto--escribe la marquesa--de enterezas y formalidades de hombre, de sinceridades de niño y de entusiasmos de artista, envuelto en un cendal de los más nobles y honrados pensamientos; pensamientos que se le leían, aunque callara, como si su cerebro fuera urna de transparente y limpio cristal. Era imposible no franquear todas las puertas de la casa a un huésped como aquél, que llevaba todo su caudal de sentimientos y de ideas a la vista y sin cerrojos.»

Ya conocía la madre el génesis novelesco de la \_amistad\_ de su hija con él, y había hecho suma gracia a sus malicias de mujer de larga historia; y le conocía porque Luz, que se había arriesgado a declararla lo más, no tenía para qué ocultarla lo menos. Por cierto que se vio la pobre en grandes apuros para pasar con el idilio entre las sonrisas cáusticas de su madre, siguiendo el fantástico camino por donde habían llegado las cosas al punto en que se hallaban.

Pero, idilio o no, el desenlace era un hecho positivo y de una realidad bien simpática para la marquesa, hasta aquellos momentos. En adelante ya vería, según fuera descubriéndose lo mucho que aún ignoraba. Luz le había presentado el mancebo con su nombre y apellido; pero como éste le

había sonado poco a fuerza de parecerle vulgar, ya se había olvidado de él, hasta por costumbre de llamar al presentado por su nombre de pila, que tan bien le cuadraba. Y esto era muy poco saber todavía.

Las amigas de Luz y el novio de la mayor, desde la noche del baile se bebían los vientos olfateando noticias del \_aparecido\_ en el salón, por supuesto que con la mejor de las intenciones; pero nada averiguaban de fundamento, aunque por la playa corrían ya las versiones más estupendas y contradictorias acerca de la procedencia y vicisitudes del novio de Luz; que por esto solo, es decir, por ser el novio de la bañista más hermosa y más visible de cuantas por allí se exhibían, tenía el triste privilegio de atraer sobre sí todos los rigores de la curiosidad desocupada.

Entretanto, \_él\_ y \_ella\_ habían ido trocando poco a poco las tintas ideales de sus alegorías, y buscando la comunicación de sus mutuos sentimientos por otros carriles más humanos, aunque menos pintorescos; se amaban a la manera de los mortales del mundo sublunar que se aman de veras, sin afirmarlo a cada instante, pero sin vacilaciones ni recelos, ni ansiedades locas ni exigencias ridículas. Luz hablaba menos cargado de poesía este cuadro de la realidad que el otro de su fantasía; pero, en cambio, le parecía más substancioso, y por ello no se lamentaba del trueque. Verdad es que Ángel sabía mantenerla en ta

n buena conformidad  
pintándola a menudo, y para lo porvenir, hasta pano  
ramas enteros, que no  
por desenvolverse en el prosaico mundo «de cal y ca  
nto», dejaban de ser  
llamativos para la venturosa pareja que había de ha  
bitar en ellos.

Cuando la marquesa comenzaba a echar de menos los p  
ormenores que Luz no  
podía darla sobre la procedencia del «mejor amigo»  
de ambas, se anticipó  
el interesado mismo, en una ocasión bien elegida, c  
uando vino muy a  
pelo, a sacarla de su apuro, relatándola con noble,  
sencilla y hasta  
elegante ingenuidad, su filiación entera y verdader  
a.

Esto ocurrió una tarde, en la intimidad de una conv  
ersación habida en el  
mirador del gabinete de la marquesa entre ésta, su  
hija y el relatante,  
al blando rumor de las ondas que venían a morir, de  
shaciéndose en ancha  
faja de espumas, sobre la playa inmediata. He aquí  
la substancia de su  
relato:

Ángel era el menor de varios hermanos suyos, a quie  
nes no llegó a  
conocer, porque murieron siendo muy niños. El temor  
de que también él se  
muriera, fue causa de que le guardaran sus padres c  
omo oro en paño.  
Cualquier otro en su lugar se hubiera perdido con l  
o que se hizo con él  
por el afán de conservarle. A él le salvó su natura  
leza, francamente  
refractaria a vivir bajo fanales. Nunca fue niño mi  
moso ni asombradizo,  
aunque sí muy avaro del calor del hogar y de la fam

ilia. No llegó a  
perdulario, ni con cien leguas; pero rompió muchos  
zapatos jugando en  
las plazuelas con otros camaradas; se descalabró ba  
stantes veces, y no  
volvía a casa, de retorno de la escuela o del paseo  
, con la ropa más  
limpia ni más entera que la de cualquier otro mucha  
cho de \_buenas\_  
agallas. Lo que nunca hizo fue negar en casa lo que  
había hecho en la  
calle, ni quejarse contra nada ni contra nadie por  
sucesos de que él  
solo tenía la culpa. Esta sinceridad le valió nueva  
s largas de quien  
tenía derecho para atarle corto; pero él no las qui  
so, es decir, no usó  
de ellas, porque le bastaba con las que ya tenía pa  
ra expansión  
necesaria de las fuerzas de su temperamento. Cumpli  
ó bastante bien con  
sus deberes escolares. No descolló gran cosa entre  
sus condiscípulos de  
primeras y segundas letras, pero tampoco fue de los  
últimos. Se creía  
muy en su puesto estando donde estaba, y por eso ja  
más tuvo celos de los  
que le precedían, ni miró con desdén a los que iban  
detrás.

Cuando llegó el momento de elegir una carrera, hubo  
grandes porfías en  
su casa. Todo parecía poco para él, y él, entretant  
o, tenía bien  
limitadas las ambiciones sobre este particular; no  
sólo porque era cosa  
convenida que no necesitaba la carrera para vivir a  
expensas de ella,  
sino porque no quería echar sobre su cabeza mayor c  
arga de la que  
pudiera sufrir con desahogo. Fue siempre un enigma  
indescifrable para él

la convenida claridad de las matemáticas. Excusado era enderezarle por este camino. Aun suponiendo que hubiera sido capaz (que no lo fue) de penetrar los alambicados y abstrusos conceptos de la metafísica, reputaba por perfectamente inútil en la práctica de la vida toda esa jerga filosófica que ha tenido siglos enteros en perpetua disputa a la mitad del mundo sabio, sin que haya quedado más fruto positivo y tangible de tan larga y encarnizada batalla que un rimero de infolios en latín, que van royendo poco a poco los ratones y las polillas. No tenía estómago bastante fuerte ni entrañas del temple necesario para médico, amén de que, como carrera de lujo, la de Medicina le parecía la menos a propósito de todas las carreras. Y así, por este sistema de exclusión, llegó a demostrar a su padre que él no podía ser otra cosa que jurisconsulto, la carrera en que caben todos, los grandes y los pequeños, los listos y los tontos, y los que se buscan el título como puerta para salir a todos los campos de las humanas ambiciones, que no eran pocas a la fecha.

Y se hizo abogado en unos cuantos años de estudiar regularmente y de asistir a cátedra con bastante puntualidad, sin pedir, por iniciativa propia, más vacaciones que las de reglamento, ni peyorar en los motines universitarios, ni fomentar huelgas ni manifestaciones escolares de ninguna especie, aunque obligado a servir de comparasa en las que le

tocaron en suerte.

Siendo abogado a los veintidós años, ya no supo qué hacerse, y por hacer algo tuvo serias tentaciones de abrir su correspondiente estudio; pero no cayó en ellas, en primer lugar, porque con los aires de un largo viaje que hizo por entonces para acabar de convencerse de que en el mundo hay algo más que Madrid y sus afueras (lo cual no quieren creer todavía algunos madrileños), se le modificaron mucho las ideas sobre el bufete de letrado; y, en segundo lugar, porque ya le chisporroteaban en la mente ciertos reflejos de otras regiones más altas y serenas que las del foro; reflejos que, con el roce y continuo trato de personas avezadas a vivir en ellas, llegaron a ser clara luz con la cual descubrió nuevos mundos que le despertaban grandes apetitos en su fantasía, y en los cuales eran desconocidos los procuradores y el papel sellado.

Felizmente, conservaba Ángel en toda su pureza la buena pasta de sus primeros años. Continuaba conformándose con lo que en buena ley le correspondía, y teniendo por precepto de ella el volverse a su puesto, muy tranquilo, después de malogrársele su intento de valer un poco más, bien convencido de que no todos los viandantes servían para todos los senderos. De otro modo, no hubiera ganado para sustos, contrariedades y descabros; porque el mozo, en este particular, si empre fue curioso y



decidido.

Antojósele que «también él» era poeta, porque era sensible y veía claro en el espacio de las ideas. Allí estaban, y suyas podían ser como de cualquier otro. Decidióse, y se apoderó de unas cuantas que mejor le parecieron. Trabajo inútil. Lo que tan hermoso se le antojó disperso y revoloteando en los cielos de su fantasía, entre manos profanas no era más que un puñado de cosas descoloradas y deformes. Le faltaba el arte con que vestirlas para que fueran la expresión exacta de lo concebido en la mente, y esto no era ser poeta.

Ya siendo estudiante se había creído capaz de ser pintor, porque \_sentía\_ y amaba a la naturaleza, y tributaba admiración y hasta \_saboreaba\_ las obras de los grandes maestros. Además, la herramienta de este oficio le parecía de mayores recursos y más entretenida que la pluma. Otro desengaño. ¡Siempre la idea desfigurada y confusa entre la obscuridad de un arte deficiente! La misma dificultad con los colores que con las palabras. Cuanto más trabajaba para dar relieve a las formas de su pensamiento, más le desvanecía y le ahogaba entre la balumba de las frases huecas o de los colores resobados. Esto no era ser artista.

Otro en su lugar no se habría dado por vencido en estas luchas, y hubiera inundado de coplas y de monigotes a España entera, para ofrecernos en cada disgusto un testimonio de que él

era tan poeta y tan  
pintor como los mejores, o de que si no lo era toda  
vía, lo iría siendo  
poco a poco; pero Ángel, para honra suya y tranquil  
idad de los españoles  
incautos, aprovechó las caídas para estimar el valo  
r de lo que a él le  
estaba vedado, y empleó las fuerzas que otro hubier  
a gastado en odiar a  
los que eran lo que él no podía ser, en admirarlos  
quieta y  
sosegadamente, porque sabían expresar las más altas  
ideas con los  
procedimientos más sencillos. Y esto era ser poeta  
y ser artista.

Antes que en pintor, había querido picar en músico;  
y en este intento,  
aunque no llegó a dominar el arte, sacó mejores fru  
tos que en los otros:  
tenía paciencia, mucha \_maña\_ y buen gusto, y el pi  
ano era un almacén de  
sonidos \_hechos\_. De este modo, si no creaba, cuand  
o menos se divertía  
extrayendo del depósito las notas, concertadas por  
el orden que se le  
señalaba en un papel. Llegó a ser un regular pianis  
ta.

Después de su fracaso de poeta, quedábale el recurs  
o de la prosa, que  
parece ser \_el prado del concejo\_ para todos los af  
icionados a retozar  
en los campos acotados de las letras, y aun de las  
artes, las  
\_pedestres\_ inclusive. Ángel no llevaba a tal extre  
mo sus aprensiones,  
porque esto no cabía en un mozo de tan buen sentido  
; pero muy cerca le  
andaba cuando consideraba el caso desde lejos. Por  
de pronto, creía que  
sin las trabas del metro y de la rima, el ropaje de

la idea era mucho más fácil de cortar. En la prosa, el arte, si arte se necesitaba para manejarla bien, era llanote y campechano; las pruebas abundaban, al decir de las gentes, de que en España bastaba querer para convertirse un zapatero en \_literato distinguido\_; y esto no sería del todo exacto por lo tocante a los zapateros; pero podía serlo por lo tocante a él, que había cultivado la inteligencia, conocía bastante bien la lengua en que pensaba, y hasta sabía distinguir los libros escritos con arte de los \_emplantillados\_ por zapateros.

Y se atrevió con una novela, cuyo asunto vela \_bastante claro\_ en su cabeza. Cuestión de coger aquellos personajes, decir \_cómo\_ eran, dónde vivían y de qué modo; de qué pie cojeaba cada uno, y moverlos de acá para allá, lo mismo que se mueven las gentes en el mundo, al compás de sus necesidades y según lo pidan sus virtudes o sus pasiones. Nada más sencillo ni hacedero. No se lo parecería tanto si se tratara en la novela de cosas del otro jueves: de laberintos de sucesos, de lances inesperados, de sorpresas deslumbradoras y espantables, obra para la cual se exige una fuerza inventiva de todos los demonios, y hasta un acopio de auxiliares mecánicos que no se hallan ni se construyen en los talleres de un novelista cualquiera.

La armazón de la novela de Ángel era la siguiente: un comerciante muy rico tenía una mujer muy guapa, la cual mujer era,

además, ligera de  
cascos. De este matrimonio nació una hija que llegó  
a ser moza, sin que,  
su madre se recatara de ella todo lo que debía para  
entregarse a sus  
liviandades, que iban de mal en peor y al cabo lleg  
aron a matar de  
pesadumbre y de vergüenza al pobre comerciante. A l  
a hija la pretendió  
un abogadete poco aprensivo; la pretendida le quiso  
y llegó a casarse  
con él; al poco tiempo de casada la galanteó un cor  
onel muy guapo: a  
ella le gustaba mucho el coronel, que era mejor moz  
o que su marido; y  
porque le gustaba y estaba muy hecha a considerar,  
en el ejemplo de su  
madre, que el ser mujer casada no impide enamorarse  
de \_otro más\_,  
aceptó los galanteos del coronel, el cual desorejó  
en un duelo al  
abogado ofendido, por habérsele quejado éste de la  
ofensa. Cuando se  
cansó del coronel, amó a un ingeniero civil, y desp  
ués del ingeniero a  
un periodista, y así sucesivamente hasta un torero  
de fama; porque el  
público llevaba una cuenta minuciosa de todas esas  
prodigalidades  
amorosas, aunque la pródiga pensaba que nadie se la  
s veía. Con este caso  
bien podía darse a entender, sin declararlo con la  
pluma, que, sin un  
milagro de Dios, de madre mala no puede nacer hija  
buena, porque aun sin  
contar con lo que influye en las inclinaciones de l  
as segundas el mal  
ejemplo de las primeras, hay quien cree que los vic  
ios se heredan como  
las escrófulas y la tisis. Pero la esposa del aboga  
do tuvo también una  
hija, y ésta hija era guapa y parecía muy buena. Po

r de pronto, se había  
educado de muy distinta manera que su madre: lejos  
de ella y del ruido  
de los escándalos. De esta chica se enamoraba un fo  
rastero, ignorante  
de todo lo que pasaba y había pasado en aquella fam  
ilia; el forastero  
era guapo mozo, muy honrado y sumamente noble y sen  
cillo de carácter,  
por todo lo cual la chica llegaba a quererle con to  
do su corazón... Y  
aquí entraba la dificultad que había sumido al auto  
r en grandes dudas.  
¿Qué hacía con la pareja de enamorados? ¿Conservaba  
al novio en su  
ignorancia y los casaba, exponiéndole por toda su v  
ida a la  
conmiseración ultrajante del público, que estaba en  
autos, cuando no a  
más graves peligros si la cabra tiraba al monte a l  
o mejor? ¿Le enteraba  
de todo? Y en este caso, ¿qué hacía el pobre muchac  
ho después de poner  
en horrible lucha a su corazón con sus naturales re  
pugnancias?  
¿Renunciaba a la hija, que era buena, por los pecad  
os que había cometido  
su madre? Y en caso afirmativo, ¿disculpaba su reso  
lución con la verdad?  
procediendo así, ¿qué hacía \_ella\_? ¿Le culpaba a é  
l, o culpaba a su  
madre? ¿La mataban el dolor y la vergüenza, o se re  
signaba y vivía? No  
había lucha ni vacilaciones en el novio después de  
descubrir lo que  
ignoraba, y entraba \_con todas\_, porque su amor le  
cegaba: ¿era su  
papel, en este supuesto, más airoso que el de casad  
o en la ignorancia de  
lo que ahora conocía? ¿Salía buena su mujer, o salí  
a mala? ¿Cuál era lo  
más natural, lo más humano, lo verdadero, teniendo

en cuenta que su obra  
no había de ser un libro de \_tesis\_, sino la exposi-  
ción amena de algunos  
sucesos arrancados de la realidad de la vida?

Dejando estas dudas sin aclarar por de pronto, y mu-  
y confiado en que la  
fuerza misma de las cosas al tratar de ellas le dar-  
ía resueltas las  
dificultades, comenzó a escribir la novela... ¡Otra  
sorpresa más y un  
nuevo desengaño! Con saberse todo el Diccionario de  
la Lengua y conocer  
al dedillo personas y lugares, los retratos y pintu-  
ras de ellos, más  
que cuadros de color, le resultaban \_inventarios\_ d-  
e escribano. También  
allí hacia falta el arte, y mucho arte; porque hast-  
a que lo tocó con las  
manos no pudo convencerse de que lo más sencillo y  
trivial a la simple  
vista, lo que estamos contemplando a todas horas, p-  
orque vivimos entre  
ello, es lo más difícil de pintar en un libro.

Entonces arrojó la pluma pecadora y se curó de toda  
tentación de meterla  
en donde no la llamaran; pero, en cambio, fue desde  
aquel momento un  
devoto, hasta lo místico, del arte en todas sus ver-  
daderas  
manifestaciones, sin temores ni barruntos de que pu-  
diera incurrir jamás  
en el feo vicio de profanarle con atrevimientos de  
\_aficionado\_, y con  
la lícita vanidad de ser el único español que, pudi-  
endo, no había  
molestado a la \_paciencia pública\_ con una sola «\_m-  
uestra\_ de su  
menguado ingenio».

Yo no sé si parecerá bien a los lectores de cierta

contextura, que un mozo como Ángel les fuera con aquellas puerilidades y estas retóricas a dos señoras de Madrid que estaban pasando una temporada en una playa de baños, y entretenidas en ver desde el mirador de una fonda cómo rompían las olas del mar, allí cerca; pero, poniéndome en el peor de los casos, quiero que consideren aquellos caballeros que de todo se puede hablar con señoras, por aburridas que estén, hasta del \_teorema de Sturm\_, que es la materia más desabrida que yo conozco; porque el peligro de cansar al prójimo no está en lo que se le cuenta, sino en el modo de contárselo, y puedo certificar que el relato de Ángel, por lo fresco, por lo natural, ingenuo y desenfadado, fue oído por las damas sin desperdiciar punto ni coma. Por otra parte, ¿de qué había de hablar en aquella ocasión un mozo sin historia, a dos mujeres que estaban interesadas en conocer hasta su modo de dormir?

¡Vaya si les iba cautivando la atención! Tenía que leer la cara de la marquesa, particularmente cuando el relatante expuso el plan de su malograda novela y apuntó las dudas que le asaltaron en lo más interesante. No parecía sino que se había ideado para ella ¡Qué demonio de chico, por dónde había ido a tomar el punto; y de qué manera tan fácil podía llegar a ser un hecho la ficción aquella, sin haberse escrito todavía, y a resolverse en su casa, por la marcha fatal de los sucesos, la dificultad que no había acertado a reso-

lver él en sus  
especulaciones imaginativas! ¡Tendría que ver eso!

Luz, aunque nada temía por este lado, no por ello se  
interesaba menos  
que su madre en los relatos de Ángel. Veíale entre  
ellos adelantar  
rápidamente en su ya comenzada metamorfosis de ente  
ideal en hombre vivo  
y efectivo, y no la desilusionaba pizca la realidad  
que se iba  
descubriendo.

Siguiendo el mozo su historia, dijo que entre sus t  
entativas de poeta y  
de novelista fue cuando conoció a Luz, al salir ést  
a un domingo de las  
Calatravas. Se metió en el carruaje que la aguardab  
a en frente, y  
desapareció calle abajo. Ángel sólo tuvo tiempo par  
a admirarla y para  
saber su nombre. Le oyó pronunciar en un corrillo d  
e desocupados que la  
conocían. Otra vez la vio en un teatro, al cual hab  
ía él llegado a  
última hora. Ninguna de las pocas personas a quiene  
s pudo preguntar  
sabían quién era. Esto no debía extrañar a la marqu  
esa. Su mundo estaba  
muy lejos del mundo de Ángel, y los amigos de éste  
eran muy contados,  
porque muy pocos eran también los que se avenían a  
su manera  
\_provinciana\_ de vivir en la corte.

Y no volvió a ver a Luz; pero lejos de borrarle s  
u imagen en la  
memoria, más se ahondaban sus trazos cada día al ca  
lor del pensamiento,  
que no se apartaba de ella un solo instante. Llegó  
a creer que en aquel  
señorío que el recuerdo de Luz había hecho de su co



razón y de su fantasía, había algo de inspiración sobrehumana. Aceptó así; y con todo a esta idea todos los entusiasmos que cabían en su alma virgen, llegó a convertirla en culto fervoroso y apasionado. Esto podría tener sus puntos de romántico y sus lados de inocente; pero así era la verdad, y verdad muy agradable para él. Tenía ciega fe en que había de hallar a Luz algún día, y en que, después de hallada, no había de desconocerle. Y salió a buscarla, sin impacencias, por aquel camino que eligió a la casualidad. Apenas llegó, oyó hablar de ella y hasta supo cuál era su linaje. No se desanimó al conocerle, ni dudó que aquella Luz de que hablaban pudiera ser otra Luz que \_ella\_. Y así sucedió.

Lo demás no tenía para qué referirlo, porque ya lo sabía Luz... y su madre también.

A estos informes particularísimos de su persona añadió algunos otros que pudieran llamarse \_de familia\_.

Su padre era un bendito de Dios, y su madre otra que era tal, en el fondo, pero algo más áspera y sombría en las formas. El uno y la otra no vivían ya sino por él y para él. No querían que se contagiara de la vida que ellos hacían, modesta y retirada; les gustaba que fuera más \_corriente\_ y algo mundano, y al mismo tiempo temían verle muy metido en el mundo por los peligros que soñaban en él, particularmente su madre, que era

demasiado recelosa y aprensiva. Ángel procuraba acomodarse a este tira y afloja a que querían someterle, y lo conseguía sin gran esfuerzo, porque tenía todo lo suficiente para sus necesidades mundanas, escogiendo entre lo mucho lícito y honrado que en el mundo había.

Por aquellos temores, más llevaderos en el padre que en la madre, ansiaban los dos porque el hijo tropezara pronto con su media naranja. Solamente viéndole casado, y bien casado, se atreverían a conceptuarle seguro.

Y aquí se calló el relatante, porque ya no tenía más que decir, a su juicioso entender. Sin embargo, la marquesa echaba de menos un detalle de gran monta allí; detalle que si Ángel no le había omitido, ella le había olvidado ya. En la duda, le preguntó con dulcísima afabilidad:

--¿Cómo dijo usted--porque soy muy flaca de memoria para nombres--que se llamaba su padre?

Y Ángel, que tampoco se acordaba si lo había dicho o no, y temiendo en este último caso que se atribuyera la omisión a un motivo que no cabía en la nobleza de su alma, aceptó con gusto la fórmula que le dio en su pregunta la marquesa, para responder cuanto podía venir allí muy al caso, sin que se tomara en mal sentido la respuesta:

--Santiago Núñez, antiguo droguero de la calle de la Cruz, y hoy

dedicado a negocios de pasatiempo, en la calle Imperial, 15, segundo, derecha, que es la casa de ustedes, con permiso de mi padre, que no desautorizará mi ofrecimiento.

## XI

Un mozo rico, muy guapo, de alma noble, de claro y bien cultivado entendimiento, sin gota de sangre azul en las venas y sin trato ni conexiones de ninguna especie con el «gran mundo», era cuanto, puesta a soñar, hubiera soñado \_la Montálvez\_ para novio de su hija. Y este novio existía de verdad, y amaba a Luz, y Luz estaba enamorada de él.

Hasta aquí el asunto iba rodando sobre carriles de seda y oro. Pero Ángel, el autor de aquella novela nonata, en la cual se hilaba tan delgado a propósito de las hijas buenas de madres malas, resultaba, a última hora, pedazo de las entrañas de aquel \_espectro\_ que parecía no tenerlas para las madres pecadoras, y que la marquesa no podía olvidar, con no haberle visto más que una vez; y con este \_resultando\_ y aquellas dudas novelescas del mozo, ya el asunto cambiaba de aspecto y de marcha, y hasta cabía pensar en que descarrilara, si el diablo se metía por medio con una de las suyas. Por de pronto, solamente al diablo se le podía haber ocurrido la idea de que tantas y tan bu

enas prendas  
estuvieran reunidas en un hijo de aquel otro demoni  
o, y que este hijo se  
le hubiera metido a ella por las puertas, y hasta e  
n lo más hondo del  
corazón de Luz. ¿Por qué no le había parido otra ma  
dre más humana? Y  
¿cómo se concebía que pudiera nacer tan hermosa ram  
a de tan feo tronco?  
Caprichos de la naturaleza.

A todo esto, la marquesa estaba ya, de vuelta de su  
s baños, en su casa  
de Madrid; la cual casa frecuentaba mucho Ángel, po  
rque para eso le  
había sido ofrecida por la amable señora. ¡Y qué bi  
en se acomodaba el  
mozo a aquellos ambientes refinados que tan nuevos  
eran para él! Verdad  
que, fuera del aparato escénico que ya nos es conoc  
ido, no había en las  
costumbres de la casa de Luz la menor singularidad  
que pudiera  
extrañarle ni aturdirle.

La mayor parte de las noches la madre y la hija se  
las pasaban sin salir  
y eran contadísimas las personas que las visitaban:  
señores mayores, muy  
sosegados y juiciosos, y muy atentos y muy amables  
con él. Algunas  
señoras por el estilo andaban por allí de vez en cu  
ando, y, más de tarde  
en tarde, dos, como de la edad de la marquesa, jamo  
nas tan de \_buen ver\_  
todavía como ella. La una era rubia, condesa viuda  
de Camposeco; pero la  
marquesa siempre la llamaba por su nombre de pila:  
Sagrario. Gastaba muy  
buen humor, y solía decirle cuchufletas; lo mismo q  
ue a los demás. La  
otra, también viuda y también titulada, aunque por

derecho propio,  
marquesa de Espinosa, y también llamada por la de Montálvez por su  
nombre de pila, Leticia, era muy distinta de Sagrario: menos  
estrepitosa, más seria y, quizá, mejor tipo. Tenía  
unos ojos negros y  
escrutadores que punzaban al mirar, correctísimas facciones, algo  
morena, y muy esbelta todavía. Observaba mucho y hablaba poco; pero esto  
poco resultaba esculpido. Con él, con Ángel, estaba  
sumamente amable, y  
cuando no le hallaba hablando con Luz, le llamaba para que se sentara a  
su lado. Le hacía muchas preguntas sobre su modo de vivir, sobre el  
origen de su enamoramiento y sobre el de Luz, y parecía interesarse  
profundamente por los dos, y con este motivo le daba consejos, y muy  
juiciosos; a veces, hasta le floreaba todo cuanto cabía en una señora  
tan discreta y tan... últimamente mostraba gran empeño en que fuera de  
vez en cuando por su casa. No le pesaría. Había en ella buenos cuadros,  
bronces de mérito, encuadernaciones y grabados que merecían verse por un  
hombre de tan nobles aficiones y de tan buen gusto como él; sólo que  
Ángel, aunque muy reconocido a tan inmerecidas deferencias, no se  
atreveía a abusar de ellas ni juzgaba que debía hacerlo \_por entonces\_.  
Temía adquirir nuevos compromisos de sociedad, cuando su trato con la  
marquesa de Montálvez era todo cuanto podía soportar sin trastorno  
considerable del método de vida que se hacía en su casa. Más adelante ya  
sería otra cosa... y hasta conveniente para él. ¿Qu

¿Quién dudaba que era provechosa la amistad bien cultivada de una persona tan distinguida, discreta e influyente como aquella señora?

Además, o era aprensión suya, o la marquesa de Montálvez no ponía tan buena cara a estas dos amigas como a otras que también la acompañaban a ratos; y por si el recelo era fundado, trataba de intimar lo menos que podía con ellas, y jamás hablaba a la marquesa de las confianzas y deferencias con que Leticia le distinguía.

También era visita de la marquesa el señor don José Celestino de Guzmán, el amigo de su padre... y de él, salvas las debidas distancias. ¿Con qué gusto le vio aparecer allí una noche! ¿Y quién se \_lo\_ había contado? Porque el señor de Guzmán \_lo\_ sabía \_todo\_, a juzgar por algunas cosas que le dijo entonces, y otras varias que le fue diciendo después. Preguntóle una noche, sonriendo, si \_lo\_ sabían en su casa, y Ángel le dijo que no. Otra vez, y también muy risueño, le preguntó si creía que podría servirle de \_algo\_... para allanarle el camino, por ejemplo; y Ángel, sin detenerse a poner en claro de qué camino se trataba, apresurose a responder que sí; pero a su \_tiempo\_, si fuera necesario: por de pronto, quería ser él quien diera la sorpresa a su familia, y contaba con que la sorpresa fuera grata.

Con ser Guzmán el que menos andaba por allí, en opinión de Ángel era el mejor recibido de todos los visitantes de la casa,

particularmente de Luz. ¡Cómo le quería... y cómo la mimaba él!... Lo mismo que hija y padre. ¡Y qué bien le sentaba al señor de Guzmán el papel de padre de una hija como aquella! ¡Si, por una rara casualidad, hasta se parecían... y mucho! Según le refirió la marquesa, a Luz la había conocido y tratado él desde que era muy niña. Por eso se querían tanto. Lo que era una compasión, a juicio de Ángel, que siendo viuda la marquesa y soltero su amigo, no hubieran tenido la ocurrencia de casarse. Formarían una excelente pareja...

Pero ¿de dónde habían sacado las personas que Ángel trataba fuera de allí, que las gentes del «gran mundo» eran unas tales y unas cuales? ¿De dónde lo había sacado su madre, que las tenía siempre entre cejas? A juzgar por lo que iba observando él en aquella muestra, ¿qué mayor llaneza, qué mayor afabilidad en el trato, ni qué mayor sencillez de costumbres? Cuidado que en aquella casa hasta se rezaba bien a menudo. Varias veces había llegado él en ocasión de estar la madre y la hija en el oratorio; porque hasta oratorio tenía la casa de la marquesa de Montálvez... ¡Ah!, si las personas mal informadas, si su aprensiva madre pudieran ver lo que él iba viendo tan despacio y tan desapasionadamente, ¡qué diversos serían sus juicios sobre aquel delicado particular!

Muchas veces estuvo a punto de hablar con ella de estas cosas; pero

siempre había concluido por considerarlo fuera de sazón \_todavía\_. Por eso ni su padre ni su madre estaban al tanto de lo que pasaba. Sospechaban que \_había algo\_, porque Ángel era muy \_otro\_ de lo que fue, por el desarreglo de sus horas, por sus arrobamientos y preocupaciones y hasta por el modo de vestir; pero nada más. Echábanle saetillas bien intencionadas en la mesa y en los ratitos de conversación que había a menudo entre los tres; pero la buena parte iban con indirectas ¿No le veían risueño, no le veían gozoso y no estaban siempre hurgándole para que saliera en busca de su \_media naranja\_? Pues si de estar buscándola ya se trataba, como ellos iban sospechando, y le veían lúcido, sano y contento, ¿qué más necesitaban saber por de pronto? Ya se andaría lo que faltaba por andar; ya les daría la sorpresa de las sorpresas cuando fuera la hora de dársela...

Pero ¿por qué lado la tomarían entonces? Estaba seguro de haber oído hablar más de una vez en su casa de la marquesa de Montálvez, no recordaba si para bien o si para mal, ni con qué motivo, porque no se fijaba nunca en el tema de las conversaciones que no le interesaban probablemente sería para mal, porque, para bien, jamás tomaba en boca su madre el nombre de ninguna señorona. Manías sin importancia de la pobre mujer.

Entretanto, que continuara aquella casi muda porfía que aguzaba los



apetitos de la curiosidad de los cariñosos viejos con lima de mayores  
dientes cada día (y ya duraba cerca de cuatro meses la labor  
destructora), y que le dejaran apurar hasta la última gota de la miel de  
sus amores castos, la cual le brindaba nuevas dulzuras a cada momento.

Porque Ángel, artista de corazón y con el pecho atestado de impresiones  
vírgenes y profundas, estaba maravillado de ver cómo aquella flor  
purísima iba desplegando sus hojas al calor del nuevo sol, y absorbiendo  
con avidez la luz y el ambiente del desconocido mundo, a medida que se  
ensanchaba y crecía sobre su tallo oscilante.

Estas metáforas eran de Ángel. Luz era la flor; el amor de Ángel, es  
decir, Ángel entero y verdadero, el sol que la esponjaba; y el ambiente  
y la luz, los cuadros de humana realidad con que él iba despertando a la  
cándida soñadora de paraísos alegóricos.

Ya habían concluido entre los dos los temas de aquel colorido  
fantástico: se habían bajado a la tierra de los mortales; y era de  
admirar el relieve y la vida que había adquirido la belleza de Luz con  
este cambio de residencia y de clima. Hasta se sonreía cuando Ángel  
evocaba aquellas imágenes idílicas para compararlas con las realidades  
presentes.

--Y has de concluir por borrarlas de tu memoria--la dijo una vez el  
entusiasmado mozo.

--¡Eso no!--respondió Luz con gran vehemencia--. ¡Cómo he de olvidar yo que \_por allí vinimos\_?

Y Ángel no acertó a responder con palabras, ni se atrevió a sustituirlas con el único medio, sobrado terrenal, que se le ocurría, de beberse la respuesta de Luz para refrescar sus ideas.

Así fueron corriendo estos trámites, que parecían no tener fin, porque en un alma como la de Luz siempre hallan tesoros nuevos corazones tan honrados y tan novicios como el de Ángel; pero si no se columbraba el fin, había que salir a buscarle; y Ángel dio los primeros pasos con esos rumbos, bien resuelto a no detenerse en el camino. Lo que él entendía por su deber, que acaso fuera una necesidad mal comprendida, le imponía esta resolución.

Luz no se desorientó tampoco en el nuevo terreno a que la llevó la consulta de Ángel. No llegaba su inocencia al extremo de ignorar a dónde se iba por donde ellos andaban con un mismo impulso y una sola voluntad. ¿Pensaba él que ya era hora de poner fin a aquella placentera jornada de su viaje y de emprender otra nueva y más agradable todavía? Pues bien pensado estaría. Todo era creíble para Luz, menos que Ángel y ella no fueran una misma cosa, con un mismo corazón y un mismo pensamiento; que lo que les estaba pasando a los dos no fuera lo que debía pasar, ni que hubiera en el mundo suceso ni c

contrariedad  
destinados a impedirlo. ¿Quién, ni qué se resiste c  
ontra el ambiente que  
se respira y el sol que alumbra? Pues como el sol y  
el ambiente eran  
para ella la vida y el amor de Ángel: elementos nat  
urales y necesarios  
de su propia existencia.

Y esto se lo contaba ella a él a su modo; pero tan  
sencilla y  
desembarazadamente como si el ocultárselo le fuera  
tan imposible como  
dejar de verle cuando le estaba mirando. Con lo que  
Ángel acabó de  
perder los estribos, y se fue poco después, despidi  
éndose con desusado  
acento «hasta mañana», dejándola el corazón entero  
en una frase, y  
llevándose la energía de los grandes héroes en un p  
ropósito.

Recién llegada Luz de su expedición de verano, se h  
abía hecho retratar a  
gusto de Ángel: de cuerpo entero y con un vestido d  
e falda bien plegada,  
sin pabellones, frunces ni embutidos en ninguna par  
te; la caída natural  
de los paños, y el cuerpo ajustado y descubierto; l  
a cabeza sin más  
adorno que una flor, y el pelo sin artificios piram  
idales, ni greñas de  
estúpido ganapán sobre la hermosa frente; la actitu  
d sencilla y la  
mirada fija en \_él\_. Esto le pareció un poco difíci  
l de conseguir a Luz  
no estando presente Ángel; pero Ángel, que ya conta  
ba con la dificultad,  
tenía bien estudiado el modo de vencerla, y de venc  
erla al tenor de sus  
deseos. «Para retratarte así, la encargó, vuélvete  
con la imaginación a

tu paraíso, y mírame desde la azotea de tu \_chalet\_  
». Y eso hizo Luz, de  
muy buena gana; y por eso resultó su cara en el ret  
rato con la expresión  
de la de una virgen ideal de las Catacumbas, en sus  
arrobamientos  
celestiales.

Ángel llevaba siempre consigo y sobre el corazón un  
retrato de estos; y  
en contemplarle en la soledad de su cuarto se le ib  
an las horas muertas:  
de modo que, con las que invertía en conversar con  
el original, casi se  
le pasaba el día sin separarse de Luz... y la noche  
también, porque en  
cuanto se dormía el bendito de Dios, ya estaba soña  
ndo con ella.

Pues bien; en la virtud de este retrato confiaba gr  
andemente el hijo de  
don Santiago Núñez para facilitar sus primeras expl  
oraciones en el ánimo  
de su madre.

## XII

Sobre este apreciable matrimonio apenas se veía la  
huella del tiempo  
corrido desde que el lector le conoció, con motivo  
de una visita que le  
hizo la marquesa de Montálvez. Un poco más enjuto y  
encanecido don  
Santiago, y menos entregada a su vicio calcetero la  
indestructible y  
petrificada doña Ramona. En todo lo restante, lo mi  
smo que siempre: los  
mismos entretenimientos, las mismas costumbres y ha

sta los mismos  
muebles en el despacho del antiguo droguero... y la  
s mismas alternativas  
reumáticas, aunque algo más acentuadas de gotosas c  
ada vez, en la misma  
simpática persona; en el cual despacho acababan de  
desayunarse marido y  
mujer en el momento en que vuelvo a poner al lector  
en su presencia.

La noche antes había llegado Ángel a casa más desas  
osegado y distraído  
que de costumbre: cenó poco, habló menos y sin veni  
r al caso; tan pronto  
sonreía como se le nublaba el gesto y se estremecía  
todo... Y así se fue  
a la cama.

De eso estaban hablando cabalmente su padre y su ma  
dre todavía, cuando  
se les presentó Ángel muy risueño, pero no muy tran  
quilo, a juzgar por  
ciertas señales. El tal mozo era la alegría de la c  
asa, y no hay para  
qué decir cómo fue recibida allí su sonrisa, despué  
s de los extraños  
celajes de la noche anterior. Pero extraña era tamb  
ién, en las  
costumbres domésticas de Ángel, la visita al despac  
ho de su padre a  
aquellas horas; y en ello convinieron don Santiago  
y su mujer con una  
mirada que cambiaron entre los dos, y que al propio  
tiempo quería decir:  
«¿qué diablos le pasará a este chico?»

Y el chico comenzó a dar cuenta de lo que le pasaba  
, poniendo en manos  
de su madre después de estamparla un beso en la fre  
nte, como lo tenía  
por costumbre, y de recibir otro en cada mejilla, e  
l retrato de Luz.

--Vea usted eso--dijo con voz temblorosa y sonriendo al entregárselo.

La Esfinge tomó la tarjeta, púsola a conveniente luz, y clavó en el retrato la vista a través de sus anteojos, con una fijeza tan inalterable y dura, que Ángel hubiera jurado que le hacía daño en el pecho y que por eso latía su corazón tan desacompadamente.

Don Santiago, vencido por la impaciencia, levantose del sillón, y por encima del hombro de su mujer se puso a contemplar también el retrato. Y así se estuvieron un par de minutos sin decir palabra: la Esfinge, con su ceño indescifrable; su marido, con la boca desplegada y los ojos muy abiertos, y Ángel mirando al uno y a la otra, tembándole las piernas y con el corazón dale que dale.

Al fin se movió doña Ramona para alejar un poco más la fotografía; y, sin dejar de contemplarla, exclamó con un entusiasmo que no era de esperar en ella:

--¡Dios mío, qué criatura más angelical!

--¡De verdad es primorosa!--dijo don Santiago cogiendo la tarjeta y acercándose al balcón para examinar el retrato más a su gusto.

--¡Y qué humildemente vestida y peinada está!--añadió la Esfinge al soltar de su mano la tarjeta.

--¡Y qué dulzura de semblante y qué mirar de Niño-Dios!--dijo don Santiago desde el hueco donde estaba embutido ya.

Ángel sintió en su pecho cuatro porrazos seguidos y tremendos, uno por cada exclamación, que le retumbaron en la cabeza. Pero aquellos golpes no le dolían ni le incomodaban.

--Corriente--dijo en seguida su madre, mirando al extasiado mozo, y como si respondiera a las palabras de él cuando la entregó el retrato--; y ¿qué significa... \_esto\_?

Entonces Ángel se sentó a su lado; y con muchas zalamerías, convirtiendo con gracia y con habilidad el tema de la \_media naranja\_, tan repetido en su casa, en disculpa y germen de todo lo sucedido después, comenzó la historia de ello; pero desde muy atrás: desde el punto y hora en que conoció a Luz a la puerta de las Calatravas, callándose discretamente apellidos y seriales para que no saliera lo tapado antes del momento en que debía salir.

Ya estaban los padres de Ángel enterados de casi todo lo que deseaban saber: por qué trasnochaba; por qué se vestía con tanto esmero; por qué andaba como desvaído a veces, y a veces hecho un cascabel, y hasta sabían por qué había llegado a casa la noche antes tan atolondrado y nervioso. Y no sólo lo sabían, sino que lo aprobaron y aun lo aplaudieron.

Corriente; pero ¿a qué puertas había ido a llamar Ángel? ¿Quién era ella?

Y Ángel, que no tenía motivos racionales para callarlo ya, lo dijo hasta con entusiasmo.

La Esfinge dejó caer de sus manos la media que había cogido para entretenerse mientras hablaba Ángel, y don Santiago, que, aunque, vuelto a su sillón, todavía lanzaba ojeadas al retrato de Luz colocado sobre la mesa, volvió la mirada, mirada de angustia y desconuelo, hacia su mujer, cuyo rostro daba frío, pero frío de tumbas y de subterráneos.

--¡Hijo mío!--exclamó llevándose las manos de esquelito entrelazadas hasta cerca de su boca--, si lo que nos has descubierto es la verdad; si la quieres como nos aseguras, más te valiera no haber nacido; y ya que naciste, más nos valiera a todos que te hubieras muerto sin penas, a la edad en que se llevó Dios a tus hermanos.

Ángel pensó entonces que la luz del sol se apagaba para él, y que la tierra se hundía bajo sus plantas. Contaba con que su madre había de poner tachas a Luz tan pronto como conociera de qué tronco procedía, porque las tachas de este linaje eran la manía de la obcecada señora; pero en aquellas palabras, en aquella actitud, en la angustia bien visible de su padre, había mucho más que un resabio que se vence con la reflexión y la fuerza del cariño: había escollos in



franqueables, simas  
negras en que ya se vela precipitado el pobre chico  
con la carga  
dulcísima de sus primaverales ilusiones. El instint  
o de la vida, porque  
lo contrario era su muerte, le dio alientos para as  
omar los ojos al  
abismo y medir con la mirada su verdadera profundid  
ad. Pidió a su madre  
la razón de sus palabras, tan preñadas de obstáculo  
s desconocidos para  
él, y su madre, más justiciera que compasiva, ahond  
ó el abismo clavando  
a la marquesa de Montálvez en la picota de su indig  
nación y  
acribillándola allí con una granizada de crueles vi  
tuperios.

Quedábale al hijo el pobre recurso de atenuar la gr  
avedad de los cargos  
con la supuesta propensión de su madre a pensar mal  
de ciertas señoras,  
y eso trató de hacer; y como también contaba con el  
amparo de su padre,  
a él volvió los ojos suplicantes, mientras hablaba  
lo poco que se le  
ocurría.

Y el padre, aunque no estaba menos angustiado que s  
u hijo, también tuvo  
una nueva puerta que cerrarle y un nuevo clavo que  
hundir en su corazón.

--No, no es eso que tu crees, hijo mío. ¡Ojalá lo f  
uera! Tu madre,  
desgraciadamente, no habla ahora sin muy graves fun  
damentos. Yo no iré,  
sin embargo, en ciertas cosas, tan lejos como va el  
la; pero estamos  
enteramente conformes en cuanto a lo principal, que  
es muy grave; tanto,  
que necesitas conocerlo, y lo vas a conocer sin tar

danza, por mucho que  
te duela oírlo y a mí me aflija el contártelo.

Y aquí comenzó el buen hombre a referir cosas que d  
ejaban espantado al  
pobre mozo, no sólo por lo que de espantable llevab  
an las cosas en sí  
mismas, sino también por oírlo de unos labios de lo  
s cuales había  
esperado él, no heridas nuevas, sino bálsamo para c  
urar las que le  
habían hecho las palabras de su madre.

--Pero esas noticias--dijo con voz poco segura Ánge  
l, resuelto a  
defender uno a uno todos los portillos de su arruin  
ada fortaleza--,  
pueden ser inexactas..., lo serán indudablemente. Y  
o sé cómo se vive en  
casa de esa señora: allí no hay rasgos ni vestigios  
de esas enormidades  
que usted me ha referido; se hace una vida sosegada  
y metódica, una  
verdadera vida de familia..., se reza.

--Sí--clamó entonces la voz lúgubre de la Esfinge--  
: también el diablo,  
harto de carne, se metió a fraile; pero diablo fue  
siempre.

--Se rezará, no lo dudo--dijo don Santiago interrumpi  
endo a su mujer--,  
y se hará la vida ejemplar que tú has visto, hijo m  
ío; pero lo hecho,  
hecho está, y la obra del demonio a la vista queda  
para escándalo de las  
gentes honradas, aunque la pecadora se vuelva a Dio  
s cuando ya no sirve  
para el mundo. Con todo, entiéndelo bien, yo no te  
culpo ni te acrimino:  
eres mozo sin experiencia, y te enamoraste a los pr  
imeros pasos que

diste fuera de tu hogar: no es extraño que hayas sido y todavía seas ciego y sordo, y que no veas ni oigas lo que tanto suena y has tenido delante de los ojos. Yo también dudé al principio, porque conocía a esa señora..., la conocí aquí mismo, ahí donde estás tú sentado; y aunque la vi derrochadora, no la creí capaz de otros pecados más feos. Tuve varios negocios con ella, y éstos me obligaron a visitarla en su casa muchas veces; y en su casa andaba una víbora de las que muerden el seno que las ha dado calor: un mayordomo que, según informes que después adquirí, había perdido la confianza de su señora, con grandes motivos para ello. Este mayordomo, nada conforme con que la marquesa tratara directamente conmigo negocios que antes arreglaba él a su gusto con usureros, para estafarla entre todos, fingiendo llorarme lástimas de ella como para interesarme más, pero con bien contrarias intenciones, me fue imponiendo minuciosamente de los percances más gordos de su azarosa vida. Ya era administrador y mayordomo de la casa cuando nació la marquesa: ¡figúrate si, estaría bien enterado! Sin embargo, me resistía a creerle; pero como me importaba salir de dudas, por la índole misma de los negocios que traíamos entre manos esa señora y yo, acudí a otras fuentes; y bien pronto me convencí de que el pícaro administrador todavía se había quedado corto en sus informes. Tan sonada era en Madrid la fama de la marquesa, que todos los informantes se extrañaban de que no la conociera

yo. ¿Qué había de conocer metido en estos rincones, tan apartados del bullicio de las gentonas como del otro mundo! Lo del banquero, lo sabía; es decir, sabía que era un bribón y que se había largado de la noche a la mañana temiendo que le desollaran vivo en la Puerta del Sol; pero ¿qué me importaba a mí si era casado o soltero, ni cómo recordar el título con que se pavoneaba últimamente, si es que alguna vez le oí pronunciar, que lo dudo? En cuanto a lo del señor de Guzmán, ¿cómo sospecharlo siquiera? Una vez me la recomendó como persona de responsabilidad y amiga suya; pero ¿qué había en esto de particular ni de sospechoso, sobre todo después de haber observado que los informes eran exactos, porque la marquesa ha ido cumpliendo fielmente todos sus compromisos conmigo? ¿Qué me tocaba a mí hacer, aun después de descubierto el potaje, sino mostrarme ignorante con la marquesa y seguir tratando con ella siempre que lo ha necesitado, por respeto al señor de Guzmán, a quien tampoco he dicho una palabra? Tu madre y yo hemos hablado muchas veces aquí de esos fregados; pero no eran asunto que debía quitarme el sueño, ni cosa de llamarte a ti para que te fueras enterando... ¡Ojalá lo hubiéramos hecho!... Y he aquí, hijo mío, por qué no te culpo de lo que te pasa, y las razones que tengo para apoyar a tu madre en lo que te ha dicho.

El pobre Ángel tenía la cabeza hecha un laberinto de fuego y de visiones

diabólicas; pero entre todo y sobre todo lo que se  
revolvía y abrasaba,  
alzábase flotante y como la esperanza de un celesti  
al consuelo, la  
imagen de Luz; de Luz, que no estaba, que no podía  
estar manchada con el  
fango de aquel lodazal en que había nacido. ¿Qué ju  
sticia, qué ley  
autorizaría la infamia de castigar en un ángel las  
culpas de una mujer  
pecadora!

Y en este sentido y con toda la energía de su alma  
dolorida, habló a su  
padre, porque nada esperaba de la inclemente rigide  
z de su madre.

Don Santiago, más compasivo, le respondió, descubri  
endo en su voz y en  
sus miradas la honda pesadumbre que le afligía:

--Yo tampoco soy de los que creen que los vicios se  
heredan como las  
enfermedades, ni de los que tienen por justo que pa  
guen los hijos  
inocentes las faltas cometidas por sus padres; pero  
se dan casos a  
menudo en que se teme lo peor, como si fuera lo pro  
bable, y la necesidad  
se impone con su fuerza de consideraciones y respet  
os humanos, y obliga  
a proceder ajustándose más a las leyes del mundo qu  
e a los mandatos del  
corazón. Porque así somos, hijo mío, y por nuestra  
culpa..., porque  
nuestras son las leyes que nos amarran a los escrúp  
ulos de los demás.  
Cierto que las hacemos y las promulgamos con el pia  
doso fin de molestar  
al prójimo; pero hechas quedan y a las barbas nos s  
altan en cuanto los  
delincuentes somos nosotros. Y nada más justo.

--Bien está eso--interrumpió Ángel, que no podía con el martirio de sus impaciencias--; pero en el caso mío...

--A él iba sin parar--contestó su padre, saliéndole al encuentro--. El caso tuyo...

--El caso tuyo--dijo la tremenda voz de la Esfinge, haciendo callar a la de su marido--es de los que reclaman todo el valor que cabe en el corazón de un mozo de vergüenza para irle olvidando, porque no tienen otro remedio.

--El caso tuyo--insistió don Santiago, queriendo atenuar el efecto causado en el hijo por las durezas de la madre--, no es para resuelto en cuatro palabras en un momento de fiebre como la que te abrasa ahora, hijo mío, de pies a cabeza: es para meditado en frío y con calma..., cómo le has de meditar tú seguramente, tomando los puntos donde deben tomarse: no en las alturas de la pasión, sino abajo, abajo en este pícaro suelo que se pisa, y entre la gente con quien uno se codea en cuanto sale de casa.

--Pero ¿cómo!, ¿cómo!--preguntó Ángel, anhelando llegar cuanto antes a lo desembarazado y concreto.

--A eso vamos, hijo, a eso vamos--le repitió suavemente su padre--. Déjate de andar a vueltas con lo de que si el mundo es justo o es injusto en esto o en lo otro; o si las madres pecad

oras por aquí, y si  
las hijas inocentes por allá, y considera lisa y llanamente lo que a ti  
te pasa. Hay una joven que no tiene pero en lo tocante a ella misma: es  
muy guapa, muy recogida, muy bien educada..., una santa de Dios, vamos.  
De esta joven te enamoras tú, y ella se enamora de ti. Deseáis casaros,  
y resulta, en primer lugar, que no es hija de su padre..., quiero  
decir...

--Tiene derecho perfecto al apellido que usa.

--Por la ley, pero no por la naturaleza; y esto lo sabe todo Madrid, el  
Madrid que bulle en lo alto, y habla recio y escribe, y es oído y leído,  
y murmura y desuella al sursumcorda, y da y quita reputaciones a su  
antojo. La madre que hizo esa fechoría tuvo por marido, es decir, por  
padre legal de la novia, a un estafador, huido de su patria después por  
temor a la justicia; y esto lo sabe también ese Madrid que murmura y  
alborota; la misma mujer, que fue desleal, infiel, antes de casada,  
continuó siendo esposa adúltera; y cuando enviudó, no tuvo el diablo por  
dónde desecharla. Y eso también es público en el Madrid que hace y  
deshace reputaciones... ¿Te vas enterando?

--Adelante--dijo el pobre mozo con heroica resolución, medio tragado ya  
por la boca del negro abismo.

--Pues bueno--añadió su padre espantado de que tuviera que ser él quien  
le empujara para arrojarle hasta el fondo--: a pesa

r de todos estos  
inconvenientes, te decides a casarte porque Luz es  
una santa, según  
hemos convenido. Luz, por hermosa y por hija de su  
madre, es muy visible  
en el mundo, en el Madrid que murmura y despelleja,  
y te la tomas del  
brazo para entrar con ella en ese paraíso que habéis  
soñado los dos...  
Mira, Ángel, será injusto, será inicuo, todo lo que  
tú quieras; pero es  
la pura verdad que ese Madrid maldiciente y sinverg  
üenza; ese Madrid que  
acaso tiene la culpa de que la marquesa de Montálve  
z no sea una mujer  
sin tacha, arroja sobre su hija, y como regalo de b  
oda, todos los  
escándalos de la madre, y, por consiguiente, sobre  
su marido, sobre ti,  
que eres un hombre de bien (y, por serlo, vas por d  
onde vas y con quien  
vas), todos los sambenitos de tu mujer, entre algaz  
ara y chacota. Ahora  
bien: por grande que sea tu obcecación; por hermoso  
que se te pinte en  
los ojos lo que hay del lado de allá de la puerta,  
¿te atreverás a  
entrar por ella con tal fardo de ignominias a la es  
palda? Esto es lo que  
has de meditar, hijo mío, con la cabeza fría y el c  
orazón sosegado.

Ángel no quiso oír más ni añadir una palabra. ¡Tan  
honda y tan negra le  
iba pareciendo la sima! La Esfinge, implacable, tra  
tó de ennegrecerla y  
ahondarla todavía más. Su marido se lo impidió con  
una mirada que tuvo  
toda la fuerza de un discurso para su corazón de ma  
dre. Ángel se levantó  
aturdido y mudo para retirarse de allí, y al mismo  
tiempo extendió el



brazo para recoger el retrato de Luz, que estaba sobre la mesa.

--Tómale, hijo mío--le dijo su padre adivinándole la intención y apoderándose de la tarjeta antes que él--. Pero aguarda un poco. (Don Santiago volvió a contemplar el retrato.) Sí..., ¡cavada!... Bien decía yo antes para mí: «¿a quién que yo conozco se parece esta cara?» ¡Claro!, ¿a quién había de parecerse?... ¡Si me asombra que por este rastro, y sabiendo lo que ya sabía, no hubiera yo dado en el quid antes que tú me le descubrieras!...

--Esos parecidos--dijo la Esfinge--son el sello que pone la mano de Dios en las obras del demonio, como esa desdichada criatura, para aviso de las gentes honradas...

--¡Mujer!...

--Para que duela lo digo, Santiago, para que duela... porque esa clase de heridas no se curan con bálsamos dulces: se curan a fuego, entre martirios como el que estoy padeciendo yo viendo al hijo de mis entrañas, al regalo de mis ojos, entre las uñas de Satanás. ¿Merecía él ese destino? ¿Le hemos criado tú y yo para eso?

--No, mujer, no--díjola don Santiago en santa calma--; pero a un solo fin se puede ir por diversos caminos... Déjame por donde voy ahora, que yo sé que no voy mal y que he de llegar antes y mejor que por donde tú quieres que vaya.

Luego, volviéndose a Ángel, que continuaba mudo y cada vez más aturdido, díjole entregándole el retrato:

--Tómale, hijo, ya que le deseas..., como es natural; pero procura no tenerle delante cuando medites sobre lo que te he dicho, para resolver lo que te conviene.

Ángel recogió la tarjeta, y salió, con ella en la mano, del despacho de su padre; y es cosa averiguada que en cuanto se vio solo y encerrado en su gabinete, desahogó las fatigas de su pecho regando con lágrimas ardientes y devorando a besos resonantes aquella imagen fidelísima de la más hechicera «obra del demonio».

### XIII

Y mientras besaba el retrato y le mojaba con lágrimas, el pobre chico pensaba..., ¿en qué había de pensar sino en la desdichada semejanza de su conflicto con el conflicto de la novela que había intentado escribir él? ¿Quién le hubiera dicho cuando se perdía en la maraña de aquella ficción; cuando exponía las dificultades a la marquesa (que debieron de saberla a rejalgar), y a la inocente Luz, que le oía embelesada; cuando, ¡mil veces necio, y estúpido y mentecato!, apuraba la materia delante de ellas, por la pueril vanidad de encarecer el valor

de la obra de su ingenio, que había de ser él, el propio Ángel Núñez, vivo y efectivo, quien tuviera que resolver el problema, no como novelista, sino como persona comprometida en un lance verdadero, exactamente igual al lance de su novela?

¡Resolver el conflicto! Pero, después de bien mirado el caso, ¿dónde estaba el conflicto? El conflicto existe cuando el ánimo no ve salida clara para la angustia que le acongoja; pero en el caso de él no cabían dudas ni vacilaciones, porque había una puerta franca y expedita, nada más que una, una sola: la única que podía haber. ¿Cómo no vio el torpe novelista lo que tan palpable debió estar delante de sus ojos? \_Ella\_ y nada más que \_ella\_, con \_ella\_ y para \_ella\_ por todos los días de la vida. Eso era el deber, eso el honor y eso la felicidad.

Y Ángel, discurrendo de esta suerte, beso va y lágrima viene sobre el retrato de Luz. Así pasó muy largo rato y desahogó lo más negro y lo más amargo, de sus penas. Eran las primeras que tenía en su vida, y además muy dolorosas y profundas. Hay que hacer justicia al pobre chico.

Cuando se halló más desahogado y tranquilo, guardó el retrato donde solía y comenzó a pasear a lo largo de su gabinete y a reflexionar como su padre deseaba, «con la cabeza fría y el corazón sosegado». Porque Ángel se consideraba ya en aquellos instantes con e

l juicio y la sangre  
en su ordinario nivel.

Después de orear un poquito más todavía el meollo p  
or este procedimiento  
de exploraciones generales alrededor del abismo, qu  
e ya no le asustaba  
tanto como antes:

--Veamos ahora--se dijo--las cosas a su verdadera l  
uz, y ajustemos la  
cuenta partida por partida y como deben ajustarse t  
odas las cuentas en  
casos de mucho apuro, como este. En primer lugar, l  
os informes que le  
han dado a mi padre sobre la marquesa, pueden muy b  
ien no ser exactos:  
no lo son; desde luego lo afirmo; y lo afirmo porqu  
e la verdad se  
desfigura, y siempre en mal sentido, a medida que v  
a pasando de boca en  
boca. Eran, pues, ya exagerados los informes cuando  
mi padre los  
adquirió. Mi padre me los transmitió a mí bajo una  
mala impresión y  
teniendo gran interés en que me causaran el peor ef  
ecto posible; luego  
es indudable que mi padre exageró mucho y por su pr  
opia cuenta lo que  
había recibido muy exagerado ya. Esto es la evidenc  
ia misma.

Pero resulta de estos mismos informes que hay un mi  
lagro entre los  
muchos que le cuelgan a la marquesa, en el cual no  
caben ni el más ni el  
menos, porque, por su propia índole, tiene que vers  
e y que sonar lo  
mismo a todas luces y en todas las bocas: el lío de  
la semejanza de Luz  
y del amigo de su madre; es decir, la causa de este  
parecido con todas

sus concausas y accidentes. ¿Es verdad lo que sobre todo ello se asegura? ¿Cómo se prueba que lo sea, ni con qué derecho se intenta probarlo? ¿Adónde iríamos a parar si bastara un indicio como ese, que puede ser obra de la casualidad, para que sea meritorio poner en pleito el honor de un matrimonio y de toda una familia? Puede, por consiguiente, en justicia y en conciencia, negarse el hecho nefando, y yo le niego.

Otra mácula que ya está más a la vista y no puede negarse: que el padre legal de Luz fue un banquero tramposo que huyó de Madrid por temor de que le despellejaran en la calle. ¡Válgame Dios con los pudibundos y asombradizos! ¡No parece sino que el señor don Mauricio Ibáñez ha sido el único ricacho tramposo y estafador! ¿Pues no hemos convenido, tiempo hace, y cansado estoy de oírlo y de leerlo, con ser tan mozo como soy, en que andan por esas calles de Dios docenas de acudados personajes con títulos y condecoraciones, influyentes poderosos, que debieran estar en presidio arrastrando una cadena? ¿No se citan sus nombres y se les apunta con el dedo, y, sin embargo, viven y triunfan y hasta regatean el saludo a los hombres de bien, porque se consideran a mayor altura que ellos, en virtud de que así se lo hace creer, con sus acatamientos, e incensadas, el mismo público que desde lejos y en voz baja los condena a presidio con grillete? Y estos ladrones consentidos y acatados, ¿no

tienen mujer con historia negra, e hijas con parecidos extraños? Y estas hijas, sin ser santas ni servir ninguna de ellas para descalzar a mi inocente Luz, ¿no se ven bien codiciadas de los guapos mozos, y a sabiendas, y no se casan sin que las gentes se escandalicen ni se junte el cielo con la tierra? Pues mi caso y el de Luz no llegaría, ni con cien leguas, al menos cenagoso de estos casos.

Las restantes máculas de la marquesa, ¿por qué no han de ser, no ya exageraciones, sino imposturas de las gentes? ¿No acababa mi padre de afirmar, con el piadoso fin de intimidarme, que hay un Madrid que hace y deshace famas y reputaciones? Y ¿qué sabe el inexperto señor si en el presente caso se ha deshecho con calumnias lo que estaba bien hecho con virtudes? Si tan notorios han sido los pecados de la marquesa, ¿cómo no he dado yo con algún rastro de ellos en su casa? ¿Cómo la frecuentan personas tan distinguidas y juiciosas, y se juzgan muy honradas con el trato y la amistad de la abominable pecadora? No tienen, pues, estos hechos todo el fundamento que necesitan para ser creídos; pueden negarse..., los niego en absoluto.

Y ahora veamos el supuesto conflicto mío por otra cara. Ciertamente, decidido yo a casarme por cálculo y a sangre fría, al echarme a la calle en busca de mujer, no hubiera trepado a las alturas del «gran mundo», ni elegido entre las que tienen madres de las que pueda decirse lo que se

dice de la madre de Luz; pero aquí han pasado las cosas muy de otro modo: yo no he salido de mi casa para olfatear una novia por esas calles de Dios. Luz y yo nos encontramos por obra de una casualidad, o porque estaba decretado así...; creo que fue porque estaba decretado. El hecho es que nos encontramos, que nos comprendimos y que nos amamos, y que Luz, que me había deslumbrado por hermosa, acabó de enloquecerme por buena, por inocente..., por santa. Resulta ahora que esta Luz sin tacha es hija de una madre llena de pecados, y que aunque la hija los ignora y es incapaz de cometer otros semejantes, yo debo renunciar a ella por los que su madre ha cometido. Ésta es la teoría de mi padre, fundada en una ley que, según parece, rige en el mundo entre las gentes que se creen honradas.

Pues supongamos que yo llego a considerarme obligado o también a acatarla, y que, en virtud de ello, me decido a apartarme de Luz y a romper todo trato con ella, precisamente cuando está aguardando a que yo le señale la hora de estrechar todavía más el que tenemos. Para poner en práctica esta resolución, se necesita, o que comience yo por no volverla a ver desde ahora, o que invente un pretexto rebuscado, o que la descubra toda la verdad. Con lo primero, la daría una puñalada a obscuras y a traición; con lo último, se moriría de espanto y de vergüenza. De todas suertes la mataba. Pero, aunque no la matase, ¿no sería cualquiera de

estos procederes míos cien veces más vil y más odio  
so que todos los  
pecados juntos de la marquesa, suponiéndolos cierto  
s y comprobados? ¡Y  
mi padre, tan honrado y tan bueno, no lo ve así! ¿E  
n quién estará la  
ceguera?... En él, en él solo, que no ha meditado e  
l caso «en frío y con  
calma», como quiere que yo lo medite y como, ya lo  
estoy meditando...  
También él le meditará así, y entonces estaremos de  
acuerdo los dos.  
¿Pues no hemos de estarlo! Mi madre seguirá en sus  
trece y tocará el  
cielo con las manos; pero es mi madre, y todo su co  
razón le parece poco  
para quererme; es buena y compasiva en el fondo; ja  
más ha puesto a  
prueba el arraigo de esas repugnancias que son su m  
añía; le pondrá  
ahora, porque se trata, de mí, y verá claro y se co  
nvencerá..., ¿pues no  
ha de convencerse!... Y no habrá conflicto, porque  
no puede haberle; y  
las cosas irán como y por donde iban ayer, que es c  
omo y por donde deben  
ir.

En esto oyó que se hablaba recio en el despacho de  
su padre. Entreabrió  
la puerta de su gabinete y escuchó. Su madre quería  
llevar las cosas a  
sangre y fuego; tenía a pecado imperdonable las bla  
nduras y  
contemplaciones de su marido. «Cortar, cortar por l  
o sano, antes que la  
gangrena lo inficione todo.» Don Santiago la record  
aba su obligación de  
ser clemente con su hijo, sin dejar por eso de ser  
madre celosa y justa:  
llevando las resistencias tan a punta de lanza, has  
ta podía enfermar el



pobre chico con la batalla que traía en la cabeza.

Se sonrió un poco Ángel oyendo esto, porque consideró lo ridículo que estaría él si las circunstancias le obligaran a hacer el papel de niño mimoso contrariado. Al mismo tiempo cerró la puerta, porque aquellas durezas de su madre, mal de su grado, ahondaban demasiado en el abismo que él tenía ya a medio llenar.

Volvió a pasear por su cuarto y a meditar, pero sobre otro tema diferente.--¿Qué le tocaba hacer a él por de pronto? Porque, aun suponiendo que la gran dificultad se resolviera a su gusto, esa labor no era de pocos días, y Ángel había dejado su negocio con Luz pendiente de una decisión que debía comunicarla al otro día, que ya era hoy para él. Fue demasiado optimista en medio de su fiebre amorosa, no previendo algo siquiera de lo que estaba ocurriéndole; pero, ocurrido ya, ¿qué podría decirle a Luz sin que ella le leyera sus disgustos en la cara, ni presumiera tropiezos que la indujeran a descubrir otros mayores? No había que pensar en acercarse a ella mientras los horizontes de sus ideas no se despejaran algo más. Necesitaba irse acostumbrando a verlo posible para darlo por hecho, y con esto solo y a tenía lo sobrado para estar sereno. Cuestión de aquel día, quizás del siguiente..., porque era mucho lo que confiaba en su padre. Entre tanto, disculparía su ausencia de casa de Luz advirtiéndola que estaba ligeramente enfermo,

muy constipado: esa era la disculpa usual y corriente para todos los que deben y no quieren o no pueden ir a alguna parte.

Mas no le bastaba con esto: sus cálculos estaban bien formados; pero eran cálculos al fin, que podían fallar, contra tantas probabilidades de que no fallaran: su situación, por consiguiente, era grave, gravísima; y lo probaba, además, aquella tirantez de espíritu en que él vivía, aquella opresión de su pecho, aquel nudo de su garganta que le parecía el manantial de donde fluían las lágrimas que le brotaban de los ojos en cuanto los ponía en la imagen de Luz, o el pensamiento en que pudiera perderla para siempre; y por ser tan grave la situación, no era para arrostrada por él, a solas con su inexperiencia y cargado de pesadumbres. Necesitaba auxilios y consejos. Pero ¿dónde hallarlos? Sus pocos amigos eran tan inexpertos como él, además de que él no había de profanar tan santas penas confiándolas a chicuelos presuntuosos. Se acordó de Guzmán, que ya estaba en autos; pero después de lo que había sabido, ¿con qué cara iba él a aquel señor con tales coplas! Porque Ángel, al hablar de su pleito, tenía que exponerle con todos sus pelos y señales, y hasta se prometía, jugando bien este recodo, ganar informes exactos sobre la conducta pasada de la marquesa. De modo que su confidente, tras de conocerla mucho, no debía estar ligado a ella por vínculos que quitaran prestigio a sus dictámenes ni los hicieran

sospechosos.

Y he aquí el camino por donde Ángel fue a parar con el pensamiento a Leticia. Leticia, en opinión de Ángel, era «una gran señora», de mucho entendimiento, y amiga y contemporánea de la marquesa; se interesaba vivamente por la suerte de Luz, y parecía quererle mucho; a él, a Ángel, no se diga..., hasta vergüenza le daba no haber correspondido, con una triste visita siquiera, al cariñoso empeño con que ella se las pedía cada vez y donde quiera que le encontraba... Cabalmente la víspera, yendo él por la Carrera de San Jerónimo hacia el Prado, subía ella en carruaje. Pues se detuvo cuando Ángel la saludó, y hablaron allí largo rato... y sobre Luz la mayor parte del tiempo, por saber ella lo que este tema le gustaba a él. De modo que tenía muchísima razón la buena señora cuando, al despedirse y después de haberle ofrecido de nuevo su casa, le llamó, con una sonrisita y un ademán muy maliciosos, «¡ingrato!» ¿Quién, pues, como Leticia, para oírle con cariño, informarle sin pasión y aconsejarle con acierto?

En estas y otras tales, ya llegó la hora de comer, y Ángel tuvo que sentarse a la mesa. Comió poco y no habló nada, por que tampoco le hablaron a él. Por la tarde se vistió con gran esmero, y salió decidido a visitar a la amable señora para confiarla sus cuitas.

Y andando, andando, cuanto más andaba más remolón s

e iba haciendo;  
porque según oreaba los propósitos con el aire de la  
calle, menos  
cuerdos le parecían. No era tan urgente el caso que  
no le diera un  
respiro de veinticuatro horas; y en veinticuatro ho-  
ras podía cambiar de  
aspecto un conflicto como el suyo, y hacer inútil la  
consulta que él iba  
a hacer: y había una noche entera y larga de por me-  
dio; y una noche así  
daba para todo: para que le hablaran en su casa o p-  
ara hablar él a los  
demás; y si nada de esto sucedía, para engolfarse e-  
n un mar de  
pensamientos un hombre que no duerme.

No hizo la visita, y la aplazó para el día siguiente,  
si la conceptuaba  
necesaria. Al anocheecer mandó a Luz dos carillas de  
renglones llenos de  
dulzuras, para enterarla de que estaba constipado.

Después se fue a casa. En la cual nada ocurrió para  
bien ni para mal de  
su pleito: nada le dijeron; nada dijo tampoco. ¿A quié-  
n le tocaba sacar  
la conversación, y quién huía más de ella?

A la hora acostumbrada se acostó; pensó un poco en  
lo que Luz pensaría  
de su constipado, y, ¡cosa rara!, se durmió como un  
bendito... hasta el  
amanecer.

El despertar fue terrible, ¡eso sí!... Todo lo gana-  
do antes del sueño en  
una batalla de muchas horas contra las negras ideas  
, se pierde en un  
instante al despertar. Esto lo saben todos los hom-  
bres que han tenido  
tempestades en la cabeza. Ángel, que era uno de ést

os, se halló entre sus manos las ruinas del edificio que había construido con amargos sudores antes de dormirse. En reconstruirle se le pasó la mañana. Y gracias que lo consiguió; porque no todos lo consiguen.

A la hora de comer, tampoco adelantó un paso su negocio; y en ciertas situaciones de la vida, no adelantar equivale a retroceder. Había que hacer la visita.

A media tarde se vistió, aún con mayores atildaduras que el día antes.

¡A casa de su buena amiga sin parar!

#### XIV

Llegó sereno, llamó con brío, preguntó lo que es de costumbre; y sin aguardar la respuesta, para ganar tiempo y economizar trámites, dio su nombre y apellido antes que se los pidieran. Como si sonaran allí a muy conocidos, abrieronle la puerta de par en par; rogaronle que entrara; le condujeron a un salón que estaba enfrente, y le pidieron el favor de que aguardara unos instantes.

El tal salón era un completo museo de riquezas de buen gusto; pero Ángel no tenía los suyos en disposición de entretenerse contemplando aquellas pompas de la vanidad mundana. Miraba sin ver lo que

tenía delante de los  
ojos, y sólo estaba atento a los minutos que corrían sin que saliera la  
señora cuyos pareceres iba buscando él allí; porque  
hasta temía que con  
una larga espera en tan extraño lugar se le fueran  
entibiendo los  
propósitos y acobardando los bríos.

Y minuto tras minuto, corrió más de media hora hasta que llegó, no  
Leticia, sino una doncella para rogar al guapo mozo  
que la siguiera a  
donde su señora tendría el gusto de recibirle.

Siguió Ángel muy complacido en que de cualquier modo se pusiera  
término a sus impacencias; y atravesando salas y pasadizos,  
detuviéronse ante una puerta medio oculta entre los  
paños de un doble  
cortinaje, quiero decir uno por dentro y otro por fuera. Recogió más  
una de las mitades de éste la doncella, y apareció  
Leticia haciendo lo  
mismo por la parte de adentro. Avanzó Ángel, muy cortés, entre las  
elegantes angosturas del boquete, y en cuanto pasó  
al otro lado se  
corrieron de nuevo las cortinas, y hasta oyó que se  
cerraba la puerta.

Se quedó muy sorprendido delante de Leticia: parecía  
a una sultana; y esta  
idea se la sugirió al gallardo visitante, no tan sólo  
el tipo de la  
visitada, que adquiría mayor acento oriental con la  
caprichosa y rica  
bata que vestía y el estilo de todos sus restantes  
ornamentos, sino  
también el lugar en que se hallaba: un salón con anchos  
divanes, grandes

cojines, maderas olorosas, alfombras turcas, cueros marroquíes, espejos venecianos, bronce desnudos, tibores japoneses y ¡ qué sé yo! Aquello era un harén preparado al gusto europeo: sólo faltaban los pebeteros y las pipas de largos tubos de seda; y así y todo, trascendía el aposento, a molicie africana.

Leticia condujo a uno de los divanes al sorprendido mancebo, que también tenía mucho de oriental entonces con lo lánguido y ojeroso que le habían dejado sus pesadumbres, y se sentó a su lado. Casualidad sería; pero al sentarse quedó fuera de la fimbria de su bata medio piececito primorosamente calzado con una babucha de raso, muy escotada, sobre una media de seda azul con rayas blancas.

Hubo en seguida lo de «yo no debía recibirle a usted, porque es usted un ingrato», y lo de «usted me estima en mucho más de lo que yo merezco»; «usted no viene aquí por tal y cual cosa»; «pues se pa usted que no he venido sino por esto y por lo otro»; «que sí», «que no», etcétera, etc.; porque, *\_mutatis mutandis\_*, en estos preludios de visita siempre se dice lo mismo y no se adelanta un paso, por más que muden los tiempos y se ilustren los actores. Pero, en fin, hablando, hablando, Ángel sorteó con habilidad los estorbos de la introducción, y llegó lo antes que pudo al tema de sus angustias.

Tardó bastante, pero lo expuso bien, sin ocultar un ápice de cuanto

sabía. De todo habló, unas veces conmovido y otras veces animoso, pero siempre con buen arte; y Leticia, mientras le estaba oyendo, parecía devorarlo con los ojos. Tanto le interesaba la relación.

--Y bien--le dijo, muy cariñosa, cuando ésta fue acabada--, ¿qué me toca hacer a mí en ese triste proceso? ¿De qué modo puedo yo tener la suerte de hacer algo por la causa de usted?

--Por de pronto--respondió Ángel--, diciéndome (por que usted debe saberlo, o no lo sabe nadie) qué hay de cierto en lo que se refiere de la marquesa de Montálvez; si es o no tan... pecadora como se la pinta.

Leticia bajó algo la cabeza, sin dejar de sonreírse, y se rascó un poquitín la sien derecha con un dedo, muy mono por cierto. Después se enderezó; y mirando valientemente a los ojos mismos, grandes, negros y melancólicos, de su interlocutor, respondióle:

--En eso de rumores públicos, ¡es tan difícil saber a qué atenerse! ¡Se abusa tanto de ellos!... A Cristo le crucificaron, conque figúrese usted.

Y Ángel tuvo que sonreírse, porque a ello le obligaron esta salida y la singular expresión de que fue acompañada.

--No es broma, aunque lo parezca--añadió Leticia--. Las gentes son así: por natural inclinación, muy malas; y el resobado similar de la bola de



nieve, es la pura verdad a cada hora del día. No afirmaré que mi amiga sea una santa; ¿quién lo es ya hoy, tal y como van las cosas en el mundo! Pero entre no ser santa y lo que de ella se dice... El caso de Guzmán, por ejemplo..., ¿en qué le fundan? En amistades íntimas del tiempo de las mocedades de los dos, ¡como si Guzmán no hubiera sido antes amigo de otras mujeres!, y en cierta semejanza de fisonomía, que yo no veo, entre Luz y él, y que, aunque exista, nada resuelve... Luz se parece a Guzmán por una casualidad, como pudo parecerse al Nuncio. ¿Y también en este caso íbamos a suponer...? ¡Pues decente estaría! En fin, que lo de Guzmán puede ser y puede no ser. Yo creo que no lo es. Lo de su marido... ¿Le eligió ella, por ventura? ¿No se le impusieron? Y ¿en qué se diferencia ese pobre hombre, tan difamado, de otros muchos ladrones muy respetables que yo conozco? Pues únicamente en que fue más torpe que éstos en el oficio de robar. De modo que, a juzgar por lo que se ve en estos y otros varios ejemplos que citar pudiera, la opinión pública sólo castiga a los grandes bribones cuando no saben serlo. ¡Y a este tribunal sin conciencia ha de someter usted los honrados consejos de la suya?

--Pues eso mismo pienso yo--exclamó Ángel, enardecido con aquel dictamen tan favorable a su causa.

--Y piensa usted como un sabio--añadió Leticia--y, además, como un

valiente; porque valor se necesita para seguir pensando bien entre gentes que piensan y obran tan mal.

--Y de todo lo restante que se refiere de la marquesa--dijo el impresionable mozo, más impaciente por llegar a donde deseaba cuanto más llano le ponía el camino su amable interlocutora--, ¿puede presumirse también...?

--¿Que tiene escasos fundamentos de verdad?

--Eso mismo...

--Con grandísimas razones. ¿Quién lo ha visto? ¿Quién puede certificar de ello?... Mire usted: la mayor parte de \_lo que se dice\_ en ese sentido, procede de aspirantes desairados; el resto lo inventan los que ni para ese triste papel sirven. Los afortunados, cuando los hay, se guardan muy bien de decirlo; porque si los hubiera, lo publicarían, serían unos majaderos; y la marquesa tiene sobrado buen gusto para que, resuelta a perderse, se dejara caer en tales manos.

--Eso me parece a mí también.

--Y eso es lo que debe parecerle a usted, porque es de sentido común.

Así sucede tan a menudo que de ciertas mujeres pecadoras todo se cuenta menos la verdad... Porque hay mujeres pecadoras, ¡y muy pecadoras, amigo mío!

--¿Quién lo duda!

--Y las hay de todos los linajes: por pasión, por temperamento, por lujo, por moda..., hasta por necesidad; pero ninguna es tan necia que publique sus propios pecados por el gusto de dar cebo a las lenguas maldicientes, y la menos aprensiva trata, por egoísmo de viciosa, de no quitar al pecado el incentivo del secreto. De igual modo tienen que proceder sus cómplices; porque si la misma causa no les indujera a ello, les obligaría, como ya le dije a usted, la necesidad de ser reservados si querían ser favorecidos. También esto es de sentido común. Hay excepciones en la regla, como en todas las demás; pero las excepciones solas no dan bastante materia, en el caso de mi amiga, para formar un proceso tan voluminoso como el que el público le ha formado a ella..., y a otras amigas suyas también. De modo que, por el precepto establecido, si en la vida de la marquesa de Montálvez hay pecados de esa especie, o son muy pocos, o no los conoce el público.

--¿Y eso es lo que debo creer?--preguntó Ángel con el ansia de todos los que temen que no sea bastante cierto lo que se les asegura.

--Pues ¿para qué se lo estoy contando?--respondióle Leticia riéndose muy de veras.--¿O piensa usted que me divierto en engañarle?

--¡Eso no!--repuso el vehemente mozo, temiendo haber dicho una impertinencia--, porque es usted demasiado buena pa

ra hallar gusto en  
tales entretenimientos.

--Gracias por la fineza.

--Lo digo como lo siento,... y, si no, ¿cómo la hab  
lara yo de estas  
cosas?

--Es la verdad. Pues adelante.

Ya estaba resuelto aquel punto, y muy a satisfacció  
n del interesado.

Faltaba otro de mayor entidad para él; porque el pr  
imero le daba apoyos  
en que fundar buenas esperanzas, pero no le sacaba  
del atolladero en que  
se veía, y de esto era necesario tratar inmediatame  
nte.

Mientras en su casa se llegaba a juzgar a la marque  
sa de Montálvez con  
el mismo criterio bondadoso con que ellos dos acaba  
ban de juzgarla, ¡que  
ya era esperar!, ¿qué hacía el novio de Luz? ¿Conti  
nuar acatarrado?  
¿Visitarla como antes? Y en este caso, ¿la hablaba  
o no del punto que  
quedó pendiente la última vez que se habían visto?  
Y si la hablaba de  
él, ¿qué la decía? ¿Con qué mentiras la engallaba?

Estos y otros parecidos fueron los nuevos puntos so  
metidos por Ángel al  
dictamen de su experta amiga.

La cual, después de enterada, tomó de pronto una ac  
titud enteramente  
distinta de las que había tomado hasta entonces; se  
acercó más a su  
embelesado interlocutor, y eso que ya estaban bien  
juntos, y le habló

así:

--Vamos a ver eso con mucha serenidad. Lo primero que hay que hacer aquí es ponerle a usted en el peor de los casos; quiero decir, en el que llama usted peor.

--¿Y usted no?

--Allá veremos. No hay modo de convencer a sus padres de usted de que la marquesa de Montálvez no sea la mujer más perdida y más escandalosa del mundo, o se convencen de que es una señora como otra cualquiera; pero se empeñan en que basta su mala fama para que usted no deba casarse, y no se case, con su hija, lo cual es lo mismo para usted. De todos modos se oponen, y hasta le amenazan con las iras del cielo si no son obedecidos en sus píos y honrados mandatos, y usted, que es buen hijo y, aunque otra cosa piensa ahora, algo temeroso de la opinión pública, se encoge y tiembla y padece, porque no tiene resolución para atropellar los obstáculos devolviendo tesón por tesón y amenaza por amenaza... ¿No es esto?

--Cabalmente.

--Y usted padece, tiembla y se encoge, porque en la batalla se juega a Luz, que es hermosa y dulce y hasta santa, según dicen, y no se resigna usted a perder ese tesoro... Vamos a ver, ¿y qué que se pierda?

--¡Señora!...

--Lo dicho: ¿y qué que se pierda? Es usted muy joven todavía, y por eso ignora lo que influye el punto de vista en el conocimiento de las cosas. El amor de Luz es el primero que usted siente, y cree imposible hasta la vida si ese amor se le malogra. Todos los hombres creen y sienten lo mismo la primera vez que se enamoran; pero después, andando los años, van cambiando de parecer, y el obstáculo que de novicios se les antojó desventura sin ejemplo, ya con muchas barbas, le consideran como una dádiva de su buena suerte. No lo dude usted: hay algo de inhumano en eso de amarrar a un mozo que comienza a vivir al macizo carro del matrimonio, y decirle: «tira, y anda por ese camino áspero y obscuro que tienes delante, y por donde jamás has andado», porque se cree que el amor lo suple todo, y esto es una lamentable equivocación. En primer lugar, el amor del alma se confunde muy a menudo con los antojos del cuerpo; pero, aunque no se confunda, el amor, o lo que sea, se acaba luego, porque no duran más los incentivos que le producen; o si se conservan, pierden el encanto por la costumbre de verlos; el resultado es el mismo; lo que se llama amor, desaparece, y la venda se cae; y entonces, cuando los ojos contemplan asombrados lo muchísimo desconocido que tienen delante, la codicia de ello inflama los apetitos, y el hombre más sesudo y morigerado olvida sus deberes y se hace un glotón de cuanto ve. Es decir, cae, y de mala manera, que es mucho p

eor que caer....,  
porque también los vicios tienen su estética... ¿Se  
sorprende usted de  
lo que digo?... Pues está usted en la obligación de  
resignarse, porque  
yo no me comprometí a halagar sus ilusiones, sino a  
darle mi parecer  
después de examinar el punto por todas sus caras. A  
hora estamos en la  
fea... Ya le veremos por otra mejor, si es que la t  
iene.

Ángel estaba, en efecto, sorprendido, y aun admirad  
o, de ver por dónde  
tomaba la cuestión su consejera, y hasta de la cara  
que ésta ponía  
cuando le hablaba, que no era cara de susto, cierta  
mente: ¿adónde  
diablos iría a parar por aquellos caminos, tan dist  
antes de los deseos  
del enamorado mozo? Ya se vería. Y comenzó a verlo  
en el acto, porque en  
el acto le dijo Leticia, después de contemplarle en  
silencio unos  
instantes, y como substancia y producto lógico de s  
us apuntadas  
reflexiones:

--Creo, pues, que no se halla usted en edad ni en c  
ondiciones de  
casarse.

El aludido brincó sobre el diván, y, sin poder cont  
enerse, dijo con  
marcado disgusto:

--¡Pero eso es peor aún que defender la causa de mi  
s contrarios!...

--Esto es defender lealmente la causa de usted--res  
pondió Leticia con  
acento y mirar blandos y cariñosos--. Y si no, a la

prueba... Pero  
déjeme usted concluir sin enfadarse. Contando con q  
ue usted, si no me lo  
dice, piensa, por sellarme la boca, que sin casarse  
con Luz, porque la  
ama, no comprende la vida, me anticipo yo a sostene  
r que un amor,  
aunque sea como el de usted, se cura con otro... Es  
to, como regla  
general; pero concretándome al caso presente..., ¡u  
sted, tan joven,  
tan... (no quiero que me llame lisonjera) tan bien  
dispuesto para el  
mundo, rico, independiente, con tan larga y risueña  
vida por delante!...

Aquí empezó Ángel a sentirse incómodo y desasosegad  
o. Quiso interrumpir  
a Leticia sin acabar de comprenderla todavía; pero  
Leticia le contuvo  
con un ademán enérgico y estas nuevas palabras:

--¡Usted, repito, con todas esas ventajas, llorar c  
omo una desventura el  
recelo de que se le malogren unos intentos como los  
que le preocupan! Yo  
doy hasta por indiscutible que el amor de Luz sea e  
l más hechicero de  
todos los amores... de la misma clase; pero--y con  
esto vuelvo a lo que  
quedó pendiente--¿sabe usted todavía lo que son otr  
os amores? ¿Sabe  
usted que no son los más sabrosos los que más lo pa  
recen a la simple  
vista?

Ángel llegó a sentir latidos en las sienes y a cobr  
ar cierto miedo al  
hablar incisivo y al mirar fulgurante de Leticia; l  
a cual, como si se  
envalentonara con los encogimientos de su interlocu  
tor, se tiró más a



fondo, de esta suerte:

--Usted no sabe aún que los amores, como otras muchas cosas, se mejoran con la salsa de la experiencia; quiero decir que para un paladar de buen gusto, son más sabrosos los más experimentados...

Y como al decir esto Leticia, su voz, su mirada, sus ademanes y el agitado ondular de su alto seno revelaran una emoción y un fuego que no pedía el punto que se había comenzado a tratar allí, Ángel receló ya de todo..., hasta de la bata y de las babuchas de Leticia; del motivo de su tardanza en recibirle, y de la ocurrencia de recibirle entre el aparato moruno de aquella estancia misteriosa; y dejándose llevar de tan malos pensamientos, también sospechó de los que pudo tener aquella dama para insistir un día y otro en que él la visitara a menudo, y aun entrevió los motivos de que la marquesa de Montálvez no tratara a aquella amiga con la afabilidad que a otras suyas... ¿Quién sabe hasta dónde fueron a parar las sospechas del ingenuo mozo en brevísimos instantes!

Lo cierto es que los escozores le llegaron tan al alma, que, sin poder contenerse, se alzó del diván. Entonces Leticia, leyéndole en la actitud lo que le estaba pasando por dentro, quiso salvar su ociosa imprudencia, si es que la había cometido, que yo no lo sé, cambiando súbitamente de aspecto y diciéndole con la mayor serenidad y sin levantarse:

--¡Si no hemos concluido todavía!

A lo que respondió el otro con voz glacial:

--Ya lo veo; pero como el punto que usted toca no es el que yo deseaba ventilar... Sin duda, me ha comprendido usted mal, o yo no he sabido explicarme bien. De cualquier modo, mil perdones por el tiempo que la he robado, y mil gracias por sus bondades.

Hízola una fría reverencia y se fue, estremecido de espanto al considerar que quizás había arrojado todo el rico tesoro de sus cuitas en un hediondo basurero.

Leticia le siguió con la vista; y si el pobre mozo hubiera vuelto la suya entonces, más grandes habrían sido sus terrores al leer lo que expresaban los ojos y el continente de su afectuosa consejera.

## XV

Desde que la Marquesa de Montálvez era juiciosa y administraba sus caudales por sí misma, tenía un regaladísimo placer en encerrarse en su despacho, hojear sus libros de cuentas, tomar notas, calcular gastos e ingresos, apuntar cantidades en dos columnas, sumar las, restar una suma de otra, y ver al fin que, sin privarse de nada de lo necesario, le resultaban sobrantes para imprevistos, después de d

estinar un buen puñado para amortizar censos procedentes de su mala vida pasada. «Es preciso verme, pensaba algunas veces la marquesa riéndose de sí propia, aquí, y en el oratorio rezando con mi hija, para creerlo. ¡Vaya si \_he dado vuelta\_ y soy mujer arregladita y hacendosa! ¡Si hasta me creo capaz de llegar a ser mística y avara! Explíquese usted estos arrechuchos de la vida, o estos misterios del corazón humano, como diría \_Aljófar\_, que, aunque desdentado y ronco, todavía canta y engulle.»

Y volvía a sonreírse, y continuaba haciendo cálculos y sumando guarismos.

En eso se entretenía y casi del mismo modo pensaba la mañana siguiente al día en que ocurrió lo que se refiere en el capítulo anterior.

Después que despachó su tarea, se dio a pensar en su hija, que en aquellos momentos estaba en su tocador. Luz andaba algo preocupada con la indisposición de Ángel: cosas de chicuelas enamoradas.--La marquesa ignoraba lo del grave punto que había quedado pendiente la antevíspera entre los dos interesados. De otro modo, quizás hubiera dado mayor importancia a las preocupaciones de Luz, mejor dicho, a la ausencia de Ángel; porque en Luz no cabían recelos de cierta especie.--Si ella (la marquesa) estaba satisfechísima del novio que le había tocado en suerte a su hija, Guzmán no lo estaba menos; pero entrambo

s temían, porque si siempre se teme cuando se desea, en aquel caso estaban más en su punto los temores por motivos que el lector, conoce bien.

Y ¿qué hacer? ¿Hay negocio en la vida que no esté sujeto al vaivén de las contrariedades y de la fortuna? Y, sin embargo, muchos se logran como fueron calculados.

¿Por qué no había de ser uno de ellos el negocio de Luz?

Dándolo por hecho, como lo daba casi siempre, la marquesa puso su consideración en el cuadro venturoso de la vida de aquella pareja incomparable, lejos, muy lejos, todo lo más lejos que ella pudiera, de la peste del «gran mundo». Luz le detestaba, y Ángel no le conocía. No había temor de que se necesitaran esfuerzos para apartarlos de él; y en apartándose, el ejemplo de los demás impulsaría hacia lo bueno al que de los dos tuviera la desdicha de sentir tentaciones de no serlo. La vida de familia, el ambiente del hogar, el apego a los hijos, la atención esclava del detalle doméstico, y Dios en el corazón más que en la lengua... Este era todo el saber, toda la ciencia que daba por fruto en los matrimonios hombres útiles y mujeres honradas. Y ellos seguirían esa, misma ley, y serían dichosos, y ella lo vería; y si algún día los vientos de la maldad llevaban hasta los oídos de Luz el ruido de los pecados de la madre, o no los daría crédito la hija, o si se le daba, ya habría en su corazón la necesaria fortaleza para perdonarla después de

llorarlos. Pero no irían nunca tan allá esos aires de muerte, porque no abundaban las almas de Lucifer capaces de conducirlos. Por de pronto, las cosas iban del mejor modo posible, y la marquesa reconocía que Dios era demasiado bueno con ella dándole lo que la daba por fin y remate de una vida como la suya.

Lo que sucedió poco después, va a referirlo la marquesa misma:

«Se abrió rápidamente la puerta de escape, y apareció Luz delante de mí, de la manera más extraña: el pelo destrenzado y flotante sobre la espalda, y recogido lo demás en ancho lazo sobre cada sien; el blanco peinador mal ceñido a su cuerpo; entre las manos, convulsas, un papel, y la cara..., ¡oh!, el espanto, la ira, el dolor, la sorpresa, el desconsuelo... todo esto se podía leer en su cara transfigurada, y en su actitud resuelta e indecisa al mismo tiempo.

»Me quedé estupefacta al verla así, y ella permaneció un instante sin acertar a pronunciar una sílaba y mirándome con la agonía en los ojos.

»De pronto díjome con voz muy desconcertada, pero con gran energía:

»--Ya sé por qué no ha vuelto desde entonces...

»--Y ¿qué es lo que sabes, hija mía?--preguntela con el alma suspensa.

»--¡Todo..., todo! Pero es una cosa enorme... que yo no quisiera

creer..., que no la creo--respondió estremeciéndose  
; y en seguida, con  
un timbre de voz indefinible, porque me sonaba a to  
do lo siniestro,  
desde la maldición hasta el quejido, preguntome, co  
n sus ojos anhelantes  
fijos en los míos asombrados--: Dime, madre, ¿es ve  
rdad que tú eres...  
mala?

»--¡Mala yo, hija de mi vida!--exclamé bajo la sens  
ación de un  
escalofrío mortal--. Pues ¿no me conoces todavía? ;  
No sabes lo que te  
quiero..., cómo te trato?...

»--¡No es eso, no, lo que yo te pregunto!--añadió c  
on una entereza y una  
decisión que me aterraron--: te pregunto si es verd  
ad que eres mala,  
pero mala... de otro modo..., ¡mala mujer!

«¡Ciega yo, torpe mil veces, que, con pensar tanto  
en ello a todas  
horas, no sospeché de qué se trataba entonces hasta  
que sonaron en mi  
oído estas tremendas palabras!

»Dicen que dos grandes poetas han apurado todos los  
horrores que caben  
en la imaginación para pintar los tormentos que pad  
ecen los condenados  
en el infierno. Es imposible que entre tantos supli  
cios imaginados haya  
uno solo comparable al que yo padecí en aquel terri  
ble instante.  
Espantábame el siniestro resonar de aquella afrento  
sa pregunta en una  
boca tan casta; pero aún me atormentaba más la verg  
üenza de merecerla.

»No sé si por eludir la contestación con una evasiv

a, tregua ilusoria de  
un condenado a muerte delante ya del patíbulo, o po  
rque así lo pedía el  
tumulto de mis ideas, dejando a la pobre niña en la  
s garras de sus dudas  
mortales, atrevime a preguntarla, aparentando un va  
lor que no tenía:

»--¿Quién te ha dicho eso?

»--Esta carta--me respondió, entregándome el papel  
que traía en la mano.

»--¿Cuándo la has recibido y de quién es?

»--No tiene firma ni fecha, y la he recibido poco a  
ntes de entrar aquí.  
Me la trajeron de su parte; de parte de \_él\_...

»--Justo, para que, como cosa suya, cayera en tus m  
anos y no en las  
mías. ¿Y tú crees que sea obra de Ángel?

»--Ángel podía llegar a olvidarme, pero no a herirm  
e de este modo.

»¡Y todo este diálogo, con mucho más que no hay par  
a qué reproducir, le  
sostenía yo para ir alejando el instante de fijar l  
a vista en el papel,  
que me abrasaba las manos! Fuera de quien fuera, ¿q  
ué más daba, si era  
la delación de mis delitos al juez que más me intim  
idaba en el mundo!

»Al fin, puse mis ojos en la carta, y tuve alientos  
para enterarme de  
todo su contenido. ¡Qué infamia! ¡Y yo dudaba poco  
antes que hubiera  
almas bastante viles para cometerlas tan grandes co  
mo aquella!

»La letra estaba desfigurada; pero así y todo, yo veía en aquellos renglones contrahechos, sobre la fina superficie del papel, un cierto tufo diabólico, un rastro que me delataba una mano conocida que no acababa yo de descubrir.

»Pero allí constaba todo, ¡todo! ¡Y con qué astucia más infernal! El móvil de la carta parecía ser un hermoso sentimiento de cariño a los dos enamorados. Luz podía estar inquieta por las ausencias no explicadas de Ángel; podía hasta desconfiar de su lealtad; y por eso y porque se suponía a Luz enterada de la historia de su madre, se la hacía saber lo que le pasaba al pobre chico. Sus padres me conocían al pormenor, ya hacía tiempo; y al hablarles el hijo de sus propósitos de casamiento con Luz, le habían presentado como obstáculos insuperables..., y aquí empezaba la lista minuciosa de todos mis pecados, reales y supuestos; con un lujo de colorido sobre sus calidades y resonancia, que no había más que pedir. El oprobio de mi casamiento \_se escapaba del papel\_. Donde más se podía escandalizar la inocencia y el candor de la hija, allí se hundía el trazo para afrentar más a la madre. Y esta sarta de iniquidades se hacía para venir a parar a que, no siendo el asunto tan grave como a Ángel se le antojaba, muy pronto se vencería el estorbo, reflexionando los padres que faltas como las mías eran demasiado corrientes y toleradas en el mundo, para que se opusieran como



impedimento a la felicidad de dos enamorados tan dignos de ser felices.

»Todo esto leí; de todo esto me enteré, gastando en ello todas las fuerzas de mi voluntad. Pero era preciso hablar, responder de algún modo a aquellos cargos terribles; y para esta empresa ya no tuve alientos.

Luz, entretanto, continuaba pidiéndome una respuesta con los ojos. ¡No los apartaba de mí! Estaba trémula, convulsa, la desdichada.

»¡Cómo ciega y aturde el peso de una conciencia cargada de iniquidades!

Yo, la mujer desenvuelta, fría y despreocupada de los salones; la dama de los grandes recursos para la intriga; la afamada \_humorista de las ocurrencias felices\_, ni siquiera di en el sencillo intento de deshacer

con una negativa terminante aquella tempestad de desdichas que bramaba

sobre mi cabeza..., porque me hubiera bastado eso solo para conseguirlo:

después me he convencido de ello pensándolo con serenidad. Pero

entonces, en las pocas preguntas y en la actitud indescriptible de mi

hija, yo no sé qué oí, qué vi de extraño, de sobrenatural, como si

fuera el rayo de la justicia de Dios que comenzara a castigarme.

»Y me aterró más todavía; y cuando Luz, pareciéndole siglos los

instantes que yo tardaba en responderla, me dijo, con la voz de su

angustia desesperada: «¡Habla, aunque sea para acabar de matar!, yo

enmudecí y bajé la cabeza, cerrando los ojos. Querí

a ocultarme en  
aquella ilusoria obscuridad, ya que el suelo no se  
abría bajo mis pies  
para devorarme. Oí entonces sollozos y quejidos: la  
agonía de un alma.  
¡Desventurada! ¡Cuánto perdía con aquel silencio mí  
o, que era la  
declaración de los escándalos de su madre!

»El remordimiento, el dolor de hierirla tan hondo y  
en tantos sitios a la  
vez, produjo en mí una súbita reacción. Ardíame la  
sangre que momentos  
antes era hielo desleído; zumbábanme las sienes, y  
el corazón no me  
cabía en el pecho; abrí otra vez los ojos, y tuve q  
ue cerrarlos de  
repente, porque los sentí deslumbrados por las mism  
as llamas infernales  
que me abrasaban el rostro. Un ciego impulso de mi  
amor de madre me  
arrastró hacia Luz con los brazos extendidos; pero  
otro impulso más  
fuerte de la conciencia me detuvo allí... No me atr  
evía a abrazarla,  
porque abrazarla era poner en contacto su inmaculad  
a pureza con las  
escorias inmundas que imaginaba yo ver salir a borb  
otones de mi pecho.  
En tan negro desamparo, elevé mi pensamiento hacia  
Dios; y tampoco  
hallé el consuelo que buscaba, porque no tuve fuerz  
as para llegar a tan  
alto en tan mala compañía. La conciencia de mis cul  
pas me cerraba todos  
los caminos que yo intentaba seguir mendigando un i  
nstante de sosiego.  
¡Como si le mereciera! Entonces, en el paroxismo de  
mi desconsuelo, sin  
mirar a Luz, sin ver si quedaba viva o muerta, huí  
de su lado y corrí a  
esconderme, con el peso de todos los tormentos en e

l alma y sin el  
consuelo de una lágrima en los ojos.

»No sé cuanto tiempo permanecí en mi gabinete atur-  
da bajo aquel  
torbellino de pensamientos desquiciados y de vision-  
es febriles, porque  
no hay medida para los huracanes del espíritu. El i-  
nfeliz que los  
padece siente los estragos, pero no estima las hora-  
s. Y eso me pasó a  
mí.

»Cuando el cansancio de tan ruda batalla prestó un  
poco de sosiego a mi  
discurso, comprendí que, con haber pensado tanto, n-  
o había pensado en  
nada útil, y que era preciso pensar en algo, buscar  
una puerta para  
salir de aquel antro sombrío, si es que el antro te-  
nía salida que no  
fuera para conducirme a otro más tenebroso.

»Y discurrí, y fatigué la enardecida máquina de mis  
ideas..., todo para  
la pobre víctima de mis enormes faltas: yo, su verd-  
ugo, no tenía derecho  
ni a disculparme para moverla a que me las perdonar-  
a. ¡Pero era tan  
estrecho el círculo en que se revolvían mis pensami-  
entos por la  
naturaleza misma de las cosas meditadas!, ¡había un  
enlace tan íntimo  
entre lo que era irremediable y lo que podía tener  
algún remedio! Al  
fin, la necesidad, la obligación de hacer algo, me  
sugirió una idea que  
ya había entrevisto yo flotando a ratos en el oleaj-  
e de la pasada  
tempestad. No era todo lo que se necesitaba en una  
obscuridad como la  
mía; pero era algo, era un proyecto, una salida, un

camino, el único  
camino que veía, y me decidí a seguirle sin perder  
un solo instante.

»Llamé, pedí el carruaje y comencé a vestirme para  
salir... ¡No me  
atreví a preguntar por mi hija, y no la echaba de l  
a memoria un solo  
instante! ¿Qué haría, la desdichada, desde que yo l  
a había dejado en el  
suplicio de su honda pesadumbre y sin alientos para  
llorar! Quería  
verla, necesitaba verla, porque su dolor me atormen  
taba más que los  
míos; pero me faltaba valor para ello: temía agrava  
r sus angustias con  
mi presencia..., y temía, hasta el espanto, leer mi  
desprestigio en sus  
ojos. Quien haya tenido hijas buenas y enamoradas d  
e su madre, que diga  
si hay puñal que más hondo hiera, ni azote que más  
afrente que la mirada  
que yo temía.

»Me vestí muy pronto y salí de puntillas hasta el g  
abinete de Luz, que  
no distaba mucho del mío. La puerta no estaba bien  
cerrada y había un  
resquicio entre las dos hojas. Miré por él, latiénd  
ome el corazón y  
temblándome todo el cuerpo; y la vi, allá en el fon  
do y en el mismo  
desaliño en que yo la había dejado en mi despacho,  
recostada en un  
sillón; el rostro, descolorido; los ojos, enrojecid  
os y secos; la  
mirada, perdida en el cúmulo de los pensamientos; l  
a expresión, de honda  
tristeza, y las manos, abandonadas sobre el regazo.  
¡Qué dolor!... ¡y  
qué corazón había elegido para anidar! ¡Y todo aque  
l estrago era obra

mía; de mis maldades, de mis escándalos!

»Esta idea me hirió como un rayo: sentí la sacudida en el pecho, y una oleada de lágrimas inundó mis ojos: ¡el primer beneficio que me otorgaba el duelo implacable de aquel día! Porque no oyera Luz mis sollozos, intenté cerrar la puerta; pero notó su débil rechinar y volvió la cara. Por si me había visto, me resolví a entrar, dispuesta a todo. De cualquier manera, yo no podía vivir así.

»No se mostró sorprendida al verme, ni me miró con dureza. Esto solo me dio un gran consuelo y fuerzas bastantes para atreverme a sentarme a su lado; pero no supe qué decirla. Temblaba yo como una hoja de otoño próxima a caer de la rama sin jugos.

»Estando en estas indecisiones, reparó ella en mí traje, y me preguntó con voz algo empañada y muy débil:

»--¿Vas a salir?

»--Sí, hija mía--respondí.

»--¿Adónde?

»--Muy cerca..., para un asunto que nos interesa..., que te interesa a ti, sobre todo.

»Se encogió de hombros y volvió la cara hacia el balcón. La silla que yo ocupaba era más alta de asiento que su butaca: de modo que su cabeza quedaba algo más baja que la mía. Siempre que yo me separaba de Luz con

cualquier motivo, nos dábamos un beso... ¡Qué hambre tenía yo del beso de aquel día! No atreviéndome a pedirle ni pudiéndome resignar a irme sin él, quise robarle con una astucia, a la cual se prestaba la diferencia de alturas de nuestros asientos. Me fui deslizándome del mío poco a poco, y bajando, bajando, hasta verme de rodillas delante de ella. ¡Aquel era mi puesto!, ¡así debía estar yo, y más abajo todavía, y pisoteada por sus pies! Fingí hacer lo que hacía para observar más a mi gusto su cara.

«--Estás casi en ayunas--la dije--, y necesitas tomar algo que te conforte... ¿Quieres que almorcemos antes de salir yo?..., porque ya es hora.

«--Estoy muy bien--me respondió impasible.--No necesito nada, sino quietud... y silencio.

«--De manera que yo he venido a molestarte... Perdóname por la buena intención que tuve... Como voy a salir..., me dejé llevar de la costumbre: ya sabes cuál es...

«Y la miraba a través del velo de la mantilla que me había echado sobre la cara.

«--No me molestas--me dijo sin acercarse la suya tanto como yo quería.

«--Pero tampoco me necesitas, ¿no es cierto?--repliqué devorándola con los ojos.

»--Y ¿sé yo--respondiome sacudida por una gran emoción--qué es lo que deseo ni qué es lo que necesito; qué es lo que menos me daña ni lo que más me conviene!... ¡Si todo me parece ahora del mismo sabor!

»Acudí presurosa a contener aquel torrente de dolor que se desbordaba, con los pocos recursos de que podía disponer.

»--Cierto, cierto--la dije, acariciando una de sus manos, que había cogido entre las mías--, y yo soy una imprudente, una egoísta, preguntando esas cosas... Ya vendrá tiempo de tratarlas como se debe; y para que llegue cuanto antes, voy a salir en seguida... Porque ya te dije que iba a salir..., ¿lo has olvidado?

»--No.

»En esto avisaron que el coche aguardaba.

»Ya lo oyes--la dije, acercando más todavía mi cara a la, suya--, y si he de volver pronto... Conque ánimo, que Dios, aunque aprieta, nunca ahoga... En cuanto vuelva, dentro de una hora lo más, te informaré de todo lo que me haya ocurrido... Será bueno para ti... para las dos, no lo dudes. Entre tanto, dejaré advertido que te den una sopita clara..., un caldo siquiera..., porque no puedes estar así... ¡Ea!, adiós, hija mía...

»Pero yo no me incorporaba ni alejaba mi cara de la suya.

»--Adiós--me dijo, al fin, estampando un beso, frío y maquinal, en mi frente.

»Pero así y todo, me pareció aquel beso un regalo celestial; hízome la impresión de un rocío benéfico en la sequedad de mis amarguras; y dejándome llevar de los impulsos del corazón, tomé la cara de Luz entre mis manos y se la cubrí de besos y de lágrimas. No pensé ya en que pudiera mancharla el rastro de mis liviandades. El llanto de mis remordimientos lo lavaría todo; y, además, yo necesitaba aquello para vivir.

»Salí en seguida con mayores alientos y mejores esperanzas; hice a mi doncella los encargos que juzgué convenientes para atender al cuidado de Luz, y bajé al portal. El aire, el sol, el ruido y el movimiento de la calle me produjeron una impresión tristísima. Parecíame que el velo de mi mantilla no era bastante tupido para evitar que las gentes leyeran en mi cara lo que me estaba pasando.

»Al entrar en la berlina, dije al lacayo en el momento de ir a cerrar la portezuela:

»--Imperial, 15.»



Mientras rodaba el coche se me iba ocurriendo que podía no ser verdad que las ausencias de Ángel de mi casa consistieran en lo que decía el anónimo; mas como para aclarar la duda se necesitaba un trámite, no corto, y no andaban mis asuntos para prodigar el tiempo en lujos de preliminares, y si lo del anónimo no era la pura verdad, podría serlo, lo sería a la hora menos pensada, lo que yo iba a hacer hecho estaría, y eso tendríamos adelantado. ¡El anónimo!... Pero ¿de quién era la mano que le había escrito? No podía dar en ello por más que cavilaba, y casi casi la estaba viendo delante de los ojos.

»Detúvose el coche y bajé. Sólo otra vez en mi vida había estado yo en aquella casa, ¡y en qué situación de ánimo tan diferente! Subí la angosta y larga escalera sin tomar un respiro, y llamé.

»Esta vez fui recibida en la sala, pieza triste y pobre, sin otro lujo que el aseo, el cual relucía hasta en los damascos descoloridos de los muebles. Apareció el matrimonio a los pocos momentos de estar yo aguardando. La mujer era el mismo espectro de la otra vez, pero sin la calceta, aunque no por eso me pareció menos terrible. Dispuso con un ademán de los suyos que me sentara en el centro del sofá, y senteme allí. Delante del sofá, a sus dos extremos y mirándose frente a frente, había dos butacas. La mujer se sentó en la una y el marido en la otra.

Colocados así los tres, el espectro estaba a mi derecha.

»El bueno de don Santiago había estado muy afable y cortés conmigo... y también un poco desconcertado al saludarme. Su mujer fue la de siempre y lo que yo esperaba que fuera en aquella ocasión; pero ni me alentaba lo uno, ni me intimidaba lo otro. En la enormidad de mi cuita, no debía reparar yo en pequeñeces de más o de menos.

»Sin detenerme en excusas ociosas ni en preámbulos atenuantes, referí lo del anónimo y hasta le relaté casi al pie de la letra, y pregunté en seguida si era cierto que entre ellos (mis dos oyentes) y su hijo hubiera pasado lo que en el papel se declaraba. La mujer respondió al punto, seca y muy acentuadamente, que sí; el marido, cuando me volví hacia él, humilló un poco la cabeza, pero no dijo que no.

»Ya sabía a qué atenerme con toda certidumbre; y a continuar iba en mi empresa, fundada sobre esta base, cuando se me anticipó el espectro para decirme:

»--Ya supondrá usted que en esta casa, donde con tanta lealtad se habla y se procede, no hay nadie que sea capaz de cometer tales felonías...

»--No había necesidad de esa advertencia, señora--la dije de todo corazón.

»--Es que cómo la carta, según usted ha referido, f

ue entregada de parte  
de mi hijo...

»--Razón de más para creer que no era obra suya, pu  
esto que no la  
firmaba.

»--Eso mismo pienso yo--dijo don Santiago, y eso so  
lo debiera bastar  
como prueba decisiva, si hubiera alguien capaz de a  
tribuirle...

»--Señor don Santiago--le interrumpí--, todas esas  
salvedades están  
fuera de su lugar...

»--Pero es extraño--dijo su mujer--, ¡muy extraño!,  
que una cosa tratada  
aquí, a puertas cerradas, entre nosotros solos, hac  
e dos o tres días, se  
sepa a estas horas donde se sabe. ¿Cómo ha podido s  
aberse?...

»--¡Oh, por el amor de Dios!--repliqué fatigada con  
aquella ociosa  
digresión--, no se preocupen ustedes ahora con eso.  
.. Ya se sabrá  
todo..., y si no se sabe, ¡qué importa! No es eso l  
o que a mí me duele  
ni por lo que he venido.

»Calláronse entonces; y como los vi dispuestos a es  
cucharme, díjeles al  
punto, palabra más o menos:

»--Hay en el anónimo ese un alcance más hondo que e  
l que se ve, tomado  
el papel en la sencillez de su contenido. Parece la  
obra de un amigo  
indiscreto, y es un puñal envenenado que ha produci  
do en mi casa dos  
heridas mortales. Para eso fue escrito, y como puña

l le esgrimió, la  
mano alevosa. De una de las dos heridas no hay para  
qué tratar: es la  
mía; quizás la merezco, y poco importa. Pero de la  
otra, que es la de mi  
hija inocente... ¡Dios bendito!... Yo no sé si habr  
á en el mundo remedio  
que alcance a cicatrizarla: sospecho que no; pero s  
é de algo que puede  
combatir el veneno y amortiguar los dolores; y con  
esto, aunque mal, ya  
se vive... Pues ese bálsamo milagroso está aquí, en  
una palabra, en una  
mirada, en un latido del corazón de ustedes; y yo v  
engo a preguntarles:  
¿a costa de qué sacrificios, de qué humillaciones,  
de qué penitencias,  
le puedo adquirir para que viva la desventurada Luz  
?

»--No me respondieron una palabra. Don Santiago me  
había oído sin  
apartar de mí sus ojos compasivos; pero su mujer er  
a una roca.

»Convencida de ello, abandoné por inútiles los toqu  
es al sentimiento de  
aquella inexorable criatura, y acometí de frente la  
empresa llamando a  
las cosas por sus nombres. Lo que pretendía, lo que  
yo suplicaba era que  
no se pusieran obstáculos a los proyectos acordados  
entre Ángel y mi  
hija.

»--Quisiera yo que la señora marquesa considerara--  
dijo al oírme don  
Santiago, en tono muy afable--que cuando se tratan  
en familia asuntos  
como el que nuestro hijo vino a tratar con nosotros  
, no debe extrañarse  
que los padres, mirando por el bienestar y por...

»--¡Si yo no me extraño de nada de eso, amigo mío!  
Ustedes han hecho muy  
bien en lo que hicieron, pensando que lo que hacían  
era lo mejor; pero  
entonces ignoraban...

»--Mi hijo--interrumpiome la implacable madre--nos  
ha oído cuanto  
necesita saber en este caso, y a ello se atenderá, c  
omo nosotros también  
nos atendremos.

»--Pero su hijo de usted ignora--díjela yo--lo que  
sucede en mi casa, y  
no sospecha todo lo que puede suceder.

»--Mi hijo--insistió con voz tremenda el espectro--  
no tiene obligación  
de saber esas cosas, ni sus padres la tienen tampoco:  
lo que saben los  
padres y el hijo, porque son bautizados y no han re  
negado nunca de  
serlo, es que hay que bajar la cabeza cuando pasan  
las iras del cielo,  
como pasan ahora para castigo de usted. Quien la hi  
zo, que la pague.  
Resígnese y sufra, y no pretenda que la ayude nadie  
a enmendar los  
decretos de Dios.

»--¡Mujer, mujer!--exclamó aquí el bueno del marido  
--, ¡caridad  
síquiera!

»--¡Oh!, déjela usted decir, que no me duele por lo  
que de ello me toca:  
eso y más merezco. «Quien la hizo, que la pague»: h  
a dicho muy bien esta  
señora; nada más justo. Yo la hice: yo acepto el ca  
stigo sin protesta,  
para pagar todo lo que debo; pero por lo mismo que

esta es la ley, me  
parece que la infringen los que castigan en una hij  
a inocente, como la  
mía, los pecados de una madre como la suya. Vengan  
sobre mi cabeza todas  
las iras del cielo, toda la indignación y todo el m  
enosprecio de  
ustedes; pero déjenme que implore un poco de miseri  
cordia para la  
desdichada, que no ha cometido otro pecado que el h  
aber nacido de mí.

»Aquella mujer no se ablandaba: quizás no me compre  
ndía; acaso no daba  
más valor a mis instancias que el que tiene cualqui  
er otro fracaso de  
casamiento \_ventajoso\_. Por si no me equivocaba, co  
nté la historia de  
Luz desde que tuvo uso de razón, desde el día en qu  
e vino al mundo; su  
carácter, su inocencia; mis incesantes afanes porqu  
e la conservara,  
porque no supiera jamás entre qué inmundicias había  
caído..., en fin,  
porque no se pareciera a su madre ni tomara en su e  
jemplo la menor  
disculpa para no ser buena, si algún día se obraba  
milagro de que aquel  
corazón tan puro llegara a corromperse: de todo est  
o hablé; y después de  
hablar de ello, hablé de sus extrañas fantasías, or  
igen de unos amores  
que, por nacer como nacieron, parecían providencial  
es; de mi súbito  
cambio de costumbres, de mis esperanzas..., de mi s  
oñada felicidad, que  
sólo consistía en que jamás turbara la de Luz el ru  
ido de los escándalos  
de su madre. Ya no era posible evitar esto, porque  
la infamia se había  
consumado; pero ¿por qué al dolor de esta puñalada  
se había de añadir

otro más hondo todavía? ¿No era sobrada crueldad herirla, para que también se pretendiera matarla? ¿En qué me rebelaba yo contra las iras del cielo, que castigaban mis pecados, pidiendo la vida de la inocente?

»Pues tampoco labró toda esta triste y larga plegaria en el corazón de aquella mujer. Según ella, la justicia divina, cuando se dejaba sentir, hería en lo más sensible. Por eso me había herido a mí donde tanto me dolía. Sería cierto; pero ni aun así creía yo faltar a ninguna ley divina ni humana implorando lo que imploraba al precio de sufrir yo sola todas las amarguras decretadas para las dos.

»Don Santiago no desplegó sus labios, porque harto tenía que hacer con ocultar de mí las impresiones que le estaban dominando.

»--Yo no pido a Ángel--concluí--porque es bueno, porque es hermoso, ni porque es rico: le pido, le imploro, porque ama a Luz y es la vida de mi hija, que le merece.

»--Y yo no se lo negaría a usted--respondíame el espectro--si Luz fuera pobre, fea y necia; él la quería, bendijérasela Dios, con tal de que fuera honrada. Pero se la niego, se la negamos... porque su madre no lo es.

»--Lo sé ya, señora--repliquéla--, y en eso estábamos al principio; pero llegando a donde he llegado yo con mis explicaciones y mis súplicas, la

pregunto a usted ahora, y a usted, mi buen amigo don Santiago: a cambio de ese gran beneficio, ¿qué reclaman ustedes de mí? , ¿qué testimonios desean para creer que si escandalicé como mujer deshonesta, puedo edificar como arrepentida?, ¿qué martirios, qué humillaciones?... Díganmelo: yo lo haré todo..., todo, sin repugnancia, con la sonrisa en la boca y besando el azote que me castigue.

»La mujer se callaba. El marido me dijo, si no recuerdo mal, algo como esto, y muy conmovido:

»--Señora mía, yo la compadezco a usted con todo mi corazón; yo no dudo de la sinceridad de cuanto nos dice; yo la creo a usted capaz de todo lo que promete, y la aseguro que haría los imposibles por poner las cosas en donde debían estar, si las cosas esas tuvieran remedio a la hora presente; pero con estos mis buenos deseos, que son los de mi mujer, créame, aunque no lo parezca así...

»--Tu mujer--saltó ésta--nunca se ha mordido la lengua para decir lo que siente, si lo que siente va con la ley de Dios, como sucede ahora; y lo dicho, dicho queda, porque no se opone a esa ley; pero aunque se opusiera, también el mundo tiene sus leyes, bien o mal hechas, y hay que respetarlas...

»--¡Ahí está!--dijo con gran viveza don Santiago--: a eso iba yo a parar cuando tú me interrumpiste. El mundo tiene sus leyes: en el mundo



vivimos; él nos ha formado a su modo, señora marque  
sa..., y por esas  
leyes..., en fin, póngase usted en nuestro caso.

»--¡Ah!--exclamé yo entonces--, ¡si usted se viera  
en el mío!.. Pero  
también acepto esas leyes que me son tan desfavorab  
les en esta triste  
querella. ¿Qué teme usted del mundo en el caso impl  
orado por mí?: ¿que  
caiga sobre Ángel la ignominia de la madre de su mu  
jer? También para  
estas tempestades hay conjuros. ¡Yo me arrastraré c  
omo penitente donde  
me han visto triunfar como pecadora!, ¡yo confesaré  
a voces mis pecados  
donde quiera que haya gentes honradas que me oigan!  
... ¿Qué más puedo  
hacer? Jesús no pidió tanta penitencia a la cortesa  
na arrepentida, y  
había escandalizado más que yo.

»Se miraron uno a otro, y díjome después don Santia  
go muy conmovido:

»Ni nosotros, pobres pecadores, le pediríamos a ust  
ed, \_llegado el  
caso\_, todo lo que nos ofrece... Aquí hay caridad,  
señora, gracias a  
Dios, aunque haya miramientos también, ¡y muchos mi  
ramientos!, que  
respetar, sin que se falte por eso a la ley divina.  
...; pero ¿sabe  
usted, sabemos nosotros, si asintiendo a lo que ust  
ed desea y pide, y es  
muy natural que lo pida y lo desee, se avendría tam  
bién nuestro hijo,  
con lo cual no contamos?

»--Pues ¿no hemos convenido--repuse--en que lo que  
se afirma en el  
anónimo es cierto en todas sus partes?

»El buen hombre contestó que sí.

»--Y ¿no se afirma en él que el único obstáculo que encuentra Ángel para el logro de sus ardientes deseos, es la oposición de sus padres? Porque de no contar con esto yo, no les hubiera molestado a ustedes con lo que les he dicho.

»--Es verdad, es verdad--respondió el bendito--: fue un reparo el mío sin fundamento; pero de buena fe. Desgraciadamente para nuestros propósitos..., quiero decir, para los de sus padres, la decisión de Ángel en ese punto es a prueba de inconvenientes: es firme como una muralla. Lo cierto no hay para qué ocultarlo, ni es justo que se oculte.

»¡Cosa rara! Su mujer no hizo el más leve reparo, ni con la palabra, ni con el gesto, ni con un ademán a esta declaración de su marido; declaración que podía tomarse por una señal de triunfo para mí, aun por una persona menos interesada en él que yo.

»Temiendo perder lo ganado, pero resuelta a que quedara donde fuera fructificando bien, no insistí en que llegáramos a un acuerdo terminante, aunque hablé un buen rato todavía y con no mala fortuna; pues o me engañaban mucho las señales, o el espectro se iba humanizando poco a poco.

»Ángel, presente allí, quizás hubiera logrado que yo me llevara hecho lo

que, en opinión mía, quedaba en buen camino de hacerse; pero ni se presentó, ni me pareció muy cuerdo preguntar por él entonces.

»En resumen: al concluirse aquella batalla, en que gasté las pocas fuerzas que me había dejado la tremenda fatiga de mi casa, me pareció que el bueno de don Santiago Núñez, más que un enemigo, era ya un aliado mío, y que en la dureza de la mujer quedaba una mel a por donde, si su hijo sabía golpearla, llegaría hasta el corazón.

»Al despedirme, el marido me estrechó con efusión la mano entre las dos tuyas. No me atreví a tendérsela en seguida a la mujer; pero, en cambio, ¡qué asombro!, me tendió ella la suya. No se la besé, porque no lo juzgara sospechoso por excesivo; pero mis ojos, mal enjutos todavía, volvieron a llenarse de lágrimas.

»En el momento de salir, me advirtió don Santiago que su hijo no había vuelto aún a casa, pero que no tardaría, porque era ya la hora de comer para ellos; le rogué que no le ocultaran que había estado yo allí, y comencé a bajar la escalera.

»Al llegar a la meseta del entresuelo, me encontré con Ángel, que subía. Dios, aunque me castigaba, no me dejaba todavía de su mano.

»Antes que él saliera de la admiración de verme allí, y eso que lo sospechaba por el carruaje que aguardaba en la calle, comencé yo a darle

cuenta, en voz muy baja y con el mayor laconismo que e pude, de todo lo que le interesaba saber sobre lo que ocurría en mi casa y en la suya. ¡Pobre chico! ¡Qué rato le di y qué horas le prepar é! «Pero ¿por dónde se supo? ¿Qué mano ha escrito eso?» La misma pregunta que arriba; la misma que me hacía yo. ¿Y quién podía indagarlo mejor que él?

»De pronto se dio una palmada en la frente, y en seguida me refirió, con muy curiosos pormenores, una visita que había hecho el día antes a Leticia.

»--¡Esa es la mano!--dije sin titubear--. De ella es el rastro que yo veía sobre el papel. No andando suelto por la tierra a Satanás, sólo en Leticia, contrariada y ofendida, cabe una felonía como esa. ¡Qué desalmada!

»El fracaso de sus proyectos en aquella visita, dejándole desamparado y con su secreto descubierto en lugar tan sospechoso, le había movido a pedir el auxilio y el consejo de Guzmán. Tres veces en pocas horas había estado en su casa, y se volvía a la suya sin hallarle.

»Díjele que se pasara muy pronto por la mía, donde era más necesario que en ninguna otra, y nos separamos despidiéndonos «hasta luego».

»¡Guzmán!..., la única criatura de cuantas hollaban la tierra, que me parecía más criminal que yo!, ¡el hombre que merecí

a, en buena ley, que  
llovieran sobre él solo todas las amarguras que hab  
ían entristecido mi  
hogar! Porque él era la fuente, el origen y el únic  
o causante de todas  
mis desdichas; el demonio sagaz que había socavado  
mi fortaleza, para  
arrojarme después hecha jirones al lodazal de las g  
entes corrompidas. ¡Y  
con saber esto, y con no poder amarle ya, todavía n  
o lograba  
aborrecerle! Otro de mis castigos.

»Pensando así, llegué a mi casa una hora más tarde  
de lo que había  
calculado. Felizmente, no creía haber perdido el ti  
empo. Llevaba  
siquiera una gran esperanza con que alentar, en par  
te, los abatidos  
ánimos de Luz.

»Levantarlos por completo, era tan imposible como b  
orrar con un soplo de  
la memoria de las gentes la mala fama de su madre.

## XVII

No me sorprendió la noticia que me dieron al entrar  
en mi casa: la  
estaba temiendo desde que salí de ella. Los martiri  
os del alma de la  
pobre Luz se habían dejado sentir también en su cue  
rpo. La hallé tendida  
sobre la cama, y con la habitación medio a oscuras  
. Le molestaban la  
claridad y los ruidos; sentía dolorida la cabeza, y  
una impresión muy  
desagradable en todas las coyunturas. La toqué la f

rente, y la tenía  
ardorosa; en cambio, las manos estaban muy frías. R  
espondía a mis  
preguntas con pocas palabras y sin abrir los ojos.  
Contaba yo con algún  
trastorno físico después de la borrasca moral; pero  
no tan grande como  
el que me anunciaban aquellos síntomas, si es que n  
o los abultaba la  
triste luz que ennegrecía ya todas las cosas en mi  
imaginación.

«Intenté sondear sus ánimos, informándola poco a po  
co y a mi gusto de lo  
que había hecho fuera de casa, y exagerándola basta  
nte el éxito de mi  
visita. No dio señales de que le interesaran las no  
ticias. Después le  
anuncié la venida de Ángel, dentro de muy pocas hor  
as..., de minutos,  
mejor dicho. Entonces abrió los ojos y me miró. Dec  
idiome esta buena  
señal a ir más lejos en mis tentativas, y la dije q  
ue él había estado  
real y positivamente enfermo; que por eso no había  
venido, y no por lo  
que decía el anónimo..., y ya iba a añadir que, com  
o mentía en eso el  
inucio papel, también mentía en la mayor parte de l  
o demás que  
declaraba, cuando noté que Luz se cubría la cara co  
n las manos y se  
oprimía con fuerza los ojos, como si detrás de ello  
s comenzaran a  
batallar otra vez sus mal apaciguados pensamientos.  
Me indicó por señas  
que callara.

»¿Qué era aquello, Dios mío! ¿Qué noche había caído  
de repente sobre  
aquel risueño día primaveral, tan profunda y tenebr  
osa, que ni el mismo

sol era capaz de rasgar sus densos crespones! ¿Habría perdido yo el tiempo? ¿Serían igualmente mortales entrambas puñaladas?

»De cualquier modo, no era aquella la mejor ocasión de averiguarlo. Por de pronto, urgía mucho que Luz se acostara de veras; y eso la propuse, y eso hizo. Después, sin advertírselo a ella, porque se hubiera resistido, mandé que avisaran al médico.

»Entretanto, y por todo alimento en aquella mañana memorable, tomé yo dos sorbos de caldo.

»Llegó el doctor y vio a Luz. No encontró en ella ningún síntoma de consideración: todo el mal se reducía a una ligera destemplanza, que se curaría con las ropas de la cama y los mimos de su madre. Pero le extrañaba mucho que no concordaran con la benignidad de los síntomas orgánicos las manifestaciones morales: hallaba demasiado abatida de espíritu a la enferma, que era de suyo animosa y expansiva.

»Esto me lo dijo al despedirse en el vestíbulo; y como sabía o sospechaba lo de los amores de Luz, preguntome, sonriendo maliciosamente, si la enfermita había tenido algún disgustillo estando sana. Respondile que sí, sonriéndome también muy a la fuerza, y entonces me dijo:

»--Pues con ese dato, adivine usted cuáles son la medicina y el médico

que han de curar esa enfermedad.

»Sonreíme, y en esto apareció Ángel, que acababa de entrar.

»Antes que se nos acercara para saludarnos, me dijo el doctor al oído:

»--De este medicamento de le usted a la enferma buenas dosis y a menudo.

»¡Pobre hombre! ¡Qué lejos estaba de conocer la naturaleza de la peste que había invadido mi casa!

»Como yo me lo temía, bien poco o nada se dejaron ver en Luz los buenos efectos del remedio tan encarecido por el doctor. La primera impresión, algo más viva y agradable; pero en seguida, el mismo desaliento y el mismo tinte dolorido y melancólico en la voz y en las miradas delante de Ángel que de mí.

»Por la noche vino Guzmán. Nada sabía de lo ocurrido. Le enteré de ello, gozándome en la esperanza, lo confieso, de darle ese tormento que sufrir. Y le sufrió; pero ¡con qué entereza de espíritu! Yo no sé de qué hubiera sido capaz si el cúmulo de desventuras que se cernía sobre nosotros hubiera tenido vida y formas que destruir.

»Quiso ver a Luz inmediatamente, y yo no me opuse con gran empeño, porque me convenía estudiarla en aquella prueba del ante del hombre con quien, según ella sabía ya por el anónimo, se la at



ribuían tan íntimas  
conexiones. Debía ser este pecado el que más la espantaba de todos los míos.

«Entró hablándola en el tono regocijado y cariñoso que de ordinario usaba con ella; y bastó a la pobre niña conocer su luz, para lanzar un grito y estremecerse como si la hubiera sacudido una corriente eléctrica. Vivía la infeliz indudablemente bajo el peso de una idea terrorífica, que se embravecía con el recuerdo o la presencia de determinadas cosas y personas. Se negó a responder una palabra, y las únicas que pronunciaron sus labios fueron para suplicarnos que la dejáramos sola, porque la soledad y el silencio eran lo que más descanso le daba. Y yo sabía que «estar sola» quería decir entonces que se quitara de allí Guzmán; y sabía lo que dolía eso, porque lo había padecido yo pocas horas antes; y por saberlo, me complacía, me gozaba en las torturas de él; porque yo no podía dudar, ni toda su fortaleza alcanzaba a disimularlo, que las repugnancias de Luz le estaban hiriendo en lo más vivo, en lo único sensible que le quedaba bajo su corteza mundana y empedernida. Debiendo tanto como debía, justo era que pagara algo de ello.

»Salimos; y con el pretexto de no apartarme de donde tanta falta hacía a cada momento, se despidió de mí sin mencionar lo ocurrido, ni hacer un solo comentario sobre lo que poco antes le había re

ferido yo.

»Volvió más tarde el médico, y se convenció por el estado de la enferma, que era el mismo de algunas horas atrás, de que su recomendada medicina no había producido milagros.

»--Pues ella los irá haciendo poco a poco. Entretanto, que den a la enferma, cada tres horas, una cucharada de esto que voy a disponer.

»Y dispuso un antiespasmódico, por disponer algo.

»También volvió Ángel; pero esta vez no vio a Luz, porque me había rogado, después de marcharse Guzmán, que no dejara entrar a nadie en su cuarto, \_fuera quien fuese\_.

»El resto de la noche lo pasamos solas las dos y sin separarnos: ella en su lecho; yo a la cabecera, sentada en un sillón; ella durmiendo a ratos, entre pesadillas y delirios, y yo contando las lentas horas, minuto a minuto, a la luz mortecina y verdosa del opaco fanal de la lamparilla, y viendo con los ojos de la triste imaginación desfilar en largas y silenciosas procesiones los fantasmas de todas las locuras y liviandades de mi vida pasada, y los de las crueles amarguras que el cielo me tenía reservadas por castigo.

»Al otro día, es decir, al acabarse aquella eterna noche, Luz estaba más tranquila; y si la fiebre no había desaparecido por completo, debía de estar apunto de desaparecer. Este alivio me ofrecía

una buena coyuntura,  
que yo pensé aprovechar, si el médico no se oponía,  
para mover a Luz a  
que se explicara conmigo. ¡Me consumía el ansia de  
romper los diques de  
aquel dolor mudo, y verle desbordarse en palabras,  
aunque el torrente me  
arrollara a mi!

»En cuanto el médico, horas después, confirmó aquel  
risueño parecer mío  
con el suyo más autorizado, le consulté sobre los p  
ropósitos que tenía.  
Los encontró muy cuerdos.

»--Es hasta de necesidad--me dijo--despejar los nub  
lados de esa  
cabecita; poner en buen orden sus ideas y no consen  
tir que vuelva a  
llenarse de ellas el depósito. Que piense; pero que  
piense hacia fuera y  
con las puertas del cerebro de par en par. Esto nad  
ie lo ha de conseguir  
más que usted. Lo restante, hasta dejar las cosas c  
omo estaban anteayer,  
lo hará luego, sin grandes dificultades, \_el otro d  
octor\_.

»No esperé un momento más. Volvime al lado de Luz,  
y llegué muy a  
tiempo, porque la hallé tratando de incorporarse en  
la cama. Mientras la  
ayudaba yo y la arreglaba las almohadas para que se  
recostara sobre  
ellas, se cruzaron algunas palabras entre nosotras.  
Después me dijo que  
se encontraba muy bien así: no se le desvanecía la  
cabeza ni le  
molestaba la luz. De aquí tomé yo pie para comenzar  
lo que intentaba.  
Díjela que aún se sentiría mucho mejor si descargab  
a la imaginación del

peso de sus tristes pensamientos, comunicándolos conmigo; que las penas calladas ahondaban demasiado en el corazón, y mucho más en el suyo, que las sentía por primera vez... ¡El mismo gesto de repugnancia! ¡La misma resistencia muda! Entonces la asedié con mayor empeño: insistí, supliqué, lloré..., y conseguí que ella llorara también. Comenzaban los diques a quebrantarse, y esta era una buena señal.

»Mientras lloraba, con la frente apoyada sobre mi pecho, yo la hablaba dulcemente al oído, y el corazón me iba diciendo que las durezas se ablandaban y que el torrente se desbordaría. Para facilitarle la labor, traté de destruir los obstáculos de mayor bulto. Díjela que era muy natural que siendo yo la causa de sus dolores, y por unos motivos tan escabrosos, se resistiera ella a comunicarme lo que sentía; porque esto, en su inexperiencia, no lo creía posible sin lastimarme. ¡Qué equivocada estaba! Lo que a mí me lastimaba, hasta acongojarme, era su silencio melancólico. Que me hablara, aunque fuera para maldecirme, pues nunca llegarían sus maldiciones a expresar tanto y tan negro como lo que leía yo en lo que no me quería decir. Pero suponiendo, contra todo lo que debía creerse, que hubiera grandes motivos para que conmigo fuera tan tenaz en su reserva, y confesando que no tenía derecho alguno para que me mirara con blandos ojos, ¿por qué se mostraba tan triste, desalentada y taciturna delante de Ángel como de mí? Que fuera inclemente conmigo,

se comprendía; ¡pero con él!...

»Al fin, se rompieron los diques, y habló; pero como estaba muy débil y no se hallaban todavía en completo reposo sus ideas, el trabajo de responderme, en asunto tan complejo, era para la pobre demasiado penoso. Para aliviársele y cansarla menos, la fui yo concretando cada punto y dándole en cada pregunta que la hacía la fórmula de la respuesta. Así nos entendimos, y llegué yo a ver hasta el fondo de aquel puro y cristalino lago, tan agitado y revuelto todavía por las iras de la reciente tempestad.

»¡Aborrecer ella a Ángel cuando más en el alma le tenía! No la contrariaba su presencia por desamor, sino por un sentimiento bien diferente: temía verse contemplada por él a distinta luz que antes, y la espantaba la idea de no valer a sus ojos todo lo que había valido hasta entonces. Quería verle, deseaba verle, y verle sin cesar; pero de modo que él no la viera a ella. Ciertamente que todo lo ocurrido, con ser tanto y tan enorme, no le había apartado de sus propósitos; que se mostraba leal y cariñoso y resuelto a pelear contra todo linaje de obstáculos que se atravesaran en el camino que los dos se habían trazado en horas bien risueñas; pero esto podía ser, sería indudablemente, abnegación en él, compasión que ella le inspirase, sacrificio de muchos respetos, y sacrificios bien dolorosos acaso; y este recelo la afligía mucho más que

el verle alejado de ella.

»Hícela yo notar que sus temores no tenían fundamento. Era una niña sin experiencia y sin malicias: ¿qué sabía ella de las cosas del mundo para estimar el valor de ciertos momentos del ánimo, subordinados al influjo de unas leyes que tampoco conocía? Aún no habíamos hablado entre los dos, sosegadamente, del suceso que a aquella situación nos había traído; todavía estaba por aclarar qué había de falso y qué de cierto en el contenido del infame papel, y cuál fuera la verdadera importancia de lo último a los ojos de un público avezado a no asombrarse de faltas mucho mayores...

»¡Si lo sabía!... Luz no había visto el mundo, ciertamente, y había sido educada muy lejos de él; pero en todos los libros y en todas las bocas había aprendido las mismas reglas para conocerle; en todos sus escondites la habían enseñado a estimar el bien con la pintura abominable del mal; y así, para realzar a sus ojos el mérito de la mujer honrada, se habían valido del retrato de la que no lo era. Por estas enseñanzas sabía, y no podía dudarse, que de todas las mujeres malas era la peor la madre desjuiciada y deshonestas, porque sus escándalos dañaban también a sus hijos, de los cuales apartaban los suyos las madres honradas, como se aparta el fruto sano del sospechoso. Pudo ella dudar si esta ley se cumplía entre las gentes con todo rigor; pero bastábale

ser honrada y tener sentido común para comprender que la ley no carecía de fundamentos, y que no se obraba contra justicia aplicándola al pie de la letra.

»Con este modo de pensar, y teniendo a su madre por la más perfecta de las mujeres, ¿de qué modo sino con un torbellino de dolor y de vergüenza pudieron caer sobre ella las revelaciones del papel anónimo? Y con lo que ya sabía, aunque Ángel llevara su abnegación al último extremo, ¿cómo ni para qué aceptar su sacrificio, con el recelo de ver en cada sonrisa suya un disimulo de sus temores a la rechifla de las gentes?

»Por eso daba por muerta la mejor de sus ilusiones; pero sin que dejara de vivir en su corazón el sentimiento de que había nacido.

»Esta es la substancia de lo que tuve que oír, o mejor dicho, de lo que yo misma fui extrayendo, frase a frase, del cúmulo de pensamientos que se revolvían en su cabeza.

»¡Grandes pudieron ser mis faltas, pero bien caras las iba pagando!

»No por lo que me dolía el castigo, sino por aliviar a Luz del que padecía por mí, díjela, con mal forjada entereza:

»--Y ¿sabes tú todavía si es cierto lo que se asegura en el anónimo?

»Pero ella me respondió, con una prontitud y un vigor que me

sorprendieron:

»--Y si no es cierto, ¿por qué no me lo dijiste cuando te lo pregunté tantas veces, con el alma entre los labios? Pero entonces bajaste la cabeza... y huiste; y yo creí lo peor, porque no podía creer otra cosa; y el daño quedó hecho así. Ahora, cuando menos tengo que dudar, sí me afirmas lo contrario; y una duda no es bastante remedio para curar una herida tan grande.

»¿Qué había de replicar yo a este nuevo latigazo de la justicia de Dios! Balbucí algunas palabras de disculpa..., para acabar pidiendo a Luz, entre lágrimas, que no me aborreciera.

»--¡Aborrecerte!--exclamó la infeliz, enjugando mis ojos con sus besos--, ¡siendo mi madre, y con lo que has llorado !...

»No tenía derecho a pedir, más, cuando me daba lo que yo no merecía.

»Después de esta escena, volvió Luz a caer en sus tristezas. Los nuevos pensamientos no se le acumulaban tanto en la cabeza, porque no era tan reservada conmigo como antes; pero allá le quedaban los gérmenes que los producían, y esto era lo peligroso.

»Ángel me ayudaba heroicamente a combatir el mal; pero eran inútiles nuestros esfuerzos. Contemplándole, chispeaba el amor en los ojos de Luz; oyéndole hablar enamorado, el fulgor desaparecía tras un velo de



negras tristezas. Se la atormentaba con lo que creíamos infundirla  
alientos, y había que desistir de la empresa. ¡Cómo nos descorazonaba  
esto!

»Pero, aunque poco, al fin hablaba, y removía y oreaba las ideas; y  
aquella terrorífica que antes la perseguía sin sosiego, ya no la  
martirizaba tanto.

»Sólo delante de Guzmán se despertaba y embravecía; y no me maravillaba,  
después de haberme confirmado la infeliz lo que recordaba yo: aquel  
pecado mío era, a los ojos de su pudor de hija, el más abominable de  
todos los del vergonzoso catálogo.

»A todo esto, los días pasaban, la fiebre era imperceptible, y, sin  
embargo, la enferma, lejos de mejorar, se iba aniquilando poco a poco.  
El médico se impacientaba ya, porque no sabía a qué atenerse, y me  
miraba a mí y yo le miraba a él. Los dos teníamos las mismas dudas,  
¡ay!, y los mismos temores.

»La casa comenzaba a tomar ese aspecto fúnebre y sombrío de las grandes  
tristezas del hogar. Se vivía medio a oscuras, se hablaba bajo y se  
andaba de puntillas. El rechinar de una puerta parecía un gemido mal  
disimulado; cada mueble un ataúd; cada lienzo un sudario.

»Me había aislado de todas mis amistades: sólo se abrían mis puertas al  
desconsolado Ángel, al médico y a Guzmán..., que co

ntinuaba padeciendo  
el martirio de no poder contemplar a Luz sino de lejos y escondido de ella.

»Pues en tan señaladas circunstancias recibí un recado de Leticia, preguntando «con vivo interés» por el estado de la enferma. ¿Era cinismo de la infame, o un disfraz de su vileza? Yo entendí lo primero, y bajo esta impresión la respondí. No vino el segundo recado de su parte, y eso me convenció de que fue la respuesta muy merecida.

»Y pasaron tres días más; y Luz, que hasta entonces había vivido con ánimos prestados, comenzó a animarme a mí y a sonreírme..., ¡ella, que ni para sonreírse tenía ya fuerza! ¿Cómo entender a aquella crisis, Dios mío! ¿Iluminaban otros soles más alegres sus días? ¿Se iniciaba una reacción dichosa en su extraña enfermedad?

»Sí, todo esto era cierto; pero de muy distinto modo que lo entendía yo. No acudía a donde nosotros intentábamos llevarla para curar sus males: pretendía que nosotros subiéramos con ella a las alturas desde donde se había puesto a contemplarlos. ¡Le parecían desde allí tan llevaderos!. ¡Qué engaños tan enormes los de la vista humana cuando no se levanta del polvo de la tierra!

»Esta y otras reflexiones análogas me fueron dando la medida del estado de su espíritu. Lo que faltaba de ella hasta la exactitud, me la dio al otro día la enferma diciéndome que deseaba «hablar

con su confesor».

¡Temió la inocente que me pareciera demasiado oírla decir que «quería confesarse»!

»--Y vino el confesor poco después. ¡La nota triste que faltaba en el cuadro de mis tribulaciones!

»Sin salir el cura de la habitación de Luz, llegó el médico. Le dije lo que ocurría, y me contestó con un ademán y un gesto que, a mi entender, significaba: «no está de más».

»Ahogándome el llanto, le pregunté muy por lo bajo:

»--Pero ¿qué es lo que la mata?

»¡Como si yo no lo presumiera!

»Tampoco respondió derechamente a esta pregunta. Se sentó, y quiso que me sentara yo a su lado. En seguida, por entretenerme o por consolarme, comenzó a hablarme de la vida de ciertas flores..., el cuento de siempre: unas hojas, muy frescas ayer, que hoy se contraen y marchitan de repente; un tallo muy erguido que se encorva de pronto bajo el peso de la flor..., y una ráfaga insana que la tocó al pasar, o un insectillo impalpable que mordió la raíz. Qué ráfaga o qué insecto había pasado por mi casa, no lo sabía él...

»¡Pero lo sabía yo!

»Estando en estas, salió el cura muy ufano y satisfecho. ¡Me dio la

enhorabuena!... ¡Dios sabe bien por qué no se la agradecí! Quedó en volver a menudo, «porque aquello no había sido más que una preparación para otro acto más solemne»; y se fue el bendito señor.

»--Luz, cuando el médico y yo entramos en su cuarto, irradiaba la alegría por toda su faz de querube. La palidez era la única huella que había estampado allí la ráfaga de que hablaba el doctor. Comprendí que en boca del confesor estaba muy en su punto la enhorabuena que me había dado momentos antes; pero vistas y estimadas las cosas con ojos humanos, a mí me acongojaba aquella alegría, que me estaba pareciendo el himno triunfal de las vírgenes dispuestas a la muerte. Era dichosa, ciertamente, sonriendo entre dolores; era bien envidiable su destino; pero yo me quedaba sin ella en el mundo, y era su madre..., y moría por mi causa..., mejor dicho..., ¡Dios poderoso!, ¡la mataba yo!

»Nada tuvo que hacer allí el médico. Delante de ella, infundiéndonos ánimo, parecíamos nosotros los enfermos.

»Al despedirse el doctor de mí, le pregunté qué juicio formaba del estado de la enferma. Movi6 la cabeza tristemente.

»--Con un espíritu doliente--me dijo--dentro de un cuerpo sano, como antes, había para temer y para esperar; pero en el caso inverso de ahora, cuando el cuerpo se muere a escape, sólo queda que temer, porque

el contenido se va con el continente.

»Lo mismo pensaba yo, aunque sin tantas palabras y con mayores angustias.

»Preguntóle después cuánto a durar aquella vida, y diome a entender harto claro, que podía concluirse a la hora menos pensada.

«»Secándome el llanto para entrar mintiendo en la habitación de Luz me alcanzó Ángel, recién informado por el doctor de las tristes novedades que ocurrían. Confirméselas sólo con mirarle, y se precipitó desolado en el gabinete. Luz le dijo, en cuanto le vio, contemplándole con la cara envuelta en una celeste sonrisa:

»--Créeme: vale más que lo que habíamos pensado, lo que va a suceder pronto. Me duele dejarte, porque tú tampoco estás aquí en tu sitio; pero ya nos hallaremos donde debemos hallarnos, y esto me consuela.

»El pobre chico sollozaba; y para ocultar los verdaderos motivos, echaba a Luz la culpa de todo. Luz se sonreía más entonces. Cogióle una mano entre las suyas, y le dijo, con un timbre de voz que era un cántico melodioso:

»--No me pesa que me llores, y llórame también cuando suceda, pero llórame porque me envidies, no porque me compadezcas. Te aseguro que es gran beneficio del cielo el sacarnos de aquí cuanto antes.

»Y lo sentía como lo afirmaba..., y yo, ¿yo si que le envidiaba aquella conciencia pura y tranquila en que se reflejaba su ardiente fe, como el sol en un espejo!

»También en aquella escena, que fue larga, parecíamos Ángel y yo los enfermos, y Luz la enfermera.

»No puedo darme ahora cuenta exacta de todo lo que ocurrió en el resto de aquel día y durante la noche que le siguió; no sé si Ángel fue y vino varias veces o si no se movió de allí, porque tengo una idea de que faltó muy pocos instantes de mi casa hasta cerca de la madrugada; recuerdo vagamente también que estuvo Guzmán al anochecer, y el efecto terrible que le hizo la noticia que yo le di por entrar; que vio a Luz y que la habló, y que Luz tuvo también para él sonrisas y dulzuras de consuelo; que se apartó de ella a duras penas cuando entró el cura nuevamente para confesarla; que salió con los ojos enrojecidos y el pecho rebosando de sollozos; que, mientras el confesor cumplía su triste cometido, Sagrario, forzando todas las consignas de la puerta, entró hasta donde yo me hallaba recogida para llorar a solas, y se abalanzó sobre mí, hecha un mar de lágrimas; que se aumentó el raudal de las mías al verme delante de aquel cómplice y testigo de mis maldades; que cuando el cura se me acercó para darme otra enhorabuena y advertirme que de acuerdo con la enferma, se la daría el Viáti

co al día siguiente  
para que le recibiera con la debida solemnidad, \_pu  
esto que no corría  
prisa\_, Sagrario voló hasta la cama de Luz, de dond  
e me costó gran  
trabajo separarla; y que con espantarse tanto como  
se espantó de la  
infamia de Leticia cuando yo la enteré de ella, se  
espantó todavía más  
de que yo no viera en sus estragos otra cosa que el  
castigo de mis  
culpas; tampoco recuerdo en qué paré esta corta ent  
revista con aquella  
loca de buen fondo, ni cuándo se marchó, ni cuándo  
se fue Guzmán, ni qué  
me dijo, ni lo que te dijo Luz al despedirle. Creo  
que volvió por allí  
dos o tres veces durante la noche, y que no quise c  
eder a nadie, ni al  
mismo Guzmán, ni al pobre Ángel, que tan encarecida  
mente me lo rogaba,  
el consuelo de pasar aquella más sentada a la cabec  
era. Fue larga, muy  
larga la noche, esto lo recuerdo bien; pero no tant  
o el pormenor de lo  
que hice y sentí durante ella. Algo debí de pensar,  
considerando cómo la  
pobre Luz se destruía al primer choque de su inocen  
cia con las maldades  
del mundo, en si fui o no fui discreta al cultivar  
a la sombra una  
planta destinada a vivir al aire libre, para venir  
a parar a que no  
estaba lo malo en esconder más o menos a una hija p  
ara que viera o no  
viera ciertas cosas, sino en que una madre tenga fa  
ltas que no puedan  
ser confesadas a voces; porque pensar en esto y llo  
rar mucho mientras la  
pobre enferma dormitaba, aún sin tan grandes motivo  
s, había sido mi  
ocupación en las veladas anteriores; también recuer

do confusamente la  
hora en que Ángel se despidió para volver por la ma  
ñana, y algo como  
impresión pavorosa que entonces sentí, sin saber po  
r qué, al considerar  
que me quedaba sola junto a aquel lecho, que me par  
ecía una tumba...

»Pero lo que sé para no olvidarlo jamás, y por eso  
me ha borrado el  
recuerdo de todo lo que se grabó poco antes que ell  
o en la memoria, es  
que cuando reemplazó a los trémulos y mortecinos re  
splandores de la  
lamparilla el primer rayo de sol de aquel día prima  
veral; cuando se  
despertaban las flores y los pájaros; y toda la nat  
uraleza se alborozaba  
y sonreía, despertaba también Luz de un sueño que m  
e había parecido  
tranquilo, pálida como la cera, y recorriendo con s  
us grandes ojos  
asombrados toda la estancia.

»--¿Qué te sucede, hija mía?--preguntela incorporán  
dome de un salto y  
cogiéndole, con las mías, una de sus manos, fría, ¡  
muy fría!

»--¡Es cosa, muy singular!--me dijo tornando a su p  
ostura supina y  
fijando su mirada en un punto imaginario del pabell  
ón de su cama.

»--Había vuelto a mis jardines..., aquel paraíso de  
que yo te hablé...,  
donde nos conocimos Ángel y yo... Me paseaba por su  
s senderos  
retorcidos, y Ángel no parecía..., y yo le esperaba  
. En esto, el sol se  
obscureció de repente, y comenzó a enturbiarse aque  
l río tan



cristalino..., y a crecer, a crecer... turbio, ¡muy turbio!, y cubrió los arbustos de las orillas; y siguió enturbiándose, enturbiándose, y creciendo y creciendo; y llegó a las praderas más bajas, y seguía enturbiándose y creciendo todavía. Entonces tuve yo gran miedo donde estaba, y llamé a Ángel muchas veces..., y Ángel no vino. Subí a lugar más alto; y al ver que las aguas también subían, corrí, de altura en altura, hasta refugiarme en el chalet. Salí a la azotea, y vi con asombro que las aguas lo habían invadido todo, ¡todo cuanto alcanzaba la vista! Temblé de espanto al contemplar aquella desolación y verme tan sola allí... A poco rato volvieron a bajar las aguas poco a poco..., turbias, ¡siempre turbias!..., hasta encauzarse otra vez entre las orillas del río... Pero lo que ellas habían inundado, todo lo que se descubría con los ojos, era un lodazal tristísimo, sin praderas sin flores y sin senderos... Sólo el chalet en lo más elevado...

»--¡Eso es un sueño, amor mío!--la dije para sacarla del sobresalto en que la veía--; un sueño como cualquier otro, que pasó ya.

»--Es que no ha pasado--me respondió, sin apartar la vista del punto en que la había fijado antes, y con voz mucho más débil--, ¡y esto es lo asombroso! Yo creo que estoy despierta ahora, y, sin embargo, me encuentro en el mismo sitio y sobre el mismo lodazal...

»--¡Luz!..., ¡hija mía!--la grité entonces para distraerla de aquella visión que la fascinaba.

»--¿Y cómo salir de aquí!--prosiguió, sin apariencias de oírme--; ¿por dónde, si esto no tiene límites, ni un palmo de tierra firme y limpia en que sentar el pie!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡Ah!..., ¡ya me oye!... De allá arriba, de lo alto, de lo más alto del cielo, baja una figura con alas blancas, como la túnica que viste, y los cabellos rubios flotando en el espacio... Y vuela hacia acá... Y va acercándose a mí... Ya oigo el suave rumor de las alas al batir el aire... Se acerca más..., me sonrío y me tiende una mano..., la tomo con otra mía... y me suspende y me saca de la azotea... y volando, volando, me conduce sobre la ciénaga sin fin... ¿A dónde?

»--¡Luz! ¡Luz!--volví a gritar, aterrada ya con aquella fijeza de mirada y el frío marmóreo de sus manos--. ¡Vuelve a mí los ojos! ¡Mírame!..., ¡estoy aquí, a tu lado!

»Pero ella, sin dar señales de atender a mis llamadas, prosiguió diciendo con una voz débil, muy débil, pero dulce y argentina, como el sonido de las arpas eólicas:

»--¡Qué alto me eleva!... ¡Y todavía más alto!... ¡Tan alto, que ya no te veo, madre mía! ¿Me oyes?... ¡Dile a Ángel que lo espero!... ¡También te espero a ti!... ¿Me ves?... Es imposible

e, porque he llegado  
muy arriba... ¡Y aun me elevo más!..., ¡más alto to  
avía!... ¡Qué región  
de soles!... ¡Cuánta luz!

»Y con esta palabra se apagó su voz, como la última  
nota de un suspiro.  
Sentí que se estremecía ligeramente su mano entre l  
as mías; observé en  
sus labios una ligera contracción, que me pareció e  
l acento de una nueva  
sonrisa; y un instante después inclinó su cara haci  
a mí, y hundió la  
cabeza entre los rizos de oro que le formaban una a  
ureola esparcidos  
sobre la almohada.

»--¡Luz! ¡Luz!, ¡vida mía!--llamé de nuevo con las  
angustias de todos  
los espantos en la garganta, acercando mi boca a su  
oído--. ¡Mira a tu  
madre!..., ¡dile que la oyes..., que la ves!...

»¡Dios misericordioso! ¡Aquellos ojos, que aún me m  
iraban, ya no veían;  
aquella boca que me sonreía, ya no respiraba; y aqu  
el hermoso cuerpo,  
que parecía dormido en un sueño de amores, no era m  
ás que la yerta y  
abandonada envoltura de un alma angelical que había  
volado a su patria  
celeste!

\* \* \* \* \*

»Todo cuanto sucedió en la tierra desde aquel momen  
to infausto, ya no  
tuvo nombre ni valor alguno para mí. Nada de ello e  
ra mío: sólo me  
pertenecían las sangrientas y mortales llagas de mi  
corazón y las  
torturas de mi conciencia.

»La vida que me restaba no tenía otro destino que a  
arrastrar la cruz que  
merecía; y a arrastrarla con valor consagré todas l  
as fuerzas de mi  
espíritu.

»Y arrastrándola voy: a costas la llevo, ¿qué impo  
rta a nadie por  
dónde? Toda la tierra es Calvario para quien está d  
ispuesto a sufrir  
dolores y afrentas.

»A ese fin van, y obra son de los impulsos de un al  
ma atormentada y  
contrita estos apuntes que escribo para lanzarlos a  
l mundo. No creería  
nunca bastante barrida de gusanos la conciencia, si  
n entregar los  
escándalos de mi vida a la abominación de todas las  
mujeres honradas.»

End of the Project Gutenberg EBook of La Montálvez,  
by José María de Pereda

\*\*\* END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA MONTÁLVE  
Z \*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 25812-8.txt or 2581  
2-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats wi  
ll be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/5/8/1/25812/>

Produced by Chuck Greif

Updated editions will replace the previous one--the

old editions  
will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.net/license>).

## Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic

work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attac

hed full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg



License included  
with this eBook or online at [www.gutenberg.net](http://www.gutenberg.net)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.net](http://www.gutenberg.net)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm elec

tronic works provided  
that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

## 1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a

computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with

the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance

with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary

Archive Foundation  
and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4  
and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>  
.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit  
501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the  
state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal  
Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification  
number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at  
<http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the  
Project Gutenberg  
Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent  
permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455  
7 Melan Dr. S.  
Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered  
throughout numerous locations. Its business office is located at  
809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801)  
596-1887, email  
[business@pglaaf.org](mailto:business@pglaaf.org). Email contact links and up to date contact  
information can be found at the Foundation's website and official  
page at <http://pglaaf.org>



For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
gbnewby@pglaf.org

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we

have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do

not necessarily  
keep eBooks in compliance with any particular paper  
edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.net>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm,  
including how to make donations to the Project Gutenberg Literary  
Archive Foundation, how to help produce our new eBooks,  
and how to  
subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.